

GEORGE R. MARTIN

Una canción para Lya



35

La historia de una cultura que posee una extraña religión y la mujer que sucumbe a las consecuencias de su sistema de creencias... un hombre atrapado entre los reinos de lo real y lo no real... un héroe cuya vida ejemplar es un simple comodín en manos de sus superiores... encuentros de fútbol a vida o muerte que deciden la supervivencia de las naciones... un coche de época blanco y maravillosos que desafía a su joven conductor a una carrera sobre el filo de la navaja de la realidad... éstas y otras historias definen el mundo futuro de George R.R. Martín, complejo, ingenioso, profético, pero intensamente real.

Una canción para Lya ha sido galardonada con el Premio Hugo.



George R. R. Martin

Una canción para Lya

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 35

ePub r1.2

Titivillus 24.06.15

Título original: *A Song for Lya*
George R. R. Martin, 1976
Traducción: Marcelo A. Sánchez
Diseño de cubierta: Balaguer
Ilustraciones: Néstor Goldar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



UNA CANCIÓN PARA LYA

Las ciudades de los shakeen son viejas, mucho más viejas que las del hombre, y lamgran metrópoli que se levanta en las tierras de su colina sagrada había demostrado ser la más antigua de todas. La ciudad de los shkeen no tenía nombre. No necesitaba ninguno. Pese a que construían cientos y miles de pueblos y ciudades, la ciudad de las colinas no tenía rival. Era la mayor en tamaño y población, y era la única que se levantaba en las colinas sagradas. Era su Roma, Meca, Jerusalén, todo en una. Era la ciudad, y todos los shkeen venían a ella en los últimos días antes de la Unión.

Esta ciudad ya era antigua en los días de la caída de Roma, y había sido grande y extensa cuando Babilonia todavía era un sueño. Pero no daba la impresión de su edad. El ojo humano sólo veía kilómetros y kilómetros de achatados domos de ladrillo rojo; montecillos de barro seco que cubrían las ondulantes colinas como una erupción. Por dentro eran sombríos y casi sin aire. Los cuartos eran pequeños y el mobiliario tosco.

Sin embargo, no era una ciudad severa. Día tras día acampaba en esas colinas achaparradas, asándose bajo el sol caliente que se suspendía en el cielo como un aburrido melón anaranjado. Pero en la ciudad pululaba la vida: olores de comida, sonidos de risas y charla y de niños corriendo, el bullicio y el sudor de los albañiles reparando los domos, las campanillas de los Unidos tañendo en las calles. Los shkeen eran gente lozana y exuberante, casi como los niños. Por cierto que no había nada en ellos que dijera de una edad antigua o de una añeja sabiduría. Ésta es una raza joven, decían los letreros, ésta es una cultura en su infancia.

Pero esa infancia había durado más de catorce mil años.

El verdadero infante era la ciudad humana, con menos de diez años terrestres. Había sido construida al borde de las colinas, entre la metrópolis shkeen y las polvorientas llanuras marrones donde se

extendía el aeropuerto. En términos humanos, era una ciudad hermosa: abierta y aireada, llena de gráciles arcadas, fuentes relucientes y amplios bulevares alineados con árboles. Los edificios eran de metal forjado, plástico de color y maderas locales, la mayoría, salvo... la Torre de la Administración, que era como una lustrosa aguja de acero azul que hendía el cielo de cristal.

Se la podía ver desde cualquier dirección, a muchos kilómetros a la redonda. Lyanna ya la había divisado antes que aterrizáramos, y la admiramos desde el aire. Los delgados rascacielos de Antigua Tierra y Baldur eran más altos, y las fantásticas ciudades colgantes de Aracne eran mucho más hermosas, pero esa escuálida Torre azul era bastante imponente puesto que se elevaba sin rivales dominando en solitario las colinas sagradas.

El espaciopuerto quedaba a la sombra de la Torre, a corta distancia, pero de todos modos nos fueron a recibir. Un aerocoche escarlata de baja autonomía esperaba ronroneando junto a la base de la rampa cuando desembarcamos. El conductor ganduleaba junto a la barra y Dino Valcarenghi, sentado en el interior, hablaba con un ayudante.

Valcarenghi era el administrador del planeta, el niño prodigio del sector. Joven, por supuesto, pero yo ya lo sabía. Bajo y atractivo, en un sentido intenso y oscuro, con negros cabellos rizados y espesos sobre el cráneo, y una sonrisa fácil y afable.

Nos irradió esa sonrisa cuando bajamos de la rampa y nos estrechamos las manos.

—¡Hola! —comenzó—. Me alegro de verle.

No se perdió el tiempo con presentaciones formales. Él sabía quiénes éramos, y nosotros quién era él. Valcarenghi no era el tipo de hombre que le da importancia al ritual.

Lyanna tomó su mano ligeramente entre la suyas, y lo caló con su mirada de vampiro: ojos negros y grandes bien abiertos y observando, boca delgada dibujando una leve sonrisa. Lyanna es una muchacha pequeña, casi con aspecto de desamparo, con su cabello castaño corto y su rostro de niña. Puede parecer muy frágil, muy inútil... cuando quiere. Pero desconcierta a la gente con la mirada. Si supieran que Lya es telépata, pensarían que está escarbando entre sus secretos más profundos. En realidad lo que hace es jugar. Cuando Lyanna está leyendo de verdad todo su

cuerpo se vuelve rígido y uno puede darse cuenta de que tiembla. Esos enormes ojos que sorben el alma se hacen pequeños, duros y opacos.

Pero no mucha gente lo sabe, así que se retuercen bajo su mirada de vampiro, miran hacia otro lado y se apresuran a soltar la mano. No así Valcarenghi. Éste tan sólo sonrió, miró a su vez y luego se dirigió hacia mí.

Yo sí estaba leyendo cuando le di la mano. Ésa es mi forma normal de proceder.

También es un mal hábito, supongo, ya que ha liquidado en germen prometedoras amistades. Mi talento no se compara al de Lya, pero tampoco es tan absorbente. Yo leo emociones. La afabilidad de Valcarenghi se sintió fuerte y genuina, sin nada por detrás, o al menos nada lo suficientemente próximo a la superficie como para percibirlo.

También estrechamos las manos con el ayudante, una cigüeña rubia de mediana edad llamado Nelson Gourlay. Luego Valcarenghi acomodó a todo el mundo en el aerocoche, y partimos.

—Me imagino que estarán cansados —dijo en el camino—, de manera que obviaremos la visita a la ciudad y enfilaremos directamente hacia la Torre. Nelse les enseñará sus habitaciones, y luego nos podemos encontrar para tomar un trago, y analizaremos el problema. ¿Han leído los informes que envié?

—Sí —dije. Lya asintió—. Es una información interesante, pero no estoy seguro de por qué estamos aquí.

—En seguida llegaremos al punto —replicó Valcarenghi—. Quisiera permitirles gozar del paisaje.

Hizo un gesto hacia la ventana, sonrió, y luego calló.

Así que Lya y yo disfrutamos del paisaje tanto como pudimos en los cinco minutos que duró el viaje del espaciopuerto a la torre. El aerocoche avanzaba rápidamente por la calle principal a la altura de los árboles, desatando a su paso una brisa que barría las ramas delgadas. El interior del coche estaba fresco y oscuro, pero afuera el sol shkeen se aproximaba al mediodía, y uno podía ver las ondas de calor que se desprendían del pavimento. La población debía estar en los interiores, en torno al aire acondicionado, porque vimos muy poco tráfico.

Descendimos cerca de la entrada principal de la Torre y

caminamos a través de un enorme y deslumbrante pasillo. Valcarenghi nos dejó para hablar con unos subordinados.

Gourlay nos condujo hasta uno de los tubos y volamos cincuenta pisos arriba. Luego pasamos de una secretaria a otra, luego al tubo privado, y subimos algunos pisos más.

Nuestros cuartos eran encantadores, alfombrados en un verde fresco, y con paneles de madera. Había una biblioteca completa, la mayoría clásicos de la Tierra encuadernados en cuero sintético, más algunas novelas de Baldur, nuestro planeta natal. Parecía que alguien hubiese estado hurgando en nuestros gustos. Una de las paredes de la habitación era de vidrio coloreado y daba una visión panorámica de la ciudad, muy abajo nuestro, con un mando que la oscurecía para dormir.

Gourlay nos las enseñó a conciencia, como un botones obstinado. Lo leí someramente y no encontré, sin embargo, ningún resentimiento. Estaba nervioso, pero sólo apenas.

Había un afecto sincero por alguien. ¿Por nosotros? ¿Por Valcarenghi?

Lya se sentó en una de las camas gemelas.

—¿Traerá alguien nuestro equipaje? —preguntó.

Gourlay asintió.

—Serán bien atendidos —dijo—. Si necesitan algo, no tienen más que pedirlo.

—No se preocupe, ya lo haremos —dije. Me dejé caer en la otra cama, y le indiqué una silla a Gourlay—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Seis años —dijo, tomando asiento con satisfacción y acomodándose en la silla—. Soy uno de los veteranos. Ya he trabajado bajo cuatro administraciones. Dino, Stuart antes que él, y Gustaffson antes que éste. Incluso estuve unos meses con Rockwood.

Lya se animó cruzó las piernas por debajo del cuerpo y se inclinó hacia delante.

—¿Eso fue todo lo que duró Rockwood, no es cierto? —dijo.

—Así es —respondió Gourlay—. No le gustaba el planeta, y consiguió un rápido traslado como asistente de administrador en algún otro sitio. No me preocupó demasiado, a decir verdad. Era de tipo nervioso, siempre dando órdenes para probar quién era el jefe.

—¿Y Valcarenghi? —pregunté.

Gourlay puso una sonrisa que pareció un bostezo.

—¿Dino? Dino está bien, es el mejor de todos. Es bueno, sabe que es bueno. Sólo ha estado aquí dos meses, pero ha hecho mucho y se ha hecho muchos amigos. Trata al personal como gente, llama a todo el mundo por su nombre, y todo eso. A la gente le gusta.

Estaba leyendo, y leía sinceridad. Era a Valcarenghi a quien Gourlay quería, entonces.

Creía en lo que decía.

Tenía más preguntas, pero no llegué a formularlas. Gourlay se puso de pronto de pie.

—En realidad no debería quedarme —dijo—. Ustedes quieren descansar, ¿no es cierto? Vengan arriba en unas dos horas y repasaremos los temas con ustedes. ¿Saben dónde está el ascensor?

Asentimos, y Gourlay se marchó. Me volví hacia Lyanna:

—¿Qué piensas?

Ella se recostó en la cama y miró el techo.

—No sé —dijo—. No estaba leyendo. Me pregunto por qué han tenido tantos administradores. Y por qué nos necesitan.

—Porque tenemos Talento —le dije, sonriendo. Con mayúscula, sí. Lyanna y yo hemos sido probados y registrados como Talentos psi y tenemos el diploma que lo prueba.

—Uh-uh —dijo, inclinándose de lado y sonriéndome. No con su media sonrisa de vampiro, esta vez, sino con su sonrisa sexy de niña pequeña.

—Valcarenghi quiere que descansemos —dije—. Tal vez no sea mala idea.

Lya saltó de la cama.

—De acuerdo —dijo—, pero estas camas gemelas están mal así.

—Las podemos poner juntas.

Ella sonrió nuevamente. Las pusimos juntas.

Dormimos algo... En última instancia.

Nuestro equipaje estaba junto a la puerta cuando nos despertamos. Nos pusimos ropa fresca, de sport, contando con la evidente falta de pompa de Valcarenghi. El ascensor-tubo nos llevó al tope de la Torre.

La oficina del administrador planetario apenas parecía una oficina. No había escritorio ni ninguno de los adornos habituales.

Tan sólo un bar y una exuberante alfombra azul que tragaba hasta el nivel de las ancas, y seis o siete sillas dispersas. Más mucho espacio y luz solar, con Shkea a nuestros pies del otro lado del vidrio de color en las cuatro paredes.

Valcarenghi y Gourlay nos esperaban, y Valcarenghi se ocupó del bar personalmente.

No reconocí el brebaje, pero era fresco, sabroso y aromático, bien picante. Lo bebí con gusto. Por algún motivo sentía que necesitaba un estímulo.

—Vino shkeen —dijo Valcarenghi, sonriendo, en respuesta a una pregunta no formulada—. Tienen un nombre para él, pero todavía no puedo pronunciarlo. Dadme tiempo. Sólo he estado aquí dos meses, y el idioma es duro.

—¿Está aprendiendo shkeen? —preguntó Lya, sorprendida.

Yo sé por qué. El shkeen es muy duro para las gargantas humanas, pero los nativos aprendían Terráqueo con increíble facilidad. La mayoría de la gente aceptaba el hecho gustosa y se olvidaban de las dificultades de dominar el idioma extraño.

—Me permite comprender mejor la forma en que piensan —dijo Valcarenghi—. O por lo menos así dice la teoría.

Sonrió.

Leí nuevamente, aunque era más difícil. El contacto físico da mayor relieve a las cosas.

Ahora recibí sólo una emoción, cercana a la superficie: esta vez, orgullo. Con una mezcla de placer. Esto lo atribuí al vino. Por debajo, nada.

—Como sea que pronuncie el trago, me gusta —dije.

—Los shkeen producen una gran variedad de licores y materias alimenticias —intervino Gourlay—. Hemos declarado exportables a varios, y estamos estudiando otros. El mercado les sería propicio.

—Tendrá la oportunidad de probar otros productos locales esta noche —dijo Valcarenghi—. He arreglado una visita a la ciudad, con una parada o dos en la ciudad shkeen. Para una colonia como la nuestra, la vida nocturna es bastante interesante. Yo seré su guía.

—Suena prometedor —dije. Lya también sonreía. Una excursión era una propuesta poco frecuente. La mayoría de los Normales se sienten incómodos con los Talentos, de modo que corren a ocuparse de sus propios asuntos, despachándonos lo más rápido posible. Por

cierto que no socializan con nosotros.

—Ahora bien, el problema —dijo Valcarenghi, bajando su vaso e inclinándose hacia adelante en la silla—. ¿Han leído acerca del Culto de la Unión?

—¿Una religión shkeen? —dijo Lya.

—La religión shkeen —corrigió Valcarenghi—. Cada uno de ellos es un creyente. Éste es un planeta sin herejes.

—Leímos los materiales que nos envió —dijo Lya—. Junto con lo demás.

—¿Qué piensan ustedes?

Me encogí de hombros.

—Que es cerrada. Primitiva. Pero no mucho más que otras religiones. Los shkeen no son muy avanzados, después de todo. Hubo religiones en la Antigua Tierra que incluían el sacrificio humano.

Valcarenghi sacudió la cabeza, y miró a Gourlay.

—No, usted no entiende —comenzó Gourlay, dejando su vaso en la alfombra—. He estado estudiando su religión durante seis años. No se parece a ninguna otra en la historia. No hay nada parecido en la Antigua Tierra, no señor. Ni en ninguna otra raza que hayamos encontrado. Y la Unión, bien, es erróneo compararla a los sacrificios humanos, sencillamente erróneo. Las religiones de la Antigua Tierra sacrificaban una o dos víctimas involuntarias para calmar a los dioses. Mataban a un puñado para obtener clemencia para millones. Y el puñado por lo general protestaba. Los shkeen no actúan de esa manera. La Gresshka se los lleva a todos. Y van voluntariamente. Marchan hacia las cuevas como conejitos de la India a ser comidos vivos por esos parásitos. Cada shkeen se Une a los cuarenta años, y marcha a la Unión Final antes de cumplir cincuenta.

Me sentía confuso.

—De acuerdo —dije—. Supongo que veo la diferencia. Pero ¿y qué? ¿Es ése el problema? Me imagino que la Unión es dura para los shkeen, pero que es su problema.

Su religión no es peor que el canibalismo ritual de los Hrangans, ¿no es cierto?

Valcarenghi terminó su trago y se levantó, dirigiéndose al bar. Mientras llenaba otra vez su vaso, dijo, de manera casual:

—Hasta donde yo sé, el canibalismo de los Hrangans no ha

declarado ninguna conversión humana.

Lya estaba sorprendida. Yo también. Me senté y dije:

—¿Qué?

Valcarenghi volvió a su asiento, con el vaso en la mano.

—Conversos humanos se han estado uniendo al Culto de la Unión. Ya hay docenas de ellos Unidos. Ninguno ha llegado a la Unión plena todavía, pero es una cuestión de tiempo.

Se sentó y miró a Gourlay. Hicimos lo propio.

El desgarrado asistente rubio siguió con el relato.

—El primer converso fue hace siete años. Casi un año antes de que yo llegara, y dos años y medio después que Shkea fuese descubierto e implantada la colonia. Un tipo llamado Magly, psico que trabajaba estrechamente vinculado a los shkeen. Lo fue durante dos años. Luego otro en el 08, y más al año siguiente. La cifra ha seguido aumentando desde entonces. Hubo uno importante: Phil Gustaffson.

Lya parpadeó.

—¿El administrador planetario?

—El mismo —dijo Goulay—. Hemos tenido muchos administradores. Gustaffson llegó después que Rockwood desistiera de quedarse más tiempo. Era un tipo grande y bronco.

Todos lo querían. Había perdido su mujer y sus hijos en su último puesto, pero uno nunca lo sabía por él. Era siempre campechano y lleno de alegría. Pues bien, se interesó por la religión shkeen, comenzó a hablar con ellos. Habló también con Magly y algunos de los otros conversos. Incluso fue a ver a Greeshka. Eso lo impresionó bastante por un tiempo.

Pero al final se repuso, y volvió a sus investigaciones. Trabajé con él, pero nunca advertí lo que se proponía. Poco más de un año más tarde, se convirtió. Ahora está Unido. Nadie ha sido aceptado tan rápido. Escuché decir en la ciudad de los shkeen que puede ser aceptado para la Unión Final. Pues bien, Phil fue administrador aquí más tiempo que nadie. La gente le quería, y cuando se pasó, muchos de sus amigos le siguieron. La cifra es elevada en estos momentos.

—No llega al uno por ciento, pero sigue subiendo —dijo Valcarenghi—. Parece poco, pero recuerde lo que significa. El uno por ciento de las personas en asentamiento está eligiendo una

religión que incluye una forma muy desagradable de suicidarse.

Lya pasó de él a Gourlay y volvió a Valcarenghi.

—¿Por qué no se ha informado acerca de esto?

—Debería haberse hecho —dijo Valcarenghi—. Pero Stuart sucedió a Gustaffson, y estaba demasiado asustado con la posibilidad de un escándalo. No hay leyes que impidan a un humano adoptar una religión alienígena, de modo que Stuart lo definió como un no-problema. Informó acerca de la tasa de conversiones de manera rutinaria, y nadie de más arriba se molestó en efectuar la correlación y recordar a qué se estaban convirtiendo esas personas.

Terminé mi bebida, y la dejé.

—Continúe —le dije a Valcarenghi.

—Yo defino la situación como un problema —dijo—. A mí no me preocupa cuántas personas están involucradas; lo que me alarma es la idea de que haya personas que permiten que Greeshka las consuma. He tenido un equipo de psicólogos sobre el asunto desde que asumí el cargo, pero no están consiguiendo nada. Necesitaba Talento. Quiero que averigüen por qué esa gente se está convirtiendo. Sólo así podré encarar la situación.

El problema era extraño, pero el planteamiento parecía bastante claro. Leí a Valcarenghi para estar seguro. Sus emociones eran un poco más complejas esta vez, pero no mucho. Confianza, sobre todas las cosas: estaba seguro de que podríamos manejar el problema. Había allí una preocupación honesta, pero no miedo, ni una brizna de decepción. Una vez más, no pude captar nada bajo la superficie. Valcarenghi mantenía sus conflictos interiores bien ocultos, si es que los tenía.

Miré a Lyanna. Estaba sentada en su silla en una postura incómoda, y sus dedos aferraban con fuerza su copa de vino. Leía. Luego se soltó, me miró y asintió.

—De acuerdo —dije—. Creo que lo podemos hacer.

Valcarenghi sonrió.

—Nunca dudé de eso —dijo—. La cuestión era saber si lo harían. Pero ya basta de negocios por esta noche. Les he prometido una noche en la ciudad, y siempre trato de cumplir con mis promesas. Los encontraré en el vestíbulo, abajo, en media hora.

Lya y yo nos cambiamos, eligiendo algo más formal en nuestras

valijas. Yo cogí una túnica azul oscuro con unos pantalones blancos y una bufanda de malla haciendo juego.

No era la última moda, pero tenía la esperanza de que Shkea estuviese algunos meses retrasada al respecto. Lya se enfundó una apretada malla de seda blanca con un trazado de finas líneas azules que fluían sobre su cuerpo trazando sensuales dibujos en función del calor corporal. Las líneas eran decididamente lascivas, y acentuaban su delgada figura con una determinación fija. El atuendo se completaba con un impermeable.

—Valcarenghi es cómico —dijo, mientras le abrochaba el traje.

—¿Sí? —Yo estaba luchando con el cierre de mi túnica, que se negaba a cerrar—. ¿Has advertido algo mientras leías?

—No —dijo ella.

Terminó de acomodarse la capa y se admiró a sí misma ante el espejo. Luego se me aproximó, con la capa ondulando detrás.

—Es eso. Él estaba pensando lo que decía. Oh, sí, había variaciones en las palabras, pero nada importante. Su mente estaba en lo que discutíamos, y detrás de eso, había una pared —sonrió—. No pesqué ni uno solo de sus más oscuros secretos.

Por fin dominé el cierre.

—Tsk —dije—. Bueno, tendrás otra oportunidad esta noche.

Esto me ganó una mueca.

—No tendré un demonio. No leo a la gente fuera del trabajo. No es justo. Además, es agotador. Ojalá pudiera leer pensamientos tan fácilmente como tú lees sentimientos.

—Es el precio del Talento —dije—. Tú tienes más Talento, tu precio es mayor.

Removí el equipaje buscando una capa de lluvia, pero no encontré nada que fuese bien, así que decidí no ponerme nada. De cualquier forma las capas estaban pasadas de moda.

—Yo tampoco conseguí mucho de Valcarenghi. Podrías haber leído lo mismo con sólo observar su cara. Debe tener una mente muy disciplinada. Pero lo perdonaré. Sirve buen vino.

Lya asintió.

—¡Cierto! Eso me hizo bien. Me sacó el dolor de cabeza con el que me levanté.

—La altura —sugerí. Nos dirigimos hacia la puerta.

El vestíbulo estaba desierto, pero Valcarenghi no nos hizo

esperar demasiado. Esta vez él conducía su propio aerocoché, una negra chapuza maltratada con la que debió andar muchos años. Gourlay no era del tipo sociable, pero Valcarenghi llevaba una mujer con él, una impactante visión de cabellos rojizos llamada Laurie Blackburn. Era aún más joven que Valcarenghi: unos veinticinco años, por la apariencia.

Era el ocaso cuando salimos. Todo el horizonte lejano era una extraordinaria tapicería de rojo y naranja, y una brisa fresca soplaba desde la planicie. Valcarenghi apagó la refrigeración y abrió las ventanillas del coche, de modo que pudimos observar cómo la ciudad se oscurecía en el crepúsculo.

La cena era en un elegante restaurante con decoración de Baldur, para hacernos sentir a gusto, supuse. La comida, sin embargo, era muy cosmopolita. Las especias, las hierbas, el estilo de cocinar era todo balduriano. Las carnes y la verdura eran locales. Se prestaban para interesantes combinaciones. Valcarenghi escogió para los cuatro, y nos enrollamos probando cerca de doce platos distintos. Mi favorito fue un pequeño pájaro que cocían en una salsa agria. La porción no era grande, pero lo que había sabía delicioso. También dejamos limpias durante la comida tres botellas de vino: de la misma clase que habíamos probado por la tarde, una garrafa de Veltaar helado, de Baldur, y algo de verdadero Burgundia, de la Antigua Tierra.

La conversación se animó en seguida; Valcarenghi era un conversador nato y un oyente igualmente bueno. En un momento la conversación derivó naturalmente hacia el tema de Shkea y los shkeen. Era el terreno de Laurie. Hacía seis meses que estaba en Shkea, trabajando en una tesis de doctorado de antropología. Trataba de descubrir por qué la civilización shkeen había quedado congelada por tantos milenios.

—Son anteriores a nosotros —nos dijo—. Tenían ciudades antes que nosotros utilizáramos herramientas. Deberían haber sido astronautas shkeen los que tropezaran con hombres primitivos, y no al revés.

—¿No hay algunas teorías al respecto? —pregunté.

—Sí, pero ninguna de ellas es universalmente aceptada —dijo—. Cullen cita la falta de metales pesados, por ejemplo. Ése es un factor, pero ¿responde por completo a la pregunta? Von Hamrin

pretende que entre los shkeen no hubo la competición necesaria.

No había grandes carnívoros en el planeta, de modo que nada generaba agresividad entre estos seres. Pero se le ha criticado duramente: Shkea no es tan idílica; si lo fuera, los shkeen no hubieran alcanzado nunca el nivel actual. Además, ¿qué es Greeshka sino carnívoro? Se los come, ¿no es así?

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Lya.

—Creo que es algo que tiene que ver con la religión, pero aun no lo he elaborado. Dino me ayuda a hablar con la gente, y los shkeen son bastante abiertos, pero la investigación no es fácil. —Se detuvo de pronto y miró con intensidad a Lya—. Por lo menos, para mí.

Me imagino que debe ser más fácil para ustedes.

Habíamos escuchado eso antes. Los Normales a veces piensan que los Talentos gozamos de ventajas injustas, lo cual es perfectamente comprensible. Lo hacemos. Pero Laurie no sentía resentimiento. Planteó su afirmación en un tono melancólico y especulativo, en lugar de lanzarla con acidez.

Valcarengi se inclinó hacia ella y la rodeó con el brazo.

—Hey —dijo—. Basta de hablar de negocios. Robb y Lya no deberían preocuparse por los shkeen hasta mañana.

Laurie lo miró, y trató de sonreír.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. Me dejo llevar por el tema, lo siento.

—Está bien —le dije—. Es un tema interesante. Danos un día y es probable que nosotros también nos entusiasmemos.

Lya estuvo de acuerdo, y agregó que Laurie sería la primera en saber si en nuestro trabajo encontrábamos algo que justificara su teoría. Yo apenas escuchaba. Sé que no es muy cortés leer a los Normales cuando uno se reúne con ellos para pasar el rato, pero hay veces que no puedo resistir. Valcarengi tenía el brazo alrededor de Laurie y la atraía hacia él amablemente. Sentí curiosidad.

Así es que di una rápida y culposa ojeada. Él estaba muy contento, un poquitín borracho, supongo, y se sentía muy seguro de sí, protector y dueño de la situación. Pero Laurie era un revoltijo: inseguridad, rencor reprimido, un vago indicio de miedo. Y amor, confuso pero fuerte. Dudé de que fuera por mí o por Lya. Ella

amaba a Valcarenghi.

Busqué bajo la mesa hasta encontrar la mano de Lya, apoyada en su rodilla. La acaricié con ternura y ella me miró y sonrió. No estaba leyendo, por suerte. Me molestaba que Laurie amase a Valcarenghi, aunque no sabía por qué, y me alegraba que Lya no leyese mi descontento.

Terminamos con lo que quedaba del vino, y Valcarenghi se ocupó de la cuenta. Luego se levantó.

—¡Adelante! —anunció—. La noche está fresca, y tenemos algunas visitas que hacer.

De modo que realizamos algunas visitas. Nada de holoshows o cosas de ese tipo, pese a que la ciudad tenía unos cuantos teatros. Lo primero de la lista fue el casino. El juego era legal en Shkea, y Valcarenghi lo hubiese legalizado de no ser así. Él repartió las fichas, y yo perdí algunas por él, lo mismo que Laurie. Lya no estaba autorizada a jugar: su Talento era demasiado fuerte. Valcarenghi ganó en cantidad; era un excelente jugador de ruleta mental, y bastante bueno para los juegos tradicionales.

Luego fuimos a un bar. Más tragos, y diversiones locales, que eran mejor de lo que podía esperar. Era noche cerrada cuando salimos, y supuse que la excursión tocaba a su fin. Valcarenghi nos sorprendió. Cuando volvimos al coche buscó bajo los mandos, abrió una caja y nos la pasó: eran píldoras para la sobriedad.

—Hey —le dije—. Eres tú el que conduce, ¿para qué necesito esto?

—Les voy a llevar a un genuino evento cultural shkeen, Robb —dijo—. No quiero que hagan comentarios fuera de lugar ni que vomiten sobre los nativos. Toma una píldora.

Tragué la píldora, y el zumbido de la cabeza se fue apagando. Valcarenghi ya tenía el coche en vuelo. Me recliné, abracé a Lya y ella se recostó en mi hombro.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A Shkeentown —contestó, sin volverse—. A su Gran Teatro. Hay un Encuentro esta noche, y pensé que les interesaría.

—Será en shkeen, por supuesto —dijo Laurie—. Pero Dino puede traducir para ustedes. Yo conozco un poco de la lengua también y puedo ayudar si algo se escapa.

Lya parecía excitada. Habíamos leído algo acerca de los

Encuentros, pero apenas imaginábamos que veríamos uno el día de nuestra llegada. Los Encuentros era una suerte de rito religioso; una especie de misa de confesión para los peregrinos que estaban a punto de ser admitidos para la Unión. Se encontraban peregrinos en las calles todo el año, pero los Encuentros se celebraban sólo unas tres o cuatro veces al año, cuando había un número suficiente de candidatos a la Unión.

El aerocoché corría casi sin ruido a través de las iluminadas calles del asentamiento, pasando junto a enormes fuentes que danzaban con variados colores y arcos ornamentales de los que fluía un fuego líquido. Había algunos otros coches en vuelo, y aquí y allá pasábamos sobre algún peatón que deambulaba por las anchas avenidas de la ciudad. La mayoría de la gente estaba dentro de las casas, de donde acudían luces y música a nuestro paso.

De pronto, el carácter de la ciudad comenzó a cambiar de manera abrupta. El nivel del piso se hizo irregular, había colinas delante y detrás nuestro, y las luces desaparecieron.

Abajo, las avenidas habían cedido su lugar a oscuras calles de piedra molida y polvo, y las cúpulas de metal y vidrio imitación shkeen daban paso a sus modelos originales en ladrillo. La ciudad shkeen era mucho más silenciosa que su contraparte humana; la mayoría de las casas se mantenían en un oscuro silencio.

Luego, frente a nosotros, apareció un edificio más grande que los otros: casi del tamaño de una colina, con una gran puerta en forma de arco y una serie de hendeduras por ventanas. De él brotaba luz y ruido, y había gente shkeen en la puerta.

De pronto me di cuenta que, pese a llevar un día en Shkea, éste era el primer momento en que veía un shkeen. No significa que pudiera apreciarlos desde un aerocoché y de noche, pero sí alcancé a verlos. Eran más pequeños que los hombres —el más alto tenía unos cinco pies—, con grandes ojos y largos brazos. Era todo lo que podía decir desde lo alto.

Valcarenghi hizo descender el coche cerca del Gran Teatro, y salimos. Los shkeen confluían hacia el arco de entrada desde varias direcciones, pero la mayoría ya estaba dentro. Nos unimos al grupo, y nadie nos miró dos veces, salvo un personaje que saludó a Valcarenghi con voz chillona llamándole Dino. Hasta aquí tenía amigos.

El interior era un salón enorme, con una tosca plataforma construida en el centro y una multitud de shkeen rodeándola. La única luz provenía de unas antorchas implantadas en las ranuras de las paredes, y en altos palos alrededor de la plataforma. Alguien estaba hablando, y cada par de los enormes ojos saltones se dirigían hacia allí. Nosotros cuatro éramos los únicos humanos del Teatro.

El orador, subrayado por la luz de las antorchas, era un gordo shkeen de edad mediana que movía los brazos con lentitud, de manera casi hipnótica, mientras hablaba. Su discurso era una serie de silbidos, resuellos y gruñidos, de modo que no presté mucha atención. Estaba muy lejos como para leerle. Quedé reducido a estudiar su apariencia, y la de los otros shkeen cerca de mí. Todos eran pelados, hasta donde podía observar, con una aparentemente suave piel color naranja cruzada por mil pequeñas arrugas. Vestían simples camisas de una tela cruda y multicolor, y me costaba trabajo distinguir entre hombre y mujer.

Valcarenghi se inclinó hacia mí, cuidando de mantener su voz baja.

—El orador es un granjero —dijo—. Está diciendo a la multitud desde cuán lejos ha venido, y algunas de las asperezas de su vida.

Miré a mí alrededor. El susurro de Valcarenghi era el único sonido del lugar. Todos los demás estaban callados como tumbas, con los ojos fijos en la plataforma, respirando apenas.

—Está diciendo que tiene cuatro hermanos —me dijo Valcarenghi—. Dos han ido a la Unión Final, y otro está entre los Unidos. El otro es más joven que él y ahora es propietario de la granja —frunció el ceño—. El que habla no verá la granja nunca más —dijo, en tono más alto—, pero está contento.

—¿Malas cosechas? —preguntó Lya, sonriendo irreverentemente. Había escuchando el mismo murmullo. Le dirigí una mirada severa.

El shkeen continuó con su relato. Valcarenghi lo seguía con dificultad.

—Ahora está contando sus crímenes, todas las cosas que hizo y de las que se arrepiente, sus secretos más recónditos y oscuros. En una época tuvo una lengua afilada, es vano, una vez golpeó a su hermano menor. Ahora habla de su mujer, y de las otras mujeres que ha conocido. La ha traicionado muchas veces, copulando con

otras. Cuando muchacho copulaba con animales, porque temía a las mujeres. En los últimos años quedó impotente, y su hermano ha servido a su mujer.

Siguió y siguió, con detalles increíbles, detalles que eran al mismo tiempo sorprendentes y aterradores. No dejó de contar ninguna intimidad, ni de hollar ningún secreto. Yo escuchaba los susurros de Valcarenghi, al principio molesto y al final aburrido por tanta suciedad y miseria. Comencé a sentirme incómodo. Me preguntaba si conocía a algún humano la mitad de bien de lo que ahora conocía a este gordo shkeen. Luego me pregunté si Lyanna, con su talento, conocía a alguien tan bien. Era como si el orador quisiera que nosotros viviésemos toda su vida aquí y ahora.

Su intervención duró lo que parecía horas, pero al final comenzó a acabársele la cuerda.

—Ahora habla de la Unión —susurró Valcarenghi—. Va a unirse, y está contento por eso, lo ha esperado por mucho tiempo. Su miseria se acerca a su fin, su soledad va a cesar, pronto caminará por las calles de la ciudad santa y repicará su júbilo con las campanas. Y luego, en los años a venir, la Unión Final. Se encontrará con sus hermanos en el más allá.

—No, Dino —este susurro era Laurie—. Deja de mezclar frases humanas en lo que dice. Él será sus hermanos, dice. La frase también implica que ellos serán él.

Valcarenghi sonrió.

—De acuerdo, Laurie. Si tú lo dices...

El granjero se había marchado súbitamente de la plataforma. La multitud susurraba, y otra figura ocupó su lugar: mucho más bajo, demasiado lleno de arrugas, y con un gran agujero en lugar de un ojo. Comenzó a hablar, en forma desordenada al principio, y luego con mayor cuidado.

—Éste es un albañil, ha trabajado en la construcción de muchos domos, vive en la ciudad sagrada. Ese ojo lo perdió hace muchos años, cuando se cayó de un domo y le penetró un palo afilado. El dolor fue muy grande, pero volvió al trabajo en un año, no rogó por una Unión prematura, fue muy valiente, y está contento por su coraje. Tiene una esposa, pero nunca tuvieron descendencia, eso le da pena, no puede hablar con su esposa con facilidad, están separados aún cuando están juntos y ella llora por las noches, esto

también le entristece, pero nunca le ha ofendido y...

Siguió así durante horas otra vez. De nuevo me sentí incómodo, pero me dominé. Esto era demasiado importante. Me dejé atrapar por la narración de Valcarenghi, y por la historia del shkeen de un solo ojo. Antes de mucho tiempo, estaba tan absorto en el relato como los seres a mí alrededor. Hacía calor y humedad y faltaba el aire, mi túnica se humedecía y ensuciaba por el sudor, parte del cual venía de las criaturas que se apretaban contra mí. Pero apenas me daba cuenta.

El segundo orador terminó del mismo modo que el primero, con una larga elegía por el júbilo de ser Unido y por la proximidad de la Unión Final. Hacia el final, ya casi no necesitaba la traducción de Valcarenghi: podía escuchar la alegría en la voz de shkeen, y verlo en su temblorosa figura. O tal vez estuviera leyendo sin darme cuenta. Pero no puedo leer a esa distancia, a menos que el sujeto esté sintiendo con gran intensidad.

Un tercer orador subió a la plataforma, y habló con una voz más potente que los otros.

Valcarenghi le siguió el ritmo.

—Esta vez es una mujer —dijo—. Ha criado ocho hijos para su hombre, tiene cuatro hermanas y tres hermanos, ha cultivado la tierra toda su vida, ha...

De pronto su discurso ascendió en un pico, y comenzó una larga secuencia con varios agudos y altos silbidos. Luego enmudeció. La multitud, como un solo hombre, comenzó a responder con sus propios silbidos. Una fantástica música de eco llenó el Gran Teatro, y los shkeen de alrededor nuestro empezaron a balancearse y silbar. La mujer miraba la escena desde una actitud de agotamiento.

Valcarenghi comenzó a traducir, pero se trabó con algo. Laurie intervino antes que él pudiera retomar.

—Les ha contado una gran tragedia —cuchicheó—. Ellos silban para mostrar su pena, su identificación con su dolor.

—Simpatía, sí —dijo Valcarenghi, volviendo a traducir—. Cuando era joven, su hermano enfermó, y parecía que iba a morir. Sus padres le pidieron que lo llevara a las colinas sagradas, ya que no podían dejar a los más pequeños. Pero ella rompió una rueda en el camino por conducir sin atención, y su hermano murió en el llano. Murió sin la Unión.

Ella se lo reprocha a sí misma.

Los shkeen habían empezado de nuevo. Laurie comenzó a traducir, inclinándose hacia nosotros y hablando en murmullo.

—Su hermano murió, ella está repitiendo. Ella le faltó, le negó la Unión, ahora él está dividido y solo y se ha ido sin... sin...

—Vida futura —intervino Valcarenghi—. Sin vida futura.

—No estoy segura de que eso sea lo más correcto —dijo Laurie—. El concepto es...

Valcarenghi le hizo un gesto para que se callara.

—Escucha —le dijo. Y siguió traduciendo.

Escuchamos la historia, narrada por Valcarenghi en un cuchicheo cada vez más ronco.

Ella habló más que nadie, y su historia fue la más dura de las tres. Cuando terminó, ella también fue reemplazada. Pero Valcarenghi me puso una mano en el hombro y señaló hacia la salida.

El fresco aire de la noche nos cayó como agua helada, y allí me di cuenta de que estaba bañado en sudor. Valcarenghi caminó rápidamente hacia el coche. Detrás de nosotros la oratoria continuaba, y los shkeen no daban señales de cansancio.

—Los encuentros duran días, y a veces semanas —nos dijo Laurie mientras subíamos al coche—. Los shkeen escuchan por turnos, por así decirlo. Ellos tratan con todo su ser de escuchar cada palabra, pero el cansancio se apodera de ellos tarde o temprano y se retiran para breves descansos, y luego vuelven para continuar. Es un gran honor mantenerse sin dormir a lo largo de todo un Encuentro.

Valcarenghi nos dijo cuando estábamos arriba:

—Voy a intentarlo un día. Nunca he escuchado más que un par de horas, pero creo que lo conseguiría si me tonificara con drogas. Comprenderemos más acerca de los shkeen si participamos más plenamente de sus rituales.

—Oh —dije—. Tal vez Gustaffson pensara lo mismo.

Valcarenghi rió ligeramente.

—Sí, tal vez, pero yo no pretendo participar tan plenamente.

El viaje a casa se hizo en medio de un cansado silencio. Perdí la cuenta del tiempo, pero mi cuerpo insistía en que era casi el amanecer. Lya se enrollaba bajo mi brazo, parecía agotada y vacía,

y sólo a medias despierta. Yo me sentía igual.

Dejamos el aerocoché frente a la Torre, y cogimos los tubos-ascensores. Estaba harto de pensar. El sueño vino en seguida.

Esa noche soñé. Creo que era un buen sueño, pero desapareció con la llegada de la luz, dejándome vacío y con la sensación de haber sido engañado. Me quedé así, después de despertar, con mi brazo alrededor de Lya y mis ojos en el techo, tratando de recordar el sueño. Pero sin resultado.

En lugar de eso, me sorprendí pensando acerca del Encuentro, reviviéndolo en mi mente. Por último me desprendí y salí de la cama. Habíamos oscurecido el cristal, de modo que el cuarto tenía la oscuridad de un pozo. Hallé los controles con facilidad, y dejé pasar un poco de la luz de la mañana.

Lya murmuró alguna protesta dormida y se dio la vuelta, sin hacer ningún esfuerzo por levantarse. La dejé sola en el cuarto y me dirigí a la biblioteca, en busca de algún libro sobre los shkeen: algo más completo que los materiales que nos habían enviado. No tuve suerte. La biblioteca estaba ideada para la recreación, no para el estudio.

Encontré una pantalla y marqué para la oficina de Valcarenghi. Respondió Gourlay.

—Buen día —dijo—. Dino supuso que llamaría. No está aquí ahora. Ha salido a arbitrar un contrato. ¿Qué necesita?

—Libros —dije, y mi voz sonó algo dormida—. Algo acerca de los shkeen.

—No puedo ofrecerle nada —dijo Gourlay—. No hay ninguno, en realidad. Hay muchas monografías e informes, pero ningún libro entero. Yo voy a escribir uno, pero todavía no lo tengo. Dino pensó que yo podía ser vuestra fuente, supongo.

—Oh.

—¿Tiene alguna pregunta?

Busqué alguna pregunta, pero no encontré ninguna.

—No realmente —dije, alzando los hombros—. Sólo quería información general, tal vez algo más acerca de los Encuentros.

—Le puedo hablar de eso más tarde —dijo Gourlay—. Dino pensó que tal vez quisiera empezar a trabajar hoy. Le podemos traer gente a la Torre, si usted quiere, o ustedes pueden salir a buscarla.

—Saldremos nosotros —le dije rápidamente. Traer sujetos para

las entrevistas complica todo. Se ponen ansiosos, y eso enmascara cualquier emoción que pudiera leer, y también piensan en cosas distintas, con el consiguiente problema para Lyanna.

—Muy bien —dijo Gourlay—. Dino dejó un aerocoche a su disposición. Puede recogerlo a la entrada. También tendrán unas llaves para ustedes, de modo que puedan venir directamente a la oficina sin pasar por las secretarias.

—Gracias —le dije—. Le hablaré más tarde.

Apagué la pantalla y volví al dormitorio.

Lya estaba sentada, con la sábana alrededor del cuerpo. Me senté junto a ella y la besé. Ella sonrió, pero no respondió.

—¡Eh! —le dije—. ¿Qué pasa?

—Jaqueca —respondió—. Creía que las píldoras para la sobriedad también quitaban la resaca.

—Así es en teoría. La mía funcionó bastante bien.

Me dirigí al guardarropa y comencé a buscar algo que ponerme.

—Debería haber píldoras contra la jaqueca en algún sitio —dije—. No creo que a Dino se le hubiese escapado algo tan obvio.

—Umpf. Sí. Tírame algo de ropa.

Cogí una de sus batas y la arrojé a través del cuarto. Lya se paró y se enfundó en ella mientras yo me vestía, y luego salió del cuarto.

—Qué bien —dijo, desde el lavabo—. Tenías razón, no olvidó los medicamentos.

—Es un tipo cuidadoso.

Lya sonrió.

—Supongo. Laurie conoce mejor el idioma, empero. La leí. Dino cometió un par de errores en esa traducción la otra noche.

Me esperaba algo así. No dejaba mal a Valcarengi; llevaba cuatro meses de handicap, por lo que dijeron. Asentí.

—¿Has leído algo más?

—No. Probé con los que hablaban, pero la distancia era demasiado grande —se acercó y me cogió la mano—. ¿Dónde vamos hoy?

—A Shkeentown —le dije—. Vamos a ver si encontramos alguno de esos Unidos. No vi ninguno en el Encuentro.

—No. Esas cosas son para shkeen candidatos-a-ser-Unidos.

—Eso es lo que escuché.

Nos fuimos. Nos detuvimos en el cuarto nivel para un desayuno

tardío en la cafetería de la Torre, luego un hombre en el vestíbulo nos indicó cuál era nuestro aerocoche. Era un cuatro plazas deportivo de color verde muy común, muy inconspicuo.

No llevamos el aerocoche hasta la propia ciudad shkeen, pensando que percibiríamos más el ambiente del lugar si llegábamos andando. De modo que dejamos el aerocoche justo después de la primera línea de colinas, y emprendimos la marcha.

La ciudad humana parecía casi vacía, pero Shkeetown estaba llena de vida. Las calles de piedra pulverizada estaban llenas de seres, con una actividad febril, llevando y trayendo cargamentos de ladrillos y canastas de fruta y vestidos. Había niños por todas partes, la mayoría de ellos desnudos; gordas pelotas de energía naranja que corrían alrededor nuestro en círculos, silbando, gruñendo y riendo, tropezando con nosotros de cuando en cuando. Los chicos parecían distintos a los adultos. Tenían algunas matas de cabello rojizo, por un lado, y la piel era todavía suave y sin arrugas. Eran los únicos que se fijaban un poco en nosotros. El adulto shkeen se ocupaba de sus asuntos, y nos dirigía alguna que otra mirada amistosa. Los humanos no eran tan infrecuentes en las calles de Shkeentown.

La mayor parte del tráfico era de peatones, pero también había pequeños carros de madera. El animal shkeen de tiro parecía un gran perro verde a punto de enfermar. Iban atados a los carros a pares, y se quejaban de una manera constante mientras tiraban. De modo que, de forma natural, los hombres los llamaban quejadores. Además de quejarse, también defecaban constantemente. Esto, con los olores de la comida que vendían los buhoneros, y los propios shkeen, daban a la ciudad una pestilencia definida.

También había ruido, en la forma de un clamor constante. Los chicos silbando, los shkeen hablando fuerte con gruñidos y quejidos y chillidos, los quejadores quejándose y sus carros traqueteando sobre las piedras. Lya y yo caminábamos a través de todo eso en silencio, cogidos de la mano, observando y escuchando, oliendo y... leyendo.

Estaba completamente abierto cuando entré en Shkeentown, dejando que todo me bañase mientras caminaba, sin enfocar pero receptivo. Yo era el centro de una pequeña burbuja de emoción: los sentimientos acudían a mí cuando se aproximaban los shkeen, se

desvanecían cuando se alejaban, bailaban alrededor con los chicos que nos rodeaban en círculos. Nadaban en un mar de impresiones. Y me asustaba.

Me asustaba por lo familiar. Había leído nativos de otros planetas antes. A veces era difícil, a veces fácil, pero nunca agradable. Los hranganos tienen una mente amarga, llena de odio y rencores, y me siento sucio cuando despego. Los fyndii sienten las emociones tan agudas que apenas consigo leerlos. Los damoosh son... diferentes. Los leo con fuerza, pero no encuentro nombres para los sentimientos que leo.

Pero los shkeen, era como caminar a lo largo de una calle en Baldur. No, un momento, más parecidos a las Colonias Perdidas, donde un asentamiento humano volvió al estado de barbarie y olvidó sus orígenes. Las emociones humanas corrían allí primarias, fuertes y reales, pero menos sofisticadas que en la Antigua Tierra o en Baldur.

Los shkeen eran así: primitivos, tal vez, pero susceptibles de ser comprendidos. Leía júbilo y tristeza, envidia, rabia, antojo, rencor, duelo, dolor. La misma compleja mezcla que a veces me asalta, cuando me lo permito.

Lya también estaba leyendo. Sentí su mano tensa en la mía. Después de un rato, se aflojó. Me volví hacia ella, y vio la pregunta en mis ojos.

—Son gente —dijo—. Son como nosotros.

Asentí.

—Una evolución paralela, tal vez. Shkea podría ser una Tierra más antigua, con unas pocas diferencias secundarias. Pero tienes razón. Son más humanos que cualquier otra raza que hayamos encontrado en el espacio. —Pensé en eso—. ¿No contesta la pregunta de Dino? Si son como nosotros, se sigue que su religión puede ser más atractiva que otra verdaderamente extraña.

—No, Robb —dijo Lya—. No pienso así. Al contrario. Si son como nosotros, menos sentido tiene que ellos marchen voluntariamente a la muerte. ¿Lo ves?

Ella tenía razón, por supuesto. No había nada suicida en las emociones que leía, nada inestable, nada realmente anormal. Sin embargo, cada uno de los shkeen terminaba acudiendo a la Unión Final.

—Tendríamos que centrarnos en alguien —dije—. Este aroma de pensamiento no nos lleva a ningún sitio. Me volví en busca de un sujeto, pero justo en ese momento escuché sonar las campanas.

Venían de algún lugar hacia la izquierda, casi perdidas entre el bullicio del gentío. Tiré a Lya de la mano, y corrimos calle abajo para buscarlas, doblando a la izquierda en el primer paso entre la ordenada hilera de domos.

Las campanas seguían delante nuestro, y nosotros corríamos, cortando camino a través de lo que debía ser el patio de alguien, y pasando por encima de un seto erizado de espinas. Detrás de éste había otro patio, un pozo de excrementos, más domos, y por último otra calle. Fue allí que encontramos a los tañedores de campanas.

Eran cuatro, todos Unidos, que vestían largos camisones de tela de color rojo brillante arrastrados por el suelo, con grandes campanas de bronce en cada mano. Tañían las campanas constantemente, con sus largos brazos yendo y viniendo, y llenaban la calle de notas metálicas. Los cuatro eran mayores, de la manera como envejecen los shkeen, sin cabello y con un millón de pequeñas arrugas. Pero sonreían ampliamente, y los shkeen más jóvenes que pasaban a su lado les devolvían la sonrisa.

En sus cabezas rondaban los greeshka.

Esperaba que su vista resultase horrible, pero no sucedió así. Era vagamente inquietante, pero sólo porque yo sabía lo que significaba. Los parásitos eran como gotas brillantes de un carmesí viscoso, que variaban en tamaño desde la verruga pulsante en la base del cráneo de uno de ellos hasta el mantel de rojo goteante y movedizo que cubría la cabeza y las espaldas del más pequeño como una capucha viviente. Los greeshka vivían compartiendo las sustancias nutritivas del flujo sanguíneo de los shkeen.

Y también por el consumo lento —muy lento, eso sí— de su anfitrión.

Lya y yo nos detuvimos a unos cuantos metros de ellos, y los observamos mientras tañían. Su rostro era solemne, y creo que el mío también. Todos los otros estaban sonriendo, y las canciones que sonaban en las campanas eran canciones de júbilo.

Estreché la mano de Lya.

—Lee —le susurré. Lémos.

Yo leí campanas. No el sonido de las campanas, no, no, sino el

sentimiento de las campanas, la emoción de las campanas, la brillante alegría metálica, la fuerza del ulular-gritar-sonar, la canción de los Unidos, la cercanía y el compartir de todo aquello. Leí lo que sentían los Unidos cuando tocaban sus campanas, su felicidad y anticipación, su éxtasis al decir a los otros acerca de su clamoroso contento. Y leí amor, que me llegaba de ellos en grandes oleadas cálidas, el apasionado amor de un hombre y una mujer juntos, no el débil afecto del humano que «ama» a sus hermanos. Esto era real y ferviente y casi quemaba mientras me bañaba y me rodeaba. Se amaban a sí mismos, amaban a todos los shkeen, y amaban la Greeshka, y estaban todos juntos y ligados pese a que cada uno era todavía sí mismo y nadie podía leer a los otros como yo los leía.

¿Y Lyanna? Me desprendí de ellos, me cerré, y miré a Lya. Ella estaba blanca, pero sonriente.

—Son hermosos —dijo, con su voz muy pequeña y suave y pensativa. Empapado de amor, todavía recordaba cuánto la amaba a ella, y como yo formaba parte de ella y ella de mí.

—¿Qué... qué has leído? —pregunté, luchando por hacerme escuchar a través del clamor de las campanas.

Ella sacudió la cabeza, como para aclararla.

—Nos aman —dijo—. Debes de saberlo, pero oh, lo he sentido, ellos nos aman. Es tan profundo. Debajo de ese amor hay más amor, y debajo de ése más aún, y más y más.

Sus mentes son profundas, tan abiertas, creo que nunca he leído a un humano tan profundamente. Todo está bien en la superficie, allí mismo, su vida entera con todos sus sueños y sentimientos y recuerdos y... oh, vi todo eso, lo percibí con la lectura, con una mirada. Con los hombres, con los humanos, es tanto trabajo: tengo que bucear, tengo que luchar, y aún así no llego muy lejos. Sabes, Robb, sabes...

Y vino hacia mí y se apretó contra mí, y yo la tomé en mis brazos. El torrente de emociones que me había inundado debió ser como una ola gigante para ella. Su Talento era mucho más amplio y profundo que el mío, y ahora estaba temblando. Leí en ella mientras me abrazaba, y leí amor, un gran amor, y asombro y felicidad; pero también miedo, un miedo nervioso agitándolo todo.

Alrededor nuestro, el campanilleo había cesado súbitamente. Las

campanas, una por una, dejaron de balancearse, y los cuatro Unidos quedaron en silencio por un instante.

Uno de los otros shkeen próximos les trajo una enorme canasta cubierta con un mantel. El más menudo de los Unidos arrojó el mantel y el aroma de las empanadas calientes se elevó en torno. Cada uno de los Unidos cogió varias de la canasta, y pronto las estaba comiendo alegremente, y el dueño de la canasta les hacía muecas. Otro shkeen, una jovencita desnuda, corrió y les ofreció una garrafa de agua, que ellos se pasaron sin comentarios.

—¿Qué están haciendo? —pregunté a Lya.

Entonces, aún antes que me contestara, recordé. Algo de la literatura que me había enviado Valcarenghi. Los Unidos no realizaban ningún trabajo. Durante cuarenta años terrestres trabajaban y sudaban, pero desde su primera Unión hasta la Unión Final, sólo había júbilo y música, y vagaban por las calles y tañían sus campanas, hablaban y cantaban, y los otros shkeen les daban de comer y beber. Era un honor dar de comer a un Unido, y el shkeen que les había ofrecido las empanadas irradiaba orgullo y placer.

—Lya —susurré—, ¿puedes leerlos ahora?

Asintió contra mi pecho y se retiró y miró a los Unidos, haciendo fuerza con los ojos, y luego relajándose otra vez. Volvió a mirarme:

—Es diferente —dijo, intrigada.

—¿Cómo?

Bizqueó desconcertada.

—No lo sé. Quiero decir, todavía nos quieren, y todo. Pero ahora sus pensamientos son más humanos, por decir así. Hay niveles, sabes, y escarbar no es fácil, y hay cosas escondidas, cosas que se esconden aún de ellos mismos. No es tan abierto como antes.

Están pensando acerca de la comida y qué sabrosa que era. Es todo muy vivido. Podría paladear las empanadas yo misma. Pero no es lo mismo.

Tuve una inspiración.

—¿Cuántas mentes hay allí?

—Cuatro —dijo ella—. Conectadas de alguna forma, creo. Pero no de verdad —se detuvo, confusa, y sacudió la cabeza—. Quiero decir, ellos sienten de algún modo las emociones de los otros, como tú. Pero no los pensamientos, no los detalles. Puedo leerlos, pero

ellos no se leen entre sí. Cada uno es distinto. Estaban más cerca antes, cuando campanilleaban, pero seguían siendo individuos.

Yo estaba algo descontento.

—¿Cuatro mentes, dices, no una?

—Umpf, sí. Cuatro.

—¿Y los greeshka? —ésta era mi otra idea brillante. Si los greeshka tuviesen su propia mente...

—Nada —dijo Lya—. Es como leer una planta, o un trozo de tela. Ni siquiera «sí, estoy vivo».

Esto era extraño. Incluso los animales más simples tenían una vaga conciencia de estar vivos: el sentimiento que los Talentos llamaban «sí, estoy vivo», habitualmente sólo una apagada chispa que requería de un Talento mayor para ser detectada. Pero Lya era un Talento mayor.

—Hablemos con ellos —dije. Ella asintió, y caminamos hasta donde los Unidos engullían sus empanadas.

—Hola —dije torpemente, preguntándome cómo dirigirme a ellos—. ¿Hablan terráqueo?

Tres de ellos me miraron sin comprenderme. Pero el cuarto, el pequeño cuyo greeshka era una roja capa goteante, movió su cabeza arriba y abajo.

—Sih —dijo, con una voz aflautada.

De pronto olvidé lo que quería preguntarle, pero Lyanna acudió en mi ayuda:

—¿Conocen humanos Unidos? —dijo.

Él hizo una mueca.

—Todos los Unidos son uno —dijo.

—Oh —dije—. Claro, pero ¿conocen alguno que se parezca a nosotros? Alto, me comprende, con cabello y piel rosado o marrón o algo así —me detuve aquí, dudando de cuánto terráqueo conocería el viejo shkeen, y mirando su greeshka con un poco de aprensión.

Su cabeza se movió de un lado a otro.

—Los Unidos shon todos diferentes, pero todos shon uno, todos el mishmo. Algunos shon como tú, ¿Quieren Unirse?

—No, gracias —dije—. ¿Dónde puedo encontrar un humano Unido?

Cabeceó un poco más.

—Los Unidos cantan y tañen y recorren la ciudad shagrada.

Lya había estado leyendo.

—No sabe —me dijo—. Los Unidos vagan tocando las campanas. No hay patrones para su movimiento, nadie se fija. Es todo casual. Algunos viajan en grupos, otros solos, y nuevos grupos se forman cuando se encuentran entre sí.

—Tendremos que buscar —dije.

—Coman —dijo el shkeen.

Buscó en la canasta que se hallaba en el suelo y sacó dos empanadas humeantes.

Apretó una en mi mano y otra en la de Lya.

La miré con dudas.

—Gracias —le dije. Tiré de Lya con mi mano libre y nos fuimos juntos. Los Unidos nos hicieron muecas mientras nos íbamos, y volvieron a tañer las campanas nuevamente cuando nos encontrábamos a media calle.

Todavía tenía la empanada en la mano. La corteza quemaba mis dedos.

—¿Debo comer esto? —pregunté a Lya.

Dio un mordisco a la suya.

—¿Por qué no? Las comimos anoche en el restaurante, ¿no es así? Estoy segura que Valcarenghi nos habría avisado si la comida shkeen fuese intoxicante.

Eso tenía sentido, así es que me llevé la empanada a la boca y di un mordisco mientras caminaba. Estaba caliente, muy caliente, y no se parecía en nada a las empanadas que habíamos probado la noche anterior. Aquéllas eran unas cosas doradas y escamosas, suavemente sazonadas con especias de Baldur. La versión shkeen era crujiente, y la carne de su interior chorreaba grasa y quemaba mi lengua. Pero sabía bien, y yo tenía hambre. La empanada no duró mucho.

—¿Has captado algo más en la lectura del tipo bajito? —pregunté a Lya con la boca llena de empanada.

Ella tragó y asintió.

—Oh, sí. Estaba contento, más que los demás. Es mayor. Se acerca a la Unión Final, y está emocionado por eso.

Ella habló con su lenguaje sencillo y habitual: los efectos posteriores a la lectura de los Unidos parecían haberse desvanecido.

—¿Por qué? —yo estaba pensando en voz alta—. Va a morir. ¿Qué lo pone tan contento?

Lya alzó los hombros.

—Me temo que no estaba pensando con gran detalle analítico.

Chupé mis dedos para limpiar la grasa. Nos encontrábamos en un cruce de calles, con los shkeen moviéndose en todas las direcciones, y podíamos oír más campanas al viento.

—Más Unidos —dije—. ¿Quieres echar una mirada?

—¿Qué encontraríamos que no sepamos ya? —dijo—. Necesitamos un humano unido.

—Tal vez alguno del grupo sea humano.

Me encontré con la mirada mordaz de Lya.

—Tal vez sí, tal vez no.

—De acuerdo —concedí. Ya era avanzada la tarde—. Tal vez nos convenga regresar, y empezar más temprano mañana. Además, Dino nos estará esperando para cenar.

La cena, esta vez, se servía en la oficina de Valcarengghi, luego de agregar algún mobiliario adicional. Según supimos, sus oficinas se encontraban en la planta inmediata inferior, pero él prefería llevar a sus invitados arriba para que pudieran aprovechar la magnífica vista desde la Torre.

Éramos cinco, ya mencionados: Lya y yo, Valcarengghi y Laurie, más Gourlay. Laurie se encargó de la cocina, supervisada por el cocinero jefe Valcarengghi. Hubo bistecs de carnes criadas en Shkea pero originarias de la Antigua Tierra, además de una fascinante mezcla de vegetales, que incluía setas de la Antigua Tierra, pipas de tierra de Baldur y campanillas dulces de Shkea. A Dino le gustaba experimentar y el plato era una invención suya.

Lya y yo informamos acerca de las aventuras del día, interrumpidos únicamente por las agudas y perspicaces preguntas de Valcarengghi. Luego de la cena, nos desprendimos de las mesas y los platos y nos sentamos a beber Veltaar y a conversar. Esta vez Lya y yo formulamos las preguntas, y Gourlay proveyó el grueso de las respuestas. Valcarengghi escuchaba desde un almohadón en el suelo, con un brazo alrededor de Laurie y el otro sujetando su vaso de vino. No éramos los primeros Talentos que visitaban Shkea, nos dijo. Ni los primeros en afirmar que los shkeen eran parecidos al hombre.

—Supongamos que sea así —dijo—. Pero no lo creo. No son hombres. No señor. Son mucho más sociales, por una parte. Grandes

constructores de ciudades desde tiempo inmemorial, siempre viviendo en poblados, siempre rodeándose de otros. Y también son más comunistas que los hombres. Cooperan en toda clase de cosas, y son magnánimos a la hora de compartir. El comercio, por ejemplo, lo ven como un compartir mutuo.

Valcarenghi rió.

—Puedes repetir eso. Acabo de pasar todo el día tratando de establecer un contrato con un grupo de granjeros que nunca habían comerciado con nosotros. No es fácil, créanme. Ellos nos dan la parte que queramos de su producción que ellos no necesiten o que no haya sido pedida por otro antes. Pero ellos quieren recibir lo que ellos pidan en el futuro. Esperan eso, de hecho. De modo que cada vez que negociamos tenemos la opción: o le damos un cheque en blanco, o nos metemos en una increíble ronda de negociaciones que terminan con su convencimiento de que somos totalmente egoístas.

Lya no estaba satisfecha.

—¿Qué pasa con el sexo? —preguntó—. Por lo que traducías anoche, tengo la impresión de que son monógamos.

—Tienen cierta confusión acerca de las relaciones sexuales —dijo Gourlay—. Es muy extraño. El sexo también es compartir, y es bueno compartir con todos. Pero el compartir tiene que ser real y lleno de contenido. Y eso crea problemas.

Laurie intervino.

—He estudiado el problema —dijo con rapidez—. La moralidad shkeen insiste en que ellos aman a todos. Pero no pueden hacerlo, son demasiado humanos, demasiado posesivos. Se enrollan en relaciones monogámicas porque compartir el sexo realmente profundo con una persona es mejor que un millón de estrechos y limitados contactos sexuales, en su cultura. El shkeen ideal compartiría el sexo con todo el mundo, tratando de hacer profunda cada unión. Pero ese ideal no puede ser alcanzado.

Frunció el ceño.

—¿No había ningún culpable anoche para traicionar a su mujer?

Laurie asintió con énfasis.

—Sí, pero la culpa era porque las otras relaciones llevaron a la disminución en el compartir con la esposa. Eso era la traición. Si hubiera sido capaz de manejarlas sin herir su relación más antigua, el sexo no hubiera tenido tanta importancia. Y si, además, todas las

relaciones hubieran sido de compartir amor, esto hubiera sido un punto a favor. Su esposa hubiera estado orgullosa de él. Para el shkeen es un logro importante el estar en una unión múltiple que funcione bien.

—Y uno de los mayores crímenes shkeen es dejar a otro solo —dijo Gourlay—. Emocionalmente solo. Sin compartir.

Me quedé pensando en ello, mientras Gourlay proseguía. Los shkeen tienen pocos crímenes, decía, en particular crímenes violentos. No hay asesinatos, no hay castigos, no hay prisioneros ni guerras en su larga y vacía historia.

—Son una raza sin asesinos —dijo Valcarenghi—. Lo que puede explicar algo: en la Antigua Tierra, las culturas que tenían la mayor tasa de suicidios a menudo tenían las tasas más bajas de asesinatos. La tasa de suicidios de los shkeen es del cien por ciento.

—Matan animales —dije.

—No son parte de la Unión —contestó Gourlay—. La Unión abarca todo lo que piensa, y sus criaturas no pueden ser muertas. No matan ni shkeen, ni humanos, ni greeshka.

Lya me miró, y luego se dirigió a Gourlay.

—Los greeshka no piensan —dijo—. Traté de leerlos esta mañana y no capté nada más que las mentes de los shkeen que los llevan. Ni siquiera un «sí, estoy vivo».

—Sabemos eso, pero el tema siempre me ha traído de cabeza —dijo Valcarenghi, poniéndose de pie. Fue al bar a por más vino, trajo una botella, y llenó los vasos—. Un parásito carente de mente por completo, pero que esclaviza a una raza inteligente como los shkeen. ¿Por qué?

El nuevo vino era bueno y helado, un camino frío que bajaba por la garganta. Lo bebí, y asentí, recordando el torrente de euforia que nos había invadido más temprano ese mismo día.

—Droga —dije, especulando—. Los greeshka deben producir una droga orgánica de placer. Los shkeen se someten voluntariamente a ellos y mueren contentos. El júbilo es real, creedme. Lo sentimos.

Lyanna tenía dudas, sin embargo, y Gourlay meneó la cabeza con firmeza.

—No, Robb, no es así. Hemos hecho experimentos con los greeshka y...

Debe haberse dado cuenta de mi expresión de sorpresa. Se

detuvo.

—¿Qué opinan los shkeen acerca de eso? —pregunté.

—No les dijimos nada. No les hubiera gustado nada. Los greeshka son sólo un animal, pero para ellos es su Dios. No hay que jugar con Dios. Hemos repetido esto durante mucho tiempo, pero cuando se pasó Gustaffson, el viejo Stuart quiso saber. Fueron órdenes tuyas. No conseguimos nada. No había evidencias de que hubiese una droga, ni secreciones ni nada. De hecho, los shkeen son la única especie nativa que se somete tan fácilmente. Capturamos un quejador, y lo atamos, y luego dejamos que se adhiriera un greeshka. Unas dos horas más tarde, lo desatamos. El maldito quejador estaba furioso, chirriando y aullando, y atacaba la cosa en su cabeza. Casi se arranca el cráneo a zarpazos antes de desprendérselo.

—Tal vez sólo los shkeen sean susceptibles —dije. Un débil intento.

—No sólo —dijo Valcarenghi con una pequeña y fina sonrisa—. Estamos nosotros.

Lya estaba extrañamente callada en el ascensor. Casi apartada. Supuse que estaría pensando acerca de la conversación. Pero la puerta de nuestra suite apenas acababa de cerrarse detrás nuestro cuando se volvió hacia mí y me rodeó con sus brazos.

Estiré el brazo y le acaricié el pelo, un tanto sorprendido por el gesto.

—¡Eh! —murmuré—. ¿Qué pasa?

Me dirigió su mirada de vampiro, con ojos grandes y frágiles.

—Hazme el amor, Robb —dijo con una suave y súbita urgencia—. Por favor, hazme el amor ahora.

Sonreí, pero era una sonrisa preocupada, no mi habitual lascivia. Lya por lo común se torna traviesa y cruel cuando siente deseo, pero ahora se la veía confusa y vulnerable. Yo no entendía muy bien.

Pero no era la hora de preguntar, y no pregunté nada. Sólo la atraje hacia mí sin decir nada y la besé con fuerza y luego caminamos juntos hasta la cama.

E hicimos el amor, realmente hicimos el amor, más de lo que los pobres normales pueden hacerlo. Unimos nuestros cuerpos en uno, y sentí a Lya tensarse cuando su mente encontró la mía, y mientras

nos movíamos juntos yo me iba abriendo a ella, hundiéndome en el torrente del amor, necesidad y miedo que brotaba de ella.

Luego tan rápido como había comenzado, terminó. Su goce me recorrió como una violenta ola roja, y yo me uní a ella en la cresta, y Lya me estrechaba con fuerza mientras sus ojos sé empequeñecían y todo su cuerpo era el que bebía.

Después yacimos en la oscuridad y dejamos que las estrellas de Shkea volcaran su luz tenue a través de la ventana. Lya se acurrucó junto a mí, con su cabeza sobre mi pecho, mientras yo la acariciaba.

—Estuvo bien —dije, con una voz soñolienta, sonriendo en la penumbra.

—Sí —contestó. Su voz era suave y baja, tan baja que apenas si la escuché—. Te amo, Robb —susurró.

—Uh-huh —dije—. Y yo te amo a ti.

Se zafó de mi mano y se desplazó un poco, apoyando su cara en un mano para mirarme y sonreír.

—Lo sé —dijo—. Lo leí. Y tú sabes cuánto te quiero, ¿no es cierto?

Asentí, sonriendo.

—Seguro.

—Tenemos suerte, sabes. Los normales sólo tienen palabras. Pobres normales.

¿Cómo pueden decir, sólo con palabras? ¿Cómo pueden conocer? Siempre están separados uno del otro, tratando de alcanzar al otro y fallando. Aún cuando hacen el amor, aún cuando llegan al clímax, están siempre separados. Deben estar muy solos.

Había algo... preocupante... en eso. Miré a Lya, a sus ojos brillantes y felices, y pensé acerca de ello.

—Puede ser —dije, por fin—. Pero no lo pasan tan mal. No conocen otra manera, y lo intentan, tratan de amar. A veces salvan la distancia.

—«Sólo una mirada y una voz, y luego la oscuridad y el silencio otra vez» —citó Lya, su voz sonó triste y tierna—. ¿Tenemos más suerte, no es así? Tenemos mucho más.

—Tenemos más suerte —repetí. Y me volví para leerla. Su mente era como una neblina de satisfacción, con un toque ligero de solitaria melancolía. Pero había algo más, muy abajo, ya casi retirado, pero aún detectable.

Me senté despacio.

—¡Eh! —dije—. Tú estás preocupada por algo. Y antes, cuanto terminamos, tú estabas asustada. ¿Qué sucede?

—No lo sé, de verdad —dijo ella. Sonaba preocupada y estaba preocupada; pude leerlo—. Estaba asustada, pero no sé por qué. Los Unidos, supongo. Sigo pensando lo mucho que me amaban. No me conocían siquiera, pero me amaban tanto, y comprendían... era casi como lo hacemos nosotros. Y eso... no sé. Me molestaba. Quiero decir, nunca pensé que podría ser amado de esa manera, salvo por ti. Y ellos estaban tan próximos, tan juntos. Sentí como una especie de soledad, al estar sólo cogidos de la mano y hablando. Quería estar cerca tuyo de aquella manera. Después de ver la manera en que ellos compartían todo, estar sola me parecía una especie de vacío. Y me asustaba, ¿sabes?

—Lo sé —dije, tocándola con suavidad, con la mano y la mente—. Comprendo.

Nosotros nos comprendemos el uno al otro. Estamos casi tan juntos como lo están ellos, como nunca pueden estarlo los normales.

Lya asintió, y sonrió y me abrazó. Nos dormimos abrazados.

Nuevos sueños. Pero otra vez, al amanecer, la memoria me los ocultó. Era algo fastidioso. El sueño había sido agradable, cómodo. Lo quería de nuevo, y ni siquiera podía recordar de qué se trataba. El dormitorio, inundado por la ruda luminosidad de la mañana, me parecía oscuro respecto de los esplendores de mi perdida visión.

Lya se despertó después que yo, con dolor de cabeza. Esta vez tenía las pastillas a mano, en la mesita de noche. Tomó una.

—Debe ser el vino shkeen —le dije—. Alguno de sus componentes te afecta el metabolismo.

Sacó una bata nueva y me dijo, ceñuda:

—No. Bebimos Veltaar anoche, ¿recuerdas? Mi padre me dio la primera copa de Veltaar cuando tenía nueve años. Nunca me provocó dolores de cabeza antes.

—¡El primero! —dije, sonriendo.

—No es divertido —dijo ella—. Duele.

Dejé de bromear, y traté de leerla. Ella tenía razón. Toda la frente palpitaba de dolor.

Me retiré rápidamente antes de cogerlo yo también.

—Tienes razón —dije—. Lo siento. Las píldoras se harán cargo

del dolor. Mientras tanto tenemos que trabajar.

Lya asintió. Nunca había dejado que algo interfiriera con su trabajo.

El segundo día fue una cacería del hombre. Comenzamos mucho más temprano, después de un breve desayuno con Gourlay, luego cogimos el aerocoche al pie de la Torre. Esta vez no descendimos cuando llegamos a Shkeetown. Queríamos un Unido humano, lo que significaba que teníamos que recorrer mucho terreno. La ciudad era la más grande que hubiese visto nunca, en superficie por lo menos, y los mil y pico cultistas humanos se perdían entre millones de shkeen. Y, de esos humanos, sólo la mitad estaban Unidos ya.

Así que mantuvimos el aerocoche bajo, y zumbamos arriba y abajo por las colinas punteadas de domos como una montaña rusa flotante, causando bastante revuelo en las calles debajo nuestro. Los shkeen habían visto aerocoches antes, claro está, pero todavía era una novedad para algunos, en particular para los chicos, que trataban de correr detrás nuestro cada vez que aparecíamos. También provocamos el pánico de un quejador, que volcó el carro del que tiraba, desparramando la fruta que llevaba. Sentí culpa por ello, de modo que luego mantuve el coche más alto.

Divisamos Unidos por toda la ciudad, cantando, comiendo, caminado y haciendo sonar las campanas, esas eternas campanas de bronce. Pero durante las primeras tres horas, sólo encontramos Unidos shkeen. Lya y yo nos turnábamos para conducir y observar.

Tras la excitación del día anterior, la búsqueda resultaba tediosa y fatigante.

Al fin encontramos algo: un gran grupo de Unidos, unos diez de ellos, reunidos en torno a un carro de pan, detrás de una de las escarpadas colinas. Dos eran más altos que los demás.

Aterrizamos del otro lado de la colina y dimos la vuelta caminando para encontrarlos, dejando nuestro aerocoche rodeado por una multitud de chicos shkeen. Los Unidos todavía estaban comiendo cuando llegamos. Ocho de ellos eran shkeen de varios tamaños y tonalidades, con los greeshka pulsando sobre sus cráneos. Los otros dos eran humanos.

Éstos vestían el mismo camisón rojo largo que los shkeen, y llevaban las mismas campanas. Uno de ellos era un hombre grande, con piel floja que pendía en colgajos, como si hubiera perdido

mucho peso recientemente. Su pelo era blanco y rizado, su cara estaba surcada por una gran sonrisa y por arrugas alrededor de los ojos. El otro era un tipejo flaco y oscuro con nariz de gancho.

Ambos tenían greeshka succionándoles el cráneo. El parásito que tenía el más flaco era tan sólo un pimpollo, pero el viejo tenía un espécimen señorial que goteaba sobre sus espaldas.

Esta vez, de alguna manera, sí se veía horrible.

Lyanna y yo nos acercamos a ellos, tratando de sonreír, sin leer por lo menos al principio. Ellos sonrieron mientras nos acercábamos. Luego saludaron con la mano.

—Hola —dijo el flaco alegremente cuando estuvimos allí—. Nunca les he visto. ¿Son nuevos en Shkea?

Eso me cogió por sorpresa. Había estado esperando algún tipo de confusa bienvenida mística, o tal vez ninguna bienvenida. Pensaba que los humanos conversos habrían abandonado su humanidad para convertirse en una imitación de los shkeen. Me equivocaba.

—Más o menos —contesté. Y leí al flaco. Estaba genuinamente contento de vernos, y rebosaba de agrado y entusiasmo por nuestra presencia—. He sido contratado para leer gente como ustedes.

Había decidido ser honesto al respecto.

El flaco estiró su sonrisa más allá de lo que yo creía posible.

—Estoy Unido, y feliz —dijo—. Me encantará hablar con ustedes. Mi nombre es Lester Kamenz. ¿Qué quieres saber, hermano?

Lya, junto a mí, se volvía tensa. Decidí dejarla leer en profundidad mientras yo hacía preguntas.

—¿Cuándo se convino al Culto?

—¿Culto? —dijo Kamenz.

—La Unión.

Cabeceó, y me chocó la grotesca similaridad de su gesto con el del anciano shkeen que habíamos visto ayer.

—Siempre he estado en la Unión. Tú estás en la Unión. Todo lo que piensa está en la Unión.

—Algunos no lo sabíamos —dije—. ¿Y usted? ¿Cuándo supo que estaba en la Unión?

—Hace un año, según el tiempo de la Antigua Tierra. Fui admitido a las filas de los Unidos hace tan solo algunas semanas. La

primera Unión es un tiempo de júbilo. Estoy jubiloso. Caminaré por las calles y tocaré las campanas hasta la Unión Final.

—¿Qué hacía antes?

—¿Antes? —una mirada vaga—. Operaba una máquina. Trabajé con computadoras, en la Torre. Pero mi vida era vacía, hermano. No sabía que estuviese en la Unión, y me sentía solo. Sólo tenía máquinas, frías máquinas. Ahora estoy Unido. Ahora —buscó las palabras— no estoy solo.

Busqué en él y encontré que la felicidad seguía allí, con amor. Pero ahora tenía un dolor también, una vaga memoria de dolores pasados, el sabor de recuerdos no deseados. ¿Habían desaparecido? Tal vez el presente de greeshka a sus víctimas era el olvido, un dulce descanso y el fin de la lucha. Tal vez. Decidí hacer una prueba.

—Eso que lleva en la cabeza —dije, cortante—. Es un parásito. Está bebiendo su sangre en este preciso momento, alimentándose de ella. Mientras crece, tomará más y más de las cosas que usted necesita para vivir. Por último, comenzará a comer sus tejidos. ¿Comprende? Lo comerá a usted. No sé cuán doloroso sea, pero sea lo que sea que sienta, al final estará muerto. A menos que venga a la Torre ahora, y el cirujano lo extirpe. O acaso usted mismo pueda quitárselo. ¿Por qué no lo intenta? Estire la mano y tire de él. Adelante.

Esperé algo. ¿Qué? ¿Rabia? ¿Horror? ¿Disgusto? No obtuve nada de eso. Kamenz tan solo atiborró de pan su boca y me sonrió, y todo lo que leí era su amor y su júbilo y un poco de pena.

—Los greeshka no matan —dijo, finalmente—. Los greeshka traen júbilo y Unión feliz.

Sólo quienes no tienen greeshka mueren. Están... solos. Solos para siempre.

Algo en su mente tembló con un miedo súbito, pero éste desapareció con rapidez...

Miré a Lya. Estaba rígida y con la mirada fija, todavía leyendo. Me volví y comencé a formular otra frase. Pero de pronto los Unidos empezaron a campanillar. Uno de los shkeen lo inició, moviendo su campana arriba y abajo para producir un único sonido agudo. Después movió la otra mano, después la primera de nuevo, después la segunda, entonces otro Unido se sumó con su campana,

luego otro más y pronto estuvieron todos cantando y tañendo, y el sonido de sus campanas se estrellaba contra mis oídos al tiempo que el amor y el sentimiento de las campanas volvía a asaltar mi mente.

Me quedé para saborearlo. Aquí el amor dejaba sin aliento, llenaba de respeto, casi inspiraba miedo por su calor e intensidad, y había tanto que compartir, de que retozar y de que maravillarse, como una tapicería de dulces, calmantes y exhilarantes buenos sentimientos. Algo pasaba con los Unidos cuando hacían sonar las campanas, algo los tocaba y los elevaba y les daba una sensación de vivo placer, algo extraño y glorioso que los meros normales no podían escuchar en su áspera música metalizada. Yo no era un normal, sin embargo. Yo podía escucharlo.

Me retiré con temor, lentamente. Kamenz y el otro humano estaban ahora tocando con vigor, con amplias sonrisas. Lyanna todavía estaba tensa, todavía leía. Su boca estaba entreabierta, y temblaba en su sitio.

La rodeé con mi brazo y esperé, escuchando la música, pacientemente. Lya seguía leyendo. Al cabo de algunos minutos, la sacudí amablemente. Se volvió y me estudió con ojos duros y distantes. Luego pestañeó. Sus ojos se abrieron más y ella volvió, sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño.

Preocupado, miré dentro de su cabeza. Extraño y extranjero. Era una cambiante bruma de emociones, una densa mezcla viviente de sentimientos a los que no intentaría ponerle nombre. Ni bien había entrado que ya me sentía perdido, perdido e incómodo. En alguna parte de esas brumas un abismo sin fondo acechando para tragarme. Por lo menos, así lo sentí.

—Lya —dije—. ¿Algo no va?

Ella sacudió su cabeza de nuevo, y miró hacia los Unidos con una mirada que tenía miedo y nostalgia por partes iguales. Repetí mi pregunta.

—Yo... No sé —dijo—. Robb, por favor, no hablemos ahora. Vámonos de aquí. Quiero tiempo para pensar.

—De acuerdo —dije. ¿Qué estaba sucediendo? La tomé de la mano y caminamos lentamente alrededor de la colina hasta la ladera en la que habíamos dejado el coche. Los chicos shkeen estaban subidos a él, por todas partes. Los alejé, riendo. Lya se quedó allí, con sus ojos idos, muy lejos de mí. Quise leerla, pero de

algún modo sentí que sería una invasión de su privacidad.

Una vez en el aire, enfilamos hacia la Torre, volando más alto y más rápido esta vez.

Yo conducía, mientras Lya, sentada junto a mí, miraba a la distancia.

—¿Has obtenido algo útil? —le pregunté, tratando de traerla de nuevo al tema.

—Sí. No. Tal vez —su voz sonaba distraída, como si sólo una parte de ella me estuviese hablando—. Leí sus vidas, las de las dos. Kamenz era un operador de computadoras, como dijo. Pero no era muy bueno. Un feo hombrecito con una fea personalidad, sin amigos, sin sexo, sin nada. Vivía por sí mismo, evitaba a los shkeen, no le gustaban nada. En realidad, no le gustaba la gente. Pero de algún modo Gustaffson llegó hasta él. Ignoró la frialdad de Kamenz, sus salidas amargas, sus bromas crueles. No le respondió, ¿sabes? Luego de un tiempo, a Kamenz comenzó a gustarle Gustaffson, a admirarlo. Nunca fueron amigos en un sentido normal, pero Gustaffson fue lo más cercano a un amigo que tuvo Kamenz.

De pronto se detuvo.

—¿Así es que se pasó junto con Gustaffson? —interrumpí, mirándola fugazmente. Sus ojos todavía vagaban.

—No, no al principio. Él todavía sentía miedo, todavía le inspiraban temor los shkeen y terror los greeshka. Pero más tarde, cuando Gustaffson se marchó, comenzó a darse cuenta de cuán vacía era su vida. Trabajó todo el día con gente que lo despreciaba y máquinas que no sentían, luego se quedaba solo a la noche, leyendo o viendo los holoshows. No era vida, realmente. Apenas si tocaba a la gente a su alrededor. Al fin fue a ver a Gustaffson, y terminó convirtiéndose. Ahora...

—¿Ahora...?

Ella hesitó.

—Es feliz, Robb —dijo—. Realmente lo es. Por primera vez en su vida, es feliz. Nunca había conocido el amor antes. Ahora el amor lo llena.

—Has visto mucho —le dije.

—Sí —todavía la voz distraída, los ojos perdidos—. Estaba como abierto. Había niveles, pero escarbar en ellos no era tan duro como lo es habitualmente. Como si sus barreras se estuviesen debilitando,

haciéndose casi...

—¿Y el otro tipo?

Lya golpeó el panel de los instrumentos, mirando únicamente su mano.

—¿Ése? Era Gustaffson...

Y eso, de pronto, pareció despertarla, devolverla a la Lya que yo conocía y amaba.

Sacudió la cabeza y me miró, y la voz sin vida se tornó; un animado torrente de palabras.

—Robb, escucha, ése era Gustaffson, fue Unido hace ya un año, y marcha hacia la Unión Final en una semana más. Greeshka lo ha aceptado, y él quiere hacerlo, ¿sabes?

Lo quiere de verdad, y... y... oh, Robb, ¡se está muriendo!

—Dentro de una semana, por lo que has dicho.

—No, no quiero decir eso, es decir: la Unión Final no es la muerte, para él. Él cree, cree todo lo de la religión. Greeshka es su Dios, y va a unirse a él. Pero antes, y ahora, se estaba muriendo. Tenía la Plaga Lenta, Robb. Un caso mortal. Lo ha estado comiendo desde el interior durante quince años. La cogió en Pesadilla, en los pantanos, cuando murió su familia. Ése no es un planeta para la gente, pero él estaba allí, como administrador en una base experimental, una tarea a corto plazo. Vivían en Thor; era sólo una visita, pero la nave se estrelló. Gustaffson perdió la cabeza y trató de alcanzarlos antes que la nave se hundiera, pero cogió una cubierta personal fallada, y las esporas penetraron al interior. Estaban todos muertos cuando llegó. Sintió un dolor muy grande, Robb. Por la Plaga Lenta, pero más por la pérdida. Él los amaba de verdad, y nunca fue el mismo otra vez. Le dieron Shkea como una recompensa, como para que se sacara de la cabeza la idea del accidente, pero él seguía pensando en lo mismo todo el tiempo. Me imagino la situación, Robb. Era vívido. No podía olvidarlo. Los niños estaban en la nave, a salvo, pero el sistema de emergencia falló y los precipitó a la muerte. Pero su mujer... oh, Robb... se enfundó unas cubiertas y trató de ir a buscar ayuda, y afuera esas cosas, esas culebras que hay en Pesadilla, ¿cómo se llaman...?

Tragué con fuerza, sintiéndome un poco mal.

—Los gusanos-devoradores —dije, sin ganas. Había leído algo acerca de ellos, y visto imágenes. Podía ver la escena que Lya había

leído en la memoria de Gustaffson, y no era nada agradable. Me alegré por no tener su Talento.

—Estaban todavía... todavía... cuando Gustaffson llegó allí, sabes, y los mató con una pistola de rayos.

—No creí que pasaran cosas como ésa en la realidad.

—No —dijo Lya—. Tampoco Gustaffson. Habían sido tan, tan felices antes de eso, antes de lo que pasó en Pesadilla. Él la amaba, y estaban muy unidos, y su carrera parecía encantada. Él no tenía por qué haber ido a Pesadilla. Lo aceptó porque era un reto, porque nadie había podido con aquello. Esto lo corroe también. Y lo recuerda siempre. Él, ellos... —su voz vaciló— pensaban que tenían suerte —dijo, antes de quedarse callada.

No había nada que comentar al respecto. No dije nada, tan solo me ocupé del volante, pensando, sintiendo una aguada versión de lo que debía haber sido el dolor de Gustaffson. Luego de un rato, Lya volvió a hablar.

—Todo estaba allí, Robb —dijo, y su voz era más suave, lenta, y profunda de nuevo—. Pero estaba en paz. Todavía recordaba todo, y la manera en que lo había afectado, pero no le molestaba como lo había hecho antes. Sólo que ahora lamentaba que no estuviesen con él. Le apenaba que muriesen sin Unión Final. Casi como la mujer shkeen, ¿recuerdas? La del Encuentro, con su hermano...

—Lo recuerdo —dije.

—Así. Su mente también estaba abierta. Más que la de Kamenz, mucho más. Cuando campanilleaba, los niveles desaparecían, y todo ascendía a la superficie, todo el amor y el dolor, todo. Su vida entera, Robb. Compartí su vida entera con él, en un instante. Todos sus; pensamientos, también... ha visto las cavernas de la Unión... bajó allí, antes que se convirtiera. Y yo...

Más silencio, volcándose sobre nosotros y oscureciendo el coche. Nos acercábamos al límite de Shkeentown. La Torre se recortaba en el cielo delante nuestro, brillando al sol.

Las cúpulas y arcadas de la reluciente ciudad humana empezaban a dejarse ver.

—Robb —dijo Lya—. Para aquí. Quiero pensar un momento. ¡Vuelve sin mí. Quiero caminar un rato entre los shkeen!

La miré, frunciendo el ceño.

—¿Caminar? Hay un largo trecho hasta la Torre, Lya.

—Todo irá bien. Por favor, sólo quiero pensar un poco...

La leí. La niebla mental había vuelto, más densa que nunca, entrelazada con los colores del miedo.

—¿Estás segura? —dije—. Estás asustada, Lyanna. ¿Por qué? ¿Qué sucede? Los gusanos-devoradores están muy lejos.

Me miró, confusa.

—Por favor, Robb —repitió.

No sabía qué otra cosa hacer, así es que descendí.

Yo también pensé, mientras conducía de vuelta a casa. Acerca de lo que había dicho Lyanna, y leído, de Kamenz y Gustaffson. Me concentré en el problema que nos habían asignado para resolver. Traté de mantener a Lya aparte de él, y fuese lo que fuese que la molestara. Eso se resolvería por sí mismo, pensé.

De vuelta en la Torre, no perdí el tiempo. Fui directamente a la oficina de Valcarenghi.

Estaba solo, dictando a una máquina. La apagó cuando entré.

—Hola, Robb —dijo—. ¿Dónde está Lya?

—Allí fuera, caminando. Quería pensar. Yo también estuve pensando. Creo que tengo la respuesta.

Levantó las cejas, esperando.

Me senté.

—Encontramos a Gustaffson esta tarde, y Lya lo leyó. Creo que es evidente por qué se pasó. Era un hombre destrozado, en su interior, no importa cuánto sonriera. Greeshka le dio un fin a su dolor. Y había otro converso con él, un tal Lester Kamenz. Él también había sido muy miserable, un hombre patético y solitario que no tenía nada por lo cual vivir.

¿Por qué no se convertiría? Compruébelo en los otros conversos, y estoy seguro que hallará una regla. Los más perdidos y vulnerables, los fracasados, los aislados: éstos son los que se dirigirán a la Unión.

Valcarenghi asintió.

—De acuerdo, aceptaré eso —dijo—. Pero nuestros psicólogos adivinaron eso hace ya mucho tiempo, Robb. Sólo que no es una respuesta, no en realidad. Claro que los conversos en su conjunto han sido gente desorientada, no le discuto eso. Pero ¿por qué se orientaron hacia el Culto de la Unión? Los psicólogos no pueden responder a eso. Tome el caso de Gustaffson. Era un hombre fuerte,

créame. Nunca lo conocí personalmente, pero conocía su historial. Tuvo algunos destinos duros, en general, a solicitud suya, y los dominó. Podría haber elegido la comodidad, pero no le interesaba. He sabido del incidente en Pesadilla. Es famoso, en un sentido deformado. Pero Phil Gustaffson no era el tipo de hombre que se deja vencer, ni aun por una cosa semejante. Se lo quitó de encima con bastante rapidez, por lo que me dijo Nelse. Vino a Shkea y puso las cosas en orden, aclarando el lío que había dejado Rockwood. Estableció el primer contrato de comercio de verdad que hayamos hecho, y consiguió que los shkeen comprendiesen lo que significaba, lo cual no es fácil. De modo que allí está, este hombre competente y de talento, que ha hecho carrera enfrentándose a duras tareas y organizando a los hombres.

Ha pasado por una pesadilla personal que no lo ha destruido. Está tan firme como siempre. Y de pronto se vuelve hacia el Culto de la Unión, poniendo su firma para el más grotesco suicidio. ¿Por qué? ¿Para terminar con el dolor, dice usted? Una teoría interesante, pero hay otras formas de terminar con el dolor. Gustaffson tuvo años entre Pesadilla y los greeshka. Nunca escapó del dolor. No se volvió hacia el alcohol, ni hacia las drogas, ni hacia ninguna de las salidas habituales. No se dirigió hacia la Antigua Tierra para que un psi-psico le borrara los recuerdos, y créame, se lo hubieran pagado, si hubiese querido. La oficina colonial hubiera hecho cualquier cosa por él, después de lo de Pesadilla. Él continuó, se tragó el dolor, se reconstruyó. Hasta que de pronto se convierte.

Su dolor lo hizo más vulnerable, si, no hay duda de ello. Pero algo más lo llevó, algo que le ofrecía la Unión, algo que no podía obtener del vino o de la eliminación de recuerdos.

Lo mismo vale para Kamenz, y los otros. Tenían otras salidas, otras maneras de decir no a la vida. No se detuvieron en ellas. Pero eligieron la Unión. ¿Entiende hacia dónde voy?

Entendía, por supuesto. Mi respuesta no era tal y me daba cuenta de ello.

—Sí —dije—. Entiendo que todavía tenemos que seguir leyendo —sonreí—. Hay una cosa, sin embargo. Gustaffson no había derrotado a su dolor, nunca. Lya fue muy clara al respecto. Estaba dentro de él todo el tiempo, atormentándolo. Sólo que nunca lo dejó aflorar.

—Eso es una victoria, ¿no es así? —dijo Valcarenghi—. Si uno entierra sus sufrimientos tan profundo que nadie puede darse cuenta...

—No lo sé. No pienso así. Pero... de todas formas, había más. Gustaffson tenía la Plaga Lenta. Está muriéndose. Se ha estado muriendo durante años.

La expresión de Valcarenghi se transformó por un instante.

—No lo sabía, pero reafirma mi posición. He leído que el ochenta por ciento de las víctimas de la Plaga Lenta optan por la eutanasia, si se hallan en un planeta donde ésta es legal. Gustaffson era un administrador planetario, podría haberla legalizado aquí. Si prescindió del suicidio durante todos esos años, ¿por qué habría de escogerlo ahora?

No tenía respuesta para eso. Lyanna no me había dado una, si es que la tenía.

Tampoco sabía dónde podríamos encontrarla, a menos que...

—Las cavernas —dije, de pronto—. Las cavernas de la Unión. Tenemos que ir a presenciar una Unión Final. Debe haber algo allí, algo que importa para la conversión.

Dennos la oportunidad de descubrir qué hay allí.

Valcarenghi sonrió.

—De acuerdo —dijo—. Puedo arreglarlo. Esperaba que plantearan eso. No es agradable, sin embargo. Se lo prevengo. Yo mismo he estado, y sé lo que le digo.

—Está bien —le dije—. Si cree que leer a Gustaffson fue divertido, debería haber visto a Lya cuando lo hacía. Ahora está tratando de despejarse. —Eso, había concluido, debía ser lo que la molestaba—. La Unión Final no debe ser peor que los recuerdos de Pesadilla, estoy seguro de ello.

—Muy bien, entonces. Lo arreglaré para mañana. Iré con ustedes, claro está. No quiero correr el riesgo de que les pase algo.

Asentí. Valcarenghi se puso de pie.

—Quedamos así —dijo—. Mientras tanto ¿tiene algún plan para la cena?

Nos enrollamos comiendo en un falso restaurante shkeen, llevado por humanos, en compañía de Gourlay y de Laurie Blackburn. La conversación fue sobre tópicos sociales: deporte, política, arte, viejos chistes y ese tipo de cosas. Creo que no hubo ni

una mención a los shkeen o los greeshka en toda la noche.

Más tarde, cuando volvimos a la suite, encontré a Lyanna esperándome. Estaba en la cama, leyendo un libro de poemas de la Antigua Tierra. Me miró cuando entré.

—Hola —dije—, ¿cómo fue el paseo?

—Largo —una sonrisa arrugó su pequeña y pálida cara, y luego desapareció—. Pero tuve tiempo de pensar. Acerca de esta tarde, de ayer, de los Unidos. Y de nosotros.

—¿Nosotros?

—Robb, ¿me amas? —la pregunta surgió como al pasar, en un tono lleno de dudas.

Como si no supiera. Como si de verdad no supiera.

Me senté en la cama y cogí su mano y traté de sonreír.

—Seguro —dije—. Tú sabes eso.

—Lo sabía. Lo sé. Tú me amas, Robb, de verdad me amas. Tanto como un ser humano puede amar. Pero... —se detuvo. Sacudió la cabeza y suspiró, cerrando el libro—. Todavía estamos separados, Robb. Todavía estamos separados.

—¿De qué estás hablando?

—Esta tarde. Me sentí tan confundida, tan asustada. No estaba segura de por qué, pero he pensado acerca de ello. Cuando leía, Robb, yo estaba allí, con los Unidos, compartiendo su amor con ellos. Lo estaba de verdad. No quería salir de ellos, Robb.

Cuando lo hice, me sentí aislada, sola.

—Es culpa tuya —le dije—. Traté de hablar contigo. Pero estabas muy ocupada pensando.

—¿Hablar? ¿Para qué sirve hablar? Es comunicar, supongo, pero ¿lo es de verdad?

Antes pensaba que sí, antes que entrenaran mi Talento. Luego de eso, la verdadera comunicación parecía ser leer; la manera real de llegar a otra persona, a alguien como tú.

Pero ahora no lo sé. Los Unidos, cuando tañen sus campanas, están tan juntos, Robb.

Todos vinculados. Como nosotros cuando hacemos el amor, casi. Y se aman recíprocamente, también. Y nos aman a nosotros, tan intensamente... Yo siento... no sé.

Pero Gustaffson me ama tanto como tú. No. Me ama mucho más. Su rostro estaba blanco cuando dijo esto, sus ojos grandes,

perdidos, solitarios. Yo sentí un súbito escalofrío, como un viento helado que soplara a través de mi alma. No dije nada. Sólo la miré, y me mojé los labios. Y sangré.

Ella vio el dolor en mis ojos, creo. O lo leyó. Su mano golpeó la mía, la acarició.

—Oh, Robb. Por favor. No quería herirte. No se trata de ti. Sino de todos nosotros.

¿Qué es lo que tenemos, comparado con ellos?

—No sé de qué estás hablando, Lya. —Una mitad mía quiso de pronto gritar. Mantuve unidas ambas partes y mi voz, estable. Pero por dentro no me sentía estable, no estaba para nada estable.

—¿Me amas, Robb? —otra vez, preguntándose.

—¡Sí! —dije ferozmente. Era un desafío.

—¿Qué significa eso? —dijo ella.

—Sabes lo que significa —dije—. Por amor de Dios, Lya, ¡piensa! Recuerda todo lo que hemos tenido, todo lo que hemos compartido. Eso es el amor, Lya. Es eso. Somos los afortunados, ¿recuerdas? Tú lo dijiste. Los normales sólo tienen un roce y una voz, y luego vuelven a su oscuridad. Apenas si pueden encontrarse. Están solos. Siempre.

Yendo a tientas. Intentándolo, una y otra vez; tratando de salir de sus pozos de aislamiento, y fracasando, una y otra vez. Pero nosotros no, hemos encontrado la manera, nos conocemos tanto como haya podido hacerlo un ser humano. No hay nada que no te diga o comparta contigo. Lo he dicho antes, y sabes que es verdad, lo puedes leer en mí. *Eso es amor*, santo cielo. ¿No es así?

—No lo sé —dijo, con triste desconcierto. Y se puso a llorar en silencio. Y mientras las lágrimas corrían solitarias por sus mejillas, siguió hablando—: Tal vez sea amor. Siempre pensé que era así. Pero ahora no lo sé. Si lo que sentimos es amor, ¿qué es lo que sentí esta tarde, cuando me conmoví y compartí algo? Oh, Robb, yo también te amo. Lo sabes.

Trato de compartir todo contigo. Quiero compartir lo que leí, cómo lo vi. Pero no puedo.

Estamos separados. No te puedo hacer entender. Estoy aquí y tú estás allí y podemos tocarnos y hacer el amor y conversar, pero seguimos apartados. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Estoy sola. Y esta tarde, no lo estaba.

—Tú no estás sola, maldita sea —dije de pronto—. Yo estoy aquí —apreté su mano con firmeza—. ¿Sientes, escuchas? ¡No estás sola! Ella sacudió la cabeza, y acudieron las lágrimas.

—Tú no lo entiendes, ¿lo ves? Y no hay manera de que te pueda explicar. Has dicho que nos conocemos tanto como cualquier humano haya podido nunca. Tienes razón.

¿Pero cuánto pueden los seres humanos conocer del otro? ¿No están todos aislados, en realidad? ¿Cada uno en un universo oscuro y vacío? Nos engañamos a nosotros mismos cuando pensamos que ahí fuera hay alguien. Al final, en el frío y solitario final, estamos sólo nosotros, por nosotros mismos, en la oscuridad. ¿Estás ahí, Robb? ¿Cómo puedo saberlo? ¿Morirás conmigo, Robb? ¿Estaremos juntos entonces? ¿Estamos juntos ahora? Tú has dicho que éramos más afortunados que los normales. Yo también lo dije.

Ellos sólo tienen un roce y una voz, de acuerdo. Un roce y dos voces, en el mejor de los casos. Ya no es suficiente. Estoy asustada. De pronto estoy asustada.

Comenzó a sollozar. De manera instintiva tendí mis brazos hacia ella, la abracé y la acaricié. Nos recostamos juntos y ella lloró sobre mí pecho. La leí, brevemente, y leí su pena, su súbita soledad, su hambre, todo entremezclado en una oscura tormenta de miedo. Y, aunque la tocaba y la acariciaba y susurraba, una y otra vez, que todo saldría bien, que yo estaba allí, que no estaba sola, sabía que no era bastante. De repente había un foso entre nosotros dos, algo oscuro y con grandes fauces que crecía y crecía, y yo no sabía cómo superarlo. Y Lya, mi Lya, estaba llorando, y me necesitaba. Y yo la necesitaba, pero no podía llegar a ella.

Entonces me di cuenta que yo también estaba llorando.

Estuvimos así abrazados, con las lágrimas silentes en los ojos, durante lo que debe haber sido una hora. Pero por fin las lágrimas dejaron de correr. Lya se acurrucó contra mí con fuerza, tan fuerte que apenas podía respirar, y yo la abracé con la misma intensidad.

—Robb —dijo, en un susurro—. Tú dijiste... que nosotros nos conocíamos bien de verdad. Lo has dicho muchas veces. Y has dicho, a veces, que estoy bien para ti, que soy perfecta.

Asentí, queriendo creer.

—Sí. Sí lo eres.

—No —dijo ella, forzando las palabras hacia fuera, al aire,

luchando consigo misma para decirlas—. No es así. Te he leído, sí. Puedo escuchar las palabras dando vueltas alrededor de tu cabeza mientras compones una frase antes de decirla. Y he escuchado como te reprochabas cuando habías hecho algo estúpido. Y veo recuerdos, algunos recuerdos, y vivo contigo a través de ellos. Pero todo sucede en la superficie, Robb. Por debajo, hay más, más de ti. Huidizos pensamientos a medio hacer que no consigo atrapar. Sentimientos para los cuales no tengo nombre. Pasiones que suprimes, y recuerdos que ni siquiera sabes que tienes. A veces llego a esos niveles. A veces. Si realmente lucho, si me agoto hasta quedar exhausta. Pero cuando llego allí, yo sé, yo sé... que hay otro nivel por debajo de ése. Y más y más, cada vez más abajo. No puedo llegar a ellos, Robb, aunque formen parte de ti. No te conozco. No puedo conocerte. Tú ni siquiera te conoces, ¿te das cuenta? Y a mí, ¿me conoces? No. Aún menos. Sabes lo que te digo, y te digo la verdad, pero quizás no toda. Y tú lees mis sentimientos, mis sentimientos de superficie: el dolor de un tobillo doblado, un relámpago de descontento, el placer que me da tenerte dentro mío. ¿Quiere decir eso que me conozcas? ¿Qué pasa con mis niveles? ¿Qué hay de las cosas que ni yo misma sé? ¿Las conoces tú? ¿Cómo, Robb, cómo? —Sacudió nuevamente la cabeza, con ese cómico gesto que tenía cuando estaba, confundida—. Y tú dices que soy perfecta, y que me amas. Que estoy bien para ti.

Pero ¿lo soy? Robb, yo leo tus pensamientos. Sé cuando quieres que sea sexy, y así soy sexy. Veo lo que te excita, y lo hago. Sé cuando quieres que esté seria, y cuando quieres que bromeé. Sé qué clase de chistes debo contarte, también. Nunca los incisivos, no te gusta eso, herir o ver herida a la gente. Tú te ríes con la gente y no de ellos, y yo río contigo, y te quiero por tus gustos. Sé cuando quieres que hable y cuando que me calle.

Sé cuando quieres que sea tu tigresa orgullosa, tu telépata leonada, y cuando quieres una niña pequeña para cobijar en tus brazos. Y yo soy esas cosas, Robb, porque tú quieres que lo sea, porque te quiero, porque puedo sentir el júbilo en tu mente ante cada cosa bien que hago. Nunca pensé en montarlo de esa manera, pero sucedió así. No me importaba. No me importa. La mayor parte del tiempo no era ni siquiera consciente. Tú haces lo mismo. Lo leo en ti. Tú no puedes leer como yo, a veces te equivocas: te haces el

ingenioso cuando deseo una comprensión silenciosa, o actúas como el hombre fuerte cuando necesito un niño para hacer de madre. Pero a veces también la aciertas. Y tú siempre lo intentas, siempre. Pero ¿eres realmente tú? ¿Soy realmente yo? ¿Qué sucedería si no fuese perfecta, si fuese tan sólo yo, con todas mis fallas y con las cosas que no te gustan a la vista? ¿Me amarías entonces? No lo sé. Pero Gustaffson sí, y Kamenz. Eso lo sé, Robb. Lo vi. Los conozco. Sus niveles... no existían. Los CONOZCO, y si volviera allí podría compartir con ellos más que contigo. Y ellos me conocen, mi verdadero ser, toda yo, creo. Y me aman, ¿lo ves?, ¿lo ves?

¿Lo veía? No lo sé. Estaba confundido. ¿Podría amar a Lya si ella fuera «ella misma»?

¿Pero, qué era «ella misma»? ¿En qué difería de la Lya que yo conocía? No lo sabía. Yo pensaba que amaba a Lya y que siempre la amaría, pero ¿qué si la Lya real no fuera mi Lya? ¿Qué había amado? ¿Él extraño concepto abstracto de un ser humano, o la carne, la voz y la personalidad que yo creía de Lya? No lo sabía. No sabía quién era Lya, ni quién era yo, ni qué significaba todo eso. Y estaba asustado.

Quizás yo no pudiera sentir lo que ella había sentido esa tarde. Pero yo sabía lo que estaba sintiendo entonces. Estaba sola, y necesitaba a alguien.

—Lya —dije—. Lya, intentémoslo. No nos demos por vencidos. Podemos llegar al otro.

Hay un camino, el nuestro. Lo hemos hecho antes. Ven, Lya, ven conmigo, ven a mí.

Mientras hablaba, la desvestía, y ella respondió y sus manos me ayudaron. Cuando estuvimos desnudos, comencé a acariciarla, lentamente, y ella a mí. Luego nuestras mentes se alargaron hacia el otro. Nos alcanzamos y sondeamos como nunca antes. Yo podía sentirla, dentro de mi cabeza, escarbando. Más y más hondo. Abajo. Y yo me abría a ella, me rendía, le entregaba todos los pequeños secretos que siempre había mantenido fuera de su alcance, o lo intentaba, ahora le ofrendaba todo lo que podía recordar, mis triunfos y mis vergüenzas, los buenos momentos y el dolor, las ocasiones en que herí a alguien, las ocasiones en que fui herido, las largas sesiones de llanto por mí mismo, los miedos que no admitía, los prejuicios que combatía, las vanidades que perseguí cuando el

tiempo urgía, los tontos pecados de muchacho. Todo. Cada uno. No enterré nada. No escondí nada. Me abrí a ella, a Lya, a mi Lya. Ella tenía que conocerme.

Y así, ella también bajó las barreras. Su mente era un bosque a través del cual yo rugía, cazando briznas de emoción; el miedo, la necesidad y el amor encima, las cosas más pálidas debajo, los caprichos y las pasiones apenas delineados aún más abajo en la maraña. Yo no tengo el Talento de Lya, sólo leo sentimientos, nunca pensamientos. Pero esa vez leí pensamientos, por primera y única vez. Pensamientos que ella me arrojaba porque nunca los había visto antes. No podía leer mucho, pero algo capté.

Y mientras su mente se abría a la mía, su cuerpo hacía lo propio. La penetré, y nos movimos juntos, los cuerpos en uno, las mentes enlazadas, tan juntos como pueden estarlo los humanos. Sentí el placer recorrerme en oleadas gloriosas, mi placer, su placer, ambos juntos construyendo en el otro, y cabalgué sobre la cresta una eternidad mientras se aproximaba a una orilla distante. Y al final se estrelló contra esa playa, terminamos juntos, y durante un segundo, un frágil y veloz segundo, no pude distinguir cuál era mi orgasmo, y cuál el suyo.

Pero luego pasó. Yacimos, los cuerpos enlazados, en la cama. A la luz de las estrellas.

Pero no era una cama. Era la playa, la achatada playa negra, y no había estrellas arriba.

Un pensamiento me alcanzó, un pensamiento errante que no era mío. Era de Lya.

Estábamos en un llano, ella pensaba, y vi que tenía razón. Las aguas que nos llevaron hasta allí se han ido, han retrocedido. Sólo hay una vasta y chata oscuridad que se cierra por todas partes, con débiles sombras siniestras moviéndose en el horizonte. Estamos aquí como en una llanura misteriosa, pensó Lya. Y de pronto supe qué eran esas sombras, y qué poema había estado leyendo ella.

Nos dormimos.

Me desperté solo.

El cuarto estaba oscuro. Lya yacía en el otro costado de la cama, en un ovillo, durmiendo todavía. Era tarde, casi el amanecer, pensé. Pero no estaba seguro. Estaba inquieto.

Me levanté y me vestí en silencio. Necesitaba caminar, pensar,

elaborar las cosas. ¿A dónde ir?

Había una llave en mi bolsillo. La toqué cuando me puse la túnica encima, y recordé.

La oficina de Valcarengghi. Estaría cerrada y desierta a esta hora de la noche. Y la vista me ayudaría a pensar.

Me fui, llegué a los tubos y subí, subí, subí hasta la cumbre de la Torre, el tope del desafío de acero humano a los shkeen. La oficina tenía las luces apagadas, y los muebles dibujaban formas oscuras en las sombras. Sólo había la luz de las estrellas. Shkea está más cerca del centro galáctico que la Antigua Tierra, o que Baldur. Las estrellas eran como un dosel ardiente a lo largo del cielo nocturno. Algunas de ellas están muy próximas, y arden como fuegos rojos y azules en la impresionante oscuridad celeste. En la oficina de Valcarengghi, todas las paredes eran de vidrio. Fui hacia una de ellas, y miré.

No pensaba. Sólo sentía. Me sentía frío, perdido y pequeño.

Entonces escuché una voz suave que me saludaba. Apenas la escuché.

Me di vuelta, alejándome de la ventana, pero otras estrellas saltaron hacia mí desde las otras ventanas. Laurie Blackburn estaba sentada en una de las sillas bajas, oculta por la oscuridad.

—Hola —dije—. No quería molestar. Pensé que no habría nadie aquí.

Ella sonrió. Una sonrisa radiante en un rostro radiante, pero sin humor. Su cabello caía en oleadas castañas más abajo de sus hombros, y vestía un camisón largo de gasa.

Podía ver sus suaves formas a través de los pliegues, y ella no hizo ningún esfuerzo para cubrirse.

—Vengo aquí a menudo —dijo—. De noche, por lo común. Cuando Dino duerme. Es un buen sitio para pensar.

—Sí —dije, sonriendo—. Lo mismo creo yo.

—Las estrellas son hermosas, ¿no es así?

—Sí.

—Para mí también. Yo... —hesitó. Luego se levantó y se acercó—. ¿Amas a Lya? —dijo.

Terrible pregunta. De una dudosa oportunidad. Pero la manejé bien, según creo. Mis pensamientos seguían en la conversación con Lya.

—Sí —dije—. Mucho. ¿Por qué?

Estaba parada junto a mí, mirándome a la cara, y detrás mío, a las estrellas.

—No sé. Me pregunto acerca del amor, a veces. Amo a Dino, sabes. Llegó aquí hace sólo dos meses, así es que no nos hemos conocido mucho. Pero ya lo amo. No he conocido a nadie como él. Es bueno, y considerado, y lo hace todo bien. Nunca lo he visto fallar en algo que intentara. Sin embargo no parece creído, como otros hombres. Te gana con tanta facilidad. Cree en sí mismo, y eso resulta atractivo. Me ha dado todo lo que podía pedirle, todo.

La leí. Capté su amor y su preocupación, e hice una conjetura:

—Excepto él mismo —dije.

—Olvidé que eras un Talento. Claro que lo sabes. Tienes razón. No sé por qué me preocupo, pero me preocupo. Dino es tan perfecto, sabes. Le he contado, bueno, todo.

Todo acerca de mí y de mi vida. Y él escucha y comprende. Es siempre tan receptivo, está allí cuando lo necesito. Pero...

—Todo va en una dirección —dije. Era una afirmación. Yo sabía. Ella asintió.

—No es que guarde secretos. No lo hace. Él responde cualquier pregunta que le haga.

Pero las respuestas no significan nada. Le pregunto qué teme, y él dice nada, y hace que le crea. Es muy racional, muy calmado. Nunca se enoja, nunca se enojó. Le he preguntado.

No odia a nadie, piensa que el odio es malo. Nunca ha sentido dolor tampoco, o por lo menos dice que no lo ha hecho. Dolor espiritual, quiero decir. Sin embargo me comprende cuando hablo acerca de mi vida. Una vez dijo que su mayor defecto era la pereza. Pero no es perezoso, lo sé. ¿Es tan perfecto como parece? Me dice que siempre está seguro de sí mismo, porque sabe que está en lo cierto, pero sonríe cuando lo dice, de modo que ni siquiera puedo acusarlo de ser vano. Dice que cree en Dios, pero nunca habla al respecto. Si uno trata de hablar seriamente, él escucha con atención, o bromea, o dirige la conversación hacia otro tema. Dice que me ama, pero...

Asentí. Sabía lo que venía.

Y vino. Me miró con ojos suplicantes.

—Tú eres un Talento —dijo—. Lo has leído, ¿verdad? ¿Lo

conoces? Dime. Dímelo por favor.

La estaba leyendo. Podía ver cuánto necesitaba saber eso, cuánto le preocupaba y temía, cuánto amaba. No podía mentirle. Sin embargo, era duro tener que darle la respuesta que pedía.

—Lo he leído —dije. Lentamente. Con cuidado. Midiendo mis palabras como un fluido precioso—. Y a ti también. Vi tu amor, la primera noche, cuando cenamos juntos.

—¿Y Dino?

Las palabras se trabaron en mi garganta.

—Él es... curioso, dijo Lya una vez. Puedo leer sus emociones de superficie con bastante facilidad. Debajo de ellas, nada. Es muy autocontrolado, tapiado por dentro. Casi como si sus emociones fueran las únicas que se permitiera sentir. He sentido su confianza, su placer. Lo he sentido preocuparse, pero nunca sentir miedo. Te tiene mucha afición, quiere protegerte.

—¿Eso es todo?

Como era de esperarse. Dolió.

—Me temo que sí. Está cerrado, Laurie. Se necesita a sí mismo. Sólo a sí mismo. Si hay amor en él, es detrás de esa pared, oculto. No puedo leerlo. Piensa mucho en ti, Laurie. Pero amor, bueno, eso es distinto. Eso es más fuerte y menos razonado y llega en torrentes imparables. Y Dino no es así, por lo menos hasta dónde puedo leerlo.

—Cerrado —dijo—. Está cerrado a mí. Yo me abrí totalmente a él. Él no. Siempre tuve ese miedo, incluso cuando estaba conmigo; a veces sentía que él no estaba allí para nada...

Sollozó. Leí su desesperanza, su total soledad. No sabía qué hacer.

—Llora si quieres —le dije, inútilmente—. A veces ayuda. Lo sé. He llorado bastante en un tiempo.

Ella no lloró. Miró hacia arriba, y rió ligeramente.

—No —dijo—. No puedo. Dino me enseñó a no llorar nunca. Dijo que las lágrimas no resuelven nada.

Una triste filosofía. Las lágrimas no resuelven nada, tal vez, pero son parte del ser humano. Quería decirle eso, pero en lugar de eso le sonreí.

Ella me devolvió la sonrisa, y ladeó la cabeza.

—Tú lloras —dijo de pronto, con una voz extrañamente

encantada—. Es gracioso. Es un reconocimiento mayor que el que haya escuchado de Dino nunca. Gracias, Robb.

Gracias.

Y Laurie seguía sobre la punta de sus pies y mirando, expectante. Pude leer lo que esperaba, de modo que la tomé y la besé, y ella apretó su cuerpo fuerte contra el mío. Y todo el tiempo yo pensaba en Lya, diciéndome que no le importaría, que estaría orgullosa de mí, que comprendería.

Después me quedé solo en la oficina para ver el amanecer. Estaba agotado, pero contento. La luz que avanzaba lentamente desde el horizonte cazaba las sombras a su paso, y todos los miedos que parecían tan amenazadores durante la noche se veían tontos, irracionales. Los hemos superado, pensé. Lya y yo. Lo que fuera, lo hemos dominado, y hoy dominaremos a Greeshka con la misma facilidad, juntos.

Cuando volví al cuarto, Lya se había marchado.

—Encontramos el aerocoche en medio de Shkeentown —estaba diciendo Valcarenghi. Era calmo, preciso, tranquilizador. Su voz me decía, sin palabras, que no había nada de qué preocuparse—. Tengo a mis hombres buscándola. Pero Shkeentown es un lugar grande. ¿Tienes alguna idea de a dónde puede haber ido?

—No —dije, desganado—. No realmente. Tal vez a ver a otros Unidos. Ella parecía... bueno, casi obsesionada por ellos. No lo sé.

—Bueno, tenemos una buena fuerza de policía. La encontraremos, estoy seguro de eso. Pero puede tardar un poco. ¿Tuvieron alguna pelea?

—Sí. No. Una especie de pelea, pero no de verdad. Fue extraño.

—Ya veo —dijo. Pero no lo veía—. Laurie me dijo que te vio aquí anoche, solo.

—Sí. Necesitaba pensar.

—De acuerdo —dijo Valcarenghi—. Así es que digamos que Lya se despertó, y decidió que ella también quería pensar. Tú viniste aquí. Ella salió a pasear. Tal vez quiera un día libre para recorrer Shkeentown. ¿Hizo lo mismo ayer, no es cierto?

—Sí.

—Así es que lo hará de nuevo. No hay problema. Ella volverá probablemente para la cena. —Sonrió.

—¿Por qué se fue sin avisarme, entonces? ¿Sin dejar una nota, o

algo?

—No lo sé, pero no es lo que importa.

¿No era importante, sin embargo? ¿No lo era? Caí en la silla con la cabeza en mis manos y con el ceño en mi frente, y estaba sudando. Repentinamente sentía miedo, de algo que ignoraba. No debiera haberla dejado sola nunca, me decía a mí mismo. Mientras yo estaba allí arriba con Laurie, Lyanna caminaba sola por la habitación a oscuras y... y ¿qué? Y se fue.

—Mientras tanto —dijo Valcarenghi— tenemos trabajo. La excursión a las cavernas está esperando.

Lo miré con incredulidad.

—¿Las cavernas? No puedo ir allí, no ahora, solo.

Dio un suspiro de exasperación, exagerando para que se notase.

—Oh. Vamos, Robb. No es el fin del mundo. Lya estará bien. Parecía una chica muy centrada, y estoy seguro que puede cuidarse sola, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Entonces, mientras esperamos, vamos a ver las cavernas. Sigo queriendo llegar al final de este asunto.

—No servirá de nada —protesté—, sin Lya. Ella tiene el Talento mayor. Yo sólo leo emociones. No puedo llegar a lo profundo, como ella. No les serviré de nada.

Encogió los hombros.

—Tal vez no; pero el viaje está organizado, y no tenemos nada que perder. Podemos dar otra vuelta cuando vuelva Lya. Además, esto debería ayudarte a sacar las preocupaciones de la cabeza. No puedes hacer nada por Lya ahora. Tengo a todos los hombres disponibles buscándola, y si ellos no la encuentran, menos vas a hacerlo tú. No tiene sentido seguir dando vueltas. Hay que volver a la acción, mantenerse ocupado —se dio vuelta, dirigiéndose a los tubos—. Vamos, hay un aerocoche esperándonos. Nelse vendrá con nosotros.

Lo seguí de mala gana. No estaba de humor como para ocuparme de los problemas de los shkeen, pero los argumentos de Valcarenghi eran lógicos. Por otra parte, él nos había contratado, y todavía teníamos obligaciones hacia él. Podía intentarlo, pensé.

En el viaje de ida, Valcarenghi se sentó adelante con el conductor, un macizo sargento de policía con un rostro cincelado en

granito. Esta vez había elegido un coche de policía, de modo que pudiéramos mantenernos en contacto con la búsqueda de Lya. Gourlay y yo viajábamos en el asiento de atrás. Gourlay había cubierto nuestras rodillas con un gran mapa, y me estaba contando acerca de las cavernas de la Unión Final.

—La teoría es que las cavernas eran la morada original de los greeshka —dijo—. Lo que es probablemente cierto. Los greeshka son considerablemente mayores allí. Ya lo verá. Las cavernas atraviesan todas las colinas, lejos de nuestra parte de Shkeentown, en la zona en que el campo se hace más salvaje. Una especie de panal de abejas. Hay Greeshka en cada una de ellas. O por lo menos, es lo que he oído. Estuve en algunas yo mismo. Vi los greeshka en todas ellas, de modo que creo lo que dicen de las demás. La ciudad, la ciudad sagrada ha sido probablemente construida a causa de las cavernas. Los shkeen vienen aquí de todas partes del planeta, para la Unión Final. Aquí, ésta es la región de las cavernas.

Cogió un lápiz y trazó un gran círculo en rojo cerca del centro del mapa. No significaba nada para mí. El mapa me deprimía. No me había dado cuenta de que la ciudad shkeen era tan enorme. ¿Cómo demonios podrían encontrar en ella a alguien que no quería ser encontrado?

Valcarenghi se dio vuelta en el asiento de delante.

—La caverna a la que vamos es grande, en comparación con las otras. He estado allí antes. No hay formalidades en la Unión Final, ¿me comprendes? Los shkeen tan solo eligen una cueva, entran en ella, y se acuestan sobre los greeshka. Usan la entrada que les parece más conveniente. Algunas no son más grandes que los tubos de desagüe, pero si se avanza por ellas lo suficiente, dice la teoría que uno encuentra aun greeshka pulsando en la oscuridad. Las cavernas más grandes están iluminadas por antorchas, como el Gran Teatro, pero eso no son más que adornos; no desempeñan ningún papel en la Unión.

—¿Entiendo que vamos a entrar en una de ellas? —dije.

Valcarenghi asintió.

—Correcto. Pensé que querría ver como es un greeshka maduro. No es bonito, pero es muy didáctico. De modo que necesitamos luz.

Gourlay retomó su narración, pero yo no lo escuchaba. Sentía

que sabía lo suficiente acerca de los shkeen y los greeshka, y todavía me preocupaba Lyanna. Luego de un rato se calló, y el resto del viaje transcurrió en silencio. Cubrimos más terreno que nunca.

Incluso la Torre, nuestro mojón de acero radiante, había desaparecido tras las colinas detrás nuestro.

El terreno se hizo más abrupto, más rocoso, y las colinas se hicieron más elevadas y agrestes. Pero los domos seguían y seguían, y había shkeen por todas partes. Lya podía estar allí abajo, pensaba, perdida entre tantos millones. ¿Buscando qué? ¿Pensando qué?

Al final descendimos en un valle boscoso entre dos macizas colinas tachonadas de rocas. Aun allí había shkeen; los domos de ladrillo rojo se elevaban entre la maleza y los árboles achaparrados. No teníamos dificultad para ver la caverna. Estaba a mitad de una ladera, como una boca oscura en la cara de la roca, con un camino polvoriento que llevaba hasta ella.

Aterrizamos en el valle y subimos el camino. Gourlay devoraba las distancias con torpes zancadas, mientras Valcarenghi se movía con fácil y descansada gracia, y el policía se aplicaba con firmeza. Yo iba rezagado. Me arrastraba hacia arriba, y cuando llegamos a la boca de la caverna ya estaba sin cuerda.

Si hubiese esperado ver pinturas en las cuevas, o un altar, o alguna clase de templo natural, me habría desilusionado. Era una cueva ordinaria, con húmedas paredes de roca, techo bajo y aire frío y húmedo. Más fresco que la mayor parte de Shkea, y menos polvoriento, pero así era. Había un largo y sinuoso pasaje a través de las rocas, lo suficientemente ancho como para pasar los cuatro aunque lo bastante bajo como para que Gourlay tuviese que agacharse. Las antorchas estaban colocadas en las paredes a intervalos regulares, pero sólo una de cada cuatro estaba encendida. Ardían con un humo aceitoso que parecía colgar del techo de la cueva y luego zambullirse hacia las profundidades frente a nosotros. Me preguntaba qué lo estaba chupando hacia dentro.

Después de unos diez minutos de marcha, la mayor parte hacia abajo, con una inclinación apenas perceptible, el pasaje nos condujo a una sala alta y brillantemente iluminada, con un techo abovedado ennegrecido por el humo. En el centro del lugar, el Greeshka.

Su color era un marrón rojizo apagado, como de sangre vieja, no el brillante y casi transparente carmesí de las pequeñas criaturas

que colgaban de los cráneos de los Unidos. También había en el vasto cuerpo manchas negras, como quemaduras o manchas de hollín. Apenas podía ver el lado opuesto de la cueva; el Greeshka era demasiado grande, y se elevaba frente a nosotros dejando apenas luz entre él y el techo.

Pero bajaba abruptamente en una cuesta hasta la mitad de la sala, como una inmensa montaña de gelatina, y terminaba a unos veinte pasos de donde nos hallábamos. Entre nosotros y el grueso del Greeshka había un bosque de colgantes filamentos rojos, una telaraña viviente de tejido de Greeshka que casi nos tocaba las caras.

Y pulsaba, como un organismo. Incluso los filamentos mantenían el ritmo, ampliándose y luego contrayéndose, en un batir silencioso con el Greeshka de detrás.

A mí se me revolvía el estómago, pero mis compañeros no parecían inmutarse. Habían visto esto antes.

—Ven —dijo Valcarenghi, encendiendo una linterna que había traído para incrementar la luz de las antorchas. La luz, paseándose por la red pulsante, daba la impresión de estar en un extraño bosque encantado. Valcarenghi dio un paso dentro de ese bosque. Con cautela, guiándose por la luz y apartando el Greeshka.

Gourlay lo siguió, pero yo titubeé. Valcarenghi se dio vuelta y sonrió.

—No te preocupes —dijo—. El Greeshka tarda horas en adherirse, y se desprende con facilidad. No se te pegará si lo tocas.

Yo hice acopio de todo mi coraje, avancé, y toqué uno de los filamentos vivientes. Era suave y húmedo, y daba una sensación viscosa. Pero eso era todo. Se rompía con facilidad. Caminé a través de él, estirando las manos y rompiendo la red al pasar. El policía caminaba en silencio detrás mío.

Cuando estuvimos en la parte más alejada de la red, al pie del gran Greeshka, Valcarenghi lo estudió un instante, y luego apuntó con su linterna.

—Mira —dijo—. Unión Final.

Miré. Su haz arrojaba un círculo de luz sobre una de las manchas negras, una tacha en la masa rojiza. Miré de más cerca. En el centro de la mancha, sólo se veía el rostro, y éste ya recubierto por una delgada película roja. Pero los rasgos eran inconfundibles:

un anciano shkeen arrugado y de grandes ojos, ahora cerrados. Pero sonriente. Sonriendo.

Me acerqué. Un poco más abajo y a la derecha aparecían las puntas de unos dedos asomándose fuera de la masa. Pero eso era todo. La mayor parte del cuerpo había desaparecido, se había hundido en el Greeshka, disuelto o disolviéndose. El viejo shkeen estaba muerto, y el parásito estaba digiriendo su cuerpo.

—Cada una de las manchas oscuras es una Unión reciente —estaba diciendo Valcarenghi, moviendo la luz como un puntero—. Las manchas desaparecen con el tiempo, claro está. El Greeshka está creciendo: con rapidez. En otros cien años llenará esta cámara, e iniciará el ascenso por el pasaje.

Hubo un movimiento detrás nuestro. Miré hacia atrás. Alguien estaba entrando a través de la red.

Llegó hasta donde estábamos en seguida, y sonrió. Una vieja mujer shkeen, desnuda y con los pechos colgando por debajo de la cintura, Unida, por supuesto. Su greeshka cubría la mayor parte de su cabeza y colgaba aun más abajo que los pechos. Todavía estaba brillante y transparente por el tiempo pasado al sol. Se podía ver a través de ella, hasta donde estaba comiéndole la piel de la espalda.

—Un candidato para la Unión Final —dijo Gourlay.

—Ésta es una caverna popular —agregó Valcarenghi en voz baja y sarcástica.

La mujer no nos habló, ni nosotros a ella. Sonriendo, pasó delante de nosotros. Y se acostó en el Greeshka.

El pequeño greeshka, el que le roía la cabeza, pareció disolverse al contacto con el otro, integrándose en la gran criatura de la cueva, de modo que la mujer shkeen y el gran Greeshka quedaban unidos como uno solo. Luego de eso, nada. Ella sólo cerró los ojos y yació, tranquilamente, aparentemente dormida.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté.

—La Unión —dijo Valcarenghi—. Pasará una hora antes que se perciba algún cambio, pero el Greeshka se está cerrando sobre ella desde ahora, deglutiéndola. Dicen que es una respuesta al calor de su cuerpo. En un día quedará enterrada. En dos, como él.

La luz volvió sobre la cara semidisuelta, sobre nosotros.

—¿Puedes leerla? —sugirió Gourlay—. Tal vez eso nos diga algo.

—De acuerdo —dije, con repulsión pero curioso. Me abrí, y la borrasca mental me golpeó.

Tal vez sea incorrecto llamarla borrasca mental. Era inmensa y pasmosa; intensa, abrasadora, cegadora y sofocante. Pero también pacífica, y amable, con una amabilidad que era más violenta que el odio humano. Sonaban suaves chillidos y cantos de sirena, me atraían seductoramente, y me sumergían en olas de pasión carmesí, y me llevaban hacia él. Me llenaba y me vaciaba al mismo tiempo. Y escuché en algún sitio las campanas, golpeando su canción de bronce, una canción de amor, de renuncia y de sentimiento de estar todos estrechamente juntos, de unión y de no estar nunca solos.

Una tormenta, sí, una borrasca mental, eso es lo que era. Pero era a una borrasca ordinaria, lo que una supernova es a un huracán, y su violencia era la violencia del amor.

Esa borrasca mental me amaba, me quería, y sus campanas tocaban para mí, cantando su amor, y yo tendía hacia ellas y las tocaba, deseando estar con ellos, vincularme, queriendo no estar solo nunca-más. Y de pronto me encontraba en la cresta de una gran ola otra vez, una ola de fuego que bañaba las estrellas para siempre, y esta vez yo sabía que la ola no terminaría nunca, que esta vez no estaría otra vez solo sobre una llanura extraña.

Pero con esa frase pensé en Lya.

Y de pronto estaba luchando, combatiéndola, batallando contra el mar de absorbente amor. Corrí, corrí, corrí, CORRÍ... y cerré las puertas de mi mente martillando el pestillo y dejando que la tormenta golpease bramando contra ella mientras yo la aguantaba con todas mis fuerzas, resistiendo. Pero la puerta comenzó a combarse y a ceder.

Yo grité. La puerta se abrió de golpe, y la tormenta penetró ruidosamente asaltándome, envolviéndome y llevándome fuera. Partí hacia las frías estrellas pero éstas ya no eran frías, y yo crecía más y más hasta que yo era las estrellas y ellas eran parte de mí, y yo era Unión, y por un único y fugaz instante solitario, yo era el Universo.

Luego nada.

Me desperté de nuevo en mi habitación, con una jaqueca que se empeñaba en partirme el cráneo en trozos. Gourlay estaba sentado en una silla, leyendo uno de nuestros libros. Levantó la vista cuando

me quejé.

Las píldoras para el dolor de cabeza de Lya todavía estaban en la mesita de noche.

Tomé una, apurado, y luego luché por incorporarme en la cama.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Gourlay.

—Jaquica —dije, masajeándome la frente. Ésta palpitaba, como si estuviese a punto de estallar. Peor que la vez que escudriñé en el dolor de Lya—. ¿Qué pasó?

Gourlay se levantó.

—Nos pegó un buen susto. Después de empezar a leer, de pronto se puso a temblar.

Luego caminó directamente hacia el maldito Greeshka, gritando. Dino y el sargento tuvieron que arrastrarlo fuera. Usted estaba pisando dentro de la cosa, hasta las rodillas.

Tenía espasmos, qué cosa extraña. Dino tuvo que golpearle para sacarlo fuera.

Movió la cabeza, y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde va? —pregunté.

—A dormir —dijo—. He estado aquí unas ocho horas. Dino me pidió que lo observara hasta que volviera en sí. Pues bien, ya está hecho. Ahora trate de descansar, yo haré lo mismo. Hablaremos de ello mañana.

—Quiero hablar de ello hoy.

—Es tarde —dijo, mientras cerraba la puerta del dormitorio. Escuché sus pasos mientras se alejaba, y estoy seguro que escuché cerrarse la puerta de afuera. Alguien temía por los Talentos que pudiesen desaparecer durante la noche. Pero yo no iba a ninguna parte.

Me levanté y fui por un trago. Había Veltaar helado. Me serví un par de vasos, y comí un ligero snack. El dolor de cabeza comenzó a desvanecerse. Luego volví al dormitorio, apagué las luces y abrí los ventanales para que la luz de las estrellas pudiese entrar. Tras lo cual volví a dormir.

Pero no dormí, no de inmediato. Primero, la jaquica, la increíble jaquica que partía mi cabeza. Como la de Lya. Pero Lya no había pasado por lo mismo que yo. ¿O sí? Lya era un Talento mayor, mucho más sensible que yo, con un espectro mayor. ¿Podría aquella borrasca mental haberle llegado desde tan lejos, a través de

kilómetros y kilómetros? ¿De noche tarde, mientras los humanos y los shkeen dormían y sus pensamientos se reducían? Tal vez. Y tal vez mis sueños recordados a medias fuesen pálidos reflejos de lo que ella misma había sentido esas mismas noches. Pero mis sueños habían sido agradables. Era despertar lo que me molestaba, despertar y no recordar.

Pero ¿tuve este dolor de cabeza mientras dormía, o al despertar?

¿Qué demonios había pasado? ¿Qué era eso que me alcanzó en la caverna, y me arrastró hacia él? No había ni siquiera tenido tiempo de enfocar a la mujer shkeen, tenía que ser el Greeshka. Pero Lyanna dijo que los greeshka no tenían mente, ni siquiera un «sí, estoy vivo»

Todo esto me daba vueltas alrededor, preguntas de preguntas de preguntas, y no tenía respuestas. Comencé a pensar en Lya, dónde estaría y por qué me habría dejado. ¿Era esto lo que le estaba sucediendo? ¿Por qué no la comprendí? La perdí por eso. La necesitaba junto a mí, y no estaba aquí. Estaba solo, y me daba cuenta de ello.

Me dormí.

Sobrevino una larga oscuridad, pero, por último, un sueño, y esta vez lo recordé.

Estaba de vuelta en la llanura, en la infinita y sobrecogedora llanura con su cielo sin estrellas y las sombras a la distancia, la llanura de la que Lya me había hablado tantas veces. Pertenecía a uno de sus poemas preferidos. Yo estaba solo, solo para siempre, y lo sabía. Así era la naturaleza de las cosas. Era la única realidad en el Universo, y tenía frío, hambre y miedo, y las sombras se movían hacia mí, inhumanas e inexorables. Y no había nadie a quien llamar, nadie hacia quien volverse, nadie para escuchar mi llanto.

Nunca había habido nadie. Nunca habría nadie.

Entonces llegó Lya.

Bajó flotando desde el cielo sin estrellas, pálida, delgada y frágil, y se posó junto a mí en la llanura. Se pasó la mano por el cabello y me miró con sus grandes ojos brillantes, y sonrió. Sabía que no era un sueño. Ella estaba conmigo, de alguna manera. Hablamos.

Hola, Robb.

¿Lya? Hola, Lya. ¿Dónde estás? Me has dejado.

Lo siento. Tenía que hacerlo. Tú me comprendes, Robb. Tienes

que hacerlo. No quería estar más aquí, nunca más, en este lugar, en este horrible lugar. Habré estado, Robb. Los hombres siempre están aquí, pero por breves momentos.

¿Un roce y una voz?

Sí, Robb. Y luego la oscuridad otra vez, y el silencio. Y la llanura sobrecogedora.

Estás mezclando dos poemas, Lya, pero no importa. Los conoces mejor que yo. ¿Pero no te olvidas algo? La última parte. «Ah, amor, deja que seamos de verdad...»

Oh, Robb.

¿Dónde estás?

Estoy... en todas partes. Pero la mayor parte en una caverna. Estaba lista, Robb. Ya estaba más abierta que los otros. Podía prescindir del Encuentro, y de la Unión. Mi Talento me tenía acostumbrada a compartir. Él me condujo.

¿La Unión Final?

Sí.

Oh, Lya.

Robb. Por favor. Únete a nosotros, únete a mí. Es la felicidad, ¿sabes?, para siempre jamás, y es pertenecer y compartir y estar juntos. Estoy enamorada, Robb, estoy enamorada de un millón de millones de personas, y las conozco a cada una de ellas mejor de lo que te conozco a ti, y ellas me conocen, y me aman. Y esto durará para siempre. Mí, nosotros. La Unión. Todavía soy yo, pero también soy ellos, ¿comprendes?

Y ellos son parte mía. Los Unidos, los que leímos, me abrieron, y la Unión me llamó cada noche, porque me amaba. ¿Lo ves? Oh, Robb, únete a nosotros, únete a nosotros. Te amo.

La Unión. El Greeshka, quieres decir. Te amo, Lya. Vuelve por favor. No puede haberte absorbido aún. Dime dónde estás. Iré hacia ti.

Sí, ven a mí. Ven a cualquier parte, Robb. Greeshka es todo uno, las cavernas se conectan bajo las colinas, los pequeños greeshka son parte de la Unión. Ven y únete a mí. Ámame como dijiste que me amabas. Únete. Estás tan lejos, que apenas puedo llegar a ti, aun con la Unión. Ven y hazte uno con nosotros.

No, no me devorarán. Por favor, Lya, dime dónde estás.

Pobre Robb. No te preocupes, amor. El cuerpo no es lo

importante. El Greeshka lo necesita para nutrirse, y nosotros necesitamos el Greeshka. Pero, Robb, la Unión no es sólo el Greeshka, ¿comprendes? El Greeshka no es importante, no tiene una mente, es sólo el lazo, el medio, la Unión con los shkeen, el millón de billones de shkeen que han vivido y se han Unido durante catorce mil años, todos juntos y amando y perteneciendo, inmortales. Es hermoso, Robb, es más de lo que teníamos, mucho más, y nosotros éramos los afortunados, ¿recuerdas? ¡Éramos! Pero ahora es mejor.

Lya, mi Lya. Te amo. Esto no es para ti. No es para los humanos. Vuelve a mí.

¿Qué no es para los humanos? Oh, sí que lo es. Es lo que los humanos siempre han estado buscando, pidiendo, llorando en las noches solitarias. Es amor, Robb, verdadero amor, y el amor humano es sólo una pálida imitación, ¿comprendes?

No.

Ven, Robb, únete. O estarás solo para siempre, solo en la llanura, con solo una voz y un roce que te mantenga vivo. Y al final, cuando tu cuerpo muera, no habrás tenido nunca esto. Tan sólo una eternidad de vacía negritud. La llanura, Robb, para siempre jamás. Y yo no podré llegar hasta ti, nunca más. Pero no tiene que ser...

No.

Oh, Robb. Estoy perdiendo fuerza. Por favor, ven.

No. Lya, no te vayas. Te amo, Lya. No me dejes.

Te amo, Robb. Te amé. De veras te amé.

Y desapareció. Estaba de nuevo solo en la llanura. El viento soplaba desde alguna parte, y se llevó sus palabras lejos de mí, a la fría e infinita inmensidad.

En la sombría mañana, la puerta de afuera estaba abierta. Ascendí por la Torre y encontré a Valcarengghi solo en su oficina.

—¿Cree en Dios? —le pregunté.

Levantó la vista y sonrió.

—Por supuesto —dijo, débilmente. Lo estaba leyendo. Era un tema sobre el cual nunca había pensado.

—Yo no —dije—. Y Lya tampoco. La mayoría de los Talentos son ateos. Hubo un experimento que intentaron en la Antigua Tierra cincuenta años atrás. Fue organizado por un Talento mayor llamado Linnel, que era religioso devoto. Pensaba que utilizando drogas, y

uniendo las mentes de los Talentos más potentes, podríamos alcanzar el llamado «Sí, estoy vivo» Universal. También conocido como Dios. El experimento tuvo un fracaso catastrófico, pero algo sucedió. Linnel se volvió loco, y los otros se salieron con sólo la visión de una vasta, oscura e indiferente nada, un vacío sin razón ni forma ni sentido. Otros Talentos han sentido de igual modo, y los normales también. Hace cientos de años un poeta llamado Arnold escribió acerca de una sobrecogedora llanura. El poema está en una de las lenguas antiguas, pero vale la pena leerse. Muestra miedo, creo yo.

Algo básico en el hombre, el terror de estar solo en los cosmos. Tal vez sea sólo el miedo a la muerte, tal vez algo más. No lo sé. Pero es primario. Todos los hombres están solos para siempre, pero no quieren estarlo. Están siempre buscando, tratando de entrar en contacto, tratando de llegar a otros a través del vacío. Alguna gente nunca lo consigue, algunos atraviesan la barrera ocasionalmente. Lya y yo éramos afortunados. Pero nunca es permanente. Al final uno está solo de nuevo, de vuelta en la sobrecogedora llanura.

¿Comprende, Dino? ¿Comprende?

Sonrió con una pequeña sonrisa divertida. No decisoria, ése no era su estilo, tan solo sorprendida y desconfiada.

—No —dijo.

—Vuelva a escuchar, entonces. La gente está siempre buscando algo, alguien, buscando. Conversación, Talento, amor, sexo, son todas partes de lo mismo, de la misma búsqueda. Los dioses también. El hombre se inventa dioses porque tiene miedo de estar solo, asustado por el Universo vacío, asustado por la llanura sobrecogedora. Por eso se convierten sus hombres, Dino, por eso se le está pasando la gente. Han encontrado a Dios, o algo tan cercano a Dios como lo que se imaginaban que podrían encontrar. La Unión es una mente-masiva, una mente-masiva inmortal, muchos en uno, todo amor. Los shkeen no mueren, maldita sea. No es casual que no tengan el concepto del más allá.

Ellos saben que hay un Dios. Quizás no haya creado el Universo, pero es amor, puro amor, y ellos dicen que Dios es amor, ¿no es así? O tal vez lo que llamamos amor sea una minúscula fracción de Dios. No me importa lo que sea, la cuestión es que la Unión es eso. El final de la búsqueda para los shkeen, y también para el hombre. Al

final somos parecidos, tan parecidos que duele.

Valcarenghi emitió su exagerado suspiro.

—Robb, estás sobreexcitado. Pareces un Unido.

—Tal vez eso sea lo que debería ser. Lya lo es. Es parte de la Unión en este momento.

Parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Llegó hasta mí en un sueño, anoche.

—Oh, un sueño.

—Era cierto, maldita sea. Era todo cierto.

Valcarenghi se puso de pie, y sonrió.

—Te creo —dijo—. Es decir, creo que el Greeshka utiliza un filtro psi, un filtro de amor, si quieres, para atraer a sus presas; algo tan poderoso que convence a los hombres, incluyéndote a ti, que es Dios. Peligroso, por cierto. Tengo que meditar acerca de esto antes de iniciar una acción. Podríamos cuidar las cavernas para impedir que se acerquen los humanos, pero hay demasiadas cavernas. Sellarlas dejando el Greeshka dentro no mejoraría nuestras relaciones con los shkeen. Pero ése es mi problema. Tú has hecho tu trabajo.

Esperé hasta que terminara.

—Te equivocas, Dino. Esto es real, no un truco o una ilusión. Yo lo he sentido, y Lya también. El Greeshka no tiene ni siquiera un «sí, estoy vivo», ni hablar de un filtro psi tan fuerte como para atraer a los shkeen y a los hombres.

—¿Esperas que crea que Dios es un animal que vive en las cuevas de Shkea?

—Sí.

—Robb, eso es absurdo, y tú lo sabes. Crees que los shkeen han encontrado la respuesta a los misterios de la creación. Pero míralos. La civilización más antigua del espacio conocido, pero siguen detenidos en la Edad de Bronce desde hace catorce mil años. Nosotros llegamos hasta ellos. ¿Dónde están sus naves espaciales? ¿Dónde están sus torres?

—¿Dónde están nuestras campanas? —dije yo—. ¿Y nuestra alegría? Ellos son felices, Dino. ¿Lo somos nosotros? Tal vez han encontrado lo que nosotros todavía estamos buscando. ¿Por qué demonios el hombre es tan arrebatado? ¿Por qué sale a conquistar

la galaxia, el Universo, lo que sea? Tal vez busque a Dios... Tal vez. No puede encontrarlo en ninguna parte, pero continúa, más y más, siempre buscando. Pero volviendo siempre a la misma llanura negra al final.

—Compara los logros. Yo llevaré la lista de los de la humanidad.

—¿Vale la pena?

—Yo pienso que sí —fue al ventanal, y miró afuera—. Tenemos la única Torre en su mundo —dijo, sonriente, mientras miraba a través de las nubes, hacia abajo.

—Ellos tienen el único Dios en nuestro Universo —le dije. Pero él sólo sonrió.

—De acuerdo, Robb —dijo, cuando por fin se volvió—. Recordaré esto. Y encontraremos a Lyanna para ti.

Mi voz se apagó.

—Lya está perdida —dije—. Lo sé ahora. Yo también lo estaré, si me quedo. Me voy esta noche. Sacaré un pasaje para la primera nave a Baldur.

Él asintió.

—Como quieras. Te tendré listo el dinero —hizo una mueca—. Y luego te enviaremos a Lya, cuando la encontremos. Me imagino que ella se extrañará un poco, pero ése es tu problema.

No respondí. En lugar de eso me encogí de hombros y me encaminé hacia los tubos.

Casi había llegado a ellos cuando Dino me detuvo.

—Espera —dijo—. ¿Qué tal si cenamos esta noche? Has hecho un buen trabajo para nosotros. De todas maneras Laurie y yo tenemos una fiesta de despedida. Ella también se va.

—Lo siento —dije.

Fue su turno de encogerse de hombros.

—¿Por qué? Laurie es una bellísima persona, y la extrañaré. Pero no es una tragedia.

Hay otras personas hermosas. Creo que se estaba aburriendo en Shkea, de cualquier manera.

Yo casi había olvidado mi Talento, en el calor y el dolor de la pérdida. Ahora lo recordé.

Lo leí. No había tristeza ni pena, tan sólo un vago desencanto. Y, por debajo de eso, su pared. Siempre la pared, manteniéndolo aparte, este hombre que era un amigo de todos y el íntimo de nadie.

En ella, era casi como si hubiese un signo que dijera: HASTA AQUÍ LLEGAS, MÁS NO.

—Sube luego —dijo—. Será divertido.

Asentí.

Me preguntaba, cuando la nave despegó, por qué me estaba yendo.

Tal vez para volver a casa. Teníamos una casa en Baldur, lejos de las ciudades, en uno de los continentes subdesarrollados, con la naturaleza como único vecino. Está en su acantilado, sobre un gran salto de agua que cae sin cesar sobre una sombreada piscina verde. Lya y yo nos bañábamos allí a menudo, en los días de sol, entre dos misiones. Y luego nos quedábamos desnudos a la sombra de los naranjales, y hacíamos el amor sobre una alfombra de musgo plateado. Tal vez esté volviendo a eso. Pero no será lo mismo sin Lya, con Lya perdida.

Lya, a quien aún podría tener. A quien podría tener ahora. Sería fácil, tan fácil... Un lento paseo por una cueva oscura, un corto sueño. Y luego, Lya conmigo para la eternidad, en mí, compartiéndome, siendo yo, yo y ella. Amando y conociendo más de cada uno de lo que los hombres pueden conocer. Unión y júbilo, sin oscuridad, nunca más. Dios. Si yo creyese eso, lo que dije a Valcarenghi, entonces ¿por qué le dije que no a Lya?

Acaso porque no estoy seguro. Tal vez todavía tenga esperanzas, en algo aún mayor y más amoroso que la Unión, en el Dios del que me hablaron hace mucho tiempo. Tal vez estoy corriendo el riesgo, porque una parte de mí todavía cree. Pero si me equivoco... entonces la oscuridad, y la llanura...

Pero tal vez haya algo más, tal vez algo que vi en Valcarenghi y me haya hecho dudar de lo que dije. Porque el hombre es más que los shkeen, de algún modo; hay hombres como Dino y Gourlay y otros como Lya y Gustaffson, hombres que temen al amor y a la Unión tanto como la desean. Una dicotomía, entonces. ¿El hombre tiene dos urgencias primarias, y los shkeen sólo una? Si es así, tal vez haya una respuesta humana, para alcanzarse y unirse y no estar solos, y seguir siendo hombres.

No envidio a Valcarenghi. Él llora detrás de su muro, creo yo, y nadie lo sabe, ni siquiera él. Y nadie lo sabrá nunca, y al final estará solo con un sonriente dolor. No, no envidio a Dino.

Sin embargo, hay algo de él en mí, Lya, tanto como de ti. Y es por eso que huyo, aunque te ame.

Laurie Blackburn estaba en la nave, conmigo. Comimos con ella después del despegue, y pasamos la noche conversando y bebiendo. No era una conversación alegre, de acuerdo, pero era humana. Los dos necesitábamos a alguien, y nos encontramos.

Más tarde, la llevé a mi camarote y le hice el amor tan ferozmente como pude. Luego la oscuridad se alivió, nos cogimos de la mano y pasamos la noche hablando.

**LAS BRUMAS SE PONEN POR LA
MAÑANA**

Todavía era temprano para desayunar esa mañana del día siguiente a mi llegada. Pero Sanders ya estaba en el balcón del comedor cuando llegué. Estaba solo, de pie en un rincón, contemplando las montañas y las brumas.

Fui hacia él mascullando un saludo. Ni siquiera me respondió.

—¿Hermoso, no es cierto? —dijo, sin volverse.

Y lo era.

Tan sólo unos metros bajo el nivel del balcón las brumas ondulaban, lanzando olas fantasmales que rompían contra las piedras de su castillo. Un espeso manto blanco se extendía hasta donde alcanzaba la vista, envolviéndolo todo. Podía verse la cima del Duende Rojo, al Norte; una roca escarlata que, como aguzada daga, hendía el cielo. Pero eso era todo. Las otras montañas se hallaban bajo el nivel de las brumas.

Estábamos sobre las brumas: Sanders había mandado construir su hotel en la cima de la montaña más alta de la cadena. Nos encontrábamos flotando solos en el arremolinado océano blanco, en un castillo volante en medio de un mar de nubes.

Un Castillo de las Nubes en verdad. Así llamó Sanders al lugar. Era fácil ver por qué.

—¿Siempre es así? —pregunté a Sanders, después de observar durante un rato.

—Cada vez que se ponen las brumas —replicó—, dirigiéndome una sonrisa melancólica.

Era un hombre gordo, de rostro rubicundo y talante jovial. No era de los que sonríen con melancolía. Ahora, sin embargo, es lo que hacía.

Señaló al Este, donde el sol del Planeta de los Fantasmas se elevaba sobre las brumas y convertía en un espectáculo naranja y carmesí el cielo del amanecer.

—El sol —dijo—. Cuando se eleva, el calor empuja las brumas de vuelta hacia los valles. Las obliga a abandonar las montañas que conquistaron durante la noche. Las brumas caen y uno por uno los picos reaparecen. Hacia mediodía la cadena entera es visible: kilómetros y kilómetros de montañas. No existe nada parecido ni en la Tierra, ni en ningún otro lugar.

Sonrió nuevamente, y me condujo a una de las mesas diseminadas por la terraza.

—Y cuando se pone el sol, es a la inversa. Debe ver la salida de las brumas esta noche —dijo.

Nos sentamos, y un atildado camarero-robot vino rodando a servirnos tan pronto como las sillas le señalaron nuestra presencia. Sanders no hizo caso.

—Es la guerra, sabe usted —continuó—, la guerra eterna entre el sol y las brumas. Y las brumas llevan las de ganar. Cuentan con los valles, los llanos y las costas. El sol sólo con algunas cimas. Y sólo durante el día.

Se volvió hacia el robot y ordenó café para ambos, para entretenernos hasta que llegaran los otros. Debía ser recién hecho, por supuesto. Sanders no toleraba ni el café instantáneo ni sucedáneos en su planeta.

—Parece que se encuentra a gusto aquí —dije, mientras esperábamos el café.

—¿Acaso hay algo aquí que no me deba gustar? —Sanders rió—. El Castillo de las Nubes lo tiene todo. Buena comida, pasatiempos, juego, y todo el confort del hogar.

Además del planeta. Cuento con lo mejor de ambos mundos, ¿no es así?

—Eso creo. Pero la mayoría de la gente no piensa igual. Nadie viene al Planeta de los Fantasmas por el juego, ni por la comida.

Sanders asintió.

—Pero sí vienen algunos cazadores, que acosan a los gatos monteses y a los demonios de la llanura. Y de vez en cuando alguno viene por las ruinas.

—Tal vez así sea —dije—, pero representan la excepción, no la regla. La mayoría de sus invitados están aquí por una única razón.

—Por supuesto —admitió, sonriendo—. Por los fantasmas.

—Los fantasmas —repetí—. Tiene usted muchos atractivos aquí,

caza, pesca y montañismo. Pero no es eso lo que atrae a los turistas. Vienen por los fantasmas.

En ese momento llegó el café; dos tazas grandes y humeantes, acompañadas de un jarro de crema espesa. Un café muy fuerte, caliente, y bueno. Después de semanas de sucedáneos, en la nave espacial, ese café era un verdadero estimulante.

Sanders lo sorbió con cuidado, y sus ojos me estudiaron por encima de la taza. Luego la dejó sobre la mesa pensativo.

—Y también usted ha venido por los fantasmas —dijo.

—Claro. A mis lectores no les interesa el paisaje, aunque sea espectacular. Dubowski y sus hombres están aquí para descubrir los fantasmas, y yo para informar de la búsqueda.

Sanders iba a responder, pero no tuvo oportunidad. Una voz precisa y afilada irrumpió en escena.

—Si es que hay algún fantasma que descubrir —dijo la voz.

Nos volvimos hacia la puerta de entrada a la terraza. El doctor Charles Dubowski, jefe del equipo de investigación para el Planeta de los Fantasmas, estaba parado en el pasillo, bizqueando ante la luz. Se había librado de algún modo de la bandada de asistentes que solía llevar a remolque dondequiera que iba.

Dubowski se detuvo un momento, y luego se acercó a nuestra mesa, apartó una silla y se sentó. El robot-camarero rodó de nuevo hasta donde estábamos.

Sanders observó al delgado científico con indisimulado desagrado.

—¿Qué le hace pensar que allí no hay fantasmas, doctor? —preguntó, mirando hacia fuera.

Dubowski se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Sólo pienso que no hay suficiente evidencia —dijo—. Pero no se preocupe, nunca dejo que mis sentimientos interfieran con mi trabajo. Voy tras la verdad como cualquiera.

De modo que llevaré a cabo una investigación imparcial. Si hay fantasmas, los encontraré.

—O ellos a usted —replicó Sanders, con tono grave—, lo que puede no resultarle demasiado agradable.

—Oh, vamos, Sanders —Dubowski rió—. No tiene que ponerse tan melodramático sólo porque viva en un castillo.

—No se ría, doctor. Los fantasmas ya han matado gente. ¿Lo

sabía?

—No tenemos pruebas de ello —dijo Dubowski—. Ninguna. Ni siquiera las hay de la existencia de fantasmas. Pero ése es el motivo que nos trajo. Encontrar pruebas, en uno u otro sentido. Pero bueno, estoy hambriento...

Se dirigió al robot-camarero, que había permanecido todo el tiempo allí, zumbando impacientemente.

Dubowski y yo ordenamos bistec de gato montés y una bandeja de galletas calientes recién amasadas. Sanders aprovechó las provisiones traídas de la Tierra por nuestra nave la noche anterior, y pidió una buena ración de jamón y media docena de huevos.

La carne de gato montés tiene un sabor del que la carne de la Tierra carece desde hace siglos. A mí me gustó mucho, aunque Dubowski dejó buena parte de su bistec sin comer. Estaba muy ocupado hablando.

—No debería descartar la existencia de los fantasmas tan rápido —había dicho Sanders una vez que el robot se hubo marchado con la orden—. Hay evidencias. Muchas.

Se han dado veintidós muertes desde el descubrimiento de este planeta. Y hay docenas de testigos oculares de apariciones.

—Es cierto —dijo Dubowski—. Pero yo no le llamaría evidencia. ¿Muertes? Sí, pero la mayor parte simples desapariciones. Probablemente gente que se cayó de una montaña, o que fue devorada por alguna alimaña o algo así. Imposible encontrar sus cuerpos en la niebla. Más gente desaparece a diario en la Tierra, y no se saca ninguna conclusión de ello. Aquí, cada vez que alguien desaparece, la gente pretende que fueron los fantasmas.

Lo siento, pero para a mí no me basta.

—Se han encontrado cuerpos, doctor —dijo Sanders en voz baja —, horriblemente mutilados. Y no por caídas o por gatos monteses.

Era mi turno para intervenir.

—Sólo cuatro cuerpos fueron recuperados, que yo sepa —dije—. Me he documentado extensamente al respecto.

—De acuerdo —concedió Sanders frunciendo el ceño—. ¿Pero qué pasó con esos cuatros casos? Se cuenta con evidencia bastante concluyente, si quieren mi opinión...

En ese momento llegó la comida, pero Sanders prosiguió mientras comíamos.

—La primera aparición, por ejemplo, nunca fue explicada satisfactoriamente. Me refiero a la expedición de Gregor.

Asentí. Dave Gregor había pilotado la nave que descubrió el Planeta de los Fantasmas, casi setenta y cinco años atrás. Sondeó con sus sensores a través de las brumas e hizo descender la nave en las planicies costeras. Luego envió patrullas a explorar.

Cada patrulla la integraban dos hombres bien armados. Pero en un caso volvió sólo uno de ellos, en estado histérico. Él y su acompañante se habían separado en la niebla y de pronto escuchó un grito que le heló la sangre. Cuando encontró a su compañero, ya estaba muerto. Pero había algo sobre su cuerpo.

El superviviente describió al agresor como algo similar a un hombre, de ocho pies de altura, y, en cierto modo, incorpóreo. Sostuvo que cuando le disparó la ráfaga pasó a su través. Luego la criatura vaciló, y desapareció entre las brumas.

Gregor envió otras patrullas a capturarla. Recuperaron el cadáver, pero nada más. Era difícil encontrar dos veces el mismo sitio sin instrumental especial, y más aún una criatura como la descrita.

De modo que la historia nunca pudo confirmarse. Sin embargo, cuando Gregor volvió a la Tierra causó sensación. Se envió otra nave para llevar adelante una búsqueda más minuciosa. No encontraron nada. Pero uno de los equipos de patrulla desapareció sin dejar rastro.

Así nació y pronto empezó a crecer la leyenda de los fantasmas de las brumas. Otras naves arribaron al Planeta, y unos cuantos colonos vinieron y se fueron. Un día llegó Paul Sanders y construyó su castillo a fin de que la gente pudiera visitar con seguridad el misterioso mundo de los fantasmas.

Y hubieron más muertes y desapariciones, y muchas personas afirmaron haber tenido fugaces visiones de fantasmas apareciendo entre las brumas. Más tarde, alguien encontró las ruinas, que no son hoy más que bloques de piedra derrumbados, pero que alguna vez fueron estructuras de algún tipo (moradas de fantasmas, decía la gente).

Creo que existían pruebas. Algunas difíciles de rebatir. Pero Dubowski negaba firmemente con la cabeza.

—El caso Gregor no prueba nada —dijo—. Usted sabe tan bien

como yo que este planeta nunca ha sido explorado a fondo. En particular las planicies, donde descendió la nave de Gregor. Es probable que haya sido algún tipo de animal que mató a ese hombre.

Un animal raro, originario de esa zona.

—¿Y qué me dice de lo manifestado por su acompañante? —preguntó Sanders.

—Histeria, pura y simple.

—¿Y las otras observaciones? Las ha habido en cantidad impresionante, no todos los testigos eran histéricos.

—No prueban nada —dijo Dubowski, moviendo la cabeza—. En la Tierra hay mucha gente que dice haber visto fantasmas y platillos volantes. Aquí, con estas malditas brumas, los errores y las alucinaciones son aún más explicables.

Señaló a Sanders con el cuchillo con el que untaba de mantequilla una galleta.

—Son estas brumas las que todo lo confunden. El mito de los fantasmas habría desaparecido hace tiempo si no fuera por las brumas. Hasta ahora, nadie tuvo el equipo o el dinero para llevar a cabo una investigación en profundidad. Nosotros lo tenemos. Y la haremos. Probaremos la verdad de una vez por todas.

—Si no se hace matar antes —dijo Sanders haciendo una mueca—. Puede que a los fantasmas no les guste ser investigados.

—No lo entiendo, Sanders —dijo Dubowski—. Si está asustado por los fantasmas y tan convencido de que andan por ahí rondando, ¿por qué ha vivido aquí tanto tiempo?

—El castillo fue construido incluyendo medidas de seguridad —dijo Sanders—. El folleto que enviamos a nuestros eventuales clientes las describe. Aquí nadie se siente en peligro. Una cosa es cierta, y es que los fantasmas no salen de las brumas. Estamos a la luz la mayor parte del día. Claro que en los valles es otra historia.

—¡Eso son tonterías, supersticiones! Si tuviera que adivinar diría que sus fantasmas de las brumas no son nada más que espectros de la Tierra trasplantados. Fantasmas de la imaginación. Pero no quiero adivinar: pienso esperar hasta ver los resultados. Entonces veremos. Si son reales, no podrán ocultársenos.

Sanders me miró.

—¿Y usted qué piensa? ¿Está de acuerdo con él?

—Yo soy periodista —dije, con tacto—. Estoy aquí para relatar lo que suceda. Los fantasmas son famosos, interesan a mis lectores. De modo que no tengo opinión personal. O, al menos, ninguna que me interese propagar.

Sanders cayó en un silencio malhumorado, y atacó el jamón y los huevos con vigor renovado. Dubowski desempeñó su papel y desvió la conversación hacia los detalles de la investigación que estaba planeando. El resto de la comida fue un despliegue de afanasas descripciones acerca de trampas para fantasmas, rutas de exploración, robots-sondas y sensores. Yo escuchaba con atención y tomaba nota mental para un artículo sobre el tema.

Sanders también escuchaba atentamente. Pero por la cara que ponía se podía decir que distaba de estar satisfecho con lo que oía.

Ese día no hubo mucho más. Dubowski pasó su tiempo en la pista espacial, construida sobre una pequeña meseta al pie del castillo, supervisando el desembarque de los instrumentos. Yo escribí un artículo acerca de sus planes para la expedición, y lo irradié a la Tierra. Sanders atendía sus clientes, y hacía todo lo que debe hacer un director de hotel, según creo.

Volví a salir a la terraza al ocaso, para ver el ascenso de las brumas.

Era la guerra, como decía Sanders. En el ocaso de las brumas, había visto al sol salir victorioso en la primera de las batallas cotidianas. Pero ahora el conflicto se reanudaba.

Las brumas empezaban a arrastrarse de nuevo hacia las cumbres a medida que descendía la temperatura. Tenues zarcillos de color grisáceo se deslizaban silenciosamente desde los valles, enroscándose alrededor de los picos dentados de las montañas como garras espectrales. Luego las garras se hacían más gruesas y fuertes, y en un momento habían arrastrado las brumas tras ellas.

La noche se tragaba una tras otra las rígidas cimas esculpidas por el viento. El Duende Rojo, el gigante del Norte, era la última montaña que se desvanecía en el creciente océano blanco. Luego, las brumas empezaron a envolver la terraza y a rodear el propio castillo.

Volví al interior. Sanders estaba parado ahí, al borde mismo de la puerta. Me había estado observando.

—Tenía usted razón —le dije—. Es hermoso.

Asintió.

—Sabe, no creo que Dubowski se haya tomado el trabajo de mirar —dijo.

—Estará ocupado, me imagino.

Sanders, suspiró.

—Terriblemente ocupado. Vamos, le invito a una copa.

El bar del hotel estaba tranquilo y oscuro, el tipo de atmósfera que propicia una buena charla. Cuanto más conocía del castillo, más me gustaba su dueño. Nuestros gustos se acordaban notablemente.

Encontramos una mesa en el rincón más oscuro e íntimo de la sala, y ordenamos tragos de una lista que incluía licores de una docena de mundos. Y hablamos.

—No parece muy contento de tener a Dubowski por aquí —dije, después que trajeron las bebidas—. Pero ¿por qué? Gracias a él se llena su hotel.

Sanders levantó la vista de su vaso, y sonrió.

—Es cierto, es la temporada baja. Pero no me gusta lo que él pretende hacer.

—Y pretende asustarlo para que se vaya...

La sonrisa de Sanders desapareció de su rostro.

—¿Fue tan aparente?

Asentí, y Sanders suspiró.

—No pensé que fuera a dar resultado —dijo. Bebió pensativo y agregó—: Pero debía intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque sí le dejo destruirá este mundo. Cuando él y gente como él hayan terminado su tarea, no quedará un solo misterio en el Universo.

—Él sólo trata de encontrar algunas respuestas. ¿Existen los fantasmas? ¿Qué pasa con las ruinas? ¿Quién construyó? ¿Nunca trató de averiguarlo, Sanders?

Sanders apuró su copa, miró a su alrededor y llamó al camarero para pedirle otra. Aquí no había robots. Sólo personal humano. Sanders cuidaba el ambiente.

—Por supuesto —dijo, cuando tuvo su copa—. Todo el mundo se ha planteado esas preguntas. Por eso la gente viene al Planeta de los Fantasmas, y a mi castillo. Cada tipo que aterriza aquí trae la

secreta esperanza de toparse con los fantasmas, y responder a las preguntas por sí mismo. Y como no lo hace, se mete de cabeza en las brumas y vagabundea por los bosques durante algunos días, o algunas semanas, sin encontrar nada. Pero ¿qué importa? Puede volver y seguir buscando. El sueño sigue en pie, con el romance, el misterio. Y, quién sabe, tal vez en uno de los viajes alcanza percibir un fantasma a la deriva a través de las brumas. O algo que se le parezca. De ese modo regresará contento a casa, porque habrá participado de la leyenda. Habrá rozado un trocito de creación a la que todavía gente como Dubowski no arrebataron su maravilla y fulgor.

Se calló, mirando taciturno su copa. Luego, tras una larga pausa, prosiguió:

—¡Dubowski! ¡Bah! Me saca de quicio. Viene aquí con su nave llena de lacayos, su subvención de millones y todos sus artilugios para perseguir fantasmas. Y los encontrará. Eso es lo que me preocupa. Es decir, probará que no existen, y si los encuentra resultarán ser alguna clase de subhombres o animales o algo por el estilo.

Apuró de nuevo el contenido de su copa, rabioso.

—Y lo echará todo a perder. Arruinarlo, ¿me oye? Responderá a las preguntas con sus artilugios, y no dejará nada para nadie. No es justo.

Estaba sentado, bebiendo tranquilamente mi trago, sin decir nada. Sanders pidió otro.

Un pensamiento tonto me daba vueltas por la cabeza. Al final tuve que decirlo en voz alta.

—Si Dubowski responde a todas las preguntas —dije—, no habrá ya motivo para venir aquí. Usted deberá cerrar. ¿No será por eso que está tan preocupado?

Sanders me dirigió una mirada airada, y por un segundo penseque iba a pegarme. Pero no lo hizo.

—Creí que usted sería diferente. Observó la puesta de las brumas, y comprendió. Al menos eso es lo que pensé. Pero seguramente me equivoqué.

Meneó la cabeza hacia la puerta.

—Largo de aquí —dijo.

Me levanté.

—Como quiera —dije—. Lo siento, Sanders, pero mi trabajo es hacer preguntas molestas como ésta.

No me hizo caso y abandoné la mesa. Cuando llegué a la puerta, me volví para mirar hacia el rincón. Sanders tenía los ojos fijos en su copa y hablaba solo, en voz alta.

—Respuestas —dijo, como si se tratara de algo obsceno—. Respuestas. Siempre necesitan encontrar respuestas. Las preguntas son mucho mejor. ¿Por qué no dejarlos en paz?

Me fui, dejándolo solo. Solo con su copa.

Las semanas siguientes fueron febriles, para la expedición y para mí. Dubowski se ocupó de las cosas en profundidad, era preciso reconocerlo. Había planeado su asalto al Planeta de los Fantasmas con meticulosa precisión.

Primero se levantaron mapas. Debido a las brumas, los mapas que había del Planeta eran muy incompletos para los criterios modernos. De modo que Dubowski envió una flotilla entera de robots-sonda en vuelo rasante sobre las brumas para extraerles todos sus secretos, con sofisticados artefactos sensoriales. Con la información, que llegaba a raudales, se confeccionó una detallada topografía de la región.

Hecho esto, Dubowski y sus asistentes utilizaron los mapas para ubicar cada observación de fantasmas registrada desde la expedición de Gregor. Antes de dejar la Tierra se había compilado y analizado una considerable cantidad de datos acerca de las apariciones. El uso riguroso de la incomparable colección de testimonios de la biblioteca del castillo completó las lagunas que quedaban. Como se esperaba, las observaciones se referían por lo común a sitios en los valles cercanos al hotel, único lugar del planeta habitado de modo permanente por humanos.

Cuando se hubo completado el plan, Dubowski dispuso sus trampas para fantasmas, distribuyéndolas sobre todo en las áreas donde se habían observado fantasmas con mayor frecuencia. También colocó algunas en regiones distantes y aisladas, incluyendo las planicies costeras en donde la nave de Gregor efectuó el primer contacto.

Las trampas no eran verdaderas trampas, por supuesto. Eran pilares de duralium, desproporcionadamente bajos, equipados con prácticamente todos los artefactos sensores y registradores

conocidos por la ciencia de la Tierra. Para las trampas, las brumas no contaban. Si algún desafortunado fantasma se acercaba a la zona de detección, no tendría modo de escapar a la misma.

Mientras tanto, los robots-sondas eran llamados para ser revisados y programados, y luego enviados de nuevo al aire. Conociendo la topografía en detalle, las sondas podían ser dirigidas a través de las brumas en vuelos de patrulla a bajo nivel sin miedo de chocar con una montaña oculta. El equipo sensor que llevaban las sondas no era, por supuesto, igual al de las trampas, pero las sondas tenían un radio de acción mucho mayor, y podían cubrir miles de kilómetros cuadrados por día.

Por último, cuando hubo desplegado las trampas para fantasmas y los robots-sondas estaban en el aire, Dubowski y sus hombres se dirigieron en persona a los bosques en brumas. Cada uno de ellos llevaba una pesada mochila con artefactos de detección y registro. Los equipos de búsqueda humanos tenían más movilidad que las trampas, y aparatos más sofisticados que las sondas. Cubrían una zona distinta cada día, revisándolo todo en detalle y concienzudamente.

Les acompañé en algunas de esas incursiones, cargado con una mochila. Obtuve algunos datos interesantes; aunque no encontramos nada. Mientras buscábamos, me enamoré de los bosques de brumas. La literatura turística se complace en llamarlos «los horribles bosques del Planeta encantado». Pero no son horribles. No, realmente. Hay en ellos una rara belleza, para quienes saben apreciarla.

Los árboles son delgados y muy altos, con corteza blanca y hojas de color gris pálido.

Pero los bosques no carecen de color. Hay un parásito, una especie de musgo colgante, que es muy común, y que cae de las ramas altas en cascadas de verde oscuro y escarlata. Y hay rocas, y parras, y arbustos bajos repletos de deformes frutos de color rojizo.

Pero, por supuesto, no hay sol. Las brumas lo cubren todo. Se arremolinan y resbalan sobre uno mientras camina, acarician con manos invisibles y se aferran a los pies.

De vez en cuando, las brumas juegan con uno. La mayoría de las veces se camina a través de una espesa niebla, incapaz de ver más allá de unos cuantos pasos en cualquier dirección, aún los zapatos

perdidos en la alfombra de niebla. Sin embargo a veces las brumas se hacen más densas de improviso, y no se puede ver nada en absoluto. Choqué contra más de un árbol cuando esto sucedía.

En otras ocasiones las brumas, sin motivo aparente, retrocedían súbitamente y dejaban a uno solo en medio de un claro, como un bolsón dentro de una nube. Era entonces cuando podía apreciarse el bosque en toda su grotesca belleza: una visión fugaz y pasmosa del país de nunca jamás. Tales momentos eran contados y de breve duración, pero imborrables. Permanecen en la memoria.

En esas primeras semanas tuve poco tiempo para caminar por los bosques, salvo cuando me unía a las expediciones, para hacerme una idea de las mismas. Por lo general, estaba ocupado escribiendo. Escribí una serie de artículos acerca de la historia del planeta, adornada por el relato de las apariciones más famosas. Escribí crónicas con el perfil de los miembros más interesantes de la expedición. Dediqué una a Sanders y a los problemas que encontró y resolvió para construir el Castillo de las Nubes. Redacté notas científicas acerca de la poco conocida ecología del planeta, y fragmentos literarios acerca de los bosques y las montañas. Expuse algunas hipótesis acerca de las ruinas y, finalmente, escribí sobre la caza de los gatos monteses y sobre montañismo, y acerca de los enormes y peligrosos lagartos que habitaban algunas de las islas alejadas de la costa.

Y, por supuesto, escribí acerca de Dubowski y sus investigaciones. Sobre este tema, llené resmas de papel.

Poco a poco, la búsqueda empezó a convertirse en una rutina y comencé a agotar la miríada de temas que ofrecía el Planeta de los Fantasmas. Mi línea de trabajo empezó a declinar. Tuve más tiempo para mí.

Fue entonces que empecé a disfrutar del Planeta de los Fantasmas. Inicié paseos diarios a través de los bosques, alejándome un poco más cada día. Visité las ruinas, y volé al otro lado del planeta para ver personalmente a los lagartos de los pantanos y no por medio de la holovisión. Entablé amistad con un grupo de cazadores y cobré un gato montés. Acompañé a otro grupo a la costa oeste, donde casi morí entre las garras de un demonio de las planicies.

Y también volví a conversar con Sanders.

En todo este tiempo, Sanders había ignorado casi por completo a Dubowski, a mí y a cualquier individuo conectado con la caza de fantasmas. Se dirigía a nosotros de mala gana cuando se veía obligado, nos despachaba a la brevedad, y dedicaba todo su tiempo libre a los otros huéspedes.

Al principio, después de la forma como me había hablado aquella noche en el bar, me preocupaba lo que pudiera hacer. Lo veía asesinando a alguien en las brumas, tratando de hacerlo aparecer como obras de los fantasmas. O acaso sabotando las trampas.

Estaba seguro de que intentaría algo para asustar a Dubowski o impedir al menos el desarrollo de su investigación.

Supongo que esto se debía a ver mucha holovisión. Sanders no hizo nada de eso. Tan sólo estaba de mal humor, nos miraba con rencor cuando nos cruzábamos en los corredores, y nos brindaba cooperación a regañadientes cuando era necesario.

Al poco tiempo, pese a todo, empezó a recobrar su amabilidad. No hacia Dubowski y sus hombres, sino hacia mí.

Presumo que se debía a mis caminatas por el bosque. Dubowski nunca salía de las brumas a menos que estuviera obligado, y en esos casos, lo hacía con desgana y volvía cuanto antes. Sus hombres seguían su ejemplo. Yo era el único comodín de la baraja.

Pero es que yo en realidad no formaba parte del mismo mazo.

Sanders se había dado cuenta, por supuesto. No se le escapaba nada de cuanto acontecía en su castillo. Volvió a hablar conmigo, cortésmente. Un día, por fin, incluso me invitó de nuevo a tomar unos tragos.

Habían pasado dos meses del inicio de la expedición. El invierno avanzaba sobre el planeta y el castillo, y el aire se tornaba frío y vivificante. Dubowski y yo nos encontrábamos en el comedor, rezagándonos con el café tras otra excelente comida.

Sanders se sentó en una mesa contigua, hablando con unos turistas.

No recuerdo qué discutíamos con Dubowski. Fuera lo que fuese, Dubowski se interrumpió en cierto punto por un escalofrío.

—Empieza hacer frío aquí fuera —se quejó—. ¿Por qué no entramos?

A Dubowski nunca le atrajo demasiado la terraza comedor.

No estuve de acuerdo.

—No se está tan mal —dije—. Además, se acerca el ocaso, una de las mejores horas del día.

Dubowski volvió a estremecerse, y se levantó.

—Como guste —dijo—. Pero yo me marchó. No tengo ganas de coger un resfriado sólo para que usted pueda contemplar otra puesta de brumas.

Echó a andar. Pero no había dado tres pasos cuando Sanders saltó de su asiento, gritando como una bestia herida.

—Puesta de brumas —vociferaba—. ¡Puesta de brumas!

Lanzó una larga e incoherente catarata de obscenidades. Nunca había visto a Sanders tan enojado, ni siquiera cuando me echó del bar la primera noche. Estaba allí, temblando literalmente de rabia, con el rostro enrojecido y sus gruesos puños abriéndose y cerrándose a los costados.

Me levanté de un salto, y me puse entre los dos. Dubowski me miró. Aparecía desconcertado y asustado.

—¿Qué...? —iba a decir.

—Váyase para adentro —le interrumpí—. Váyase a su cuarto. Váyase al salón. Váyase a algún sitio. Váyase a cualquier parte, pero váyase de aquí antes que lo maten.

—Pe... pero... ¿qué pasó? ¿Qué hice? No...

—La puesta de brumas es por la mañana —le dije—. Por la noche, a la caída del sol, es su salida. Y ahora váyase.

—¿Eso es todo? ¿Pero por qué se puso tan... tan...?

—¡VÁYASE!

Dubowski movió la cabeza, como dando a entender que aún no comprendía lo sucedido. Pero se fue.

Me volví hacia Sanders.

—Cálmese —le dije—. Cálmese.

Dejó de temblar, pero sus ojos todavía echaban chispas a espaldas de Dubowski.

—Puesta de brumas —murmuraba—. Hace dos meses que ese bastardo está aquí, y todavía no sabe la diferencia entre la salida y la puesta de las brumas.

—Nunca se molestó en mirar —dije—. Ese tipo de cosas no le interesan. Él se lo pierde. No hay motivo para que usted se enoje.

Me miró, frunciendo el ceño. Finalmente asintió.

—Sí —dijo—. Tal vez esté en lo cierto. —Suspiró—. Pero «puesta de brumas...»

Demonios.

Hubo un silencio, luego dijo:

—Necesito un trago. ¿Me acompaña?

Asentí.

Nos instalamos en el mismo rincón oscuro de la primera noche, en la que debía ser la mesa favorita de Sanders. Ya se había despachado tres tragos cuando yo iba por el primero. Tragos largos. Todo en el Castillo de las Nubes era en grande.

Esta vez no discutimos. Hablamos acerca de la puesta de las brumas, de los bosques, y de las ruinas. Mencionamos los fantasmas, y Sanders me contó con cariño las historias acerca de las apariciones. Las conocía todas, por supuesto, pero no tal como las contaba Sanders.

En cierto punto, mencioné que había nacido en Bradbury en el curso de unas vacaciones de mis padres en Marte. Sanders abrió los ojos, y pasamos la hora siguiente contando chistes acerca de los terrícolas. También los había escuchado antes, pero como estaba un poco alegre por las copas, me parecieron todos bastante graciosos.

Luego de esa noche, pasé más tiempo con Sanders que con cualquier otra persona en el hotel. Para entonces creía conocer el Planeta de los Fantasmas bastante bien, pero Sanders me demostró que estaba equivocado. Me mostró lugares escondidos en los bosques que desde entonces me obsesionan. Me llevó a una isla pantanosa donde los árboles son de un tipo desconocido y se mueven en forma horrible aunque no sople viento. Volamos al lejano Norte a otra cadena montañosa donde los picos son más altos y están cubiertos de hielo, y a una meseta en el Sur en donde las brumas se derraman eternamente sobre los bordes en una fantástica imitación de las cataratas.

Yo seguía escribiendo acerca de Dubowski y su cacería de fantasmas. Pero había poco de nuevo para escribir, de modo que pasaba la mayor parte de mi tiempo con Sanders. No me preocupaba demasiado mi producción. Mi serie acerca del Planeta de los Fantasmas había tenido una excelente acogida en la Tierra y en la mayoría de las colonias, de modo que pensé que podía estar tranquilo.

Pero no fue así.

Apenas llevaba unos tres meses en el planeta cuando mi agencia me irradió un mensaje. En algunos sistemas de allí, en un planeta llamado Nuevo Refugio, había estallado una guerra civil. Me pedían que informara sobre ella. De cualquier manera, no había novedades en el Planeta de los Fantasma, decían, puesto que la expedición de Dubowski se mantendría allí un año más.

Pese a lo que me gustaba ese planeta, aproveché la oportunidad. Mis artículos comenzaban a perder actualidad y sentía la falta de ideas. Lo de Nuevo Refugio prometía ser algo gordo.

Así que me despedí de Sanders, de Dubowski y del Castillo de las Nubes, di un último paseo por los bosques de brumas, y saqué un pasaje para la próxima nave que pasara.

La guerra civil de Nuevo Refugio parecían unos fuegos artificiales. Pasé menos de un aburrido mes en el planeta. El lugar había sido colonizado por fanáticos religiosos, pero el culto original se había escindido, y ambas partes se acusaban mutuamente de herejía.

Todo muy sórdido. El planeta en sí tenía el encanto de un suburbio marciano.

Me desplazé lo más rápido que pude, saltando de planeta en planeta, de reportaje en reportaje. En seis meses, me encontraba de vuelta a la Tierra. Se aproximaban las elecciones, y me vi envuelto en la campaña electoral. Era lo que necesitaba. La campaña era animada, y había un millón de historias en donde escarbar.

Pero en todo este tiempo me mantuve al tanto de las pequeñas noticias que llegaban del Planeta de los Fantasma. Al final, tal como lo esperaba, Dubowski anunció una conferencia de prensa. Como residente honorario del planeta, me asignaron la tarea informativa, y enfilé hacia allí en la nave estelar más rápida que conseguí.

Llegué una semana antes de la conferencia, antes que nadie. Irradié a Sanders antes de coger la nave, y éste me esperaba en el aeropuerto espacial. Nos trasladamos al salón comedor, y nos trajeron unas bebidas.

—¿Y bien? —le pregunté, después de las formalidades—. ¿Sabe usted qué va anunciar Dubowski?

Sanders tenía un aire taciturno.

—Lo puedo suponer —dijo—. Recuperó todos sus malditos artefactos hace un mes, y ha estado comparando los registros en una computadora. Hubo un par de observaciones desde que usted nos dejó. Dubowski se trasladó horas después de cada una, y revisó el área a fondo. Nada. Eso es lo que va a anunciar, según creo. Nada.

Sacudí la cabeza.

—¿Tan malo es? Gregor tampoco halló nada.

—No es lo mismo —dijo Sanders—. Gregor no procedió igual que Dubowski. A éste la gente le creerá, diga lo que diga.

Yo no estaba tan seguro, e iba a decírselo cuando llegó Dubowski. Alguien debía de haberle informado de mi llegada. Vino dando zancadas, sonriente, me miró y se sentó con nosotros.

Sanders lo estudió, y luego observó su vaso. Dubowski dirigió toda su atención sobre mí. Parecía estar satisfecho de sí mismo. Me preguntó qué estuve haciendo desde que me fui. Se lo conté, y mostró su conformidad.

Por fin me decidí a preguntarle por sus resultados.

—Sin comentarios —dijo—. Para eso convoqué una conferencia de prensa.

—Vamos —dije—, he dado cuenta de sus tareas durante meses, mientras todo el mundo ignoraba la expedición. Creo que podría darme un adelanto. ¿Qué consiguió?

Titubeó.

—Bueno, de acuerdo —dijo, con dudas aún—. Pero no le dé publicidad todavía. Puede irradiarlo unas horas antes de la conferencia. Así tendrá la primicia.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué es lo que halló?

—Los fantasmas —dijo—. Tengo los fantasmas, en un lindo paquete con un lazo. No existen. He reunido suficiente evidencia para probarlo sin sombra de duda.

Sonrió abiertamente.

—¿Sólo porque usted no encontró nada? —respondí—. Tal vez se ocultaban. Si son inteligentes, tal vez sean lo bastante listos. O tal vez escapen a la capacidad de detección de sus sensores.

—Vamos —dijo Dubowski—. Usted no creerá eso. Nuestras trampas para fantasmas están dotadas de todas las clases de

sensores con los que podíamos contar. Si los fantasmas existiesen, deberían quedar registrados en alguna parte. Pero no existen.

Teníamos las trampas preparadas en las áreas donde tres de las llamadas apariciones de Sanders tuvieron lugar. Nada. Absolutamente nada. Prueba concluyente que la gente se imaginaba ver cosas, no seres vivientes.

—¿Y qué me dice de las muertes y desapariciones? —pregunté—. ¿Qué pasó con la expedición de Gregor, y otros casos típicos?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—No puedo refutar todas las muertes, claro está. Pero nuestra búsqueda dio como resultado el hallazgo de cuatro esqueletos.

Sacó la cuenta con los dedos.

—Dos murieron en un desmoronamiento, y uno tenía marcas de garra de alimaña en los huesos.

—¿Y el cuarto?

—Asesinado —dijo—. El cuerpo fue enterrado en una fosa poco profunda, evidentemente por manos humanas. Un aguacero de verano lo dejó al descubierto.

Constaba en los registros como desaparecido. Estoy seguro de poder hallar los otros cadáveres, si buscamos lo suficiente. Y veremos que todos murieron de muerte natural.

Sanders levantó los ojos del vaso. Había amargura en su mirada.

—Gregor —testarudo—. Gregor y los otros casos clásicos.

La sonrisa de Dubowski se tornó satisfecha.

—Ah, sí. Rastreamos el área con sumo cuidado. Mi teoría era cierta. Encontramos una tribu de monos en las inmediaciones. Unas bestias enormes, como mandriles gigantes, de sucia piel blanca. No muy lograda como especie: hallamos sólo una pequeña tribu, y se están extinguiendo. Pero seguramente es lo que vio el hombre de Gregor, exagerando su relato.

Hubo un silencio. Luego habló Sanders, pero su voz sonaba abatida.

—Sólo una pregunta —dijo, en voz baja—. ¿Por qué?

Esto cogió a Dubowski de sorpresa, y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Usted nunca lo entendió, Sanders, ¿no es cierto? —dijo—. Fue al servicio de la verdad. Para liberar este planeta de la ignorancia y la superstición.

—¿Liberar al Planeta de los Fantasmas? —dijo Sanders—. ¿Estaba acaso oprimido?

—Sí —contestó Dubowski—. Oprimido por mitos estúpidos, por el miedo. Ahora quedará libre, y abierto. Ahora podremos descubrir la verdad de esas ruinas sin leyendas oscuras acerca de fantasmas semihumanos que enturbien los hechos. Podemos abrir este planeta a la colonización. La gente no temerá venir y trabajar la tierra. Vencimos el miedo.

—¿Colonias, aquí? —Sanders parecía divertido—. ¿Va a traer ventiladores gigantes para dispersar las brumas, o qué? Ya hubo colonos aquí, y se marcharon: la tierra no es buena. Con todas esas montañas, no se puede cultivar. Por lo menos, no en escala rentable. No hay manera de sacar beneficios de la agricultura en este planeta. Además, hay centenares de colonias planetarias que necesitan gente. ¿Tenía tanta necesidad de que hubiera otra? ¿El Planeta de los Fantasmas debe convertirse en otra Tierra?

Sanders sacudió la cabeza con tristeza, terminó su trago, y prosiguió:

—Es usted el que no entiende, doctor. No se engañe. Usted no ha liberado al Planeta de los Fantasmas. Lo ha destruido. Le ha robado los fantasmas, y ha dejado un planeta vacío.

Dubowski sacudió la cabeza.

—Creo que está equivocado. Se encontrarán maneras justas y provechosas para utilizar este planeta. Pero aún si estuviera en lo cierto, bueno, lo siento. Lo importante para el hombre es el conocimiento. La gente como usted ha tratado de frenar el progreso desde el comienzo de los tiempos. Pero fracasaron, como ha fracasado usted. El hombre necesita saber.

—Puede ser —dijo Sanders—: Pero ¿es lo único que necesita? No lo creo así. Creo que también necesita misterio, poesía y romanticismo. Creo que necesita algunas preguntas sin respuesta, para hacerlo meditar e interrogarse.

Dubowski se puso de pie de manera repentina, y frunció el ceño.

—Esta conversación es tan inútil como su filosofía, Sanders. No hay lugar en mi Universo para preguntas sin su correspondiente respuesta.

—Pues vive usted en un Universo muy monótono.

—Y usted, Sanders, vive en el hedor de su propia ignorancia.

Encuentre una nueva superstición si la necesita, pero no trate de engañarme con sus cuentos y leyendas. No tengo tiempo para fantasmas. —Se dirigió a mí—. Lo veré en la conferencia de prensa —dijo.

Pegó media vuelta y salió del salón a zancadas.

Sanders lo miró marcharse en silencio, luego giró su silla para observar las montañas.

—Están saliendo las brumas —dijo.

Luego se demostró que Sanders también estaba equivocado acerca de las colonias.

De hecho se estableció una, aunque no tenía nada de que vanagloriarse: algunos viñedos, unas pocas fábricas, y algunos miles de personas, todo controlado por un par de grandes compañías.

Los cultivos comerciales resultaron poco rentables, con una excepción, una uva local, gorda y gris, cada grano del tamaño de un limón. El Planeta de los Fantasmas tiene un sólo producto de exportación: un vino blanco ahumado con un sabor dulce persistente.

Lo llaman vino de las brumas, por supuesto. Me he acostumbrado a él con los años. Su sabor me recuerda vagamente la puesta de las brumas, y me hace soñar. Aunque eso se deberá a mí, no al vino. La mayoría de la gente lo aprecia poco.

Sin embargo, a escala secundaria, es un producto lucrativo. De modo que el Planeta de los Fantasmas sigue siendo un punto de parada regular en las rutas espaciales. Por lo menos, para las naves de carga.

Los turistas tiempo ha que se fueron. Sanders tenía razón en este punto. Paisajes los pueden conseguir más cerca de su casa, y más baratos. Venían por los fantasmas.

Sanders también hace tiempo que se ha marchado. Era muy testarudo y tenía poco espíritu práctico como para invertir en el negocio de vinos cuando tuvo la oportunidad, de modo que se quedó en su castillo hasta el final. No sé qué pasó luego, cuando el hotel se quedó sin clientes.

El castillo en sí todavía está allí. Lo vi hace algunos años, cuando me detuve un día en mi ruta hacia Nuevo Refugio por un reportaje. Se está derrumbando. Su mantenimiento es demasiado costoso. En pocos años más, no se distinguirá de las otras ruinas

antiguas.

Por lo demás, el Planeta no ha cambiado mucho. Las brumas siguen saliendo con la puesta del sol, y se ponen al amanecer. El Duende Rojo sigue bello y erguido contra la luz temprana de la mañana. Los bosques siguen en su sitio, y los gatos monteses siguen aullando.

Sólo faltan los fantasmas.

Sólo los fantasmas.

LA SEGUNDA CLASE DE SOLEDAD

18 de junio

Mi relevo ha partido hoy desde la Tierra.

Por supuesto, pasarán al menos tres meses antes de que llegue. Pero ya está en camino.

Hoy ha despegado desde El Cabo, como lo hice yo cuatro años atrás. Una vez en la Estación Komarov, se dirigirá hacia una nave lunar, luego girará en órbita alrededor de Luna, en la Estación del Espacio Profundo. Allí comenzará realmente su viaje. Hasta entonces sólo habrá estado rondando terreno familiar.

Hasta que *La Charon* no abandone la Estación del Espacio Profundo y se sumerja en la noche, no lo sentirá, no lo sentirá realmente, como no lo sentí yo hace cuatro años. No le afectará el golpe hasta que la Tierra y la Luna se desvanezcan a sus espaldas. Por supuesto, sabe desde el principio que ya no puede echarse atrás. No obstante, hay una diferencia entre saberlo y sentirlo. Ahora, lo sentirá.

Se producirá una parada orbital intermedia alrededor de Marte para enviar suministros a la ciudad de Burroughs. Y otras escalas en el cinturón. Pero, *La Charon* comenzará entonces a ganar velocidad. Viajará velozmente cuando llegue a Júpiter. Y mucho más después de rodearlo utilizando la gravedad del enorme planeta como un disparador que aumentará su aceleración.

A partir de este momento, *La Charon* no volverá a detenerse. No, hasta llegar adonde estoy, aquí, en el Anillo de la Estrella Cerbero, seis millones de millas más allá de Plutón.

Mi relevo dispondrá de un largo tiempo para meditar. Como me ocurrió a mí.

Aún hoy sigo meditando, cuatro años después. Lo que sucede es que no hay otra cosa que hacer aquí. Las naves anulares llegan con rareza y, a la larga, uno se aburre de las películas, de los tapes, de

los libros. Entonces, uno medita. Se piensa en el pasado y se sueña con el futuro. Se lucha para que la soledad y el aburrimiento no le vuelvan loco a uno.

Han sido cuatro largos años. Sin embargo, están a punto de terminar. Será maravilloso regresar. Quiero caminar otra vez sobre el césped y ver las nubes, y comer un helado de nata.

No obstante, a pesar de todo, no lamento haber venido. Creo que estos cuatro años que he pasado a solas con la oscuridad me hicieron bien. No creo haber perdido demasiado. Ahora, mis tiempos en la Tierra me parecen remotos, pero si intento puedo recordarlos. No todos los recuerdos son agradables. A decir verdad estaba bastante fastidiado entonces.

Necesitaba tiempo para pensar, y eso es algo fácil lograrlo aquí. El hombre que embarcará en *La Charon* no será el mismo que llegó hace cuatro años. Cuando vuelva a la Tierra, me forjaré una nueva vida. Sé que lo haré.

20 de junio

Hoy ha llegado una nave.

Por supuesto, no sabía que vendría. Nunca lo sé. Las naves anulares son irregulares, y el tipo de energía que se emplea en este lugar convierte las señales de radio en un ruido caótico. En el momento en que la nave, por fin, atravesó la atmósfera, los radares de la estación la detectaron y me dieron aviso.

Seguramente se trataba de una nave anular. Mucho más grande que aquellas equipadas con el viejo sistema de paletas herrumbrosas como *La Charon* y mejor preparada para soportar las tensiones del vórtice del no-espacio. Venía en línea recta, sin intenciones aparentes de frenar.

Mientras bajaba hacia el cuarto de control para atarme, un pensamiento irrumpió en mi mente. Ésta debía ser la última. O tal vez no, por supuesto. Todavía faltan tres meses, y se trata de un período de tiempo lo suficientemente largo como para que vengan una docena de naves. Pero nunca se sabe. Las naves anulares son irregulares, como ya dije.

En cierto modo, el pensamiento me inquietó. Las naves han constituido parte importante de mi vida durante cuatro años. Y la de hoy podría ser la última. Si así fuere quiero que descienda. Creo que me asisten buenas razones para desearlo. Cuando viene una

nave todo parece andar mejor.

El cuarto de control está en el centro de mi puesto de mandos. Es el centro de todo, es donde confluyen los nervios, los tendones y los músculos de la estación. No obstante, no tiene un aspecto demasiado espectacular. El cuarto es pequeño, y una vez se cierra la puerta sólo quedan el piso, el techo y las paredes pintadas de un color blanco sin matices.

Sólo hay un artilugio en el cuarto: una consola en forma de herradura que rodea una única silla acolchada.

Me senté hoy en aquella silla tal vez por última vez. Me até, me coloqué los auriculares y bajé el casco. Llevé una mano hacia los controles, los toqué y los encendí.

Y el cuarto de control se desvaneció.

Por supuesto, esto a causa de los hológrafos. Lo sé. Sin embargo, saberlo significa bien poco cuando me acomodo en aquella silla. Entonces, en lo que a mí respecta, ya no estoy más dentro del cuarto. Salgo de él, estoy en el vacío. La consola de control y la silla siguen en el mismo lugar. Pero, el resto desaparece. En cambio, la dolorosa oscuridad está en todas partes: encima, debajo y a mí alrededor.

El lejano sol es sólo una estrella más entre tantas, y todas las estrellas quedan tremendamente lejos.

Así sucede. Así ocurrió hoy. Cuando pulsé los controles me quedé solo en el Universo con las frías estrellas y el anillo. El Anillo de la Estrella Cerbero.

Lo veía desde arriba como si me encontrara en su exterior. Se trata, en realidad, de una estructura muy vasta. No obstante, desde afuera no lo parece. La inmensidad del conjunto la devora. Un delgado hilo de plata perdido en la inmensidad.

Sin embargo, conozco la verdad. El anillo es enorme. Los cuarteles donde habito ocupan un solo grado del círculo que forma, un círculo cuyo diámetro supera los ciento cincuenta kilómetros. El resto son circuitos, radares y depósitos de energía. Y la maquinaria, la maquinaria del no-espacio.

El anillo quedó en silencio; su porción más lejana se perdía en la nada. Presioné un botón de la consola. Más abajo, la máquina del no-espacio se despertó.

En el centro del anillo apareció una nueva estrella.

Al principio parecía un punto de luz en medio de la oscuridad. De color verde, de un verde brillante. Así ocurrió hoy, pero no siempre. El espacio vacío es variopinto.

De haberlo deseado habría podido ver entonces la parte más alejada del anillo. Brillaba con luminosidad propia. Vivas y despiertas, las máquinas del no-espacio vertían inimaginables cantidades de energía para cavar un agujero en el mismo espacio.

El agujero había estado allí mucho antes de que existiera Cerbero, mucho antes de la llegada del hombre. Lo hallaron, quizá por accidente, cuando llegaron a Plutón. Y construyeron un anillo a su alrededor. Después encontraron otros dos agujeros y les colocaron sus anillos también.

Los agujeros eran pequeños, demasiado pequeños. Sin embargo, podían agrandarse.

Temporalmente, se lograba abrirlos más a expensas de grandes cantidades de energía.

Se les podía inyectar energía sin refinar a través del limpio y pequeño agujero hasta que la plácida superficie del espacio vacío se desgastara, se plegara y diera lugar a la formación del vórtice.

Y ahora ocurrió lo previsto.

En el centro del anillo, la estrella aumentó de tamaño y se aplanó. Se trataba de un disco que latía, no de un globo. Era lo que más brillaba en el espacio. Y latía visiblemente.

Del disco hilador verde salían y volvían a entrar lanzaderas de vivo color naranja.

Asimismo, se desprendían unas volutas de humo azules. Motas rojas bailaban y titilaban, crecían y se empequeñecían rodeadas por el verde. Los colores comenzaron a mezclarse y a danzar al unísono.

La estrella plana y multicolor duplicó su tamaño; lo que repitió una y otra vez. Minutos antes, no existía. Ahora, llenaba el anillo, se adhería a las paredes plateadas, las taladraba con su poderosa energía. Comenzó a enrollarse cada vez a mayor velocidad, parecía un remolino en el espacio, un torbellino de luz y llamas.

El vórtice. El vórtice del no-espacio. La rugidora tormenta que ni es tal tormenta ni ruge porque no existe sonido en el espacio.

Hacia él se aproximó la nave anular. Al principio, parecía una estrella con movimiento propio. Después, rápidamente, más rápidamente de lo que mi vista podía captar, fue cobrando forma

visible. Se convirtió en una oscura bala de plata en la oscuridad. Una bala disparada hacia el vórtice.

La puntería era buena. La nave golpeó casi en el centro del anillo. Los serpenteantes colores la envolvieron. Tecleé mis controles. Aún más rápidamente de lo que había aparecido el vórtice se esfumó. También la nave por supuesto. Una vez más, quedaba sólo yo; y el anillo, y las estrellas.

Entonces, pulsé otro botón y me encontré de nuevo en el vacío y blanco cuarto de control. Desatado. Quizá desatado por última vez.

De algún modo, espero que no sea verdad. Nunca pensé que añoraría algo de aquí.

Sin embargo, así será. Extrañaré las naves anulares. Echaré de menos momentos como el de hoy.

Espero que ocurra unas cuantas veces más, antes de irme. Quisiera percibir otra vez bajo mis manos el despertar de las máquinas del no-espacio. Y ver al vórtice hervir, y temblar mientras floto solo entre las estrellas. Siquiera una vez más. Antes de que me vaya.

23 de junio

Aquella nave anular me dio que pensar. Más de lo usual.

Resulta gracioso descubrir que nunca se me ocurriera antes la idea de subir a una de esas naves. Existe un nuevo mundo completo al otro lado del no-espacio; Segunda Oportunidad, un planeta verde muy rico que está tan alejado que los astrónomos dudan si pertenece o no a nuestra misma galaxia. Eso es lo bueno que tienen los agujeros. No estás seguro de dónde están hasta que se descubren.

Cuando era niño, leí mucho acerca de los viajes estelares. Muchos creían que eran imposibles. Pero los que creían siempre afirmaron que Alfa Centauro sería el primer sistema que exploraríamos y colonizaríamos. Porque era el más cercano y por muchas otras razones. Resulta gracioso descubrir cuánto se equivocaron. Por el contrario, nuestras colonias se emplazaron en soles que ni siquiera podemos ver. Además, creo que no llegaremos jamás a Alfa Centauro.

De alguna manera, nunca pensé en las colonias en un sentido personal. Y todavía no puedo hacerlo. La Tierra fue teatro de mi fracaso. Y es donde ahora triunfaré. Las colonias sólo significan

para mí otra evasión.

¿Cómo Cerbero?

26 de junio

Hoy apareció otra nave. A fin de cuentas, la anterior no fue la última. ¿Lo será ésta?

29 de junio

¿Por qué un hombre acepta voluntariamente un trabajo de esta naturaleza? ¿Por qué un hombre se entierra en un anillo de plata que está millones de kilómetros más allá de Plutón para cuidar de un agujero en el espacio? ¿Por qué pierde cuatro años de su vida, solo y a oscuras?

¿Por qué?

Al principio, los primeros días, me lo preguntaba continuamente. Ignoraba la respuesta entonces. Ahora, creo saberla. Lamentaba amargamente el impulso que me había traído hasta aquí. Ahora, creo comprenderlo.

En realidad, no se trataba de un impulso. Me refugié en Cerbero. Me refugié para huir de la soledad.

¿Tiene algún sentido lo que digo?

Sí, lo tiene. Conozco la soledad. Ha sido el tema central de mi vida. He estado solo desde que tengo memoria.

No obstante, existen dos clases de soledad.

Mucha gente no aprecia la diferencia. Yo lo he hecho. Sufrí ambas.

Se escribe y se habla sobre la soledad de los hombres que habitan los anillos estelares. Los faros del espacio y toda esa cháchara. Y tienen razón.

A veces, aquí, en Cerbero, pienso que soy el único hombre del Universo. Que la Tierra sólo fue un sueño febril. Que las personas que recuerdo sólo son productos de mi imaginación.

Aquí, a veces, necesito hablar con alguien de manera tan imperiosa que grito y me golpeo la cabeza contra las paredes. A veces, cuando el aburrimiento se hace carne en mí, creo que voy a enloquecer.

Sin embargo, existen otras veces. Cuando llegan las naves anulares. Cuando salgo a efectuar alguna reparación. O cuando me siento en la silla de la sala de control y me imagino afuera, en la oscuridad, mirando las estrellas.

¿Solitario? Sí. Pero una soledad solemne, enriquecedora, trágica. Una soledad teñida de cierta grandeza. Una soledad que llegas a odiar con todas tus fuerzas... y a amar tanto que pides más.

Y ésta es la segunda clase de soledad.

Para ella, no es preciso venir al Anillo de la Estrella Cerbero. Se la puede encontrar en cualquier parte de la Tierra. Lo sé. La he vivido. La he experimentado en todas partes, en todo cuanto he hecho.

Se trata de la soledad de los que están encerrados en sí mismos. La soledad de aquéllos que tantas veces han dicho lo que no debían, que ya no tienen ánimos para decir nada más. Una soledad hecha de miedo, no de distancia.

La soledad de la gente que se siente sola en cuartos amueblados de ciudades populosas porque no tienen dónde ir y nadie con quien hablar. La soledad de los tipos que van a un bar para hablar con alguien, y que descubren que no saben cómo iniciar una conversación, y que carecen del coraje suficiente para entablarla.

Esa clase de soledad carece de grandeza. No tiene sentido ni poesía. Es la soledad sin significado. Es triste, escuálida, patética y apesta a autocompasión.

Sí, a veces resulta doloroso estar solo entre las estrellas. Sin embargo, es más triste estar solo en una fiesta. Bastante más triste.

30 de junio

He leído lo que escribí ayer. Hablaba de la autocompasión...

1 de julio

He leído el comentario que escribí ayer. Mi máscara de petulancia. Después de cuatro años, aún sigo resistiendo a ser sincero conmigo mismo. Eso es malo. Si quiero que esta vez las cosas resulten diferentes, tengo que comprenderme.

Entonces, ¿por qué tengo que burlarme de mí cuando admito que estoy solo y que soy vulnerable? ¿Por qué tengo que luchar en contra de mí mismo para reconocer que tengo miedo de vivir? Nadie jamás va a leer estas páginas. Estoy hablando sobre mí y sólo para mí.

Entonces, ¿por qué me repugna decir ciertas cosas?

4 de julio

Hoy no apareció ninguna nave anular. Malo. Los de la Tierra jamás han podido encender el vórtice del no-espacio. Y siempre lo

he celebrado.

No obstante, ¿por qué conservo aquí un calendario de la Tierra? ¿Aquí donde los años son siglos y las estaciones un recuerdo impreciso? Julio es igual a diciembre. Entonces, ¿de qué me sirve?

10 de julio

Anoche soñé con Karen. Y ahora no puedo quitármela de la cabeza.

Pensé haber enterrado su recuerdo desde hacía mucho tiempo. Pero no, sólo era una fantasía. Oh, yo le gustaba bastante. Tal vez me amara. Pero no más que a media docena de otros tipos. Yo no era algo extraordinario para ella, y nunca se dio cuenta de lo extraordinaria que ella era para mí.

Y no es que quisiera ser extraordinario para ella... necesitaba, alguna vez, fundamentalmente resultar extraordinario para alguien.

Así que fue mi elegida. Pero no pasó de ser una fantasía. Y me daba cuenta de ello en mis momentos de lucidez. No tenía por qué sentirme tan herido. Nada podía exigirle.

Pero creo que lo hice, en mi imaginación. Me sentía lastimado. Fue mi culpa, no de Karen.

Ella nunca lastimaría a alguien voluntariamente. Lo que ocurrió es que nunca se dio cuenta de lo frágil que yo era.

Incluso aquí, al principio, seguí soñando. Soñaba en el modo en que ella cambiaría mi vida; en la forma en que me esperaría. Y otras cosas.

Pero no eran más que vanos deseos. Aquello ocurrió antes de llegar a comprenderme a mí mismo. Ahora sé que no me estará esperando. Que no me necesita y que nunca me necesitó. Que yo sólo era un amigo más.

Por tanto, me disgusta soñar con ella. Es malo. Haga lo que haga, no debo buscar a Karen cuando regrese. No debo comenzar todo de nuevo. Tengo que encontrar a alguien que sí me necesite. Y no debo buscarla si no quiero hundirme otra vez en mi antigua vida.

18 de julio

Ya ha pasado un mes desde que mi relevo abandonó la Tierra. A esas fechas, *La Charon* debe haber llegado al Cinturón. Faltan dos meses.

23 de julio

Ahora tengo pesadillas. Dios mío, ayúdame.

Sueño de nuevo en la Tierra. Y en Karen. No puedo evitarlo. Todas las noches igual.

Resulta gracioso llamar «pesadilla» a Karen. Hasta ahora, siempre había sido un bello sueño. Un sueño hermoso, con su cabello largo y suave, y su risa, y aquella maravillosa forma de sonreír. Pero aquellos sueños eran sólo vanos deseos. En ellos, Karen me necesitaba y me amaba.

Las pesadillas me muestran la verdad. Todas son iguales. Son una repetición de la última noche que Karen y yo pasamos juntos.

De acuerdo con mi escala de valores, aquélla fue una buena noche. Comimos en uno de mis restaurantes preferidos y fuimos a ver un espectáculo. Conversamos con fluidez sobre muchas cosas. Y también nos reímos mucho juntos.

Sólo más tarde, de regreso en su casa, modifiqué la situación.

Ocurrió cuando traté de decirle cuánto significaba ella para mí. Recuerdo lo incómodo y estúpido que me sentí, cómo luché para que las palabras salieran de mi boca, cómo tartamudeé. Casi todo me salió mal. Recuerdo la mirada de Karen en aquel momento. Era una mirada extraña. El modo como trató de desilusionarme. Amablemente. Karen siempre se comportaba con amabilidad. La miré a los ojos y escuché su voz. No encontré amor, ni necesidad. Sólo... sólo piedad, me parece. Piedad hacia un impulso incapaz de expresarse que había pasado junto a su vida sin siquiera rozarla. Y no porque yo no quisiera. Sino porque tenía temor y no sabía qué es lo que debía hacer. Karen había captado aquel impulso y, a su manera, lo amaba... claro, Karen amaba a todo el mundo.

Trató de ayudarme, de contagiarme algo de su seguridad, algo de su coraje y de la impetuosidad con que enfrentaba la vida. Los tenía sobrados.

Sin embargo, no bastó. El impulso fantaseaba con el día en que dejaría de estar solo para siempre. Y cuando Karen trató de ayudarme, pensé que aquel impulso, aquel sueño se hacía realidad. O me obligué a pensarlo así. Por supuesto, sospechaba la verdad; pero prefería engañarse al respecto.

Y cuando llegó el día en que no pude mentirme más, era aún lo suficientemente vulnerable como para sentirme herido. No pertenecía al tipo cuyas heridas cicatrizan rápidamente. Carecía del

valor para intentarlo de nuevo. Por eso huí.

Espero que las pesadillas se acaben. No puedo soportarlas, noche tras noche. No soporto revivir aquella hora en el piso de Karen.

He permanecido aquí durante cuatro años. Me he analizado en profundidad. He cambiado en aquello que no me gustaba; o, al menos, hice el intento. He tratado de cultivar mi capacidad de cicatrizar, de ganar confianza en mí mismo para enfrentar los nuevos rechazos que sufriré antes de que alguien me acepte. Sin embargo, sé que estoy condenado, y que sólo he obtenido éxitos parciales. Siempre existirán cosas que me lastimen, situaciones que nunca estaré capacitado para enfrentar como me gustaría.

El recuerdo de esa última hora con Karen es una de ellas. Dios mío, espero que las pesadillas terminen.

26 de julio

Más pesadillas. Por favor, Karen. Te he amado mucho. Déjame solo. Por favor.

29 de julio

Gracias a Dios, ayer pasó una nave estelar. Necesitaba una. Me ayudó a olvidar por un momento a la Tierra, a Karen. Por primera vez en una semana, no tuve pesadillas por la noche. En cambio, soñé con el vórtice del no-espacio. La rugiente tormenta silenciosa.

1 de agosto

Las pesadillas han vuelto. No siempre es Karen la protagonista. Viejos recuerdos, también. Infinitamente menos importantes, pero igualmente dolorosos. Todas las tonterías que he dicho, todas las muchachas que conocí, todo lo que nunca he hecho.

Malo. Malo. No debo olvidarlo. Ya no soy más aquél. Soy un ser nuevo, un ser que yo mismo he construido aquí, millones de kilómetros más allá de Plutón. Hecho de acero y de estrellas y de no-espacio; duro, confiado y autosuficiente. Alguien que no teme vivir.

El pasado ha quedado atrás. Sin embargo, todavía duele.

2 de agosto

Una nave, hoy. Las pesadillas continúan. ¡Maldición!

3 de agosto

Anoche no tuve pesadillas. La segunda vez que ocurre. He descansado bien después de abrir un agujero para una nave anular durante el día. ¿Día?, ¿noche? Palabras sin sentido. Sin embargo,

aún escribo como si aquí tuvieran algún significado. Cuatro años no han hecho mella sobre el concepto que tengo de la Tierra. Sin embargo, antes no sentía la necesidad de ahuyentar los pensamientos acerca de Karen. Además, no debería necesitar de apoyos.

10 de agosto

Hace pocas noches llegó otra nave. No tuve sueños después. ¡Una fórmula!

Lucho contra los recuerdos. Pienso acerca de otras cosas que me sucedieron en la Tierra. Cosas buenas. Realmente, hubo muchas; y habrá más cuando regrese. Tengo que asegurarme de que eso ocurra.

Esas pesadillas son estúpidas. No permitiré que continúen. Existían otras cosas aparte de lo que compartí con Karen, otras cosas que me gustaría recordar. ¿Por qué me resulta imposible?

18 de agosto

Falta un mes para que llegue *La Charon*. Me pregunto quién será mi relevo. Me pregunto qué lo traerá hasta aquí.

Los sueños con la Tierra persisten. No. Debo llamarlos «los sueños con Karen».

¿Acaso me asusta escribir su nombre?

20 de agosto

Una nave, hoy. Después de marcharse, me quedé afuera mirando las estrellas.

Durante varias horas, creo. En aquel momento no me daba cuenta del paso del tiempo.

Estar en el exterior es hermoso. Solitario, sí. Pero ¡qué soledad! Uno está solo con el universo; las estrellas como una alfombra a mis pies y titilan sobre mi cabeza.

Cada una es un sol. Sin embargo, parecen frías. Me pongo a temblar, perdido en la inmensidad, preguntándome cómo llegaron hasta allí y qué significan.

Espero que mi relevo, sea quien sea, apreciará todo esto como se merece. Hay tantos que no pueden o no quieren. Hombres que caminan en la noche y no miran hacia el cielo.

Espero que mi relevo no sea uno de ellos.

24 de agosto

Cuando regresé a la Tierra, buscaré a Karen. Debo hacerlo.

¿Cómo puedo esperar que las cosas resulten diferentes esta vez si soy incapaz de levantar mis ánimos para enfrentarme con una situación semejante? Y las cosas tienen que resultar diferentes. Por tanto, debo enfrentar a Karen, y probarme que he cambiado.

Realmente cambiado.

25 de agosto

Las tonterías de ayer. ¿Cómo podría enfrentarme a Karen? ¿Qué le diría? De nuevo he tratado de engañarme a mí mismo, de volver a lo que era. No. No debo ver a Karen.

Demonios, no logro controlar mis sueños.

30 de agosto

He estado visitando el cuarto de control y he permanecido afuera largas horas. No había naves anulares. No obstante, he descubierto que si salgo, los recuerdos de la Tierra se desvanecen.

Cuanto más lo conozco, más seguro estoy de que echaré de menos Cerbero. De aquí a un año, estaré de vuelta a la Tierra, mirando el cielo nocturno y recordando cómo el anillo emitía destellos de plata a la luz de las estrellas. Sé que lo haré.

Y el vórtice. Recordaré el vórtice y la manera en que los colores caracoleaban y se entremezclaban. Cada vez de un modo diferente.

Es una pena que nunca fuera un gran comerciante. Podría hacer una fortuna de regreso en la Tierra con una filmación del vórtice en el momento en que gira. La danza del vacío. Me sorprende que nadie haya pensado en ello.

Tal vez se lo sugiera a mi relevo. Algo para llenar las horas, si es que le interesa.

Espero que sí. El saber de la Tierra se enriquecería si alguien le lleva un film. Lo haría yo mismo, pero mi equipo no funciona bien y no tengo tiempo para repararlo.

4 de septiembre

La semana pasada he salido cada día. No tengo pesadillas. Sólo sueños de la oscuridad, interrumpida por los colores del no-espacio.

9 de septiembre

Sigo saliendo y absorbiendo lo que veo. Pronto, muy pronto ahora, perderé todo esto.

Para siempre. Siento que debo aprovechar cada segundo. Debo memorizar todo lo que sucede aquí en Cerbero para conservar el asombro, la maravilla y la fresca belleza dentro de mí cuando haya

vuelto a la Tierra.

10 de septiembre

No han llegado naves durante un largo período de tiempo. ¿Habrán terminado entonces? ¿Habré visto ya la última?

12 de septiembre

Hoy no hubo naves. Sin embargo, salí y encendí las máquinas y dejé que el vórtice rugiera.

¿Por qué siempre hablo de rugidos y de los gritos del vórtice? No existen los sonidos en el espacio. No oigo nada. Pero observo. Y ruge.

Lo hace.

Los sonidos del silencio. Pero no en el sentido en que lo dicen los poetas.

13 de septiembre

Aunque no hubo naves, hoy miré el vórtice otra vez.

Nunca antes había hecho cosa semejante. Ahora, ya lo he hecho dos veces. Está prohibido. El precio, en términos de energía, es enorme y Cerbero se nutre de energía.

Entonces, ¿por qué? Es como si me resistiera a abandonar el vórtice. Pero debo hacerlo.

Pronto.

14 de septiembre

¡Idiota, idiota, idiota! ¿Qué he estado haciendo? *La Charon* está a menos de una semana de distancia y me he quedado observando las estrellas como si nunca las hubiera visto. Ni siquiera he comenzado a empacar mis cosas. No he preparado las grabaciones para el relevo ni he dejado la estación en orden.

¡Idiota! ¿Por qué pierdo el tiempo escribiendo este maldito diario?

15 de septiembre

Casi he terminado de empacar. También han salido a la luz algunas cosas extrañas.

Cosas que he estado tratando de esconder durante los primeros tiempos. Mi novela, por ejemplo. Durante los primeros seis meses escribí una; pensaba que era muy buena. Casi no podía esperar el regreso a la Tierra para publicarla y convertirme en un Autor. Ah, sí.

La leí de nuevo el año pasado. Basura.

También encontré una fotografía de Karen.

16 de septiembre

Hoy llevé una botella de whisky escocés y un vaso al cuarto de control, me senté frente a la consola y me até. Bebí en honor de la oscuridad, de las estrellas y del vórtice. Los extrañaré.

17 de septiembre

Un día, según mis cálculos. Un día. Y estaré de viaje a casa, a una estrella fresca, a una nueva vida. Si tengo el valor de vivirla.

18 de septiembre

Casi es medianoche. No hay señales de *La Charon*. ¿Qué habrá fallado?

Probablemente nada. Estos programas nunca son precisos. A veces se dilatan durante una semana. Entonces, ¿por qué me preocupo? Diablos, yo mismo llegué tarde cuando vine. Me pregunto qué pensaría entonces el pobre tipo al que reemplacé.

20 de septiembre

La Charon tampoco llegó ayer. Después de que me harté de esperar, cogí la botella de whisky y regresé al cuarto de control. Y afuera. A beber otro trago de estrellas. Y de vórtice. Desperté al vórtice y lo bebí a tragos.

Un montón de tragos. Terminé la botella. Hoy he tenido una resaca que pensé que jamás regresaría a la Tierra.

Me he comportado como un imbécil. La tripulación de *La Charon* puede haber visto los colores del vórtice. Si me denuncian, tendré que pagar una fortuna que saldrá del dinero que me espera en la Tierra.

21 de septiembre

¿Dónde está *La Charon*? ¿Le ha ocurrido algo? ¿Vendrá?

22 de septiembre

Salí de nuevo.

Dios mío, qué hermoso, qué solitario, qué vasto. Inolvidable, ésa es la palabra. La belleza que hay allí afuera es inolvidable. A veces pienso que soy un tonto por regresar.

Cambio la eternidad por una pizza, una circunstancia, una palabra amable.

¡NO! ¿Qué estoy escribiendo? No. Voy a regresar. Por supuesto que voy a hacerlo.

Necesito la Tierra, la extraño, la quiero. Esta vez será diferente.

Encontraré a otra Karen, y esta vez no cometeré errores.

23 de septiembre

Estoy enfermo. Dios, estoy enfermo. Las cosas que he pensado. Creía haber cambiado pero sé que no lo he hecho. Se me ha dado por quedarme aquí, por firmar contrato por otro período. No quiero. No. Sin embargo, pienso que sigo temiéndole a la vida, a la Tierra, a todo.

Date prisa, Charon. Date prisa, antes de que cambie de idea.

24 de septiembre

¿Karen o el vórtice? ¿La Tierra o la eternidad? ¡Maldito sea, cómo puedo pensar así!

¡Karen! ¡La Tierra! Debo tener valor, debo enfrentar el dolor, debo disfrutar de la vida. No soy una piedra. Ni una isla. Ni una estrella.

25 de septiembre

Ni señales de *La Charon*. Lleva una semana completa de retraso. A veces ocurre. Pero no con demasiada frecuencia. Llegará pronto. Lo sé.

30 de septiembre

Nada. Todos los días observo, y espero. Controlo los radares y salgo a mirar y recorro el anillo. Pero nada. Nunca se han demorado tanto. ¿Qué es lo que ha fallado?

3 de octubre

Una nave, hoy. No era *La Charon*. Lo pensé al principio, cuando los radares la detectaron. Grité, lo suficientemente alto como para despertar al vórtice. Pero eché una mirada y se me partió el alma. Era demasiado grande y venía en línea recta, sin frenar.

Salí y la dejé pasar. Y me quedé afuera mucho tiempo.

4 de octubre

Quiero ir a casa. ¿Dónde están? No lo entiendo. No lo entiendo. No pueden abandonarme aquí. No pueden. No lo harán.

6 de octubre

Una nave, hoy. Otra vez se trataba de una nave anular. Antes las observaba. Ahora las odio porque no son *La Charon*. Sin embargo, la dejé pasar.

7 de octubre

He desempacado. Es absurdo tener todo guardado en las maletas si no sé cuándo vendrá *La Charon*. Si es que viene.

A pesar de todo, aún la espero. Está en camino. Lo sé. Sólo que se ha demorado en alguna parte. Una avería en el cinturón, tal vez.

Existen muchas explicaciones.

Mientras tanto, realizo tareas extrañas alrededor del anillo. Nunca me dediqué a ponerlo en forma para mi relevo. Estuve demasiado ocupado contemplando las estrellas, y me olvidé de mis deberes.

8 de enero (O algo así)

Oscuridad y desesperación.

Ya sé por qué *La Charon* no ha llegado. No me cabe la menor duda. El calendario estaba revuelto. Es enero, no octubre. He vivido equivocado con respecto a las fechas durante meses. Incluso he celebrado la fiesta nacional de mi país un día equivocado.

Lo descubrí ayer cuando efectuaba unos ajustes en el anillo. Quería asegurarme de que todo funcionara bien. Para mi relevo.

Sólo que no existe ningún relevo.

La Charon llegó hace tres meses. La destruí.

Enfermo. Estaba enfermo. Enfermo y loco. Tan pronto como lo hice, tomé conciencia de lo que hice. ¡Oh, Dios! Grité durante horas.

Entonces, barajé las hojas del calendario. Y olvidé. Quizá deliberadamente. Tal vez no soportaba recordar una cosa semejante. No lo sé. Todo lo que sé es que lo olvidé.

Pero ahora recuerdo. Ahora lo recuerdo todo.

Los exploradores me avisaron que *La Charon* se aproximaba. Yo estaba afuera, esperando. Observando. Tratando de que la última visión de las estrellas, de la oscuridad, permaneciera en mi para siempre.

La Charon vino a través de la oscuridad. Parecía tan lenta comparada con las naves anulares. Y tan pequeña. Era mi salvación, mi relevo; sin embargo, parecía tan frágil, tan tonta y, de alguna manera, tan fea. Escuálida. Me recordó la Tierra.

Se dirigió hacia los muelles, introduciéndose en el anillo, desde arriba, hacia la sección habitable de Cerbero. Tan, tan lentamente. La miré venir. Me pregunté qué dirían la tripulación y mi relevo. Qué pensarían de mí. Me mordía los puños.

Y de repente no soporté más. De repente, la nave me dio miedo. De repente, la odié.

Y desperté al vórtice.

Una llamarada roja, ramificada en lenguas amarillas, creció rápidamente disparando rayos verdeazulados. Uno de ellos pasó cerca *La Charon*. Y la nave se sacudió.

Ahora comprendo que no me di cuenta de lo que hacía. Sabía que *La Charon* no estaba blindada. Sabía que no podría soportar las descargas de energía del vórtice. Lo sabía.

La Charon era tan lenta, y el vórtice tan veloz. En dos segundos, el remolino envolvió la nave. En tres, la había devorado.

Todo ocurrió muy rápido. No sé si la nave se derritió, o ardió, o estalló. No obstante, sé que no habría podido salvarse. Sin embargo, no hay sangre en el anillo estelar. Los restos están en algún lugar, del otro lado del no-espacio. Si es que quedaron restos.

El anillo y la oscuridad parecen los de siempre.

Por eso lo olvidé tan fácilmente. Y seguramente que deseaba mucho olvidarlo.

¿Y ahora? ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Lo descubrirán los de la Tierra? ¿Habrá otro relevo?

Quiero ir a casa.

Karen, yo...

16 de junio

Mi relevo ha partido hoy desde la Tierra.

Por lo menos, es lo que creo, Por alguna razón, se han mezclado las hojas del calendario y no estoy seguro de la fecha. Pero, volveré a ordenarlas.

De todos modos, sólo debe de haberse alterado en uno o dos días, sino me habría dado cuenta. Por consiguiente, mi relevo ya está en camino. Por supuesto, tardará tres meses en llegar.

Pero, ya está en camino.

DESOBEDIENCIA

El crepúsculo caía con suavidad sobre los Altos Lagos mientras Kabaraïjian y su cuadrilla regresaban desde las cuevas. Era un crepúsculo calmo y tranquilo. Un crepúsculo de aguas verdes, y suaves brisas nocturnas, y la lenta puesta del delicado sol de Grotto. Desde la parte trasera de su lancha, Kabaraïjian la observó, y escuchó los sonidos del atardecer por encima del ronroneo del motor.

Grotto era un mundo sereno; pero los sonidos estaban allí. Sólo era preciso saber oírlos. Kabaraïjian sabía cómo hacerlo. Se irguió en la parte trasera de la embarcación.

Una figura delgada de piel morena, con largo cabello negro y ojos castaños que vagaban a la deriva, soñadores. Una mano de dedos afilados descansaba sobre su rodilla; la otra permanecía olvidada sobre el motor. Y sus oídos escuchaban el burbujeo del agua en la estela de la lancha, y el chasquido de las paletas que rompían la superficie, y el viento que hacía ondular las colgantes ramas verdes de los árboles que se alineaban a lo largo de la costa. A su debido tiempo, también oiría los insectos nocturnos que aún no estaban despiertos.

Había cuatro personas; sin embargo, sólo Kabaraïjian escuchaba u oía. Los otros, hombres más robustos que él, de rostros pálidos y ojos vacíos, estaban más allá de eso.

Vestían los monos de color gris opaco de los muertos y tenían una placa de acero en la parte posterior de su cabeza. A veces, cuando su controlador de cadáveres estaba en funcionamiento, Kabaraïjian podía escuchar con sus oídos y ver con sus ojos. Pero resultaba trabajoso, muy trabajoso, y no valía la pena hacerlo. Las visiones y los sonidos que un jefe de cadáveres recibía de su cuadrilla eran sólo ecos pálidos de las auténticas sensaciones. Rara vez resultaban útiles y nunca agradables.

Y ahora, bajo el refrescante crepúsculo de Grotto, no tenía sentido. Por consiguiente, el controlador de cadáveres de Kabaraïjian estaba apagado, y su mente, desconectada de los muertos, descansaba plácidamente en su propio cuerpo. La lancha se movió intencionalmente hacia la costa, pero los pensamientos de Kabaraïjian vagaban con lasitud, mientras reflexionaba en todo aquello. Lo más que hacía era permanecer sentado, mirar el agua y los árboles, y escuchar. Había trabajado muy duro con su cuadrilla de cadáveres aquel día y ahora se sentía agotado y vacío. Pensar — pensar en algo determinado— significaba un esfuerzo que no estaba en condiciones de hacer. Era mejor hundirse en el atardecer.

Fue un viaje largo y tranquilo a través de dos grandes lagos y uno pequeño, a través de una cueva, hasta llegar por fin a un estrecho río que corría velozmente. Kabaraïjian conectó entonces los controles y la travesía se volvió más ruidosa mientras la lancha abría un sendero a lo largo del flujo del río. La noche había caído antes de que llegaran a la estación, una ondulante estructura de piedra azul construida a orillas del río. Sin embargo, las ventanas de la oficina todavía brillaban con una acogedora luz amarilla.

Un largo muelle construido con madera de plata del lugar bordeaba el río, y una docena de lanchas idénticas a la de Kabaraïjian ya estaban estacionadas para permanecer allí durante toda la noche. No obstante, aún quedaban amarraderos vacíos. Kabaraïjian eligió uno y enfiló la embarcación hacia él.

Una vez que la lancha estuvo amarrada, colocó la caja de recolección debajo de su brazo y saltó sobre el muelle. La mano libre se dirigió hacia su cinturón y pulsó al controlador de cadáveres. Unas confusas manchas sensibles se formaron en su cerebro pero Kabaraïjian las apartó de inmediato y, con un grito sordo, volvió a la vida a los muertos. Uno a uno, los cadáveres se levantaron y comenzaron a salir de la lancha. A continuación, siguieron a Kabaraïjian camino a la estación.

Munson le esperaba en la oficina. Se trataba de un hombre grueso, con cabello gris y arrugas alrededor de los ojos, y un aire paternal. Mientras leía una novela, sus pies descansaban sobre el escritorio. Cuando entró Kabaraïjian, sonrió, bajó los pies y apoyó el libro sobre la mesa no sin antes marcar la página con un señalador de piel.

—Hola, Matt —dijo—. ¿Por qué eres siempre el último?

—Porque por lo común soy el último en salir —dijo Kabaraijian con una sonrisa.

Se trataba de su respuesta más nueva. Todas las noches Munson le formulaba la misma pregunta y siempre esperaba una contestación original. No pareció muy complacido con ésta.

Kabaraijian colocó la caja de recolección sobre el escritorio de Munson y la abrió.

—No ha sido un mal día —dijo—. Cuatro piedras buenas y doce pequeñas.

Munson cogió un puñado de pequeñas piedras grisáceas del interior de la caja acolchada y las estudió. En realidad no había mucho que mirar. Una vez cortadas y pulidas serían algo más: remolinos. Se trataba de piedra sin brillo; sin embargo, tenían una auténtica belleza. Las mejores parecían cristales llenos de niebla en movimiento, plenos de colores suaves, de misterios y de sueños más leves aún.

Munson asintió, y volvió las piedras a la caja.

—No está mal —dijo—. Siempre lo haces bien, Matt. Sabes dónde buscar.

—Es el premio de buscar lentamente, sin prisas —dijo Kabaraijian. Miró a todas partes.

Munson guardó la caja debajo de su escritorio y se volvió hacia la consola de computación, un intruso de plástico blanco dentro del cuarto forrado en madera. Colocó los remolinos en los registros y se volvió.

—¿Quieres higienizar a tus cadáveres?

Kabaraijian sacudió la cabeza.

—Esta noche no. Estoy cansado. Sólo les acostaré.

—Claro —dijo Munson. Se levantó y abrió la puerta que se encontraba detrás de su escritorio. Kabaraijian le siguió, y los tres muertos le siguieron a él. Detrás de la oficina se encontraban las barracas, largas y con los techos bajos, con hileras e hileras de simples tarimas de madera. Kabaraijian guió a sus muertos hacia tres de ellas que se encontraban vacías y les hizo entrar. Entonces, pulsó su controlador. Los ecos en su cabeza se desvanecieron y los cadáveres se acostaron pesadamente sobre las tarimas.

Después, durante unos breves minutos, conversó con Munson en

la oficina. Por fin, el hombre mayor volvió a su novela y Kabaraijian se sumergió en la fría noche.

Un grupo de patinetes se hallaba en la parte trasera de la estación, pero Kabaraijian no cogió ninguno, prefiriendo la caminata de diez minutos que le separaba del lugar donde se encontraba la colonia. Cubrió la distancia con paso tranquilo y mesurado, deteniéndose aquí y allá para recoger un puñado de hierba o una rama. Era una caminata agradable.

Las noches eran serenas; la brisa, sazonada con el aroma espeso de los árboles y cargada con el canto de los insectos nocturnos. La colonia era más grande, más brillante y más ruidosa que la estación del río; un gran coágulo de casas, bares y comercios contruidos a la vera del aeropuerto espacial. Había unas pocas estructuras de piedra y madera; sin embargo, la mayoría de los colonos se sentían satisfechos con las casas prefabricadas de plástico que, gratuitamente, les había suministrado la compañía.

Kabaraijian se deslizó sobre las calles recientemente pavimentadas hacia una de las construcciones de madera. Había un pesado cartel de madera con un signo en la puerta de la taberna, pero no había luces. Dentro encontró velas, pesadas sillas acolchadas y un fuego de leños auténticos. El bar más antiguo de Grotto era un lugar cómodo. Y seguía siendo el agujero favorito de los manipuladores de cadáveres, de los cazadores y del resto del personal de la estación.

Al entrar, oyó un fuerte grito de saludo.

—Eh, Matt, ¡aquí!

Kabaraijian descubrió la voz y la siguió hasta una mesa que se encontraba en un rincón. Allí, Ed Cochran acunaba una jarra de cerveza. Cochran, al igual que Kabaraijian, vestía la túnica azul y blanca de los manipuladores de cadáveres. Era alto y delgado, con un rostro alargado y sonriente y una enorme masa de cabello rojo ensortijado.

Kabaraijian se hundió cómodamente en la silla opuesta a la de Ed. Éste sonrió.

—¿Cerveza? —preguntó—. Podríamos compartir un jarro.

—No, gracias. Prefiero vino esta noche. Algo sabroso; denso y suave a la vez.

—¿Cómo te fue? —preguntó Cochran.

Kabaraïjian se encogió de hombros.

—Bien —dijo—. Cuatro piedras buenas y una docena de pequeñas. Munson estaba satisfecho. Encontré un lugar nuevo que está bastante bien.

Se volvió hacia el bar e hizo un gesto. El hombre de la barra asintió y, a los pocos minutos, aparecieron el vino y los vasos.

Kabaraïjian vertió el líquido y bebió mientras Cochran le contaba sus actividades del día. No había marchado muy bien; sólo seis piedras, ninguna de ellas demasiado grande.

—Tienes que ir más lejos —le dijo Kabaraïjian—. Las cuevas que se hallan por aquí ya han sido explotadas. Sin embargo, los Altos Lagos se extienden más y más allá. Busca algún lugar nuevo.

—¿Para qué molestarse? —dijo Cochran frunciendo el ceño—. No ganas nada con alejarte. ¿Cuál es el porcentaje que te dan si produces más?

Kabaraïjian hizo girar el vaso con una de sus delgadas manos y observó las lágrimas rojas que el vino dejaba sobre el cristal.

—Pobre Ed —dijo con una voz que era mitad triste y mitad burlona—. Sólo te interesa el trabajo. Grotto es un planeta muy bello. No me importan las millas de más, Ed; me gustan. Con toda seguridad, viajaría en mi tiempo libre si no me pagaran por hacerlo. El hecho es que obtengo mejores remolinos y mi cotización aumenta... y bueno, es una recompensa extra.

Cochran sonrió y sacudió su cabeza.

—Estás loco, Matt —dijo con afecto—. El único manipulador de cadáveres del universo que se conforma con que le paguen con escenografías.

Kabaraïjian también sonrió, levantando levemente las comisuras de sus labios.

—Filisteo —dijo acusadoramente.

Cochran ordenó otra cerveza.

—Mira, Matt, debes ser práctico. De acuerdo, Grotto está muy bien, pero no vas a quedarte aquí el resto de tus días.

Dejó la jarra de cerveza sobre la mesa y se levantó la manga de la túnica. Un pesado brazalete quedó al descubierto. El oro brilló suavemente a la luz de las velas, y los zafiros danzaron con una llama azul oscura.

—Basura como ésta fue valiosa alguna vez —dijo Cochran—,

antes de que aprendiéramos a sintetizarla. También acabarán con los remolinos, Matt. Sabes bien que lo harán. Ya hay gente trabajando en ello. Por lo tanto, tal vez estemos aquí dos años más, o tres a lo sumo. Y entonces, ¿qué? No necesitarán más manipuladores de cadáveres. Entonces tendrás que irte; y no estará mejor que cuando llegaste.

—No es así realmente —dijo Kabaraijian—. La estación paga bastante bien, y mi cotización no es mala. Tengo algunos ahorros. Además, tal vez no me vaya de aquí. Me gusta Grotto. Tal vez me quede y logre que otros colonos hagan lo mismo, o algo así.

—¿Haciendo qué? ¿Cultivando la tierra y criando animales? ¿Trabajando en una oficina? No seas absurdo, Matt. Eres un manipulador de cadáveres y siempre lo serás. Y en un par de años, Grotto no necesitará cadáveres.

—¿Estás seguro? —suspiró Kabaraijian—. ¿Entonces?

Cochran se inclinó hacia adelante.

—¿Quieres decir que has estado escuchándome y reflexionando sobre lo que te he dicho?

—Sí —dijo Kabaraijian—. Pero no me gusta. En primer término, no creo que dé resultado. Los servicios de seguridad de los aeropuertos son rígidos en lo que respecta al contrabando de remolinos, y eso es lo que pretendes hacer. E incluso, si diera resultado, no quiero mezclarme en ello. Lo siento, Ed.

—Creo que puede funcionar —dijo Cochran con terquedad—. El personal de los aeropuertos es humano. Se los puede tentar. ¿Por qué la compañía ha de quedarse con todos los remolinos si somos nosotros quienes efectuamos todo el trabajo?

—Ellos tienen la concesión —dijo Kabaraijian.

Cochran asintió en silencio.

—Sí, claro. ¿Y qué? ¿Con qué derecho? Merecemos algo más, para nosotros, mientras estas condenadas cosas sigan siendo valiosas.

Kabaraijian se sirvió otro vaso de vino y suspiró.

—Mira —dijo llevándose el vaso a los labios—, no quiero discutir al respecto. Tal vez nos paguen más, o nos den un porcentaje sobre las ganancias. El riesgo no vale la pena.

Perderíamos a nuestros hombres si nos descubrieran. Y seríamos expulsados.

—No quiero eso, Ed, y no voy a arriesgarme. Grotto me gusta demasiado y no voy a perderlo. ¿Sabes?, muchos dicen que somos afortunados. Muchos manipuladores de cadáveres jamás han trabajado en un sitio como Grotto. Nos enviarían a Skrakky o a las minas de New Pittsburg. Conozco aquellos lugares. No, gracias. No quiero volver a ese tipo de vida.

Cochran elevó sus ojos implorantes hacia el cielo raso y extendió sus manos en un gesto descorazonado.

—Es inútil —dijo sacudiendo la cabeza—. ¡Es inútil!

Volvió a su cerveza. Kabaraijian sonreía.

Sin embargo, su diversión desapareció unos minutos después, cuando Cochran se puso rígido de repente y murmuró por encima de la mesa:

—¡Maldición! —dijo—. ¡Bartling! ¿Qué demonios quiere aquí?

Kabaraijian se volvió hacia la puerta donde el recién llegado estaba parado y aguardaba a que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Era un hombre robusto, con un porte atlético que había ido perdiendo a lo largo de los años. Una barriga considerable delataba este cambio. Tenía el cabello negro surcado por hebras grises y una erizada barba negra. Vestía una moderna túnica multicolor.

Otros cuatro tipos habían entrado con él y ahora se situaban a sus costados. Eran hombres más jóvenes que él, con rostros inexpresivos. El hecho de que llevara guardaespaldas tenía sentido. Lowell Bartling era conocido por su aversión hacia los manipuladores de cadáveres, y la taberna estaba llena de ellos.

Bartling cruzó los brazos y miró lentamente alrededor de la taberna. Sonreía con seguridad. Comenzó a hablar.

Casi antes de que dijera la primera palabra, alguien le interrumpió.

Uno de los hombres que se encontraba en la barra emitió un ruido fuerte y desagradable y rió.

—Eh, Bartling —dijo—, ¿qué haces por aquí? Pensábamos que no te gustaba mezclarte con esta escoria.

El rostro de Bartling se puso tenso; sin embargo, la sonrisa fatua continuó en su sitio.

—Por lo general, no me gusta. No obstante, quería tener el placer de hacerles un anuncio personalmente.

—¿Te vas de Grotto? —gritó alguien.

La risa estalló en todo el bar.

—Bebamos para festejarlo —agregó otra voz.

—No —dijo Bartling—. No, amigo, el que se va eres tú.

Miró a su alrededor saboreando el momento.

—Bartling y Asociados ha adquirido la concesión de los remolinos. Me alegra comunicároslo. Me haré cargo de la estación del río a finales de mes. Y por supuesto, mi primer acto será cancelar los contratos de todos los manipuladores de cadáveres.

De repente, el cuarto se quedó en silencio. Las implicaciones de lo dicho hicieron mella en los presentes. En la parte más alejada del bar, Cochran se puso lentamente de pie.

Kabaraïjian, asombrado, permaneció en su silla.

—No puedes hacerlo —dijo Cochran—. Estamos bajo contrato.

Bartling se volvió para replicarle.

—Los contratos pueden ser cancelados —dijo—, y lo serán.

—Eres un hijo de puta —dijo alguien.

Los guardaespaldas se pusieron tensos.

—¡Quién se atreve a insultar! ¡Mentes podridas! —dijo uno de ellos.

En todo el bar, los hombres comenzaron a ponerse de pie.

Cochran estaba lívido a causa de la rabia.

—Maldito seas, Bartling —dijo—. ¿Quién diablos te crees que eres? No tienes derecho a echarnos del planeta.

—Sí, tengo derecho —dijo Bartling—. Grotto es un planeta hermoso y limpio. No hay lugar para vuestra especie. Fue un error traeros, siempre lo dije. Esas cosas con las que trabajáis contaminan el aire. Y vosotros sois aún peores. Trabajáis con esas cosas, con esos cadáveres, voluntariamente, por dinero. Me dais asco. No pertenecéis a Grotto. Y ahora estoy en condiciones de echaros de aquí.

Hizo una pausa y sonrió.

—Mentes podridas —agregó—, escupiendo las palabras.

—Bartling, voy a romperte la cabeza —amenazó uno de los manipuladores. Hubo un rugido de asentimiento. Varios hombres se adelantaron al mismo tiempo.

Y se detuvieron al unísono cuando Kabaraïjian musitó un suave: «Un momento», por encima del murmullo general. Apenas elevó su

voz; sin embargo, concitó la atención de todos los hombres que gritaban dentro del bar.

Caminó a través de la multitud y se enfrentó a Bartling. Parecía más tranquilo de lo que en realidad estaba.

—¿Te das cuenta de que sin el trabajo de los cadáveres los costos subirán considerablemente? —dijo con una voz firme y persuasiva—. ¿Y que las ganancias bajarán?

Bartling asintió.

—Por supuesto que me doy cuenta. Estoy dispuesto a asumir las pérdidas.

Emplearemos hombres para buscar los remolinos. De todos modos, son demasiado hermosos para los cadáveres.

—Perderás dinero por nada —dijo Kabaraijian.

—Apenas. Me libraré de vuestros nauseabundos cadáveres.

Kabaraijian esbozó una sonrisa trunca.

—Es posible. Pero no te librarás de nosotros, Barling. Puedes quitarnos el trabajo; pero no puedes echarnos a todos de Grotto. Yo, por ejemplo, me niego a irme.

—Entonces, te morirás de hambre.

—No seas tan melodramático. Encontraré algo para hacer. No eres el dueño de todo Grotto. Y conservaré mis cadáveres. Se puede usar a los muertos para muchas cosas. Lo que ocurre es que hasta el momento no habíamos contemplado esa posibilidad.

La sonrisa de Bartling se desvaneció de repente.

—Si te quedas aquí —dijo mirando fijamente a Kabaraijian— te prometo que lo lamentarás mucho. Muchísimo.

Kabaraijian se rió.

—¿De verdad? Bueno, personalmente te prometo que todas las noches enviaré a tu casa a uno de mis muertos para que te haga caras horribles y muecas por la ventana. —Se rió otra vez, más fuerte. Cochran se le unió y lo mismo hicieron los otros. Pronto, todo el bar reía.

Bartling se puso rojo de indignación. Había venido a burlarse de sus enemigos, a disfrutar de su triunfo, y ahora ellos se estaban riendo de él. Riendo frente al rostro de la victoria. Burlándose de él. Aguardó un largo minuto; entonces se dio la vuelta y caminó con furia hacia la puerta. Sus guardaespaldas le siguieron.

Las risas se mantuvieron durante unos momentos después de la

salida y varios manipuladores palmearon a Kabaraijian en la espalda en su camino de regreso a la mesa.

Cochran se mostraba contento.

—En verdad, le arruinaste la fiesta —dijo cuando llegaron a la mesa del rincón.

Sin embargo, Kabaraijian ya no sonreía. Se dejó caer y en la silla y se sirvió vino en el vaso.

—Sí que lo hice —dijo lentamente entre trago y trago—. Desde luego que sí.

Cochran le miró con curiosidad.

—No pareces feliz.

—No —dijo Kabaraijian. Estudió su vino.

—Estoy preocupado. Ese fanático me sacó de las casillas, me obligó a intervenir. Sólo me pregunto si podremos hacerlo. ¿Qué podrían hacer los cadáveres en Grotto?

Sus ojos vagaron por el bar, que repentinamente se había vuelto muy sombrío.

—Esto se va a pique —dijo Cochran—. Apuesto a que están hablando acerca de la partida...

Cochran ya no sonreía.

—Algunos nos quedaremos —afirmó con seguridad—. Podemos cultivar la tierra con los cadáveres, o hacer alguna otra cosa.

Kabaraijian le miró.

—Hummm. Las máquinas resultan más eficientes. Y los muertos son demasiado torpes para hacer cualquier cosa, excepto los trabajos rudos. Además, son demasiado lentos para cazar.

—Sirven para los trabajos sencillos de una fábrica, o para conducir un autotopo en una mina. Pero Grotto no tiene nada de eso. Sólo son capaces de extraer remolinos con un taladro vibrátil. Y Bartling está por impedirlo.

Sacudió la cabeza.

—No sé, Ed —continuó—. No resultará fácil. Y tal vez sea imposible. Con la concesión de los remolinos en la manga, Bartling es ahora más fuerte que toda la colonia.

—Ésa era la idea. La compañía nos trajo aquí para que creciéramos y pudiéramos comprarla.

—Cierto. Pero Bartling creció más rápidamente. De verdad, puede echarnos si se le antoja. No me sorprendería que enmendara

los estatutos para sacarnos de aquí. Si lo hiciera, tendríamos que irnos.

—¿Crees que lo haría? —la voz de Cochran sonaba enfadada mientras se elevaba cada vez más.

—Tal vez —dijo Kabaraijian—, si se lo permitimos. Me pregunto...

Bebió su vino en actitud pensativa.

—¿Piensas que ya ha cerrado el trato?

Cochran lo miró asombrado.

—Dijo que ya lo había hecho.

—Sí, no creo que se mostrara tan petulante si no lo tuviera en el bolsillo. Sin embargo, me pregunto qué haría la compañía si alguien le hiciera una oferta mejor.

—¿Quién?

—¿Nosotros, quizá? —Kabaraijian sorbió el vino y consideró aquello.

—Une a los manipuladores y que todos pongan lo que tienen. Juntaríamos una bonita suma. Tal vez podamos comprar la estación del río. O algo más, si Bartling tiene todos los remolinos adquiridos.

—No, jamás funcionaría —dijo Cochran—. Tal vez tú tengas algo de dinero, Matt; pero estoy tan seguro como que me llamo Ed de que no tengo un cobre. Además, aunque algunos de los chicos tengan ahorros, nunca lograrás unirlos.

—Quizá no —dijo Kabaraijian—. Pero vale la pena intentarlo. El único modo de quedarnos en Grotto es organizarnos en contra de Bartling.

Cochran vació su jarra y pidió otra.

—No —dijo—. Bartling es demasiado fuerte. Te destruirá si te atreves a tanto. Tengo una idea mejor.

—Contrabando de remolinos —dijo Kabaraijian con una sonrisa.

—Sí —dijo Cochran asintiendo—. Tal vez ahora reconsideres mi propuesta. Si Bartling nos arroja del planeta, no nos vendría mal llevarnos algunas piedras adonde vayamos.

—Eres incorregible —dijo Kabaraijian—. Sin embargo, apuesto a que la mitad de los manipuladores de Grotto están pensando en lo mismo en este instante. Los controladores de los aeropuertos ejercerán una vigilancia especial cuando llegue el momento de la partida. Te pescarán, Ed. Y perderás a tus muertos, o peor. Bartling

puede transgredir las leyes para los cadáveres y comenzará a exportar muertos.

Cochran se mostró incómodo ante esta idea. Los manipuladores de cadáveres habían visto la suficiente cantidad de cadáveres como para gustarles la idea de convertirse en uno de ellos. Preferían vivir en planetas que carecieran de la legislación para cadáveres y en los cuales los crímenes importantes se castigaban con la prisión o con ejecuciones «limpias». Grotto era, por el momento, un planeta limpio. No obstante, las leyes podían cambiar.

—De todas maneras, perderé a mi cuadrilla, Matt —dijo Cochran—. Si Bartling nos echa, tendré que vender alguno de mis cadáveres para pagarme el pasaje.

Kabaraian sonrió.

—Aún te queda un mes, si es que ocurre lo peor. Y existen muchos remolinos por allí que esperan ser hallados. —Levantó su vaso—. Vamos. Por Grotto. Es un planeta encantador, y debemos permanecer aquí.

Cochran se encogió de hombros y levantó su jarro.

—Sí —dijo; sin embargo, su sonrisa no lograba ocultar la preocupación que sentía.

Kabaraian se presentó muy temprano en la estación, a la mañana siguiente, cuando el sol de Grotto luchaba por dispersar las neblinas del río. La hilera de lanchas permanecía atada en el muelle, ondulando hacia arriba y hacia abajo entre la niebla.

Como siempre, Munson se encontraba en su oficina. Increíblemente, también se encontraba Cochran allí. Ambos miraron hacia la puerta cuando entró Kabaraian.

—Buen día, Matt —dijo Munson con gravedad—. Ed me ha estado contando lo que ocurrió anoche.

Por alguna razón, aquella mañana el hombre representaba la edad que tenía.

—Lo siento, Matt. No sabía nada del asunto.

Kabaraian sonrió.

—Nunca pensé que lo supieras. No obstante, si te enteras de algo, no dejes de decírmelo. No pensamos irnos sin luchar.

Echó una mirada hacia Cochran.

—¿Qué estás haciendo aquí, tan temprano? Por lo general, no te levantas hasta mediodía.

Cochran esbozó una sonrisa.

—Sí. Bueno, pensé que tenía que levantarme temprano. Si pretendo salvar mi cuadrilla, tendré que trabajar duro este mes.

Munson había sacado dos cajas de recolección de debajo de su escritorio. Se las tendió a los dos manipuladores de cadáveres y asintió.

—La puerta trasera está abierta —dijo—. Podéis levantar vuestros cadáveres cuando queráis.

Kabaraïjian comenzó a bordear la mesa para salir, pero Cochran le cogió de un brazo.

—Creo que lo intentaré por el este —dijo—. Algunas cavernas no han sido exploradas por aquella zona. ¿Adónde vas tú?

—Hacia el oeste —dijo Kabaraïjian—. He encontrado un buen lugar, como ya te he dicho.

Cochran asintió. Juntos se dirigieron al cuarto de atrás y pulsaron sus controladores.

Cinco muertos se levantaron de sus tarimas y les siguieron arrastrándose. Kabaraïjian le dio las gracias a Munson antes de salir. El anciano había limpiado los cadáveres y los había alimentado.

Cuando llegaron al muelle, la neblina se había desvanecido. Kabaraïjian guió su cuadrilla hasta el bote y se dispuso a partir. Pero Cochran le detuvo con un gesto de preocupación en el rostro.

—Eh... Matt —dijo, parándose sobre el muelle y dirigiendo su vista hacia la lancha—. El nuevo lugar... ¿dices que es realmente bueno?

Kabaraïjian asintió achicando los ojos. El sol iluminaba la cima de los árboles y enmarcaba la cabeza de Cochran.

—¿Podemos llegar a un acuerdo? —dijo Cochran con dificultad.

Se trataba de una petición poco frecuente. Lo común era que cada manipulador se las arreglara solo, que encontrara y explotara su propia cueva de remolinos.

—Lo que quiero decir es que con sólo un mes por delante, probablemente no tendrás tiempo de extraer todo el material; sobre todo si el sitio es tan bueno como dices. Y yo necesito ganar dinero; de verdad, lo necesito.

Kabaraïjian comprendió que al otro le costaba un gran esfuerzo pedir un favor semejante. Sonrió.

—Por supuesto —dijo—. Hay suficiente para los dos. Coge tu

lancha y sígueme.

Cochran dijo que sí con la cabeza y se esforzó por sonreír. Se encaminó hacia su lancha con los cadáveres detrás.

Bajar el río resultaba más sencillo que subirlo, y más rápido. Inmediatamente, Kabaraïjian puso en marcha su embarcación y la lanzó sobre la centelleante y verde superficie del lago alzando un chorro de espuma a su paso. La mañana era radiante, el sol brillaba con fuerza y una suave brisa formaba leves ondas sobre el agua. Kabaraïjian se sentía bien a pesar de los desagradables incidentes de la noche anterior. Grotto lograba el milagro. Allí, en los Altos Lagos, sentía que, de algún modo, sería capaz de derrotar a Bartling.

Se había visto enfrentado a problemas parecidos, en otros mundos. El odio de Bartling no era único. Desde el primer instante en que habían reemplazado el cerebro de un hombre muerto por otro sintético, se habían levantado voces clamando que aquello era una perversión y que los manipuladores de cadáveres eran individuos corruptos y sucios.

Estaba acostumbrado a vérselas con el prejuicio; era parte de su tarea. Y había sido vencido en otras oportunidades. Ahora, se sentía en condiciones de vencer a Bartling.

La primera parte de la travesía fue más rápida. Las dos lanchas navegaron sobre los dos grandes lagos locales, atravesaron unas costas cubiertas por espesos bosques de árboles de plata y tupidas enredaderas colgantes. Pero después, comenzaron a deslizarse más despacio, a medida que los lagos se hacían más pequeños y los estáticos árboles de plata y las extrañas enredaderas daban lugar a una maraña roja y negra de zarzales de fuego y a ciertas especies de árboles bajos y retorcidos que nunca habían recibido un nombre determinado. La vegetación se fue tornando arbustiva y, por último, de montaña.

Entonces, comenzaron a atravesar las cuevas.

Había cientos de ellas, literalmente; horadaban como panales las montañas que rodeaban por todas partes la colonia. Nunca se había realizado un mapa exhaustivo de las cuevas. Muchas se hallaban muy lejos y parecían estar conectadas unas con otras, formando una red natural de increíble complejidad. La mayoría aún estaban medio llenas de agua; habían sido cavadas sobre la suave roca de las montañas por las corrientes y los ríos que aún corrían a través de

ellas.

Un forastero podía perderse fácilmente allí, pero los forasteros jamás visitaban aquellos lugares. Y los manipuladores de cadáveres nunca se perdían. Estaban en su territorio. En aquellos lugares les aguardaban los remolinos, enterrados en las rocas y en la oscuridad.

Las lanchas estaban equipadas con buenas luces. Kabaraïjian encendió las suyas tan pronto como penetraron en la primera caverna y aminoró la marcha. Cochran, que le seguía de cerca, hizo lo mismo. Conocían muy bien los canales que circulaban a través de las cuevas; sin embargo eran muy estrechos y no querían correr el riesgo de destrozar las lanchas contra las paredes circundantes.

Al principio, el canal era muy pequeño y las húmedas y centelleantes paredes de suave piedra verdosa parecían presionarles por ambos lados. No obstante, de forma gradual, las paredes se fueron ensanchando cada vez más hasta retirarse casi por completo mientras la corriente arrastraba a las dos lanchas a una cámara subterránea de gran tamaño. La caverna era casi tan grande como un aeropuerto espacial, su techo se perdía en las tinieblas que se hallaban sobre sus cabezas. Las paredes también se perdían en la oscuridad, y las dos lanchas viajaban en dos burbujas de luz a lo largo de la delicada superficie del lago helado y negro.

Entonces, delante de ellos, las paredes cobraron forma otra vez. Pero, en esta oportunidad, en lugar de un paso, aparecieron muchos. La corriente había cavado una entrada y media docena de salidas.

Sin embargo, Kabaraïjian conocía muy bien las cuevas. Sin vacilar, guió su bote hacia el pasaje más estrecho, en el extremo derecho. Cochran siguió su estela. En este punto, las aguas se inclinaban hacia abajo y las embarcaciones comenzaron a ganar velocidad.

—Ten cuidado —avisó Kabaraïjian al llegar a este punto—. El techo baja aquí.

Cochran agradeció el grito haciendo un gesto con el brazo.

El aviso llegó justo a tiempo. Mientras que las paredes se alejaban considerablemente, las piedras que conformaban el techo se acercaron a ellos de forma notable. Pareció como si el nivel del agua se hubiera elevado. Kabaraïjian recordó el modo en que había sudado la primera vez que pasó por allí; el bote había marchado

demasiado velozmente y él había temido que el techo le golpeará y que terminara ahogado en las aguas.

Pero se trataba de un temor sin fundamento. El techo bajó hasta casi rozar sus cabezas, pero no más. Y entonces, comenzó a elevarse hasta alcanzar una altura decente. Mientras tanto, el canal se estrechó todavía más y delicados estantes de arena aparecieron a lo largo de las paredes.

Finalmente, vieron una ramificación en el paso y, esta vez, Kabaraijian optó por el camino de la izquierda. Era pequeño, oscuro y angosto. Sólo permitía el paso de la lancha. Pero era corto; y después de una breve travesía llegaron a otra caverna grande.

Se desplazaron con velocidad a lo largo de la misma y enfilaron los botes hacia una grotesca arcada de piedra. Entraron a continuación en un retorcido pasaje lleno de vueltas y de accidentes. Kabaraijian condujo su vehículo casi sin pensar, casi sin tener que pensar. Eran sus cavernas; esta sección especial del interior de las montañas constituía sus dominios; aquí había trabajado y extraído piedras durante meses. Sabía dónde estaba yendo. Y por fin, llegó a destino.

La cámara era grande, y espectacular. Por encima de las calmas aguas, el techo había sido devorado por la erosión y la luz provenía de tres rajás efectuadas sobre la roca. Este hecho confería a la caverna un leve brillo verdoso que se transmitía a las paredes y al agua.

Las lanchas bordearon una entrada cavada en la pared de la caverna, arrastradas por las ondas del agua negra y fría. El agua se volvió verde al ser tocada por la luz y onduló suavemente. Los botes aminoraron su marcha y se movieron pausadamente a través de la enorme cámara hacia la arena blanca que estaba a ambos lados de la misma.

Kabaraijian se sumergió en el agua y subió su lancha sobre la arena. Cochran siguió su ejemplo. Ambos permanecieron uno junto a otro una vez que las embarcaciones estuvieron amarradas.

—Sí —dijo Cochran mirando a su alrededor—. Es bonito. Y tiene buen aspecto.

Tenemos que dejarte a ti para que encuentres buenos sitios mientras el resto estamos sumergidos hasta las pantorrillas en el agua, cogidos de nuestras linternas.

Kabaraïjian sonrió.

—La encontré ayer —dijo—. Jamás ha sido trabajada. Mira.

Señaló la pared.

—Apenas he comenzado.

Había un grupo de piedras apiladas en círculo en el lugar donde había estado trabajando y en la pared se veía un gran orificio. Sin embargo, la mayor parte de la misma estaba intacta, extendiéndose en hojas de un verde esplendoroso.

—¿Estás seguro de que nadie conoce este lugar? —preguntó Cochran.

—Es lo más probable. ¿Por qué?

Cochran se encogió de hombros.

—Cuando veníamos hacia aquí me pareció oír el motor de una lancha a nuestras espaldas.

—Seguramente se trataba del eco —afirmó Kabaraïjian mirando hacia su lancha—. De todos modos, es mejor que comencemos.

Pulsó su controlador de cadáveres y las tres figuras inmóviles que se hallaban en el bote comenzaron a moverse.

Permaneció quieto en la arena, observándolas. Y mientras lo hacía, algo en la parte posterior de su cabeza le observaba a través de los ojos de los cadáveres. Se levantaron rígidamente, y dos de ellos subieron a la playa. El tercero se encaminó hacia la caja que se hallaba en la parte anterior de la lancha y comenzó a desempaquetar el equipo: los taladros vibrátiles, los picos y las palas. Entonces, con los brazos llenos, descendió de la embarcación y se unió a los otros.

Por supuesto, ninguno de ellos se movía realmente. Todo lo hacía Kabaraïjian. Era él quien movía sus piernas, y hacía que sus manos cogieran las cosas y que sus brazos las alcanzaran. Era él, por medio de los comandos de su controlador y auxiliado por los cerebros sintéticos, quien daba vida a los cuerpos de los muertos. Los cerebros sintéticos mantenían en marcha las funciones automáticas; pero era el manipulador quien daba sentido a los movimientos de los cadáveres.

No era una tarea fácil, y se estaba muy lejos de haber alcanzado la perfección. Las impresiones sensoriales devueltas al manipulador a menudo resultaban inútiles; y la mayor parte de la veces éste debía mirar a los cadáveres para comprobar qué es lo que estaban

haciendo. La manipulación, por lo general, resultaba grotesca; los cadáveres se movían con lentitud, torpemente. Un cadáver era capaz de dar un martillazo pero ni siquiera el mejor manipulador podía hacerle enhebrar una aguja o hablar.

Y si el manipulador no era hábil, el cadáver ni se movía. Un manipulador debía poseer una buena coordinación para manejar un cadáver. Debía mantener separados los comandos del cadáver de sus propios comandos musculares. Para la mayoría no era difícil conseguirlo, pero la tarea se volvía cada vez más compleja a medida que la tripulación aumentaba en número. El récord para un manipulador era de veintiséis cadáveres; sin embargo, todo lo que podía hacer con esta cantidad era obligarles a marchar, marcando el paso. Cuando los cadáveres debían realizar trabajos diferentes, la tarea del manipulador se complicaba considerablemente.

La cuadrilla de Kabaraijian constaba de tres muertos; todos en perfectas condiciones; carne de la mejor calidad. Habían sido hombres robustos, y todavía lo eran. Kabaraijian pagaba buenos precios por los alimentos para mantener sus propiedades en perfecto estado. Uno tenía el cabello negro y una cicatriz surcaba su rostro; el otro era rubio, joven y pecoso; el tercero tenía mechones de cabello arratonado. A pesar de ello, resultaban intercambiables: todos tenían el mismo peso, la misma altura y similar contextura física.

Los cadáveres no tenían personalidad. Habían perdido todo lo que alguna vez tuvieron en su mente.

La cuadrilla de Cochran, que ahora ascendía hasta la arena de acuerdo con sus órdenes, resultaba menos impresionante. Estaba formada sólo por dos hombres y ninguno de ellos era de primera clase. El primer cadáver era bastante fornido, con hombros anchos y músculos prominentes. Sus piernas, sin embargo, parecían dos cerillas retorcidas, tropezaba a menudo, y caminaba con más lentitud que la mayoría de sus compañeros. El segundo muerto era delgado y de mediana edad, calvo y enclenque.

Ambos eran mugrientos. Cochran no creía que fuera preciso cuidar a la tripulación; Kabaraijian no compartía sus ideas al respecto. Se trataba de un mal hábito. Cochran había comenzado trabajando como manipulador de cadáveres ajenos y el cuidado de los mismos no le preocupaba.

Los cadáveres de Kabaraïjian se inclinaron y cada uno cogió un taladro vibrátil de la bolsa donde se encontraba el equipo. Entonces, en formación uniforme, se dirigieron hacia una de las paredes de la cueva. Los taladros comenzaron a perforar la roca porosa y a cada embate, los agujeros se fueron haciendo cada vez más grandes.

Los muertos taladraron al unísono hasta que cada agujero alcanzó el tamaño de un dedo; a continuación, cogieron los picos. Trabajaban con lentitud. Agujero por agujero, los cadáveres perforaron la pared. De forma laboriosa, levantaron una pila de piedra verdosa.

Golpeaban cuidadosamente con los picos sin hacer fuerza, incansables, sin pausa.

Incapaces de sentir dolor, sus huesos no sentían las sacudidas de los picos.

Los muertos realizaban todo el trabajo. Kabaraïjian se quedó de pie detrás de ellos; una estatua oscura y delgada sobre la arena, con las manos en las caderas y los ojos alertas.

No hacía otra cosa que observar.

Sin embargo, él lo hacía todo. Kabaraïjian era los cadáveres; los cadáveres eran Kabaraïjian. Era un hombre en cuatro cuerpos; y era su mano la que guiaba cada movimiento a pesar de que él no tocara las herramientas.

Cuarenta pies más abajo, Cochran y su cuadrilla habían desempacado y comenzaban a trabajar. No obstante, Kabaraïjian apenas si estaba consciente ellos, aunque podía oír el rumor de sus taladros vibrátiles y el martilleo de los picos. Su mente estaba en sus cadáveres, trabajando en su pared, atento al brillo místico de los nudos de remolinos. Era un trabajo desgastador, un trabajo exigente, tenso y nervioso. Era un trabajo que sólo las cuadrillas de cadáveres podían realizar con verdadera eficacia.

Unos cuantos años antes, habían ensayado otros métodos; cuando los hombres habían descubierto Grotto y sus cuevas. Los primeros colonos habían intentado horadar la montaña con autotopos y con erosionantes de roca parecidos a tractores. El problema era que, por lo general, destrozaban los nudos de remolinos que a menudo sólo se podían reconocer cuando ya era demasiado tarde. La compañía descubrió que el trabajo manual era el único medio de preservar de la destrucción los remolinos. Y la

mano de obra de los cadáveres era la más barata que se podía obtener.

Aquellas manos se encontraban ocupadas en aquel momento; tensas y sudorosas mientras la cuadrilla arrancaba trozos enteros de roca de la pared.

La división natural de la pared era vertical, lo cual aceleraba la tarea. Encontrar una raja —forzarla con el pico, inclinarlo y empujar— y, con un movimiento rápido, retirar un trozo plano de roca. Después, encontrar una nueva raja, y comenzar de nuevo.

Kabaraïjian observaba inmóvil como la pared iba siendo destruida y la pila de piedra verde se acumulaba a los pies de sus muertos. Sólo sus ojos se movían, yendo de aquí para allá sobre la roca, sin descanso, atento a la aparición de los remolinos pero sin encontrar ninguno. Ordenó a los cadáveres que se alejaran unos pasos y se acercó a la pared. La tocó, golpeó la piedra, y frunció el ceño. La cuadrilla había horadado una sección completa de pared y no había hallado nada.

Sin embargo, no se trataba de un hecho inusual, ni siquiera en una de las mejores cavernas de Grotto. Kabaraïjian se encaminó hacia el borde de la arena y ordenó a los cadáveres que volvieran al trabajo. Cogieron los taladros vibrátiles y atacaron de nuevo la pared.

De repente, tomó conciencia de que Cochran se hallaba a su lado y le decía algo.

Apenas pudo escucharle. No es fácil prestar atención a otra cosa cuando estás manejando a tres muertos. Una parte de su mente se desconectó y comenzó a oír.

Cochran estaba repitiendo lo que había dicho. Y, por lo general, a los manipuladores no les gustaba tener que repetir algo cuando estaban trabajando.

—Matt —decía—, escucha. Creo que he oído algo. A lo lejos, pero lo he oído. Parecía otra lancha.

Era algo serio. Kabaraïjian se desconectó de los cadáveres y brindó a Cochran toda su atención. Los tres taladros dejaron de hacer ruido, uno por uno, y de repente el lento golpear del agua contra la arena sonó con fuerza alrededor de ellos.

—¿Una lancha?

Cochran asintió.

—¿Estás seguro? —preguntó Kabaraïjian.

—Bueno... no —dijo Cochran—. Pero creo haber oído algo. Lo mismo que antes, cuando veníamos hacia aquí.

—No sé —dijo Kabaraïjian sacudiendo la cabeza—. Me parece que no, Ed. ¿Por qué habrían de seguimos? Hay remolinos por todas partes si te preocupas en buscarlos.

—Sí —dijo Cochran—. Pero he oído algo y pensé que tenía que decírtelo.

Kabaraïjian movió la cabeza en señal afirmativa.

—Muy bien —dijo—. Ya me lo has comunicado. Si aparece alguien, le concederemos un trozo de pared y le permitiremos trabajarla.

—Sí —dijo Cochran de nuevo. Pero de alguna manera no parecía satisfecho. Sus ojos se movían de un lado a otro con agitación. Se desplazó bajando hacia el sector de pared en el cual sus propios cadáveres permanecían rígidos.

Kabaraïjian se volvió a la roca y sus muertos volvieron a cobrar vida. Los taladros funcionaron nuevamente y se abrieron otras rajas. Después, cuando las rajas fueron lo suficientemente grandes, fueron reemplazados por los picos y otro sector de la pared se vino abajo.

Pero esta vez, algo apareció frente a sus ojos.

Los pies de los cadáveres estaban enterrados en montones de piedra cuando Kabaraïjian se dio cuenta del hallazgo; un trozo del tamaño de un puño de piedra gris en medio del verde. Se puso rígido a la vista de aquello, y los cadáveres iniciaron un movimiento de balanceo y se quedaron congelados. Kabaraïjian caminó alrededor de ellos y estudió el nudo de remolinos.

Era hermoso, dos veces más grande que cualquier otro que hubiera encontrado con anterioridad. Aunque estuviera dañado, debía de valer una fortuna. Sin embargo, si lograba extraerlo intacto, su valor sería un récord. Estaba seguro de ello. Lo cortarían en una pieza. Podía verlo. Un huevo de niebla cristalina, humeante, misterioso, cubierto por unos velos de neblina de colores jamás vistos.

Kabaraïjian reflexionó durante unos momentos y sonrió. Tocó el nudo con delicadeza y se volvió para llamar a Cochran.

Este hecho salvó su vida.

El pico, arrojado al aire, pasó por el lugar donde segundos antes

había estado su cabeza y se estrelló contra la roca a escasos milímetros del nudo de remolinos. Trozos de piedra volaron por el aire. Kabaraïjian se quedó inmóvil. El cadáver volvió a coger otro pico y se preparó para arrojarlo de nuevo.

Kabaraïjian retrocedió sorprendido. El pico volvió a volar. El objetivo no era la roca sino su cabeza.

Entonces se movió. Justo a tiempo se arrojó a un lado. El disparo erró por unos milímetros, y Kabaraïjian se incorporó a medias sobre la arena y comenzó a correr.

Agazapado y cauteloso, comenzó a retroceder.

El cadáver avanzó hacia él, con el pico levantado sobre su cabeza.

Kabaraïjian apenas podía pensar. No comprendía nada. El cadáver que le atacaba tenía el cabello negro y una cicatriz en la cara; era su cadáver. SU cadáver. ¡SU CADÁVER!

El muerto se desplazó con lentitud. Kabaraïjian se mantuvo a una distancia prudencial.

Los otros dos cadáveres avanzaban desde distintas direcciones. Uno de ellos llevaba un pico; el otro, un taladro vibrátil.

Kabaraïjian tragó saliva nerviosamente y se quedó quieto. Los cadáveres formaron un círculo estrecho a su alrededor. Gritó.

Abajo, en la playa, Cochran miraba el espectáculo. Dio un paso hacia Kabaraïjian.

Detrás de él se oyó el sonido de algo que caía al agua y un ruido sordo. Cochran giró como un trompo y se acostó boca abajo en la arena. No se levantó. Su cadáver esmirriado se detuvo frente a él con un pico que oscilaba en una de sus manos. Su otro cadáver se dirigió hacia Kabaraïjian.

El eco del grito aún resonaba en la cueva, pero ya Kabaraïjian estaba en silencio.

Observó el modo en que Cochran se tumbaba en la arena y, repentinamente, se movió, arrojándose hacia el muerto de pelo oscuro. El pico descendió, agresivo y torpe al mismo tiempo. Kabaraïjian hurtó el cuerpo frente al golpe. Se tiró encima del cadáver y ambos cayeron a tierra. El cadáver fue mucho más lento en incorporarse. Cuando lo logró, Kabaraïjian ya estaba detrás de él.

Paso a paso, el manipulador de cadáveres se fue retirando del campo del otro. Su propia cuadrilla se encontraba frente a él y,

tambaleando, se le aproximaba con las armas en alto. Era una visión estremecedora. Sus brazos se movían y caminaban. Pero sus ojos no tenían expresión y sus rostros estaban muertos... ¡MUERTOS! Por vez primera, Kabaraïjian experimentó el horror que otros sentían en presencia de los cadáveres.

Miró por encima de su hombro. Los dos muertos de Cochran se aproximaban hacia él, armados. Cochran aún no se había levantado. Yacía con el rostro en la arena, el agua lamía sus botas.

Su cerebro comenzó a funcionar de nuevo durante el corto período en que había logrado recobrar el aliento. Una de sus manos se dirigió hacia su cinturón. El controlador seguía allí, caliente, en funcionamiento. Lo probó. Lo dirigió en dirección a sus cadáveres.

Les ordenó detenerse, arrojar las armas, quedarse quietos.

Ellos continuaron avanzando.

Kabaraïjian tembló. El controlador todavía funcionaba; pudo sentir los ecos en su cabeza. Pero, por alguna razón, los cadáveres no respondían. Sintió que un frío helado le recorría la espalda.

Y sintió más frío cuando descubrió lo que estaba ocurriendo. Los cadáveres de Cochran tampoco respondían. Ambas tripulaciones estaban desconectadas de sus manipuladores.

¡Desobediencia!

Había oído que a veces ocurrían cosas semejantes. Pero nunca había sido testigo de una. Las cajas de desobediencia eran muy caras e incluso constituían un contrabando ilegal en aquellos planetas en que la manipulación de cadáveres era permitida.

Sin embargo, ahora veía una en acción. Alguien quería asesinarle. Alguien estaba tratando de hacer justamente eso. Alguien estaba usando sus propios cadáveres en su contra, por medio de una caja de desobediencia.

Se arrojó mentalmente hacia sus cadáveres, luchando por ganar el control, peleando con lo que fuera que les tenía dominados. Pero, era una batalla perdida. Simplemente, los muertos no respondían.

Kabaraïjian se inclinó y cogió un taladro vibrátil.

Se incorporó rápidamente y giró para enfrentar a los cadáveres de Cochran. El grandote, el de las piernas como cerillas, se acercaba a él con un pico entre las manos.

Kabaraïjian detuvo el golpe con el taladro, empleándolo como un escudo. El muerto volvió a llevar el pico hacia atrás.

Kabaraïjian activó el taladro y lo dirigió hacia el estómago del cadáver. En un segundo, se oyó un ruido de carne desgarrada y comenzó a brotar la sangre. Se tendría que haber oído también un grito de agonía, pero nada de eso se produjo.

Y el pico descendió de todos modos.

La agresión de Kabaraïjian había desviado el golpe del cadáver; sin embargo, el arma le rozó rasgando su túnica a la altura del pecho y trazando un sendero sanguinolento desde su hombro hasta el estómago. Tambaleando, retrocedió hasta la pared con las manos vacías. El cadáver volvió con el pico que oscilaba entre sus manos, con los ojos en blanco. El taladro lo traspasó todavía zumbando, y la sangre saltó en rojos borbotones húmedos. No obstante, el cadáver seguía avanzando.

No hay dolor, pensó Kabaraïjian, con la parte de su mente que no estaba paralizada por el terror. La estocada no había resultado irremediabilmente fatal y el cadáver no podía sentirla. Está desangrándose, pero no lo sabe, no le preocupa. No parará hasta que esté muerto. ¡El dolor no existe para él!

El cadáver estaba ya casi encima de él. Se arrojó sobre la arena, cogió un trozo grande de roca, y rodó. El disparo llegó tarde, sin puntería. Kabaraïjian se acercó al cadáver y le tiró al suelo. Una vez encima de él martilló una y otra vez su cabeza con la piedra que apretaba en el puño con el objeto de destruir el cerebro sintético.

Por fin, el cadáver dejó de moverse. Pero los otros ya llegaban hasta él. Dos picos lanzados casi al mismo tiempo. Uno erró el blanco. El otro le causó una profunda herida en su hombro.

Asió el segundo pico y lo retorció, luchando por detenerlo. Perdió. Los cadáveres eran más fuertes que él, mucho más fuertes. El cadáver cogió el pico y volvió a elevarlo hacia atrás para amagar otro golpe. Kabaraïjian se puso de pie chocando contra el cadáver y golpeándole al mismo tiempo. Los otros saltaron hacia él tratando de asirle. No se detuvo a luchar. Corrió. Le persiguieron, lenta y torpemente. De alguna manera, la situación era horrorífica.

Llegó hasta la lancha, la cogió con ambas manos y empujó. Ésta apenas si se movió sobre la arena. Empujó de nuevo y, esta vez, la embarcación se movió con mayor facilidad. Estaba empapado en sangre y sudor y exhalaba el aliento en breves jadeos. No obstante, siguió empujando. Su hombro le produjo unos dolores terribles. No

prestó atención al dolor y, con él, ejerció presión sobre la lancha. Por fin, el bote abandonó la arena.

Sin embargo, los cadáveres ya estaban sobre él, balanceándose, en el momento en que subió a la lancha. Puso en marcha el motor y lo llevó a la máxima velocidad. El bote respondió. Se lanzó a toda marcha en una repentina explosión de espuma, deslizándose sobre las verdes aguas rumbo a la oscura raja de seguridad que se hallaba en la pared más lejana de la caverna. Suspiró... y fue entonces que vio al cadáver.

Estaba en el bote. Su pico inútil yacía enterrado en la madera; pero aún tenía sus manos, y le eran suficientes. Con ellas le rodeó el cuello y apretó. Kabaraïjian se revolvió como un loco, tirando golpes hacia aquel rostro calmo e inexpresivo. El cadáver no hizo esfuerzo por esquivar los golpes. Los ignoró. El manipulador le golpeó una y otra vez lacerando los ojos vacíos y martillando su boca hasta que los dientes se le hicieron astillas.

Sin embargo, los dedos que rodeaban su cuello apretaban cada vez más y todo su esfuerzo por librarse resultaba vano. Ahogándose, dejó de darle puntapiés al cadáver y lanzó una patada hacia el timón de la embarcación.

La lancha viró bruscamente y se inclinó hacia un lado y hacia el otro. Las paredes de la cueva estuvieron muy pronto encima de ellos. Entonces, sobrevino un feroz impacto, se oyó el crujido de las maderas y la lancha se detuvo de repente sobre el agua. Kabaraïjian trató de mantener el equilibrio, pero ambos cayeron al agua... El cadáver mantenía aún sus manos alrededor del cuello del manipulador mientras éste seguía luchando por liberar su garganta.

Sin embargo, Kabaraïjian logró tomar aliento antes de que el agua verde le cubriera por completo. El cadáver intentó respirar debajo del agua. El manipulador le ayudó en la tarea. Le metió ambas manos en la boca y se la mantuvo abierta para asegurarse de que tragara una buena cantidad de líquido.

Finalmente, el muerto murió. Y sus dedos se aflojaron.

Con los pulmones a punto de estallar, Kabaraïjian se liberó y nadó hacia la superficie.

El agua le llegaba sólo hasta el pecho. Se paró encima del cadáver para mantenerlo sumergido mientras bebía enormes tragos de aire con desesperación.

La lancha se había incrustado en una cresta de rocas punzantes que se alzaba del agua a uno de los lados de la salida. Ésta se hallaba a pocos metros, cubierta por las sombras. Pero ahora, ¿era segura? ¿Sin una lancha? Kabaraïjian pensó en salir de allí a pie y de inmediato abandonó la idea. Le separaban muchas millas de la seguridad que significaba la estación del río. Podría ser capturado, en la oscuridad de las cuevas, por los que quedaban de la tripulación. La amenaza se hallaba a sus espaldas. No, sería mejor permanecer allí y enfrentarse a su atacante.

Con una patada, se libró del cadáver que mantenía aprisionado contra el suelo del lago y se encaminó hacia los restos de su lancha que todavía estaba encallada entre las rocas.

Amparado por las ruinas, tendrían dificultades para hallarle, e incluso para verle. Y si su enemigo no sabía dónde estaba tendría dificultades para lanzar a los cadáveres en su persecución.

Mientras tanto, tal vez él encontrara a su atacante.

Su atacante. ¿Quién? Bartling, por supuesto. Tenía que ser Bartling o uno de sus mercenarios. ¿Qué otro?

Pero ¿dónde? Tenían que estar muy cerca; dentro del radio de la playa. No se puede manipular un cadáver por control remoto; la respuesta sensorial no sería buena. Las únicas sensaciones que se perciben son visuales y las auditivas, y aún así, son borrosas.

Tienes que ver al cadáver, ver lo que está haciendo, y qué es lo que quieres que haga.

Por lo tanto, los hombres de Bartling debían de estar por allí. En la cueva. Pero ¿dónde?

¿Y cómo? Kabaraïjian pensó en ello. Debía de tratarse de la otra lancha que Cochran había oído. Alguien les había seguido, alguien con una caja de desobediencia. Tal vez Bartling había colocado un seguidor en su lancha durante la noche.

El único problema se presentaba al intentar descubrir cómo sabía Bartling qué lancha debía seguir.

Kabaraïjian se inclinó lentamente, de modo que sólo asomara su cabeza por encima de los restos de la lancha y miró a su alrededor. La playa era una mancha blanca de arena que rodeaba la superficie verdosa de la enorme cueva. No había ruidos, pero el agua golpeaba con suavidad el costado del bote. Sin embargo, se percibían movimientos. La otra lancha había sido liberada de la arena, y uno

de los cadáveres se hallaba a bordo de la misma. Los otros, lentamente, se sumergían en la piscina subterránea. Los picos descansaban sobre sus hombros.

Venían por él. El enemigo sospechaba que todavía se encontraba allí. El enemigo no abandonaba la caza. Otra vez se sintió tentado de dirigirse hacia la salida, nadar y correr hacia la luz del sol, fuera de esa terrible penumbra donde los cadáveres le acechaban con sus fríos rostros y sus manos más frías aún.

Controló el impulso. Dentro de la caverna tenía algunas posibilidades mientras le buscaban. Si huía, lo cogerían rápidamente con su lancha. Debía intentar perderles en el laberinto de las cavernas. Pero, si se les adelantaba, le esperarían al final de las cuevas.

No, no. Tenía que quedarse allí y encontrar a su enemigo.

Pero ¿dónde? Escudriñó la cueva y no vio nada. Una gran extensión de un verde tenebroso, piedra, agua y playa. La piscina estaba moteada por unas pocas piedras grandes que se elevaban por encima del agua. Un hombre podía esconderse detrás de ellas. Pero no una lancha. ¿Emplearía su enemigo instrumentos submarinos? Sin embargo, Cochran había oído una lancha...

El bote del cadáver estaba en medio de la caverna y se encaminaba hacia la salida. En los controles estaba sentado su muerto, el de cabellos arratonados. Los otros dos cadáveres rastreaban la superficie del agua mientras caminaban pesadamente tras la estela de la embarcación.

Tres muertos, acechándole. Pero en alguna parte se hallaba oculto su manipulador. El hombre con la caja de desobediencia. La mente y la voluntad de los cadáveres. Pero ¿dónde?

La lancha se aproximaba. ¿Se alejaría? Tal vez pensaran que él había huido. O... no, lo más probable era que el enemigo bloqueara la salida para luego registrar la caverna.

¿Le habían visto? ¿Sabían dónde estaba?

De repente, se acordó de su controlador de cadáveres, y su mano se introdujo en el agua para asegurarse de que seguía intacto. Lo estaba. Y los controladores eran sumergibles. Dadas las circunstancias, no le servía para controlar nada. Pero igual podría serle útil...

Kabaraijian cerró los ojos y procuró desconectar sus oídos. Con

deliberación, bloqueó sus sentidos y se concentró en los distantes ecos sensoriales que murmuraban en su cerebro. Más vagas que de costumbre, menos confusas, recibió dos grupos de imágenes.

Su tercer cadáver flotaba en el agua a pocos pasos de donde se encontraba, y no le enviaba ninguna señal.

Tensó su mente y escuchó, y trató de ver. Las imágenes comenzaron a definirse por sí mismas. Dos cuadros, ambos ondulantes, cobraron forma, superpuestos uno con otro.

Una sensación mezclada; pero Kabaraïjian se esforzó por percibirla. Las imágenes se aclararon.

Un cadáver estaba sumergido en el agua hasta la cintura, moviéndose lentamente, sosteniendo el pico. Podía ver el mango de la herramienta y la mano que la aferraba, y el agua que cada vez se hacía más profunda. Pero no miraba en dirección a Kabaraïjian.

El segundo muerto estaba en la lancha con una mano sobre los controles. Tampoco miraba hacia él. Miraba hacia abajo, a los instrumentos. Le costaba un gran esfuerzo de concentración controlar la máquina. Por lo tanto, el manipulador estaba con los ojos fijos en el motor.

Sólo podía ver la máquina. Tenía una excelente visión de la lancha.

Y de repente todo tuvo sentido. Ahora estaba seguro de que los restos de su lancha le ocultaban de sus perseguidores. Kabaraïjian se movió en las sombras, arrojó una mano hacia el borde de la embarcación subió a bordo y se agazapó para que no le vieran. Las rocas habían hecho un agujero en el fondo del bote. Pero la caja de las herramientas estaba intacta. Los cadáveres habían desempacado el equipo más útil, pero los avíos de reparación seguían allí. Kabaraïjian cogió una llave inglesa y un destornillador. Metió el segundo en su cinturón y asió la llave fuertemente. Y esperó.

La otra lancha se hallaba casi encima de él y pudo oír el ronroneo de su motor y el agua que se movía alrededor de ella. Aguardó hasta que estuvo junto a su bote.

Entonces, se puso de pie repentinamente y saltó.

Aterrizó en medio del otro bote y la lancha se tambaleó ante el impacto. Kabaraïjian no le dio tiempo al enemigo para reaccionar... o al menos no le dio tiempo que le hubiera hecho falta para controlar a los cadáveres. Dio un paso hacia adelante y golpeó con

fuerza, con la llave, la cabeza del muerto. El cadáver se desplomó. Kabaraïjian se inclinó, cogió una de sus piernas y levantó las manos. De repente, el muerto desapareció de la lancha.

Girando, Kabaraïjian se enfrentó con el rostro azorado de Ed Cochran. Sostuvo la llave con una mano mientras que, con la otra, trataba de alcanzar los controles y acelerar el movimiento. La lancha ganó velocidad y se dirigió hacia la salida. La cueva y los cadáveres se desvanecieron a su espalda, y la oscuridad les cercó con las negras paredes. Kabaraïjian encendió las luces.

—Hola, Ed —dijo, apretando la llave en su mano. Su voz era firme y muy fría.

Cochran respiró aliviado.

—Matt —dijo—. Gracias a Dios, iba a ayudarte. Mis cadáveres... ellos...

Kabaraïjian sacudió la cabeza.

—No, Ed. Calla, por favor. No te esfuerces. Sólo entrégame la caja de desobediencia.

Cochran le miró asustado. Entonces, con esfuerzo, esbozó una mueca.

—Oye, estás de broma, ¿no? No tengo ninguna caja de desobediencia. Te avisé que había oído otra lancha.

—No hubo ninguna otra lancha. Era una coartada por si fallaba tu plan. Lo mismo fue el golpe que recibiste en la playa. Era una trampa... lograr que tu cadáver te golpeará con el pico como lo hizo, con el peto, no con la punta. Lo has hecho muy bien. Mis felicitaciones, Ed. Fue una excelente maniobra de manipulación. Y el resto fue igual. No resulta fácil coordinar cinco cadáveres que hacen cosas diferentes a un mismo tiempo. Muy bien, Ed.

Te he subestimado. Nunca creí que fueras tan buen manipulador.

Cochran le observó desde el suelo de la lancha. Su sonrisa había desaparecido.

Entonces, desvió la mirada y sus ojos vagaron por las paredes que les rodeaban.

Kabaraïjian agitó la llave, sudada en el sitio por donde la tenía cogida. Su otra mano tocó su hombro por un momento. La hemorragia había cesado. Se sentó con lentitud y dejó que su otra mano descansara sobre el motor.

—¿No vas a preguntarme cómo me di cuenta, Ed? —preguntó Kabaraijian.

Cochran, taciturno, permaneció en silencio.

—Te lo diré de todos modos. Miré a través de los ojos de mi cadáver, y te vi agazapado aquí en el bote, acostado sobre el suelo y espiando por un costado para tratar de cazarme. No parecías muerto, en absoluto; al contrario, tenías cara de culpable. Y de repente, me di cuenta. *Tú* el único que tenía una visión perfecta de la playa. *Tú* eras la única persona que se hallaba en la cueva.

Con una sensación de embarazo, hizo una pausa. Su voz se quebró un poco y se suavizó.

—Sólo quiero saber por qué. *¿Por qué*, Ed?

Cochran volvió a mirarle. Se encogió de hombros.

—Dinero —dijo—. Sólo dinero, Matt. ¿Por qué otra cosa podría haberle hecho?

Sonrió. No con su sonrisa habitual sino con una mueca tensa y nerviosa.

—Te tengo aprecio, Matt.

—Tienes una forma muy peculiar de demostrarlo —le dijo Kabaraijian. No pudo evitar sonreír mientras agregaba—: ¿De quién es el dinero?

—De Bartling —dijo Cochran—. Realmente me encontraba necesitado. No tenía nada ahorrado. Si tenía que abandonar Grotto, tendría que vender mi cuadrilla para pagarme el pasaje. Y otra vez volvería a trabajar como un mercenario. No lo quería. Necesitaba dinero rápidamente.

Se encogió de hombros.

—Iba a tratar de pasar de contrabando algunos remolinos. Pero te negaste a colaborar conmigo. Y anoche se me ocurrió algo mejor. No creía que aquello de organizamos en contra de Bartling funcionara, pero me imaginé que a él le interesaría saberlo. Por eso fui a verlo después de que nos fuimos de la taberna. Pensé que me pagaría por la información y que tal vez hiciera una excepción y me permitiera quedarme.

Sacudió la cabeza con melancolía. Kabaraijian permaneció silencioso. Por fin, Cochran siguió:

—Fui a verle, a él y a tres de sus guardaespaldas. Cuando se lo dije, se puso histérico.

Ya le habías humillado, y ahora descubrías que estabas en algo más. Él... él me hizo una oferta. Un montón de dinero, Matt. Un montón de dinero.

—Me alegra saber que valgo mucho.

Cochran sonrió.

—Sí —dijo—. Bartling quería tu cabeza, e hice que la pagara bien. Él me entregó la caja de desobediencia. No quería manejarla por sí mismo. Dijo que la tenía por si las «mentes podridas» y sus «zombis» le atacaban alguna vez.

Cochran metió la mano en un bolsillo de su túnica y sacó un cartucho pequeño, de forma aplanada. Era igual que el controlador que tenía en el cinturón. Lo arrojó por el aire hacia Kabaraïjian.

Pero Kabaraïjian no hizo ningún esfuerzo por cogerlo. La caja pasó por encima de su hombro y cayó al agua con un ruido sordo.

—Eh —dijo Cochran—. Tienes que cogerla. Tus cadáveres no responderán a menos que los desconectes.

—Mi hombro está rígido —comenzó Kabaraïjian. De repente, se quedó mudo.

Cochran se puso de pie. Miró a Kabaraïjian como si lo viera por primera vez.

—Sí —dijo, y sus puños se apretaron—. Sí.

Era una cabeza más alto que Kabaraïjian y mucho más pesado. De repente se dio cuenta de la magnitud de las heridas del otro.

La llave se hizo más pesada en la mano de Kabaraïjian.

—No lo hagas —le avisó.

—Lo siento —dijo Cochran y se lanzó hacia delante.

Kabaraïjian alzó la llave por encima de su cabeza, pero Cochran detuvo el golpe. Su otra mano se dirigió al cinturón y cogió el destornillador. Lo empuñó y arrojó una puñalada. Cochran lanzó una exclamación al tiempo que su sonrisa desaparecía.

Kabaraïjian lanzó otro golpe y movió la mano en una y otra dirección. La estocada arrancó un trozo de túnica y algo de carne del otro.

Cochran giró retrocediendo, agarrándose al estómago. Kabaraïjian le persiguió y le apuñaló una tercera vez, salvajemente. Cochran cayó. Trató de levantarse pero no pudo...

Cayó pesadamente sobre el suelo de la lancha. Quedó allí tirado, desangrándose.

Kabaraïjian volvió al motor para evitar que la lancha chocara contra las paredes. La guió con suavidad a través de los pasajes, a través de las cuevas, los túneles y las profundas piscinas verdes. Y, a la dura luz del bote, observó a Cochran.

Cochran no volvió a moverse, y sólo habló una vez. En el momento en que dejaban las cuevas y salían a la luz del temprano sol de la tarde de Grotto, echó una mirada a su alrededor. Sus manos estaban mojadas de sangre. Y sus ojos también estaban húmedos.

—Lo siento, Matt —dijo—. Lo siento mucho.

—¡Oh, Dios! —dijo Matt con una voz densa. De repente, detuvo el bote y cogió la caja de primeros auxilios. Se acercó a Cochran y vendó sus heridas.

Cuando volvió a los controles, apretó el acelerador a fondo. La lancha se disparó sobre la superficie de los brillantes lagos verdes.

Pero Cochran murió antes de que llegaran al río.

Kabaraïjian volvió a detener la lancha y la dejó inmóvil en el agua. Oyó los sonidos de Grotto que le circundaban: el murmullo del río que se vertía en el lago más grande, el canto de los pájaros y sus aleteos, las paletas de la embarcación que quebraban el aire.

Se quedó sentado hasta la caída del crepúsculo, mirando río arriba, y pensando.

Pensó en el día siguiente y en los días por venir. Mañana volvería a las cuevas de remolinos. Le esperaba el huevo de niebla danzante. Tenía que extraerlo; obtendría buenas ganancias de él. Dinero. Debía conseguir dinero; todo el que pudiera reunir.

Entonces, podría comenzar a hablar con los otros. Y entonces... y entonces Bartling tendría alguien contra quien luchar. Y también habría traidores. Cochran había sido el primero. Pero no el último. Les contaría a los otros que Bartling había enviado a un hombre con una caja de desobediencia, y que Cochran había muerto por eso. Era verdad.

Todo era verdad.

Aquella noche, Kabaraïjian regresó con un solo cadáver en su lancha, un cadáver extrañamente quieto e inmóvil. Toda la vida, sus cadáveres le habían acompañado en su camino hacia la oficina. Aquella noche, el cadáver viajaba sobre sus hombros.

**OSCUROS, OSCUROS ERAN LOS
TÚNELES**

Greel estaba asustado.

Yacía en la cálida y densa oscuridad que se alzaba un poco más lejos del sitio en que el túnel se curvaba; su cuerpo delgado estaba apretado contra la extraña barra de metal que corría a lo largo del suelo. Sus ojos estaban cerrados. Se esforzaba por permanecer absolutamente inmóvil.

Estaba armado. Aferraba en su puño derecho un corto arpón de púas afiladas. Pero aquello no lograba amenguar su temor.

Había llegado lejos, muy lejos. Había trepado más alto y se había alejado más que ningún otro explorador de la Gente en muchas generaciones. Se había abierto paso a través de los Malos Niveles, donde las cosas-como-gusanos seguían intentando dar caza a la Gente sin descanso. Había acechado y destruido la brillante mole asesina en los desmoronables Túneles Medios. Había culebreado a través de decenas de inexplorados e innominados pasajes que apenas si dejaban espacio suficiente para que un hombre los atravesara.

Y ahora había penetrado en los Túneles Antiguos, los grandes túneles, antesalas legendarias, de donde, según los trovadores, había venido la Gente un millón de años antes.

No era un cobarde. Era un explorador de la Gente que se había arriesgado a caminar por túneles jamás visitados por los hombres durante centurias.

Pero estaba asustado, y no tenía vergüenza de su temor. Un buen explorador sabe cuándo debe tener miedo. Y Greel era un excelente explorador. Por lo tanto, se quedó silencioso en medio de la oscuridad, con el arma cogida en su puño; pensando.

Lentamente, el temor comenzó a alejarse. Greel se sintió más seguro y abrió los ojos.

Los cerró de nuevo a toda velocidad.

El túnel que se extendía frente a él estaba ardiendo.

Jamás había visto el fuego. Pero los trovadores le habían dedicado muchas canciones.

Era caliente. Y brillante, tan brillante que hacía daño a los ojos. La ceguera era el precio que pagaban aquéllos que lo miraban durante demasiado tiempo.

Por esa razón, Greel mantuvo los ojos cerrados. Un explorador necesitaba su vista. No podía permitir que el fuego lo cegara.

Aquí atrás, en la oscuridad que se extendía sobre el recodo del túnel, el fuego no era tan malo. Mirarlo lastimaba los ojos porque el resplandor se pegaba a la pared curva del túnel. Sin embargo, se podía soportar el dolor.

Pero antes, cuando había visto el fuego por primera vez, Greel había estado desprevenido. Se había lanzado adelante, bizqueando, rumbo al lugar en que la pared se curvaba. Había tocado el fuego que se reflejaba en la piedra. Y entonces, de un modo estúpido, había espiado más allá de la curva.

Todavía le dolían los ojos. Sólo había echado una rápida mirada antes de girar y arrastrarse silenciosamente hasta el lugar donde se hallaba tendido. Pero había sido suficiente. Más allá del recodo, el fuego era brillante, mucho más brillante de lo que él nunca se hubiera podido imaginar. Incluso con los ojos cerrados podía verlo: dos manchas dolorosas que danzaban con un brillo intenso y horrible, y no desaparecían.

Pensó que el fuego había destruido parte de sus ojos.

Sin embargo, cuando había tocado el fuego de las paredes, éste no era como contaban los trovadores. La piedra era como cualquier otra: fría y un poco húmeda. Los trovadores decían que el fuego era caliente. Pero el fuego sobre la piedra no era caliente al tacto.

No era fuego, reflexionó Greel después de un momento. No obstante, no sabía qué era.

Pero no podía ser fuego si no estaba caliente.

Se alejó levemente del lugar en que se encontraba. Moviéndose apenas alcanzó y tocó a H'ssig en la oscuridad.

Su hermano mental estaba a pocos pasos de distancia, cerca de otras de las barras de metal. Greel le llamó con su mente y pudo sentir el estremecimiento del otro en respuesta.

Los pensamientos y las sensaciones se mezclaron sin necesidad

de palabras.

H'ssig también estaba asustado. La enorme rata cazadora no tenía ojos. Pero su olfato era más agudo que el de Greel, y en el túnel había un olor muy extraño. También sus oídos eran mejores. A través de ellos, Greel pudo percibir más claramente los extraños ruidos que provenían del lugar en que se hallaba el fuego que no era fuego.

Greel abrió los ojos otra vez. Lentamente, no de una vez. Parpadeando.

Los agujeros que el fuego había horadado en ellos seguían allí. Pero tendían a desaparecer. Y el fuego amortiguado que se movía sobre la curva del túnel podía soportarse si no se le miraba directamente.

Rígido. No podía avanzar más. Y no debía retroceder. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir.

Se conectó de nuevo con H'ssig. La rata cazadora le había acompañado desde su nacimiento. Jamás le había fallado. No le fallaría esta vez. La rata no tenía ojos que pudieran quemarse, pero sus oídos y su nariz le dirían a Greel lo que quería saber acerca de la cosa que estaba más allá de la curva.

Más que oírla, H'ssig adivinó la orden. Se deslizó con lentitud hacia delante, en dirección al fuego.

—¡Un tesoro!

La voz de Ciffonetto estaba llena de admiración. La capa de grasa protectora que le cubría la cara no logró ocultar su sonrisa.

Von der Stadt miraba con expresión dubitativa. No sólo era su rostro; todo su cuerpo irradiaba duda. Los dos hombres estaban vestidos de la misma manera: monos grises sin forma, tejidos con una gruesa malla metálica. Pero ellos no podían equivocarse jamás.

Von der Stadt era famoso por su habilidad para expresar duda al mismo tiempo que su rostro permanecía impávido. Cuando se movía o hablaba, enfatizaba la impresión. Así lo hizo esta vez.

—Algún tesoro —dijo simplemente.

Fue suficiente para fastidiar a Ciffonetto. Frunció el ceño hacia su compañero más robusto.

—No. Sí lo que digo —dijo.

El rayo de su pesada linterna trazó un arabesco en la densa oscuridad y jugó hacia arriba y hacia abajo sobre uno de los

carcomidos pilares de acero que se afinaban desde la plataforma hasta el techo.

—Mira allí —dijo Ciffonetto.

—Ya veo —dijo—. ¿Dónde está el tesoro?

Ciffonetto continuó moviendo su linterna hacia arriba y hacia abajo.

—Éste es el tesoro —dijo—. Todo este lugar es un descubrimiento histórico de antología. Sabía que esto era lo que debíamos buscar. Se lo dije.

—¿Cuál es la fundamental importancia de una viga de acero? —preguntó Von der Stadt al tiempo que iluminaba el pilar con su propia linterna.

—El estado de conservación —dijo Ciffonetto acercándose—. Casi todo lo que nos rodea es ahora radiactivo. Pero aquí debajo hallaremos algunos artefactos hermosos. Nos darán un excelente cuadro acerca de cómo era la civilización antes del desastre.

—Ya sabemos cómo era —protestó Von der Stadt—. Tenemos cintas grabadas, libros, películas, de todo. Toda clase de cosas. La guerra no afectó a la Luna.

—Sí, sí, pero es diferente —dijo Ciffonetto—. Esto es real.

Con su mano enguantada acarició la viga amorosamente.

—Mira aquí —dijo.

Von der Stadt se acercó.

Había algo grabado en el metal. Raspado con un objeto. No era muy profundo pero aún podía leerse con cierta dificultad. Ciffonetto sonreía de nuevo. Von der Stadt miraba con expresión de duda.

—«Rodney ama a Wanda» —leyó.

Sacudió la cabeza.

—Mierda, Ciff —dijo—, puedes encontrar lo mismo en cualquier sitio público de Ciudad Luna.

Ciffonetto elevó los ojos al cielo.

—Von der Stadt —dijo—, si encontráramos la pintura más antigua del mundo, dirías que se trata del torpe diseño de un búfalo.

Acarició la escritura con su mano libre.

—¿No lo comprendes? Esto es antiguo. Es historia. Son los restos de una civilización, de un país y de un planeta que desaparecieron hace quinientos años.

Von der Stadt no respondió, pero siguió mirando con expresión de duda. Su linterna vagó de un lado a otro.

—Hay más cosas, si es que te interesa —dijo, manteniendo la luz dirigida hacia otro pilar que se encontraba a pocos pasos de distancia.

Esta vez fue Ciffonetto quien leyó la inscripción.

—«Arrepiéntete o te condenarás» —dijo con una sonrisa después de que su haz de luz se mezclara con el de Von der Stadt.

Ahogó una carcajada.

—Las palabras de los profetas están escritas en las paredes subterráneas —dijo con suavidad.

Von der Stadt frunció el ceño.

—De algunos profetas —dijo—. Deben de haber profesado alguna extraña religión.

—Oh, Cristo —gruñó Ciffonetto—. No lo decía literalmente. Sólo estaba citando a alguien. A un poeta de mediados de siglo veinte llamado Simón. Escribió aquello sólo cincuenta años antes del gran desastre.

A Von der Stadt no le interesaba la conversación. Vagó por allí con impaciencia, arrojando su haz de luz de aquí para allá entre las ruinas de la antigua estación de metro.

—Hace calor aquí —se quejó.

—Más calor hace allá —dijo Ciffonetto, casi perdido en una nueva inscripción.

—No es la misma clase de calor —replicó Von der Stadt.

Ciffonetto no se molestó en responder.

—Éste es el hallazgo más importante de la expedición —dijo cuando dejó de investigar—. Tenemos que tomar fotografías. Y traer a los otros hasta aquí. Perdemos el tiempo en la superficie.

—¿Lo hacemos mejor aquí abajo? —dijo Von der Stadt. Con expresión de duda, por supuesto.

Ciffonetto asintió.

—Es lo que he dicho siempre. La superficie ha sido devastada. Después de todos estos siglos, todavía es radiactiva. Si queda algo, está bajo tierra. Allí es donde debemos buscar. Tenemos que dividirnos el trabajo y explorar todo el sistema de túneles.

Sus manos se extendieron a lo largo y a lo ancho.

—Tú y Nagel habéis estado discutiendo durante todo el viaje —

dijo Von der Stadt—. Durante todo el viaje desde Ciudad Luna. No veo qué ganas con ello.

—El doctor Nagel es un tonto —dijo Ciffonetto.

—No estoy de acuerdo —dijo Von der Stadt—. Soy un soldado, no un científico. Pero he prestado atención a sus argumentos y me parecen sensatos. Todo lo que hay aquí es valioso, pero no es lo que quiere Nagel. No han enviado la expedición para encontrar esto.

—Lo sé, lo sé —dijo Ciffonetto—. Nagel quiere vida. Vida humana, especialmente. Y lo máximo que obtiene son unas pocas especies de insectos y un puñado de pájaros que han sufrido mutaciones.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Si echara una mirada por aquí debajo, encontraría lo que busca —continuó Ciffonetto—. No se da cuenta de la profundidad que alcanzaban las ciudades antes de la guerra. Hay miles de túneles debajo de nuestros pies. Nivel tras nivel. Allí han de estar los supervivientes, si es que queda alguno.

—¿Por qué lo piensas? —preguntó Von der Stadt.

—Mira, cuando se desató la guerra, los únicos que podrían haberse salvado son los que huyeron a refugios profundos. O a túneles debajo de las ciudades. La radiactividad les debe de haber impedido subir durante años. Diablos, la superficie aún carece de atractivos. Han de permanecer ocultos por allí abajo. Se adaptarían. Después de varias generaciones habrán perdido el interés por salir.

Sin embargo, la atención de Von der Stadt se había dispersado y casi no escuchaba al otro. Había caminado hasta el borde de la plataforma y miraba fijamente las vías.

Se detuvo en silencio durante unos instantes y entonces tomó una decisión. Fijó la linterna en su cinturón y comenzó a descender.

—Vamos —dijo—. Tratemos de hallar a algunos de tus supervivientes.

H'ssig se adelantó y permaneció cerca de la barra de metal. Le servía para ocultarse y le mantenía protegido del fuego; por lo tanto, se movió en una pequeña franja de oscuridad casi total. Bordeando la barra lo mejor que pudo, se arrastró en silencio alrededor de la curva, y se detuvo.

A través de él, Greel observó; observó con los ojos de la rata y con su nariz.

El fuego hablaba.

Había dos olores; parecidos pero no iguales. Y dos voces. Exactamente como si hubiera dos fuegos. Las cosas brillantes que habían quemado los ojos de Greel eran criaturas vivientes de alguna naturaleza.

Greel escuchó. Los sonidos que H'ssig oía tan claramente eran palabras. Alguna clase de lenguaje. Greel estaba seguro de lo que pensaba. Conocía la diferencia que existe entre los gruñidos y el rugir de los animales y las estructuras de una lengua.

Sin embargo, las cosas de fuego hablaban una lengua que él no conocía. Los sonidos no significaban más para él que para H'ssig que se los transmitía.

Se concentró en el olor. Era extraño, diferente a todo lo que había conocido antes. De algún modo, parecía un olor a hombre; pero no podía ser.

Greel pensó. Un olor casi humano. Y palabras. ¿Podría ser que las cosas de fuego fueran hombres? Debían de ser hombres extraños, muy diferentes a la Gente. Pero los trovadores habían cantado sobre ciertos hombres que en la antigüedad tenían extrañas formas y poderes desconocidos. ¿Andarían aquellos hombres por allí?

¡Sí!

Greel se emocionó. Se movió lentamente en el lugar en que se encontraba y se puso en cuclillas para espiar hacia la curva. Un chasquido sordo obligó a H'ssig a retroceder y a esconderse cerca de Greel.

Sólo había un modo de estar seguro, pensó Greel. Temblando, salió cautelosamente con su mente.

Von der Stadt se había adaptado mejor que Ciffonetto a la gravedad de la Tierra. Llegó al suelo del túnel rápidamente y esperó con impaciencia que su compañero bajara de la plataforma.

Ciffonetto se dejó caer y aterrizó con un ruido sordo. Miró hacia la plataforma con aprensión.

—Espero que pueda volver a subirla —dijo.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Tú eras el que quería explorar los túneles.

—Sí —dijo Ciffonetto, tratando de adaptar los ojos a la oscuridad y mirando a su alrededor—. Y todavía lo deseo. Aquí

abajo, en estos túneles, está la respuesta que buscamos.

—Es tu teoría —dijo Von der Stadt. Miró hacia ambas direcciones y eligió una al azar.

Caminó hacia adelante iluminando el camino con su linterna. Ciffonetto lo seguía medio paso atrás.

El túnel en el que entraron era largo, recto y estaba vacío.

—Dime —dijo de improviso Von der Stadt mientras caminaban —, aun en el caso de que los supervivientes se hubieran albergado en refugios subterráneos durante la guerra, ¿no tendrían que haber salido alguna vez a la superficie para sobrevivir? Quiero decir... ¿cómo puede alguien vivir aquí abajo? —Miró los túneles con evidente disgusto.

—¿Has estado tomando lecciones con Nagel o algo así? —replicó Ciffonetto—. He oído eso tantas veces que ya estoy harto. Admito que sería difícil, pero no imposible. Al principio, deben de haber tenido acceso a grandes almacenes de comida envasada. Han de haber reservado muchos alimentos. Más tarde, se habrán procurado su propia comida.

Hay plantas que crecen en la oscuridad. E insectos, y también animales, supongo.

—Una dieta de bichos y hongos. No me parece muy saludable.

Ciffonetto se detuvo de repente sin molestarse en contestar.

—Mira allí —dijo señalando con su linterna. El rayo de luz jugueteaba sobre una grieta dentada en la pared del túnel. Parecía como si alguien hubiera roto la piedra intencionadamente mucho tiempo antes.

La luz de Von der Stadt se unió a la de Ciffonetto para iluminar mejor el área. A partir de la abertura nacía un pasadizo. Ciffonetto se dirigió hacia él.

—¿Qué diablos dices acerca de esto, Von der Stadt? —preguntó con una sonrisa.

Iluminó el lugar y entró. Salió de inmediato.

—No hay mucho que ver —dijo—. El pasadizo termina apenas comenzado. No obstante, confirma lo que siempre digo.

Von der Stadt parecía vagamente incómodo. Su mano libre se dirigió hacia la cartuchera donde guardaba su pistola.

—No sé —dijo.

—No, no lo sabes —dijo Ciffonetto con voz triunfal—. Tampoco

lo sabe Nagel. Los hombres han vivido aquí. Todavía deben de vivir aquí. Tenemos que organizar una búsqueda más eficiente por todo el sistema subterráneo.

Hizo una pausa. Su mente retrocedió a la discusión que había mantenido unos minutos antes con Von der Stadt.

—Y en lo que respecta a tus bichos y a tus hongos, te digo que el hombre es capaz de adaptarse a todo. Si han sobrevivido a la guerra —y todo indica que lo han hecho— entonces han sobrevivido a sus consecuencias. Puedo apostararlo.

—Tal vez —dijo Von der Stadt—. De todos modos, no entiendo por qué estás tan interesado en los supervivientes. No niego que la expedición sea importante y todo eso.

Debemos restablecer los vuelos espaciales, y ésta es una buena manera de probar nuestros instrumentos. Y supongo que vosotros, los científicos, podréis obtener buenos materiales para los museos. Pero ¿humanos? ¿Qué nos ha dado la Tierra aparte de la Gran Hambruna?

Ciffonetto sonrió con tolerancia.

—Es a causa de la Gran Hambruna que queremos encontrar humanos —dijo. Hizo una pausa.

—Ahora tenemos que convencer a Nagel. Regresemos.

Comenzó a caminar hacia el lugar de donde habían venido y continuó hablando.

—La Gran Hambruna fue un inevitable resultado de la guerra en la Tierra —dijo—. Cuando dejaron de llegarnos reservas, no hubo manera de mantener con vida a la gente en la colonia lunar. El noventa por ciento pereció de hambre.

—La Luna podía autoabastecerse, pero sólo con una población muy pequeña. Es lo que sucedió. La población tuvo que adaptarse. Reciclamos el aire y el agua, cultivamos alimentos en tanques hidropónicos. Luchamos a brazo partido, pero hemos sobrevivido. Y hemos comenzado la reconstrucción.

—Sin embargo, hemos perdido mucho. Murió demasiada gente. Nuestra reserva genética era terriblemente pequeña y poco diversa. Para empezar, nuestra colonia ha carecido siempre de diferencias raciales. Aquello no ayudó en absoluto. La población decreció durante un largo período hasta que encontramos fuentes físicas para mantener a mayor cantidad de gente. La idea de la pureza de la

raza no funcionó. Ahora, la población está aumentando de número, pero de un modo muy lento. Estamos estancados, Von der Stadt. Nos ha llevado cinco siglos volver a utilizar las naves espaciales, por ejemplo. Y todavía no hemos logrado producir muchas de las cosas que existían en la Tierra antes del desastre.

Von der Stadt arrugó el entrecejo.

—Estancamiento es una palabra extraña —dijo—. Creo que lo hemos hecho bastante bien.

Ciffonetto desautorizó el comentario con un movimiento de su linterna.

—Bastante bien —dijo—. Pero no lo suficiente. No estamos yendo a ninguna parte.

Hay muy pocos cambios; cambios en el sentido de ideas nuevas. Necesitamos puntos de vista novedosos, una reserva genética fresca. Necesitamos el estímulo del contacto con otras culturas foráneas. Los supervivientes nos darán lo que queremos. Después de la destrucción de la Tierra, han debido de cambiar de algún modo. Y ellos serán la prueba de que la vida humana puede aún florecer sobre la Tierra. Resulta crucial si es que pretendemos instaurar aquí una colonia.

El último tema fue lanzado casi como una reflexión, pero Von der Stadt captó la idea y la aprobó. Asintió con gravedad.

Habían llegado de nuevo a la estación. Ciffonetto se dirigió resueltamente a la plataforma.

—Vamos —dijo—, regresemos a la base. Ansío ver la cara que pondrá Nagel cuando le contemos lo que hemos descubierto.

Eran hombres.

Greel estaba casi seguro. La textura de sus mentes era rara, pero similar a la de los hombres. Greel era un excelente investigador de mentes. Conocía la burda y desmayada sensación de la mente de los animales, las sombras obscenas que conformaban los pensamientos de las cosas-como-gusanos. Y también conocía la mente de los hombres.

Eran hombres.

Y además, había algo extraño. La fusión de mentes se convertía en una auténtica comunicación cuando se llevaba a cabo con una mente hermana. Siempre se trataba de algo que se compartía con otros hombres. Un modo de compartir oscuro y tenebroso, lleno de

nubes y sabores y aromas y emociones. Pero, un modo de compartir.

En este caso no había nada qué compartir. En este caso era como una fusión de mentes con un animal inferior. Tacto, sensaciones, sabores, onda: todo lo que un experto fusionador de mentes podía lograr con un animal. Pero nunca percibiría una respuesta.

Los hombres y los hermanos mentales respondían; los animales, no.

Estos hombres no respondían. Estos extraños hombres de fuego tenían mentes silenciosas, dismanteladas.

En la oscuridad del túnel, Greel se puso tenso en su posición de cuclillas. El fuego había desaparecido de repente de la pared. Los hombres se iban, túnel abajo, alejándose de él. El fuego se marchaba con ellos.

Se adelantó lentamente —H'ssig iba a su lado— con el arpón en la mano. La distancia hacía que la fusión de mentes se dificultara. Debía mantenerles a su alcance. Debía descubrir más cosas. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir.

Su mente salió otra vez para gustar el sabor de las otras mentes. Tenía que asegurarse.

Los pensamientos de ellos se movía a su alrededor; el ondulante caos se interrumpía por momentos con ráfagas de brillantez y emociones y conceptos a medio entrever. Greel entendió muy poco. Pero logró reconocer algo. Y algo más llegó hasta él.

Se entretuvo y degustó sus mentes por completo, y aprendió. Sin embargo, todavía era como fusionarse con un animal. No podía hacerse sentir. No pudo obtener ninguna respuesta.

Todavía se alejaron un poco más, y sus pensamientos se hicieron más borrosos, y la fusión mental más difícil. Greel avanzó. Vaciló al llegar al punto en que el túnel se curvaba. Pero debía continuar. Era un explorador.

Se acostó en el suelo, parpadeó, y se deslizó alrededor de la curva ayudándose con las manos y las rodillas.

Más allá de la curva, se detuvo y respiró hondo. Estaba en un inmenso vestíbulo, una inmensa caverna con un techo abovedado y unos pilares gigantes que sostenían el cielo raso. Todo el recinto brillaba a causa de la luz, una luz extraña, feroz, que danzaba por encima de todo.

Se trataba de un lugar de leyenda. Un vestíbulo de los Tiempos Antiguos. Greel jamás había visto una cámara tan vasta. Y, de entre los integrantes de la Gente, era él quien había llegado más alto y más lejos.

Los hombres no se hallaban a la vista, pero su fuego danzaba alrededor de la boca del túnel en el otro extremo del vestíbulo. Era intenso, pero no insoportable. Los hombres estaban ocultos por otra curva. Greel comprendió que sólo veía el débil reflejo de su fuego. En tanto no lo mirara directamente, estaba a salvo.

Entró en el vestíbulo mientras el explorador que había en él clamaba por trepar la pared e investigar la cámara superior a la que conducían los pilares. Pero, no. Los hombres de fuego eran más importantes. Siempre podría retornar al vestíbulo.

H'ssig se frotó contra su pierna. Greel bajó su mano y acarició la delicada piel de la rata, tranquilizándola. Su hermano mental podía percibir el torbellino de sus pensamientos.

Hombres, sí, estaba seguro. Y sabía aún más. Sus pensamientos eran diferentes a los de la Gente; pero eran pensamientos humanos y él había logrado entender algunos. Uno de ellos ardía, ardía por encontrar a otros hombres. Buscaban a la Gente, pensó Greel.

Sabía eso. Era un explorador y un fusionador de mentes. No cometía errores. Pero no sabía qué es lo que debía hacer.

Buscaban a la gente. Eso era bueno. Al principio, cuando había aprendido el concepto, había temblado de gozo. Estos hombres de fuego eran los Antiguos de la leyenda. Si buscaban a la Gente, él les guiaría. Habría recompensas y gloria, y los trovadores cantarían su nombre durante generaciones.

Además, era su deber. Las cosas no habían marchado bien para la Gente durante los últimos años. Se había terminado el tiempo de bonanza cuando las cosas-como-gusanos habían obligado a la Gente a trasladarse túnel tras túnel. E incluso ahora, debajo de sus pies, la lucha continuaba aún, en los Malos Niveles y en los túneles de la Gente.

Y Greel sabía que la Gente estaba perdiendo la batalla.

Lentamente pero sin pausas. Las cosas-como-gusanos eran nuevas para la Gente.

Más que animales; pero menos, mucho menos que hombres. Ellas no precisaban de los túneles. Reptaban por debajo de la tierra,

y ningún hombre estaba a salvo.

La Gente luchaba con denuedo. Los fusionadores de mente podían sentir a las cosas-como-gusanos y arrojarles los arpones, y las grandes ratas cazadoras podían hacerlas trizas. Pero siempre, las cosas-como-gusanos regresaban del fondo de la tierra. Y había muchas; y muy poca Gente.

Ahora, estos hombres de fuego, estos hombres nuevos podrían cambiar las cosas. Las leyendas decían que los Antiguos habían luchado con fuego y con armas extrañas, y estos hombres vivían en el fuego. Podría ayudar a la Gente. Podrían entregarles armas poderosas para obligar a las cosas-como-gusanos a regresar al lugar de dónde habían venido.

Pero.

Pero estos hombres no eran lo suficientemente humanos. Sus mentes estaban desmanteladas, y muchos, muchos de sus pensamientos resultaban extraños a Greel.

Sólo podía vislumbrar algunos destellos. La fusión de mentes con ellos no resultaba igual que con los integrantes de la Gente.

Sabía cómo conducirles hasta la Gente. Conocía el camino. Abajo y arriba, una vuelta aquí, un giro más allá. A través de los Túneles Medios y de los Malos Niveles. Pero ¿qué ocurriría si les llevaba y resultaban enemigos? ¿Si destruían a la Gente con su fuego?

Tenía miedo de lo que pudieran hacer.

Sin él, jamás les encontrarían. Greel estaba seguro de ello. Sólo él, en muchas generaciones, había llegado tan lejos. Y sólo con cautela, con la fusión mental, y con H'ssig a su lado. Nunca encontrarían el camino por el que había venido, los túneles retorcidos que llevaban a lo profundo, a lo profundo de la tierra.

Si no actuaba, la Gente estaría segura. Pero, eventualmente, las cosas-como-gusanos podrían vencer. Les llevaría generaciones. Sin embargo, la Gente no lograría resistir.

Era su decisión. Ningún fusionador de mentes podría llegar hasta donde se encontraba.

Debía decidir solo.

Y no tardó mucho en hacerlo. Muy pronto, se dio cuenta de que los hombres de fuego regresaban. Sus extraños pensamientos se hicieron más poderosos, y la luz de la pared cada vez más intensa.

Vaciló. Después retrocedió lentamente hacia el túnel de donde había venido.

—Aguarda un minuto —dijo Von der Stadt en el momento en que Ciffonetto se disponía a escalar la pared—. Intentémoslo en la otra dirección.

Ciffonetto movió la cabeza de un lado a otro con disgusto y dejó de subir, volviendo al suelo del túnel. Parecía molesto.

—Tenemos que regresar —dijo—. Ya tenemos bastante.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Vamos. Tú eras el que quería explorar aquí abajo. Por consiguiente, debemos realizar una tarea exhaustiva. Tal vez nos encontremos a pocos pasos de uno de tus grandes descubrimientos.

—Está bien —dijo Ciffonetto, retirando su linterna del cinturón donde la había colocado para ensayar el salto a la plataforma—. Supongo que tienes algo en mente; sería terrible que trajéramos a Nagel y descubriera algo que hemos pasado por alto.

Von der Stadt asintió. Los haces de luz de sus linternas se fundieron en uno y los dos hombres se hundieron en la oscuridad del túnel.

Venían. El miedo y la indecisión se unieron en la mente de Greel. Se apretó contra la pared del túnel. Retrocedió, rápido y en silencio. Debía mantenerse alejado del fuego antes de decidir lo que habría de hacer. Pero después de la primera vuelta, el túnel se estiraba, largo y estrecho. Greel era veloz. Pero no lo suficiente. Y sus ojos estaban descubiertos cuando, con una furia total, hizo su aparición el fuego. Sus ojos ardieron.

Profirió un alarido de pánico y se arrojó al suelo. El fuego se negó a marcharse. Danzaba delante de él, incluso con los ojos cerrados, lanzando horribles colores.

Greel luchó por controlar la situación. Aún existía una buena distancia entre ellos. Aún tenía el arma en su poder. Se conectó con H'ssig que se hallaba cerca de él. La rata sin ojos volvería a ser su vista.

Con los ojos todavía cerrados comenzó a arrastrarse hacia atrás, lejos del fuego. H'ssig se quedó allí.

—¿Qué demonios era eso?

La pregunta de Von der Stadt quedó suspendida en el aire durante unos instantes. Se había quedado paralizado en el sitio en

que nacía la curva. Ciffonetto se había quedado también estático al oír el ruido.

El científico parecía asombrado.

—No lo sé —dijo—. Era... extraño. Parecía una especie de animal en pánico. Un grito, o algo así. Pero como si el que gritó intentara ahogar el alarido.

La linterna alumbró hacia el lugar cortando la oscuridad con ondas de luz, pero sin revelar nada interesante. La luz de Von der Stadt iluminó, inmóvil, hacia delante.

—No me gusta esto —afirmó Von der Stadt dubitativamente—. Tal vez haya algo aquí abajo. Pero no parece amistoso.

Pasó la linterna a su mano izquierda y cogió la pistola.

—Veamos —dijo.

Ciffonetto arrugó el ceño pero no dijo nada. Comenzaron a avanzar de nuevo.

Eran grandes y se movían velozmente. Greel comprendió con desesperación que le cogerían. La elección ya estaba hecha.

Sin embargo, tal vez fuera la correcta. Eran hombres. Hombres como los Antiguos.

Ayudarían a la Gente contra las cosas-como-gusanos. Se avecinaba un nuevo tiempo.

Las viejas glorias que cantaran los trovadores renacerían. Desaparecería el horror.

Pasaría el miedo. La Gente construiría nuevos túneles y vestíbulos asombrosos.

Sí. Habían decidido por él, pero la decisión era correcta. Era la única posible. El hombre debe encontrar al hombre, y juntos debían enfrentarse a la cosas-como-gusanos.

Mantuvo los ojos cerrados. Pero aguardó.

Y habló.

Otra vez se quedaron rígidos, a medio camino. Esta vez el sonido no parecía un ruido ahogado. Era suave, casi un susurro, pero era lo suficientemente claro para no confundirlo.

Las dos linternas oscilaron salvajemente al mismo tiempo. Entonces, una detuvo su movimiento. La otra titubeó, después se unió a la primera.

Ambas formaron un remanso de luz sobre la oscura pared del túnel. Y el remanso iluminó... ¿qué cosa?

—¡Dios mío! —dijo Von der Stadt—. Ciff, dime rápido qué es, antes de que dispare.

—No lo hagas —dijo Ciffonetto—. No se mueve.

—Pero... ¿qué es?

—No lo sé. —La voz del científico sonó extraña, temblorosa.

La criatura que se hallaba en el remanso de luz era pequeña; medía algo más de cuatro pies. Pequeña y nauseabunda. Tenía una apariencia vagamente, humana, pero las proporciones de los miembros eran incorrectas, y las manos y pies, grotescos y malformados. Y la piel, la piel era repugnante, de un blanco agusanado.

Pero lo peor era el rostro. Grande, desproporcionado en relación con el cuerpo, casi sin boca y sin nariz. La cabeza era todo ojos. Dos ojos grandes, inmensos, grotescos que ahora se hallaban ocultos por capas de una piel blanca mortecina.

Von der Stadt estaba atónito; Ciffonetto tembló ligeramente ante la visión que se presentaba ante sus ojos. Habló primero.

—Mira —dijo con voz suave—. En su mano. Creo... creo que es un utensilio.

Silencio. Un silencio largo y tenso. Entonces, Ciffonetto habló de nuevo. Su voz era ronca.

—Me parece que es un hombre.

Greel ardió.

El fuego le había dado caza. Aún con los párpados apretados, los ojos le dolían, y comprendió el horror que le esperaba si llegaba a abrirlos. Y el fuego le había dado caza.

Su piel le escocía de un modo extraño, y le dolía. Cada vez más y más.

Sin embargo, no se movió. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir. Aguantó, mientras su mente se fusionaba con las de los otros. Y allí, en sus mentes, descubrió el temor, un temor controlado. De un modo extraño, distorsionado, se vio a sí mismo a través de los ojos de ellos. Sintió su horror y su repulsión. Una repulsión pura que habitaba en ambas mentes.

Se enfureció, pero controló su ira. Debía llegar hasta ellos. Debía llevarles hasta la Gente. Eran ciegos y estaban desmantelados y no podían controlar sus sentimientos.

Pero si lograban hacerse entender, les ayudarían. Sí.

No se movió. Esperó. Su piel ardía, pero esperó.

—Eso —dijo Von der Stadt—. ¿Esa cosa es un hombre?

Ciffonetto asintió.

—Debe de ser. Lleva un utensilio. Habla. —Vaciló.

—Pero, Dios, nunca antes había visto algo semejante. Los túneles, Von der Stadt. La oscuridad. Durante largos siglos, sólo oscuridad. Nunca imaginé... tanta evolución en tan poco tiempo.

—¡Un hombre! —Von der Stadt todavía dudaba—. Estás loco. Ningún hombre puede haber llegado a convertirse en eso.

Ciffonetto apenas le oyó.

—Tendría que haberlo pensado —murmuró—. Tendría que haberlo adivinado. La radiación, por supuesto. Debe de haber acelerado las mutaciones. Períodos de tiempo más cortos, supongo. Los hombres pueden vivir de bichos y de hongos. No los hombres como nosotros. Por lo tanto se adaptaron. Se adaptaron a la oscuridad, a los túneles. Él...

De repente dejó de hablar.

—Sus ojos... —dijo alejando su linterna de modo que las paredes parecieran estar más cerca—. Debe de ser muy sensible. Le estamos haciendo daño. Aleja tu linterna, Von der Stadt.

Von der Stadt le dirigió una mirada llena de duda.

—Hay bastante oscuridad aquí —dijo. Sin embargo, obedeció. Su haz de luz se apartó.

—Histórico —dijo Ciffonetto—. Un momento que perdurará en...

Nunca logró acabar la frase. Von der Stadt estaba tenso, a punto de disparar su arma.

En el momento en que desviaba su linterna, había alcanzado a vislumbrar un relámpago de movimiento en la oscuridad. Movié el haz de luz de un lado a otro y encontró de nuevo la cosa y logró iluminarla.

Hubiera disparado antes, pero lo había detenido el hecho de que la figura parecida a un hombre estaba quieta y resultaba extraña.

La nueva cosa se movía. Chillaba y se escurría. No le resultaba extraña. Esta vez Von der Stadt no vaciló.

Se produjo un rugido, un relámpago. Después, otro.

—La tengo —dijo Von der Stadt—. Una maldita rata.

Y Greel gritó.

Después del ardor había sobrevenido un momento de alivio. Pero sólo había durado un instante. Entonces, de repente, el dolor le envolvió. Onda tras onda tras onda. Rodó sobre él borrando los pensamientos de los hombres de fuego, borrando su propio temor, borrando su ira.

H'ssig estaba muerto. Su hermano mental estaba muerto.

Tembló de indignación. Se abalanzó hacia adelante con el arpon en la mano.

Abrió los ojos. Tuvo un destello de visión, luego más dolor y más ceguera. Pero el destello persistía. Golpeó. Y golpeó de nuevo. Salvaje, locamente, golpe tras golpe, estocada tras estocada.

Después, el universo entero se volvió rojo a causa del dolor, y volvió a escucharse el terrible rugido que había precedido a la muerte de H'ssig. Algo le arrojó al suelo del túnel y sus ojos se abrieron otra vez: el fuego, el fuego estaba en todas partes.

Pero sólo durante un instante. Sólo durante un instante. Entonces rápidamente, la oscuridad fue total para Greel de la Gente.

La pistola todavía, humeaba. La mano aún estaba firme. Pero la boca de Von der Stadt se abrió mientras miraba, incrédulo, a la cosa sobre la cual había disparado que yacía en el suelo del túnel y a su propia sangre que manaba a través del uniforme.

Entonces, el revólver cayó y sus manos se dirigieron hacia el estómago, apretando las heridas. Su mano quedó tinta en sangre. La miró fijamente. Miró fijamente a Ciffonetto.

—La rata —dijo con pánico en la voz—. Sólo disparé a la rata. Sólo a ella. ¿Por qué, Ciff? Yo...

Y cayó al suelo. Pesadamente. Su linterna se rompió y reinó la oscuridad.

Se produjo un desconcierto hasta que, por fin, Ciffonetto encendió la linterna. El científico, pálido, se arrodilló junto a su compañero.

Von der Stadt murmuraba.

—Ni siquiera la vi venir. Había desviado mi luz, como tú habías dicho. ¿Por qué, Ciff?

No pensaba dispararle. No si era un hombre. Sólo disparé a la rata. Sólo a la rata.

Ciffonetto, que no se había movido en todo el tiempo, asintió.

—No fue culpa tuya, Von. Le debes de haber asustado. Necesitas

una cura, ahora. La herida es seria. ¿Eres capaz de volver al campamento?

No esperaba una respuesta. Pasó un brazo por debajo de los de Von der Stadt y le levantó. Comenzó a caminar por el túnel rogando para que pudieran llegar hasta la plataforma.

—Sólo dispararé a la rata —continuaba diciendo una y otra vez Von der Stadt con una voz desmayada.

—No te preocupes —dijo Ciffonetto—. No importa. Encontraremos otros. Buscaremos por todo el sistema subterráneo si hace falta. Les encontraremos.

—Sólo una rata. Sólo una rata.

Llegaron a la plataforma. Ciffonetto dejó a Von der Stadt sobre el suelo.

—No puedo subir contigo, Von —dijo—. Tengo que dejarte aquí. Iré por ayuda.

Nervioso, cogió la linterna de su cinturón.

—Sólo una rata —dijo otra vez Von der Stadt.

—No te preocupes —dijo Ciffonetto—. Aún en el caso de que no les encontrásemos, no se perdería nada. Obviamente, era un subhumano. Alguna vez fue un hombre, alguna vez. Pero ya no lo era. Degenerado. Incapaz de enseñarnos nada.

Pero Von der Stadt no le escuchaba. Se había sentado junto a la pared, cogiendo con las manos su estómago mientras la sangre se deslizaba entre sus dedos. Murmuraba siempre las mismas palabras, una y otra vez.

Ciffonetto se volvió hacia la pared. Unos pocos pasos hasta la plataforma, después el viejo y desvencijado ascensor, y las ruinas, y la luz del día. Tenía que darse prisa. Von der Stadt no duraría mucho tiempo.

Se cogió de la roca y trató de subir. Con desesperación, su mano se asió a un agujero.

Trató de ascender de nuevo.

Casi había llegado al nivel de la plataforma cuando sus músculos lunares le fallaron. Se produjo un repentino espasmo y su mano se soltó. No había podido soportar el esfuerzo.

Se cayó. Sobre la linterna.

Jamás había visto una oscuridad semejante. Demasiado espesa, demasiado total.

Luchó por no gritar.

Cuando intentó levantarse de nuevo, gritó. La linterna se había roto con el golpe.

Su grito retumbó y volvió a retumbar en el largo y negro túnel que no podía ver. Tardó un largo tiempo en acallarse. Cuando desapareció, Ciffonetto volvió a gritar. Y otra vez.

Finalmente, ronco, se detuvo.

—Von —dijo—, Von, ¿puedes oírme?

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo. Hablar, debía hablar para no volverse loco. La oscuridad le rodeaba por todas partes y podía oír unos suaves movimientos cerca de sus pies.

Von der Stadt sollozó. El sonido parecía infinitamente lejano.

—Era sólo una rata —decía—. Sólo una rata.

Silencio. Entonces, suavemente, Ciffonetto dijo:

—Sí, Von, sí.

—Era sólo una rata.

—Era sólo una rata.

—Era sólo una rata.

EL HÉROE

La ciudad estaba muerta y las llamas que marcaban su final derramaban su rojo espectro sobre el cielo gris verdoso.

Había estado muriéndose durante un largo tiempo. La resistencia había durado casi una semana y la lucha había sido muy dura por momentos. Pero, al fin, los invasores habían vencido a los que defendían, del mismo modo que habían vencido a tantos en otras épocas. El extraño cielo con dos soles no les molestaba. Habían peleado y ganado bajo cielos azules moteados de oro y cielos de un negro retinto.

Los muchachos del Control del Tiempo habían atacado primero, mientras las fuerzas principales permanecían a cientos de millas al este. La ciudad había sido arrasada por innúmeras tormentas para dificultar la preparación de las defensas y destruir el espíritu de resistencia.

Cuando estuvieran cerca, los invasores habían enviado aulladores. Agudos e interminables alaridos habían resonado durante el día y durante la noche hasta que la población entró en pánico. Y aún después, habían proseguido. Por aquel entonces, la fuerza principal de los atacantes estaba preparada y lanzó bombas infestadas a través de un persistente viento del oeste.

Incluso entonces, los nativos habían tratado de defenderse. Desde sus emplazamientos de reserva que rodeaban la ciudad habían lanzado una carga de átomos, en su intento por vaporizar una compañía que había sido diezmada por el ataque repentino. Pero aquel gesto resultó débil en comparación con la fuerza de los otros. Por aquella época, las bombas incendiarias caían con estruendo sobre la ciudad y los aviones arrojaban grandes nubes de gas ácido.

Y detrás del gas, los terribles escuadrones de asalto de la Fuerza Expedicionaria de la Tierra avanzaban sobre las últimas defensas.

Kagen miró enfadado hacia el dentado escudo plastoide que yacía a sus pies y maldijo su suerte. Un detalle de la rutina de la limpieza, pensó. Una perfecta operación rutinaria...

Y algún maldito interceptor de un emplazamiento, situado en cualquier parte, había lanzado un átomo de baja gradación hasta él.

Se habían producido pocos daños, pero las ondas expansivas habían averiado su cohete y le había arrojado fuera del cielo y llevado hasta un olvidado cañón, en la parte este de la ciudad. Su ligera armadura plastoide le había protegido del impacto, pero su casco había recibido un buen golpe.

Kagen se agachó y levantó el casco dentado para examinarlo. Su comunicador de largo alcance y todos sus aparejos sensorios estaban rotos. Sin su cohete, se sentía desmantelado, sordo, mudo y medio ciego. Lanzó una maldición.

Un relámpago de movimiento que se produjo en lo alto del pequeño cañón distrajo su atención. Ante sus ojos, habían aparecido cinco nativos. Cada uno de ellos llevaba un arma primitiva en sus manos. Apuntaron hacia Kagen, listos para disparar. Le rodearon, cubriéndole por la derecha y por la izquierda. Uno de ellos comenzó a hablar.

No terminaba nunca. En un momento, la pistola sonora de Kagen estaba a sus pies, en el suelo; al siguiente, apareció en sus manos.

Cinco hombres vacilan en el momento en que uno no lo hace. Durante el breve instante en que los dedos de los nativos se tensaron sobre los disparadores, Kagen no les concedió una pausa, no titubeó, no pensó.

Kagen asesinó.

La pistola sonora emitió un alarido agudo y potente. El jefe de la escuadra enemiga tembló bajo el invisible rayo de sonido de alta frecuencia concentrado que le había atravesado. Para entonces, la pistola de Kagen había hallado otros blancos.

Las pistolas de los dos nativos que quedaban con vida comenzaron por fin a disparar.

Una lluvia de balas envolvió a Kagen mientras giraba hacia la derecha y gruñía frente a los impactos que rebotaban contra su armadura de batalla. Su pistola sonora se elevó en el aire y un extraño disparo envió su carga a partir de su apretón.

Kagen no vaciló ni se tomó demasiado tiempo mientras la pistola salía de su cobijo.

Trepó hasta la cima del cañón rápidamente, y se dirigió hacia uno de los soldados.

El hombre onduló durante unos instantes y después elevó su arma. Aquella acción era todo lo que Kagen necesitaba. Con todo el impulso de la ascensión, golpeó la cara del enemigo con la culata de la pistola y, ayudado por sus ciento cincuenta libras de peso, martilleó el cuerpo del nativo por debajo del esternón.

Kagen bordeó el cadáver y se encaminó hacia el segundo enemigo, quien había dejado de hacer fuego cuando su camarada se había interpuesto entre él y Kagen. Ahora sus balas se perdían en el cuerpo aéreo. Retrocedió un paso, elevó el revólver e hizo fuego.

Y de repente, Kagen estuvo sobre él. Sintió un dolor lacerante cuando un disparo rozó una de sus sienes. Lo ignoró y lanzó el borde de su mano hacia la garganta del nativo. El hombre, derribado, quedó inmóvil en el suelo.

Kagen se volvió, aún en acción, buscando el siguiente atacante. Estaba solo.

Se inclinó y secó la sangre que manchaba su mano con un trozo del uniforme del nativo. Su expresión era de disgusto. Tendría que andar un trecho hasta llegar al campamento, pensó, mientras arrojaba al suelo el trapo empapado en sangre.

Definitivamente, hoy no era su día de suerte.

Gimió por lo bajo y se volvió hacia el cañón para recoger su pistola sonora y el escudo con el objeto de iniciar la caminata.

Sobre el horizonte, la ciudad seguía ardiendo.

La voz de Ragelli sonó alegre y estentórea a través del comunicador de corto alcance que Kagen anidaba en su puño.

—Eres tú, Kagen —continuó riendo—. Te has reportado justo a tiempo. Mis sensores estaban comenzando a recoger algo. Un poco más y hubiese disparado contra ti.

—Mi casco está arruinado y los sensores rotos —replicó Kagen—. No hay modo de determinar las distancias: mi comunicador de largo alcance también está descompuesto.

—El mandamás estaba tratando de averiguar qué te había ocurrido —le interrumpió Ragelli—. Le has hecho sudar un poco. Sin embargo, yo suponía que tarde o temprano regresarías.

—Exacto —dijo Kagen—. Una de esas basuras envolvió a mi cohete, y me ha tomado cierto tiempo regresar. Pero ya estoy en camino.

Emergió con lentitud del cráter que le ocultaba y apareció ante la vista del guardia, a la distancia. Se lo tomó con calma.

Protegido por una valla de avanzada, Ragelli levantó una poderosa arma de color gris plata a modo de saludo. Estaba completamente cubierto por un traje de batalla de duralium que lograba que la armadura plastoide de Kagen pareciera de papel de seda. Se sentó sobre el asiento de disparos de una de las baterías de pistolas sonoras. Rodeada por una cantidad de pantallas defensivas, su figura maciza se convirtió en una mancha confusa.

Kagen le saludó con la mano y apresuró el paso. Se detuvo justo enfrente de la barrera, al pie del emplazamiento de Ragelli.

—Pareces totalmente magullado —dijo Ragelli, observándole a través de un visor plastoide y ayudado por sus artefactos sensorios.

—Esa ligera armadura no te garantiza ningún tipo de protección. Cualquier niño puede destruirte disparándote un guisante.

Kagen se rió.

—Al menos, puedo moverme. Tú puedes dirigir un Escuadrón de Asalto vestido con esa armadura de duralium, pero quisiera verte en alguna ofensiva, camarada. Y la defensa no gana la guerra.

—Sí, sí... —dijo Ragelli—. Este puesto de centinela es más aburrido que el diablo.

Accionó un botón de su panel de control y una parte de la valla se alzó. Kagen penetró en el interior del emplazamiento. Un segundo después, la abertura se cerró.

Kagen se apresuró encaminándose a los barracones de su escuadrón. La puerta se abrió de forma automática cuando él se acercó. Entró en el recinto. Era bueno volver a casa y sentir de nuevo su peso normal. Estos agujeros de gravedad ligera le molestaban bastante. Los cuarteles se mantenían en el estado de gravedad normal de Wellington, que era el doble del de la Tierra. Resultaba caro pero el mandamás afirmaba que nada era poco con tal de lograr el bienestar de los soldados.

Kagen se quitó la armadura plastoide en la antesala y la guardó en el arcón que le correspondía. Se dirigió directamente a su cubículo y se tendió en la cama.

Extendió una mano y abrió un cajón que se hallaba en una mesa de metal. De allí extrajo una cápsula verdosa de gran tamaño. La tragó con dificultad y trató de relajarse mientras ésta cumplía su cometido en su sistema. Las reglas prohibían ingerir sintastimas entre las comidas, lo sabía, sin embargo esta regla no era demasiado estricta.

Como muchos de los combatientes, Kagen la tomaba a todas horas para mantener su velocidad y su resistencia en óptimas condiciones.

Dormitaba cómodamente cuando, unos minutos después, el comunicador que se encontraba en la pared, sobre su cama, cobró vida.

—Kagen.

Kagen se sentó inmediatamente, medio despierto.

—A sus órdenes —dijo.

—Repórtese al Mayor Grady de inmediato.

Kagen sonrió con amplitud. Su petición marchaba con rapidez, pensó. Y nada menos que a través de un oficial de alta graduación. Se vistió rápidamente, tratando de ahuyentar su fatiga, y cruzó la base.

Los cuarteles de los altos oficiales se hallaban en el centro de las vallas. Estaban constituidos por tres edificios profusamente iluminados y rodeados por pantallas protectoras y guardias vestidos con blancas armaduras de batalla. Uno de ellos reconoció a Kagen y le facilitó el acceso.

Después de pasar la puerta, se detuvo unos instantes para que los sensores pudieran detectar si portaba armas consigo. Por supuesto, no estaba permitido que los soldados llevaran armas delante de los oficiales. Si hubiera llevado su pistola sonora, las alarmas habrían sonado por todo el edificio mientras los rayos motrices ocultos en las paredes le habrían inmovilizado por completo.

Pasó la inspección y se encaminó hacia las oficinas del Mayor Grady. Una vez recorrido el primer tercio de su camino, un grupo de rayos motrices le sostuvo firmemente por las muñecas. Luchó durante un instante contra el invisible toque que sentía sobre la piel, pero los rayos le sostuvieron con fuerza. Otros, disparados de forma automática a su paso, continuaron la tarea de los anteriores.

Kagen maldijo por lo bajo y ahogó un impulso de resistir. Odiaba verse sujeto por los rayos motrices, pero aquéllas eran las reglas si quería ver a un oficial de alto rango.

La puerta se abrió ante él y Kagen dio un paso hacia delante. Un equipo completo de rayos motrices le inmovilizaron totalmente, ajustaron su mecanismo y le confinaron a un atento estado de rigidez. Sus músculos clamaban por ofrecer resistencia.

El Mayor Cari Grady estaba trabajando sobre un escritorio de madera cubierto por infinidad de papeles, y escribía algo sobre un folio. Una pila de papeles escritos descansaba a su lado sujeta a una antigua pistola de rayos láser que servía de pisapapeles.

Kagen reconoció el arma. Se trataba de una especie de herencia que había pasado a través de los integrantes de la familia Grady durante generaciones. La historia era que algún antecesor la había utilizado en la Tierra, en la Guerra de Fuego que había tenido lugar en el siglo XXI. A pesar de su antigüedad, se suponía que el chisme funcionaba bien.

Después de dos minutos de silencio, Grady abandonó su pluma y miró a Kagen. Era muy joven para ser oficial; sin embargo, su liso cabello gris le hacía parecer de más edad.

Como todos los oficiales de alto rango había nacido en la Tierra, antes del ataque de las tropas de asalto desde la densa, pesada gravedad de los Mundos Guerreros de Wellington y Rommel.

—Repórtese —dijo Grady con voz cortante. Como siempre su rostro delgado y pálido denotaba un inmenso aburrimiento.

—Oficial de Campo John Kagen, Escuadrones de Asalto, Fuerza Expedicionaria de la Tierra.

Grady asintió sin escuchar verdaderamente lo que el otro decía.

Abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo una hoja de papel.

—Kagen —dijo haciendo ondular el papel en el aire—, supongo que sabe por qué está aquí.

Golpeó el papel con un dedo.

—¿Qué significa esto?

—Exactamente lo que dice, Mayor —contestó Kagen. Trató de moverse, pero los rayos motrices le mantuvieron inmóvil.

Grady se dio cuenta e hizo un gesto de impaciencia.

—Basta —dijo. La mayor parte de los rayos dejaron de funcionar

y permitieron que Kagen se moviera, al menos a la mitad de su velocidad normal. Flexionó sus músculos aliviado y sonrió.

—Mi período de alistamiento finaliza dentro de dos semanas, Mayor. No pienso volver a alistarme. Por consiguiente, solicito el traslado a la Tierra. Eso es lo que dice el papel.

Las cejas de Grady se arquearon durante una fracción de segundo, pero la expresión de sus ojos no cambió. El aburrimiento seguía reflejándose en ellos.

—¿De verdad? —preguntó—. Usted ha sido soldado durante veinte años, Kagen. ¿Por qué se retira? Me temo que no le entiendo.

Kagen se encogió de hombros.

—No lo sé. Me estoy haciendo viejo. Probablemente, esté cansado de la vida de campamento. Está comenzando a aburrirme. Conquistar un maldito agujero detrás de otro. Quiero algo diferente. Algo excitante.

Grady asintió.

—Ya veo. Pero, creo que no estoy de acuerdo, Kagen. —Su voz sonaba suave y persuasiva—. Me parece que subestima a la F.E.T. Aquí podría hacer cosas interesantes, si nos da una oportunidad.

Se inclinó en su silla, jugando con un lápiz que había cogido de encima del escritorio.

—Le diré algo, Kagen. Usted, ya lo sabe, hemos estado en guerra con el Imperio Hrangan durante casi tres décadas. Los enfrentamientos directos con el enemigo han sido escasos y a distancia hasta el momento. ¿Sabe por qué?

—Seguro —dijo Kagen.

Grady lo ignoró.

—Le diré la razón —continuó—. Cada uno de nosotros ha estado tratando de consolidar su posición sometiendo a estos pequeños mundos que se hallan en las regiones circundantes. Estos agujeros, como usted les llama. No obstante, son agujeros importantes. Los necesitábamos para nuestras bases, por sus materias primas, por su capacidad industrial y por las posibilidades de reclutamiento que nos ofrecen. Es por este motivo que tratamos de no causar demasiados daños en nuestras campañas. Y es por eso que usamos tácticas de guerra psicológica como los aulladores. Para que los nativos se atemoricen. Para preservar nuestra tarea.

—Sé todo esto —interrumpió Kagen con un ímpetu propio de los

nacidos en Wellington—. ¿Y qué? No he venido a verle para que me dé una conferencia.

Grady levantó su vista del lápiz.

—No —dijo—. No, por supuesto. Por tanto, le confiaré algo, Kagen. Las preliminares ya han terminado. Ha llegado la hora de la verdad, del gran acontecimiento. Sólo queda un puñado de pequeños planetas sin conquistar. Muy pronto estallará el conflicto con el Imperio Hrangany y con sus Batallones de Conquista. Dentro de un año, atacarán nuestras bases.

El Mayor miró a Kagen con actitud expectante, esperando una respuesta. Al no recibir nada a cambio, una mirada de asombro surcó su rostro. Se inclinó hacia delante.

—¿No comprende, Kagen? —preguntó—. ¿Qué otra diversión pretende? Se acabaron las luchas contra estos imberbes civiles con uniforme, con sus estúpidos átomos y sus primitivas pistolas de proyectiles. Los Hrangans constituyen un auténtico enemigo. Al igual que nosotros, sus ejércitos están preparados desde muchas generaciones atrás. Son soldados, hechos y derechos. Muy buenos, también. Tienen pantallas protectoras y armas modernas. Son enemigos que servirán para probar a nuestros escuadrones de asalto.

—Tal vez —dijo Kagen con expresión de duda—. Pero esa clase de diversión no es la que tengo en mente. Estoy envejeciendo. Me he dado cuenta de que mis reflejos no son tan rápidos como antes. Ni la sintastimas logra mantener mi velocidad.

Grady sacudió la cabeza.

—Usted tiene uno de los mejores expedientes de toda la F.E.T., Kagen. He recibido dos veces la Cruz Estelar y tres la Condecoración del Congreso Mundial. Todas las estaciones de comunicación transmitieron el evento cuando salvó aquel aterrizaje en Torego. ¿Por qué duda ahora de su eficiencia? Necesitaremos hombres como usted para luchar en contra de los Hrangans. Vuelva a alistarse.

—No —dijo Kagen con énfasis—. Los reglamentos dicen que uno puede percibir una pensión después de veinte años de servicio; además, aquellas medallas me reportarán un buen puñado de dinero extra. Ahora, quiero disfrutarlos. —Sonrió ampliamente—. Como usted ha dicho, en la Tierra me conocen mucho. Soy un héroe. Con esa reputación, supongo que tendré un buen recibimiento.

Grady frunció el ceño y golpeó el escritorio con impaciencia.

—Conozco perfectamente lo que dicen los reglamentos, Kagen. Pero, en realidad, nadie se retira, lo sabe. La mayoría de los combatientes prefieren permanecer en el frente. Es su trabajo. Para eso están los Mundos Guerreros.

—Realmente, no me importa, Mayor —afirmó Kagen—. Conozco los reglamentos y sé que tengo derecho a retirarme con una pensión completa, y con la paga extraordinaria. No puedo detenerme.

Grady consideró la situación con calma. Sus ojos se oscurecieron mientras reflexionaba.

—Muy bien —dijo después de una larga pausa—. Sea razonable. Se retirará con la pensión completa y con la paga. Le mandaremos a Wellington, su lugar de origen. O a Rommel si prefiere. Le convertiremos en jefe de los soldados jóvenes, del grupo que usted elija. O en entrenador de campo. Con su prestigio, puede comenzar desde el puesto más alto.

—No, no —dijo Kagen con firmeza—. No a Wellington. No a Rommel. A la Tierra.

—¿Pero, por qué? Usted ha nacido y se ha formado en Wellington, en uno de sus cuarteles, creo. Nunca ha visto la Tierra.

—Es verdad —dijo Kagen—. Pero la he conocido a través de los medios de comunicación. Y me ha gustado lo que he visto. También he leído bastante acerca de ella en los últimos tiempos. Ahora quiero ver qué tal es.

Hizo una pausa y volvió a sonreír.

—Digamos que quiero ver aquello por lo que he estado luchando.

El ceño de Grady se arrugó a causa del disgusto.

—Vengo de la Tierra, Kagen —le dijo—. Le aseguro que no le gustará. No se adaptará.

La gravedad es demasiado baja y no existen barracones de gravedad artificial para cobijarle. La sintastima es ilegal; está estrictamente prohibida. Pero los Mundos Guerreros le necesitan y pagarán precios exorbitantes por sus servicios. Los terráneos no están preparados para recibir a los extraños. Pertenecen a una clase diferente de personas.

Regrese a Wellington. Estará entre los suyos.

—Tal vez ésa sea una de las razones por las que deseo ir a la

Tierra —dijo Kagen con terquedad—. En Wellington, sólo seré un veterano más. Diablos, cada soldado que se retira regresa a sus antiguos barracones. Sin embargo, en la Tierra seré una celebridad.

¿Por qué? Porque seré el tío más fuerte y veloz del condenado planeta. Este hecho me reportará algunas ventajas.

Grady comenzó a mostrarse agitado.

—¿Y qué me dice de la gravedad? —inquirió—. ¿Y de la sintastima?

—Me acostumbraré a la gravedad, no es un problema. Y como no necesitaré ser veloz y resistente, podré prescindir de la droga.

Grady dejó correr los dedos sobre el desordenado escritorio y sacudió la cabeza como si dudara. Se produjo un silencio largo e incómodo. Se inclinó por encima del escritorio.

Y de repente, su mano empuñó la pistola de rayos láser. Kagen reaccionó. Se abalanzó hacia Grady al tiempo que los rayos motrices le inmovilizaban. Su mano se congeló en el gesto de alcanzar al Mayor, en un gesto que dibujaba un arco en el aire.

Y de repente, los rayos motrices le arrojaron al suelo.

Grady dejó la pistola y se inclinó sobre su silla. Su rostro estaba pálido y temblaba.

Levantó una mano y los rayos motrices aflojaron la presión. Kagen, lentamente, se puso en pie.

—Ya ve, Kagen —dijo—. Esto prueba que usted está en buena forma, como siempre.

Me habría detenido si yo no hubiera pulsado los rayos motrices. Se lo repito, necesitamos hombres con su experiencia y con su entrenamiento. Le necesitamos para luchar contra los Hrangans. Vuelva a alistarse.

Los fríos ojos azules de Kagen aún destilaban odio.

—¡Al diablo los Hrangans! —dijo—. No voy a volver a alistarme y ninguna triquiñuela que planee me hará cambiar de idea. Iré a la Tierra. No podrá detenerme.

Grady enterró su cara entre sus manos y suspiró.

—Muy bien, Kagen —dijo por fin—. Usted gana. Cursaré su petición.

Le miró una vez más y sus ojos oscuros parecieron preocupados.

—Ha sido un gran soldado, Kagen. Le echaremos de menos. Le aseguro que lamentará su decisión. ¿Está seguro de que no quiere

reconsiderarla?

—Absolutamente seguro —afirmó Kagen.

La extraña mirada se desvaneció de los ojos de Grady. Su rostro volvió a cubrirse con su habitual máscara de aburrida indiferencia.

—Muy bien. Está relevado —dijo de forma tajante.

Los rayos siguieron haciendo presión sobre Kagen y le condujeron a través del edificio.

—¿Ya estás listo, Kagen? —preguntó Ragelli, apoyándose de forma casual contra la puerta del cubículo.

Kagen cogió su pequeña maleta y echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que no se olvidaba nada. No. El cuarto estaba casi vacío.

—Creo que sí —dijo adelantándose hacia la puerta.

Ragelli apretó el escudo plastoide que sostenía bajo su brazo y se dispuso a alcanzar a Kagen que ya caminaba por el pasillo.

—Bueno, ya has logrado tu objetivo —dijo mientras se colocaba a su lado.

—Sí —respondió Kagen—. De aquí a una semana, estaré disfrutando en la Tierra mientras vosotros os morderéis la cola, sentados dentro de aquellos malditos smokings de duralium.

Ragelli soltó una carcajada.

—Tal vez —dijo—. Pero sigo diciendo que eres un imbécil por elegir la Tierra cuando podrías comandar todo un campo de entrenamiento en Wellington. Aceptando el hecho de que quieras dejarlo todo, lo cual es una locura...

La puerta de los barracones se abrió ante ellos y la atravesaron. Ragelli seguía hablando. Un segundo guardia se colocó al otro lado de Kagen. Al igual que Ragelli, vestía la armadura de batalla blanca.

El mismo Kagen vestía un traje blanco, ribeteado con galones dorados. Un rayo láser ritual, desactivado, colgaba de una cartuchera de cuero a su costado. Unas botas de piel y un escudo de acero lustrado completaban su uniforme. Las barras azules sobre sus hombros significaban que se trataba de un oficial de campo de rango. Sus medallas tintineaban sobre su pecho a medida que caminaba.

El tercer escuadrón de ataque completo estaba formado en honor del retiro de Kagen sobre el campo que se hallaba detrás de los barracones. A lo largo de la rampa que conducía al aeropuerto

espacial, se alineaban los oficiales, rodeados de pantallas protectoras. El Mayor Grady estaba en la hilera de delante. Las pantallas ocultaban su expresión de aburrimiento.

Con un guardia a cada lado, Kagen caminó sobre el pavimento, sonriendo por debajo de su casco. Música grabada se dejaba oír por todo el campamento; Kagen reconoció el himno de la F.E.T. y la antífona de Wellington.

Al pie de la rampa se detuvo y miró hacia atrás. Ante la orden de un oficial, la compañía saludó y permaneció en posición de firmes hasta que Kagen devolvió el saludo. Entonces, uno de los oficiales principales dio un paso hacia adelante y le entregó sus papeles de retiro.

Guardándolos en su cinturón, Kagen esbozó un gesto rápido y casual hacia Ragelli; después corrió sobre la rampa. Ésta se estaba elevando con lentitud a sus espaldas.

Dentro de la nave, un tripulante le saludo con un leve movimiento de cabeza.

—Hemos preparado unos aposentos especiales para usted —dijo—. Sígame. El viaje sólo durará quince minutos. Después le trasladaremos a la nave que le llevará a la Tierra.

Kagen asintió y siguió al hombre que le conduciría hasta sus aposentos. Resultó ser un cuarto vacío, reforzado con placas de duralium. Una pantalla cubría la pared. Una camilla de aceleración se encontraba frente a ella.

Solo, Kagen se echó sobre la camilla de aceleración y colocó el casco sobre un soporte que se hallaba a su lado. Los rayos motrices le asieron suavemente y le mantuvieron con firmeza en su sitio.

Unos minutos después, se oyó un rugido sordo que provenía de las profundidades de la nave y Kagen sintió que varias gravedades presionaban mientras la lanzadera se disparaba. La pantalla cobró vida de repente y mostró cómo el planeta se alejaba velozmente.

El espectador se mareó cuando se pusieron en órbita. Después, intentó sentarse pero descubrió que aún no podía moverse. Los rayos motrices le mantenían clavado en la camilla.

Frunció el ceño. No había necesidad de que permaneciera en la camilla una vez que la nave había entrado en órbita. Algún idiota se había olvidado de liberarlo.

—Eh —gritó, suponiendo que en el cuarto existiría un

comunicador—. Los rayos todavía están en funcionamiento. Detenedlos para que pueda moverme un poco.

Nadie respondió.

Luchó en contra de los rayos. La presión pareció aumentar. La maldita cosa estaba comenzando a molestarle un poco, pensó. Ahora, estos imbéciles están girando las perillas en el sentido equivocado.

Lanzó una maldición en voz baja.

—No —gritó—. Los rayos se están ajustando. Los están manejando mal.

Pero la presión continuaba subiendo y sintió que más rayos le cogían por todas partes, hasta que su cuerpo estuvo cubierto por una especie de manto blanco.

—Vosotros, idiotas —aulló—. Vosotros, imbéciles. Cortadlos, bastardos.

Con un brote de furia comenzó a pelear contra los rayos. Mientras tanto, maldecía.

Pero ni siquiera los poderosos músculos de Wellington podían con los rayos motrices.

Estaba fuertemente ligado a la camilla.

Uno de los rayos estaba dirigido hacia el bolsillo que se encontraba contra su pecho. La Cruz Estelar se le clavaba dolorosamente en la piel. El agudo borde de metal había cortado el uniforme y Kagen podía ver la roja línea de sangre que manaba a través del blanco.

La presión siguió en aumento y Kagen se retorció de dolor, debatiéndose contra los invisibles grilletes. No era nada bueno. La presión continuó creciendo más y más, y aparecieron otros rayos.

—Cortadlos —aulló—. Vosotros, bastardos. Os haré trizas cuando salga de aquí. ¡Me estáis asesinando, malditos!

Escuchó el ruido seco de un hueso al quebrarse bajo la presión. Sintió un dolor intenso en su muñeca derecha. Un instante después, se oyó otro crujido.

—¡Cortadlos! —gritó con una voz que exhalaba pánico—. Me estáis asesinando.

Malditos, me estáis asesinando.

Y de pronto, comprendió que estaba en lo cierto.

Grady miró con mal gesto al ayudante que entraba en su oficina.

—Sí. ¿Qué pasa?

El ayudante, un joven terráqueo que se estaba entrenando para llegar a ser un oficial de rango, saludó brevemente.

—Tenemos el informe de la nave, señor. Las órdenes han sido cumplimentadas.

Quieren saber que deben hacer con el cadáver.

—Al espacio —replicó Grady—. Como cualquier otra cosa.

Una débil sonrisa cruzó por sus labios y movió la cabeza de un lado a otro.

—Malo, malo. Kagen era un hombre bueno para el combate, pero su entrenamiento psíquico había fallado en algún punto. Le enviaremos una reprimenda al encargado de los barracones. Se trata de algo nuevo; nunca nos habíamos tenido que enfrentar con una situación semejante.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—A la Tierra —dijo—. Por un momento, me hizo pensar si no sería posible. Pero cuando le controlé con mi láser, lo supe. De ninguna manera. De ninguna manera.

Tembló ligeramente.

—Como si alguna vez hubiéramos permitido que un habitante de los Mundos Guerreros visitara la Tierra...

Entonces, se volvió hacia sus papeles.

—Otra cosa, no se olvide redactar un informe a la Tierra Un-Héroe-Muere-Ante-El-Disparo-De-Un-Hrangan. Redáctelo bien. Los medios de comunicación recogerán la noticia y nos servirá de publicidad. Y envíe sus medallas a Wellington. Las querrán para el museo de los barracones.

El ayudante asintió y Grady volvió a su trabajo. Todavía parecía bastante aburrido...

FTL

El hiperespacio existe. No caben dudas al respecto. Lo hemos probado matemáticamente. Pese a que todavía no conocemos las leyes del hiperespacio, podemos estar seguros de que no son las mismas que las del espacio normal. No hay motivo para suponer que la barrera de la velocidad de la luz se verifique en el hiperespacio. De modo que lo que queda por averiguar es el modo de pasar del espacio normal al hiperespacio y viceversa. ¡Dadme los fondos para descubrir el medio de hiperviajar, y os daré las strellas!

*Dr. Frederick D. Canferelli
Fundador de la Fundación FTL,
en carta al Comité de Evaluación Tecnológica,
Senado Mundial, Ginebra. 21 de mayo de 2016*

*Es bien sabido que una hormiga no puede
mover una planta del árbol del caucho.
Lema de la Fundación FTL*

Kinery entró corriendo, con un grueso legajo bajo su brazo. Era un joven agresivo, de cabellos rubios cortos, barba en punta y modales de quien no se ocupa de cosas sin importancia. No mostraba ningún miramiento.

Jerome Schechter, el director adjunto de la Fundación FTL. Observó con ojos cansados a Kinery, que se sentó sin esperar invitación y arrojó su pesado legajo sobre el atestado escritorio de Schechter.

—Buenas, Schechter —dijo Kinery secamente—, me alegro de haber burlado al fin su escolta palaciega. Es usted un hombre difícil de encontrar, ¿lo sabía?

Schechter asintió.

—Y usted es muy persistente.

El director adjunto era un hombre gordo, tirando a obeso, con cejas pobladas y una melena de espeso cabello gris.

—Hay que ser persistente para tratar con ustedes. Schechter, no voy a malgastar palabras. Estoy recibiendo un desplante de FTL, y quiero saber por qué.

—¿Un desplante? —Schechter sonrió—. No entiendo lo que me quiere decir.

—Mire, no juguemos. Usted y yo sabemos que soy uno de los mejores físicos que haya aparecido en mucho tiempo. Conocerá mis estudios acerca del hiperespacio, si es que se mantiene al día en su especialidad. Debe saber que mi enfoque es válido. Ha ocasionado la mayor conmoción de este terreno desde lo de López. Y eso fue hace treinta años.

Estoy en la pista de una máquina para hiperviajar, Schechter. Cualquiera que sepa algo está enterado de eso... Pero necesito dinero. Mi Universidad no puede afrontar los costes del equipo que necesito. Por eso acudí a la Fundación FTL. Maldita sea, Schechter, su gente tendría que haber saltado de alegría al ver mi requerimiento. En lugar de eso, recibo evasivas durante un año, y luego, un rechazo. Ni siquiera puedo obtener una explicación de nadie. Usted está siempre en reuniones, sus asistentes me despachan con mentiras, y López parece estar de vacaciones permanentes.

Kinery se cruzó de brazos y se sentó en su asiento, sofocado. Schechter jugó con un pisapapeles y suspiró.

—Está usted enojado, señor Kinery —dijo—. Nunca es bueno estar enojado.

Kinery se inclinó hacia adelante nuevamente.

—Tengo derecho a estar enojado. La Fundación FTL fue creada con el expreso propósito de encontrar una vía al hiperespacio. Yo estoy a punto de conseguirla. Sin embargo, ustedes ni siquiera me prestan atención, por no mencionar el dinero.

Schechter suspiró otra vez.

—Usted está basándose en una serie de malentendidos. Para empezar, la Fundación FTL fue creada para investigar el método para viajar más rápido que la luz (FTL = faster-than-light). Digamos, la energía estelar. El hiperespacio es sólo un camino hacia ese objetivo. En este momento, estamos dedicados a otros caminos que parecen más prometedores. Así...

—Lo sé todo acerca de esas otras vías —interrumpió Kinery—. Caminos sin salida. Eso es lo que son. Están malgastando el dinero de los contribuyentes. Y, por Dios, ¡las cosas que están financiando! Allison y sus experimentos de teletransporte; Claudia Daniels y sus disparates acerca de una supermáquina. ¡Y la hipótesis tempostasial de Chung! ¿Cuánto le están dando a él? Si quieren mi opinión, les diré que la Fundación FTL ha estado mal administrada desde la muerte de Canferelli. El único que estaba haciendo algo bien era López, y ustedes, son tontos, lo sacaron de su campo y lo convirtieron en administrador.

Schechter estudió a su interlocutor. La cara de Kinery se veía un poquitín enrojecida, y sus labios estaban apretados.

—Entiendo que ha ido a ver al senador Markham —dijo el director adjunto—. ¿Es que piensa llevar estas acusaciones ante él?

—Sí —dijo Kinery de manera cortante—. A menos que obtenga algunas respuestas. Y le garantizo que si esas respuestas no me satisfacen, me ocuparé de que el Comité Tecnológico del Senado eche una mirada a fondo en la Fundación FTL.

Schechter sacudió la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Le daré sus explicaciones. Kinery: ¿tiene idea de lo poblada que está la Tierra en estos momentos?

Kinery bufó.

—Por supuesto, yo...

—No —dijo Schechter—. No rechace la idea. Piénselo. Es importante. No nos queda mucho sitio, Kinery. Ni aquí ni en ningún otro lugar de la Tierra. Las colonias en Marte, Luna y Calisto son una broma, los dos sabemos esto. El hombre está en un callejón sin salida. Necesitamos los astros para que sobreviva nuestra especie. La Fundación FTL es la esperanza de la humanidad, y gracias a Canferelli, el público ve a la Fundación sólo en términos de hiperespacio.

Kinery no estaba convencido.

—Schechter, ya tuve suficiente ración de tonterías de parte de su gente durante el último año. No necesito más.

Schechter tan solo sonrió. Luego se levantó y caminó hasta la ventana, mirando las torres de los rascacielos de la megalópolis que los rodeaba.

—Kinery —dijo, sin darse vuelta— ¿alguna vez se preguntó por

qué López no inició ningún proyecto de investigación acerca del hiperespacio desde que fue nombrado director? Después de todo, es su campo...

—Bueno... —empezó Kinery.

Schechter le cortó.

—No importa —dijo—. No es importante. Financiamos las estupideces que financiamos porque son mejor que nada. El hiperespacio es un callejón sin salida, Kinery. Lo mantenemos vivo para el público, pero sabemos la verdad.

Kinery hizo una mueca.

—Oh, vamos, Schechter. Eche un vistazo a mis papeles. Deme la financiación y le devolveré una máquina para hiperviajar antes de los dos años.

Schechter dio la vuelta y lo miró.

—Estoy seguro que lo haría —dijo, con una voz infinitamente cansada—. Sabe usted, Canferelli dijo una vez que no había motivo para suponer que la barrera de la velocidad de la luz se aplicase en el hiperespacio. Tenía razón. No se aplica. Lo siento, Kinery. De verdad lo siento. López nos entregó una máquina para hiperviajar hace treinta años. Fue entonces que descubrimos que la velocidad límite en el hiperespacio no era la velocidad de la luz. Era más lenta, Kinery. Es más lenta.

CARRERA HACIA LA LUZ ESTELAR

Hill miraba fija y obstinadamente los últimos resultados del fútbol con caída libre de la Zona mientras danzaban a través de la superficie de la consola de control, pero su atención estaba en otra parte. Por la decimoséptima vez en aquella semana, maldecía silenciosamente la estupidez y miopía de los miembros del Concejo Municipal de Starport.

Los malditos concejales persistían en cortar la asignación, colocándola fuera del presupuesto del departamento, para una red de gravedad artificial cada vez que Hill lo proponía. Tuvieron el coraje de decirle que se ciñera a los deportes «tradicionales» al planificar su programa de recreación para este año.

Los viejos tontos no tenían idea de la manera en que el fútbol con caída libre se abría paso en el sistema, a pesar de que había intentado explicárselo Dios sabe cuántas veces.

Los deportes zonales deben ser parte integrante de todo programa recreativo que se respete. Y en la Tierra, esto significa que hay que disponer de una red gravitacional. Hill había planeado instalarla debajo del estadio, pero ahora...

La puerta del despacho se abrió deslizándose con un suave murmullo. Hill levantó la vista y frunció el ceño, apagando la consola. Un agitado Jack de Angelis entró, al despacho.

—Y ahora, ¿qué ocurre? —se quejó Hill.

—Uh, Rog, hay un tipo aquí fuera, creo que es mejor que le hables —contestó De Angelis—. Quiere inscribir un equipo en la liga de fútbol de la ciudad.

—La inscripción cerró el martes —dijo Hill—. Ya tenemos doce equipos. No hay sitio para ningún otro. ¿Y por qué demonios no puedes tú hacerte cargo de esto? Estás a cargo del programa de fútbol.

—Éste es un caso especial... —insistió De Angelis.

—Haz entonces una excepción e inscribe al equipo si así lo deseas —interrumpió Hill—. O no los dejes entrar. Es tu programa. Tuya es la decisión. ¿Acaso debo ser molestado por cada trivialidad en este condenado departamento?

—¡Eh!, tranquilízate, Rog —protestó De Angelis—. No sé porqué te altera tanto el asunto. Mira, yo... demonios, te mostraré el problema. —Se volvió y se encaminó hacia la puerta—. Señor, ¿podría entrar un minuto? —le dijo a alguien que se encontraba fuera.

Hill comenzó a levantarse de su asiento, pero se dejó caer lentamente otra vez en la silla cuando el visitante hizo su aparición por la puerta.

De Angelis sonreía.

—Éste es Roger Hill, director del Departamento Recreativo de Starport —dijo, afable—. Rog, déjame presentarte a Remjhard, responsable de la misión comercial Brish'diri en la Tierra.

Hill se levantó otra vez, y ofreció su mano fríamente al visitante. El Brish'diri era rechoncho y grotescamente ancho. Medía unos treinta centímetros menos que Hill, quien tenía más de un metro ochenta de estatura, pero aun así daba la impresión de empequeñecer de alguna manera al director. Una cabeza calva, como una bala lustrosa, estaba colocada en ángulo recto encima de los macizos hombros de alienígena. Sus ojos eran como brillantes canicas verdes hundidas en la extensa y correosa piel gris. No tenía orejas exteriores, tan solo dos incisiones en cada parte del cráneo. La boca era un tajo sin labios.

Ignorando diplomáticamente la mirada asombrada de Hill, Remjhard mostró sus dientes en una rápida sonrisa y estrechó la mano del director con la suya.

—Estoy sumamente contento de conocerle, señor —dijo, en un inglés fluido, con una voz que parecía un grave y profundo gruñido—. He venido para inscribir un equipo de fútbol en la excelente Liga que su ciudad lleva adelante tan graciosamente.

Hill hizo un gesto al alienígena para tomar asiento, y él mismo se sentó. De Angelis, todavía sonriendo frente a la mirada desafiante de su jefe, acercó otra silla al escritorio.

—Bueno, yo... —comenzó Hill, inseguro—. Este equipo, ¿es un... un equipo Brish'diri?

Remjhard sonrió nuevamente.

—Sí —contestó—. Su fútbol es un juego excelente. Nosotros en la misión lo hemos observado muchas veces jugar a través de las pantallas 3V que su gente ha tenido la amabilidad de instalarnos. Nos ha fascinado. Y ahora algunos de los semihombres de nuestra misión, desean intentar jugarlo —buscó lentamente dentro del bolsillo del uniforme negro y plateado que vestía, y sacó una hoja plegada.

—Ésta es una lista de nuestros jugadores —dijo, extendiéndola a Hill—. Entiendo que el boletín decía que una lista de este tipo era necesaria para entrar en su Liga.

Hill cogió el papel y lo observó inseguro. Era una lista de unos quince nombres Brish'diri mecanografiados claramente. Todo parecía estar en orden, pero aún...

—Tendrá que disculparme —dijo Hill—, pero el caso es que estoy algo falto de familiaridad con las expresiones de su pueblo. ¿Usted dice, semihombres? ¿Querrá decir niños?

Remjhard sacudió la cabeza parecida a una bala, con una rápida inclinación.

—Sí. Niños, los hijos del personal de la misión. Todos ellos de ocho o nueve años terrestres.

Hill suspiró de alivio silenciosamente.

—Me temo entonces que está fuera de discusión —dijo—. Mr. De Angelis dijo que usted estaba interesado en la Liga de la ciudad, pero dicha Liga es para muchachos de dieciocho años como mínimo. Ocasionalmente podemos admitir un muchacho más joven con talento excepcional y experiencia, pero jamás alguien de tanta juventud como los suyos —hizo una breve pausa—. Disponemos de varias ligas para muchachos más jóvenes, pero ya han comenzado. Tal como están las cosas, es ya demasiado tarde para agregar un nuevo equipo.

—Perdón, Director Hill, pero pienso que hay un malentendido de su parte —dijo Remjhard—. Un Brish'dir macho se considera totalmente maduro a la edad de catorce años terrestres. En nuestra cultura, es considerado como un adulto completo. Un Brish'dir de nueve años de edad es equivalente a un macho terrestre de dieciocho años en términos de desarrollo físico e intelectual. Es por ello es que nuestros semihombres desean registrarse para esta Liga y

no para ninguna de las otras, ¿comprende?

—Está en lo cierto, Rog —dijo De Angelis—. He leído un poco acerca de los Brish'diri, y estoy seguro de ello. En términos de madurez estos jóvenes son aptos para la Liga de la ciudad.

Hill arrojó sobre De Angelis una mirada fulminante. Si había una sola cosa que no necesitaba en ese momento, ello era un equipo Brish'diri de fútbol en una de sus ligas, y Remjhard estaba argumentando de una manera lo bastante convincente sin la ayuda de Jack.

—Bueno, de acuerdo —dijo Hill—. Su equipo bien podría considerarse apto según la edad, pero aún subsisten algunos problemas. El programa de deportes del Departamento Recreativo es para residentes locales exclusivamente. Sencillamente, no disponemos de sitio para acomodar todo aquel que quiera participar. Y su planeta natal se encuentra, según tengo entendido, bastantes cientos de años luz más allá de los límites de la ciudad de Starport —sonrió.

—Es verdad —dijo Remjhard—. Pero nuestra misión comercial hace ya seis años que reside en Starport. Una ubicación ideal dada la proximidad de su ciudad al Puerto Espacial Interestelar de Grissom, desde el cual muchos de los comerciantes Brish'diri operan mientras se encuentran en la Tierra. Todos los miembros actuales de la misión han permanecido aquí por espacio de dos años terrestres, por lo menos. Somos residentes de Starport, Director Hill. No llego a entender cómo entra la localización de Brishun en el asunto que consideramos.

Hill se retorció incómodo en su asiento, y dirigió una mirada feroz a De Angelis, que sonreía.

—Sí, es probable que esté en lo cierto una vez más —dijo—. Pero sigo temiendo que nos veamos imposibilitados de ayudarlo. Nuestras ligas juveniles son de fútbol con toque, pero la Liga Metropolitana, como debería usted saber, es con placaje. Puede desarrollarse con bastante violencia a veces. Regulaciones estatales exigen el uso de equipo especial. Para estar seguro que nadie pueda ser lastimado seriamente. Estoy seguro que usted comprenderá. Y los Brish'diri... —buscó a tientas las palabras, pendiente de no ofender—. La uh... contextura física de los Brish'diri es tan diferente de la terráquea que nuestro equipo difícilmente pueda

llegar a adaptarse. Las posibilidades de lastimarse serían entonces muy grandes, y el Departamento sería el responsable. No.

Estoy seguro de que no podrá ser autorizado. Es demasiado riesgo.

—Hemos de proveernos de un equipo de protección especial —dijo Remjhard con tranquilidad—. Nunca arriesgaríamos nuestra propia descendencia si no supiéramos que se encuentran seguros.

Hill comenzó a decir algo, se frenó, y miro a De Angelis en busca de ayuda. Se le habían agotado ya las razones por las cuales los Brish'diri no podrían entrar en la Liga.

—Hay un problema que de todas maneras subsiste —dijo Jack, sonriente, viniendo en rescate del director—. Un obstáculo burocrático, pero difícil. La inscripción para la Liga se cerró el martes. Hemos tenido que rechazar varios equipos, y si hacemos una excepción en su caso, bueno... —De Angelis se encogió de hombros—. Problemas. Quejas. Lo lamento, pero debemos aplicar el mismo reglamento para todos.

Remjhard se levantó lentamente de su asiento, y recogió la lista de sobre el escritorio.

—Por supuesto —dijo gravemente—. Todos han de respetar las reglas. Puede que el año próximo podamos inscribirnos a tiempo. —Hizo una reverencia formal, se dio vuelta, y salió de la oficina.

Cuando estuvo seguro que el Brish'dir estaba fuera del radio de escucha, Hill dio un sincero suspiro y giró quedando de cara a De Angelis.

—Asunto terminado —dijo—. Cristo, un equipo de fútbol de los Calvos. La mitad de los habitantes de la ciudad perdieron hijos en la guerra contra los Brish'diri, y aún los odian.

No puedo imaginarme las quejas.

Hill frunció el ceño.

—¡Y tú! ¿Por qué no pudiste deshacerte de él directamente sin ponerme a mí de por medio?

De Angelis sonrió.

—Demasiada diversión para dejarla pasar —dijo—. Me preguntaba si encontrarías la manera de desalentarlo. Los Brish'diri tienen un respeto casi religioso por las leyes, reglas y regulaciones. No podrían pensar en hacer nada que forzara a alguien a quebrantar una regla. En su cultura, ello es tan malo como quebrar una regla

uno mismo.

Hill sacudió la cabeza.

—Tendría que haberlo recordado yo mismo, si no hubiera estado tan paralizado por la idea de un equipo Brish'diri de fútbol en nuestras ligas —dijo débilmente—, y ahora que esto está terminado, quisiera hablar contigo acerca de la red de gravedad. ¿No piensas que haya alguna forma de alquilar una en lugar de comprarla? El Concejo podría aceptarlo. Y estaba pensando...

Algo más de tres horas más tarde, Hill estaba firmando unos requerimientos de equipamiento cuando la puerta de la oficina se abrió deslizándose para dejar entrar a un hombre musculoso, de cabello oscuro, vestido con una indescriptible gabardina gris.

—¿Sí? —dijo el director, un poco impaciente—. ¿Puedo ayudarle en algo?

El hombre de cabello oscuro le enseñó rápidamente un DI gubernamental mientras tomaba asiento.

—Puede ser que sí. Pero en verdad no lo ha hecho hasta ahora. Mi nombre es Tomkins, Mac Tomkins. Pertenezco al Ministerio Federal de Relaciones E.T.

Hill refunfuñó.

—Supongo que será por el lío con el Brish'dir esta mañana —dijo, sacudiendo la cabeza a modo de resignación.

—Sí —irrumpió Tomkins inmediatamente—. Entendemos que los Brish'diri han querido registrar a algunos de sus jóvenes para la Liga local de fútbol. Usted se lo ha prohibido apoyándose en una argumentación técnica. Queríamos saber por qué.

—¿Porqué? —dijo Hill incrédulo, mirando fijamente al hombre del gobierno—. ¿Por qué? Por Dios, la guerra contra Brish'diri fue hace tan sólo siete años. La mitad de los muchachos en nuestros equipos de fútbol tenían hermanos que fueron muertos por los Cabeza de Bala. ¿Ahora usted quiere que yo les diga que jueguen al fútbol con los monstruos subhumanos de hace siete años? Me echarían de la ciudad.

Tomkins dibujó una mueca, y miró en derredor del cuarto.

—¿No podría cerrar la puerta? —preguntó, señalando la puerta por la que había entrado.

—Desde luego —respondió Hill, perplejo.

—Ciérrela, entonces —dijo Tomkins. Hill ajustó el control

correspondiente en su escritorio.

—Lo que voy a contarle no debería salir más allá de este cuarto —comenzó diciendo Tomkins.

Hill lo interrumpió con un bufido.

—Oh, vamos, Mr. Tomkins. Seré tan sólo un insignificante oficial de deportes, pero no soy estúpido. Usted está a punto de develar algún secreto galáctico a un hombre que ha conocido hace un par de segundos.

Tomkins sonrió.

—Es verdad. La información no es secreta, pero es algo delicada. Preferiríamos que no todo Juan en la calle tuviera conocimiento de ella.

—De acuerdo, aceptaré esto por el momento. Ahora, ¿de qué va este asunto? Le pido disculpas si no tengo paciencia con las sutilezas, pero el problema más difícil que he tenido en el último año fue la protesta en la final de la Liga de Fútbol Clase B. La diplomacia no es precisamente mi fuerte.

—Seré breve —dijo Tomkins—. Nosotros... Relaciones E.T., eso es... queremos que usted admita al equipo Brish'diri en la Liga de Fútbol.

—¿Se da cuenta del furor que causaría? —preguntó Hill.

—Tenemos cierta idea. A pesar de ello, queremos verlos admitidos.

—¿Podría preguntar por qué?

—Por el furor que se generaría si no fueran admitidos. —Tomkins hizo una pausa para mirar fijamente a Hill por un segundo, luego aparentemente llegó a una decisión de algún tipo y continuó—: La guerra entre la Tierra y Brishun fue un espantoso, sangriento punto muerto, a pesar de que nuestros hombres de propaganda insistan en pretender que fue una gran victoria. Ninguna persona en su sano juicio en cualquiera de los dos bandos quisiera que continuara. Pero no todo el mundo está en su sano juicio.

El agente frunció el ceño disgustado.

—Hay elementos entre nosotros que ven a los Brish'diri, o Cabezas de Bala o Calvos, o cómo sea, como monstruos. Aún hoy, siete años después que la matanza ha terminado.

—¿Y cree usted que un equipo de fútbol Brish'diri podría ayudar

a superar el odio del pasado? —interrumpió Hill.

—Parcialmente. Pero ésta no es la parte más importante. Mire, existen asimismo elementos entre los Brish'diri que ven a los humanos como subhumanos, gentuza que debe ser barrida de la galaxia. Son una raza muy viril y competitiva. Toda su cultura se basa en el combate. El elemento disidente que yo mencioné antes, verá en la negativa a admitir un equipo Brish'diri un signo de miedo, como si se admitiera la inferioridad humana. Usarán esto como argumento para resucitar la guerra. No queremos correr el riesgo dándoles una victoria propagandística como ésta. Las relaciones están demasiado tirantes tal como están las cosas.

—Pero el Brish'dir con el que hablé... —objetó Hill—. Le expliqué todo. Una regla. Con seguridad su respeto por la ley...

—Remjhard es el líder de la facción pacífica Brish'diri. Será él quien personalmente defienda su posición. Pero él y su hijo estaban enojados por el rechazo de su petición.

Hablarán. Ya han estado haciéndolo. Y ello significa que eventualmente la facción militarista cogerá el asunto y lo volverá en contra nuestra.

—Ya veo. Pero ¿qué es lo que puedo hacer, llegado a este punto? Ya le he dicho a Remjhard que la inscripción se cerró el martes. Si he comprendido correctamente, su propia moralidad no le permitirá nunca aprovechar las ventajas de una excepción.

Tomkins sacudió la cabeza.

—Es cierto. Usted no puede hacer una excepción. Simplemente cambie la regla. Deje entrar todos los equipos que ha rechazado. Expanda la Liga.

Hill sacudió su cabeza, poniendo mala cara.

—Pero nuestro presupuesto... no podrá afrontarlo. Tendremos más partidos.

Necesitaremos más tiempo, más árbitros, más equipamientos.

Tomkins restó importancia al problema con un movimiento de su mano.

—El gobierno ya está comprando los uniformes especiales de fútbol para los Brish'diri.

Estaremos muy contentos de cubrir los gastos extras que puedan surgirle. Contará con un programa recreacional superior desde todo punto de vista.

Hill aún miraba dubitativo.

—Bueno...

—Más aún —dijo Tomkins—, estaremos en condiciones de arreglar una subvención del gobierno para reforzar otras inversiones en su programa. Ahora, ¿qué le parece?

Los ojos de Hill centellearon con súbito interés.

—¿Una subvención? ¿Cuál será su importe? ¿Podrían subvencionar una red de gravedad?

—No hay problema —dijo Tomkins. Una lenta sonrisa se desparramó sobre su cara.

Hill devolvió la sonrisa.

—Entonces, señor, Starport ya tiene su equipo de Brish'diri de fútbol. Pero, oh, cómo van a gritar. —Conectó el intercomunicador de su escritorio—. Que venga Jack De Angelis inmediatamente —ordenó—. Tengo una pequeña sorpresa para él.

El cielo sobre el Estadio Municipal de Starport estaba desapacible y monótono, una mañana de sábado ventoso una semana después, pero a Hill no le importaba en lo más mínimo. La fuerza de la burbuja del Estadio dejaba fuera la fina, húmeda llovizna que había empapado a Hill hasta los huesos en el camino al Estadio, y el tiempo se adaptaba a su estado de ánimo maravillosamente.

Normalmente, Hill se encontraba sumamente atareado como para asistir a alguno de los eventos deportivos de su departamento. Normalmente todo el mundo estaba demasiado ocupado para asistir a los eventos deportivos del departamento. Las Ligas del Departamento Recreativo recibían una buena cobertura en el periódico local, pero rara vez arrastraban muchos espectadores. El récord era algo así como 400 personas para la final de Liga unos años atrás.

O, más bien, aquél fue el récord, Hill se recordó a sí mismo. Nunca más. El Estadio estaba hoy abarrotado, a pesar de la hora, la lluvia o lo que fuera. El Estadio Municipal no se llenaba nunca salvo para el tradicional partido de fútbol para el Día de Gracias entre Starport High y su archirrival Grissom City Prep. Pero hoy estaba lleno.

Hill sabía por qué. Luego que tomara la maldita decisión de dejar entrar al equipo Brish'diri en la Liga. La ciudad toda se había

levantado en armas. Seis equipos locales renunciaron a la Liga antes de jugar contra «monstruos inhumanos». La centralita del despacho se había inundado con llamadas diarias, en su mayoría enfurecidas denuncias a Hill. Un miembro del Concejo había pedido su renuncia.

Y ello, Hill reflexionó tristemente, era lo que sucedería finalmente. El periódico local, que había mantenido siempre una posición conservadora en lo referente a asuntos exteriores, apoyaba el movimiento para forzar la salida de Hill del departamento. Uno de sus editoriales le había recordado jubilosamente que el Estadio Municipal de Starport estaba dedicado a aquellos que habían perdido sus vidas en la guerra Brish'diri, y gritaba acerca de una «profanación». Entretanto, en sus páginas deportivas, el periódico había comenzado a llamar al equipo Brish'diri, «las Águilas Calvas».

Hill se retorció incómodamente en su asiento de la línea 50, y rezó en silencio para que el juego comenzara. Podía sentir las miradas enfadadas directamente en su nuca, y tenía la nada cómoda impresión de que sería golpeado por una piedra en cualquier instante.

A través del campo, podía ver la instalación de la cámara de una de las tres grandes cadenas de 3V. Todas las cinco cadenas estaban aquí, por cierto; el juego había promovido una publicidad a todo lo largo del planeta. Las agencias planetarias habían mandado también reporteros, aunque se los notaba un poco confundidos acerca de qué tipo de evento estaban presenciando. Uno había enviado un reportero de política, el otro un reportero gráfico.

Sobre el césped artificial del Estadio, el equipo humano hacía sus ejercicios de precalentamiento. En sus brillantes uniformes color rojo se podía leer KEN'S COMPUTER REPAIR. En letras blancas, y usaban cascos blancos. Tenían bastante buen aspecto, decidió al observar sus evoluciones. A pesar de que estaban lejos del calibre de un campeón de Liga. De todas maneras, frente a un equipo que jamás había jugado al fútbol con anterioridad, deberían darles una buena paliza.

De Angelis, con una expresión dolorosa y vistiendo una camisa de arbitro rayada, estaba fuera en el campo hablando con sus ayudantes. Hill no quería dejar ninguna chance a los problemas en este juego. Había tenido la precaución de colocar a los mejores

hombres del departamento para actuar de ayudantes.

Tomkins también estaba allí, sentado en las gradas unas pocas secciones alejado de Hill. Pero los Brish'diri no se encontraban presentes. Remjhard había querido asistir, pero Relaciones E.T., avisado por Hill, le aconsejaron se quedara en la misión. A cambio, el juego estaba siéndoles transmitido por circuito cerrado de 3V.

Hill se enderezó en su asiento súbitamente. El equipo Brish'diri, que se llamaba Kosg-Anjehn en honor a un carnívoro volador originario de Brishun, había arribado, y sus jugadores caminaban lentamente hacia el campo.

Hubo un breve instante de silencio, y entonces alguien entre la multitud comenzó a abuchear. Otros recogieron la propuesta. Luego otros. El estadio se llenó de abucheo. De todas formas, Hill advirtió con alivio, que no todos se les unían. Puede que hubiera gente que mirara las cosas según su punto de vista.

Los Brish'diri ignoraron los aullidos de gato. O así lo parecía, en cierta manera. Hill no había visto nunca un Brish'dir enfurecido, y no estaba seguro cómo demostraría uno de ellos su furia.

El Kosg-Anjehn lucía un ajustado uniforme negro, con extraños cascos alargados color plata para cubrir sus cabezas de balas lustrosas. No se parecían a ningún equipo de fútbol que Hill hubiera visto nunca. Sólo un puñado de ellos medían más de un metro sesenta y cinco pero eran todos tan rechonchos y anchos como un placaje para los Packers. Sus brazos y sus piernas eran finos y como muñones, pero ondulados con músculos sobresaliendo en lugares incorrectos. Las cabezas protegidas por los cascos, igualmente, daban la impresión de fragilidad, como cáscaras de huevos prontas a hacerse añicos al más débil impacto. Dos de los Brish'diri se separaron del grupo y caminaron hacia De Angelis. Evidentemente consideraban que no necesitaban tipo alguno de precalentamiento, y querían comenzar inmediatamente. De Angelis habló con ellos unos instantes, luego se volvió y se dirigió al capitán del equipo humano.

—¿Cuál piensa será el resultado?

Hill se volvió. Era Tomkins. El agente del E.T. había luchado contra la multitud, pudiendo finalmente llegar a su lado.

—Difícil de decir —respondió el director—. Los Brish'diri no han jugado al fútbol realmente con anterioridad, por lo que las

probabilidades son de que pierdan. Siendo un planeta con gravedad más pesada, han de ser más fuertes que los humanos, lo cual podría darles una ventaja. Pero son también sumamente lentos según lo que he escuchado.

—Tendré que animarlos —dijo Tomkins con una sonrisa—. Para reforzar la causa de las relaciones interestelares y todo aquello.

Hill frunció el ceño.

—Anímelos usted, si así lo cree conveniente. Yo lo haré a favor de los humanos.

Gracias a usted, ya estoy metido en demasiadas complicaciones. Si me cogieran animando a los Brish'diri me cortarían en pedacitos.

Volvió su atención otra vez al campo de juego. Los Computermen habían ganado el sorteo, y eligieron recibir. Uno de los Brish'dir más altos se disponía a dar la patada inicial.

—Tugayh-dei —le comentó Tomkins con ánimos de ayudar—. El hijo del jefe lingüista de la misión. —Hill asintió con la cabeza.

Tugayh-dei corrió hacia delante con un medido torpe galope, prácticamente se detuvo cuando finalmente llegó a la pelota y la golpeó con su pie, torpe pero fuertemente. La pelota aterrizó en las gradas superiores, y un murmullo recorrió la multitud.

—Bastante bien —dijo Tomkins—. ¿No lo cree así?

—Demasiado bien —replicó Hill, sin pensarlo.

Los humanos cogieron la pelota en sus veinte yardas. Los Computermen se agruparon en un montón, lo rompieron con una fuerte palmada, y corrieron a sus posiciones. Una desigual ovación salió de las tribunas.

Los humanos se colocaron en la zona de tres puntos. Sus oponentes Brish'diri no hicieron lo mismo. La línea de jugadores alienígenas siguió parada ahí, los brazos balanceándose a ambos lados, encogiéndose un poco.

—No saben mucho de fútbol —dijo Hill—. Pero luego de ese puntapié inicial, me pregunto si es necesario que sepan.

La pelota fue recogida y el quarterback del Computer Repair, un ágil ex estudiante de enseñanza media, estrella del equipo, llamado Sullivan, retrocedió para intentar pasar.

Los Brish'diri se abalanzaron hacia delante como un relámpago, y penetraron dentro de la línea humana.

Un instante más tarde, Sullivan se hallaba boca abajo sobre el

césped, enterrado bajo tres Brish'diri. Los alienígenas habían penetrado a través de la línea de ataque como si no hubiera existido.

Los humanos se agruparon nuevamente, se escuchó una nueva ovación, no tan fuerte como la precedente. La pelota fue cogida. Sullivan la pasó a un fornido fullback, quien se estrelló unos pasos más adelante. Uno de los Brish'diri lo derribó antes que recorriera media yarda. Fue un placaje torpe, alrededor de los hombros. Pero la fuerza del contacto arrojó al fullback varias yardas en la dirección contraria.

Cuando los humanos rompieron su formación por tercera vez, la ovación apenas pudo ser oída. Otra vez fue Sullivan quien trató de pasar. Otra vez los Brish'diri perforaron la línea masivamente. Nuevamente Sullivan dio por tierra.

Hill refunfuñó:

—Esto se pone peor cada minuto —dijo.

Tomkins no estaba de acuerdo.

—No pienso lo mismo. Lo están haciendo bien. ¿Qué importa quién sea el ganador?

Hill no se molestó en responder aquello.

No hubo ninguna aclamación cuando los humanos se dispusieron en formación. Una vez más los Brish'diri atacaron con fuerza, pero esta vez el jugador se hizo con la pelota tirándola afuera antes que lo alcanzaran.

Fue una buena patada, profunda. El Kosg-Anjehn puso en juego el balón en su propia línea de 25 yardas. Marhdaln-nei, el hijo de Remjhard, jugaba como quarterback de los Brish'diri. En el primer juego de melée, entregó el balón al halfback, un bóvido construido como un tanque.

Los bloqueadores Brish'diri aplastaron a sus oponentes humanos casi sin esfuerzo, y el bóvido se abrió camino a través del agujero abierto, corrió esquivando dos placajes y prorrumpió en el claro. Era terriblemente lento, de todas maneras, y los defensores finalmente lo voltearon luego de haber ganado unas modestas treinta yardas. Pero se necesitaron tres jugadores para detenerlo.

En la siguiente jugada, Marhdaln intentó pasar. Consiguió una excelente cobertura, pero quienes tenían que recibir luego el balón, caminaban dificultosamente a máxima velocidad, y ya tenían a

todos los defensas sobre ellos. Y el balón, al ser lanzado, pasó silbando por sobre las cabezas de los Brish'diri y de los humanos también.

Marhdaln volvió al terreno después de aquello, y una vez más entregó el balón a un bóvido halfback. Esta vez intentó llegar hasta el final, pero fue tirado por tierra, luego de haber ganado tan sólo cinco yardas por un cuarteto de placadores humanos.

Otra vez Marhdaln entregó el balón a su otro halfback, y el fornido Brish'dir rompió la línea humana por el centro. Era un poco más rápido que el bóvido. Cuando llegó al claro, sólo un hombre se las ingenió para cogerlo de atrás. Y uno solo no era suficiente. El alienígena evitó el placaje y se movió pesadamente hacia la línea de gol.

El punto extra por ensayo se perdió por debajo del larguero en lugar de pasar sobre el mismo. Pero igualmente casi mata al pobre muchacho de la tribuna que intentó coger el balón.

Tomkins sonreía. Hill sacudió la cabeza con disgusto.

—Ésta no es la manera en la que se suponía se desarrollaría el partido —dijo—. Nos matarán si los Brish'diri resultan vencedores.

Esta vez el puntapié de salida sobrepasó enteramente los límites del Estadio. En el primer juego de la veintena, un jugador de línea Brish'diri irrumpió entre la línea humana y derribó a Sullivan precisamente en el momento en que efectuaba un pase. Sullivan cayó.

Otro Brish'diri recogió la pelota perdida por los humanos y la llevó hasta la zona final, mientras la mayoría de los humanos aún estaban en el suelo.

—Por Dios —dijo Hill sintiéndose algo paralizado—. Son demasiado fuertes. Son condenadamente fuertes. Los humanos no pueden hacer nada contra su fortaleza. No los pueden parar.

—Anímelos —dijo Tomkins—. No puede empeorar nada de su lado.

Pero sí que empeoraron las cosas. Se pusieron mucho peor.

En ataque, los Brish'diri eran completamente imparables. Sus corredores eran todos lerdos, pero lo compensaban con sus músculos. Jugada tras jugada, prorrumpían por el medio, detrás de una pared de bloqueadores, dejando placadores en el camino como si fueran insectos molestos.

Y luego Marhdaln comenzó a acertar en sus pases. Pases cortos, por supuesto. Los Brish'diri carecían de la velocidad necesaria para cubrir demasiado terreno. Pero saltaban mucho más alto que cualquier humano, y cazaban tramposamente pase tras pase en el aire. No tenían necesidad de preocuparse por interceptaciones. Los humanos sencillamente no podían alcanzar los tiros por elevación de Marhdaln.

En defensa las cosas eran tan amargas como malas. Los Computermen no podían de ninguna manera detener la línea de ataque Brish'diri. Y Sullivan pocas veces tenía tiempo de completar un pase, ya que los atacantes alienígenas eran imparables. Los pocos pases que logró efectuar salieron del campo; ningún Brish'diri podía coger a un humano por detrás. Pero éstos eran pocos y lejanos.

Cuando Hill abandonó el Estadio al terminar el primer periodo, el resultado era Kosg-Anjhem 37, Ken's Computer Repair 7.

El resultado final fue de 57 a 14. Los Brish'diri completaron su performance en el segundo tiempo.

Hill no tenía valor para asistir al siguiente partido de los Brish'diri. Pero casi todos en la ciudad se hicieron presentes para comprobar si el Kosg-Anjhem podía repetir su actuación.

Y así lo hicieron. De hecho, lo hicieron aún mejor. Vencieron a Anderson's Drugs por el abultado score de 61-9.

Después que los Brish'diri ganaron su tercera contienda por 43-17, las multitudes del principio comenzaron a disminuir. Sólo las tres cuartas partes del Estadio Municipal de Starport estaban llenas cuando el Kosg-Anjhem arrolló a los Stardusters por 38-0, y ya una cantidad exigua de gente estaba presente en la tarde lluviosa del jueves para ver a los extranjeros castigar a la Asociación Unida de Veteranos (UVA) por 51-6. Después de esto nadie volvió al Estadio para verles jugar.

Para Hill, la victoria Brish'diri sobre el equipo patrocinado por la UVA fue la gota que colmó el vaso. El periódico local armó un escándalo al respecto, insistiendo una y otra vez acerca de la «irónica injusticia» de ver derrotada a la UVA por los Brish'diri en un estadio dedicado a los veteranos muertos en la guerra Brish'diri. Y Hill, por supuesto, era el villano principal de la obra.

Las llamadas telefónicas se habían finalmente acabado. Pero el correo había estado llegando a su despacho puntualmente, y en su

mayor parte no era nada reconfortante. El acosado Director recibió unas cuantas cartas de aliento, pero la gran mayoría especulaban crudamente sobre su ascendencia o amenazaban su vida y propiedades.

Otros dos concejales de la ciudad se habían definido públicamente por la renuncia de Hill luego de la victoria Brish'diri sobre la UVA. Otros muchos en el Concejo estaban dudosos, mientras que quienes lo apoyaban, respaldándolo fuertemente en privado, tenían miedo de decir alguna cosa que estuviera fuera de lugar. Sencillamente: las elecciones municipales estaban demasiado cerca, y nadie quería arriesgar su pellejo político.

Y por supuesto, el asistente del director de recreación, primero en la línea para suplantar a Hill, no perdió tiempo en decir que por su parte nunca hubiera hecho una cosa tan falta de patriotismo.

Con un desastre apilándose sobre otro desastre, era simplemente natural que Hill reaccionara con algo menos que entusiasmo cuando entró en su oficina unos cuantos días más tarde luego de la quinta victoria Kosg-Anjhem, y encontró a Tomkins sentado en su escritorio, esperándolo.

—¿Y qué demonios quiere usted ahora? —rugió Hill al hombre de Relaciones E.T.

Tomkins tenía cierto aspecto avergonzado, y se levantó de la silla del director. Había estado atendiendo a los últimos resultados de fútbol en la consola del escritorio mientras esperaba que Hill llegara.

—Tengo que hablarle —dijo Tomkins—. Tenemos un problema.

—Nosotros tenemos una pila de problemas —respondió Hill. Dio una zancada furiosa hasta su asiento, se sentó, apagó la consola, y extrajo un fajo de papeles que estaban dentro de un cajón.

—Éste es el último de ellos —continuó, zarandeando los papeles frente a Tomkins—. Uno de los muchachos se rompió la pierna. Es de los Starduster. Sucede siempre. El fútbol es un juego muy duro. No se puede hacer nada para evitarlo. En un caso normal el departamento habría enviado una carta de disculpas a sus padres, nuestro seguro pagaría los gastos, y todo sería olvidado.

—Pero no en este caso. Oh, no. Este daño fue infligido en el partido contra los Brish'diri. Y por ello sus padres nos acusan de negligencia y han cursado una demanda.

Por lo mismo, nuestro seguro se niega a pagar. Afirman que la póliza no cubre daños por monstruos inhumanos y superfuertes. ¡Bah! ¿Qué tal como problema, Mr. Tomkins?

Tomkins frunció el ceño.

—Bastante desafortunado. Pero mi problema es un tanto más serio que éste que acaba usted de plantear. —Hill quiso interrumpir, pero el hombre de Relaciones E.T. no le dejó—. No, por favor, escúcheme. Esto es muy importante.

Miró en derredor buscándose un asiento, cogió la silla más cercana y la acercó al escritorio.

—Nuestros planes han fallado estrepitosamente, —comenzó diciendo—. Ha habido un serio fallo en los cálculos, enteramente por nuestra culpa, me temo. Relaciones E.T. no supo tener en cuenta todas las implicaciones del equipo de fútbol Brish'diri.

Hill le clavó una mirada de hierro.

—¿Qué sucede ahora de malo?

—Bueno —dijo Tomkins con dificultad—, sabíamos que la negativa a admitir al Kosg-Anjhem a la Liga hubiera sido un signo de debilidad y miedo para la facción militarista Brish'diri. Suponíamos que el problema quedaría resuelto una vez que fueran admitidos.

—No fue así. Interpretamos mal al afirmar que no tenía importancia para los Brish'diri quién ganara o perdiese. Para nosotros se trataba tan sólo de un juego. No importaba quién fuera el vencedor. Después de todo, se trataba de que los Brish'diri y Terráqueos se conocieran mutuamente, compitiendo sin hacerse daño en términos de igualdad.

Sentíamos que todo tenía que resultar para bien.

—¿Y entonces? —interrumpió Hill—. Vaya al grano.

Tomkins sacudió la cabeza tristemente.

—El caso es que no sabíamos que los Brish'diri pudieran ganar con tanta facilidad. Y tan regularmente. —Hizo una pausa—. Recibimos... uh... recibimos una transmisión ayer por la noche de uno de nuestros hombres en Brishun. Parecería ser que la facción militarista está utilizando los resultados de fútbol tan favorables como propaganda para probar la inferioridad de la raza humana. Parecen estar obteniendo grandes beneficios de ello.

Hill puso mala cara.

—Así que todo fue por nada. O sea que me he sometido a todo este abuso y he puesto en peligro mi carrera por absolutamente nada. ¡Fabuloso! Era todo lo que necesitaba, le diré.

—Todavía estamos a tiempo de salvar algo —dijo Tomkins—. Por ello es que he venido a verlo. Si pudiera usted hacer los arreglos para una derrota Brish'diri, crearía serios baches en aquel cuento exagerado de la superioridad, y mostraría a los militaristas como unos tontos. Los desacreditaría por bastante tiempo.

—Y ¿cómo haré yo para arreglar que pierdan, como usted plantea de manera tan hermosa? ¿Qué piensa usted que dirijo yo desde esta oficina, lucha profesional?

Tomkins contestó con poca convicción.

—Esperaba que usted tuviera algunas ideas —dijo.

Hill se inclinó hacia delante, y conectó el intercomunicador.

—¿Está Jack allí fuera? —preguntó—. Bien. Mándelo a mi despacho.

El desgarrado oficial apareció en menos de un minuto.

—Estás en la cumbre de este follón de Liga metropolitana de fútbol —le dijo Hill—. ¿Qué chances hay de que el Kosg-Anjhem sea derrotado?

De Angelis miró asombrado.

—Nada buenas, de antemano —contestó—. Tienen un condenado buen equipo.

Buscó en su bolsillo trasero y extrajo una libreta.

—Déjame analizar su calendario —continuó, señalando con el pulgar las hojas. Se detuvo cuando encontró lo que buscaba.

—Bueno, la Liga tiene un calendario circular, como usted sabe. Todo equipo juega contra los otros una sola vez, y el que acumule mejor puntuación es el campeón. En estos momentos los Brish'diri llevan un 5-0 a su favor, y ya han derrotado a varios de los mejores equipos. Quedan diez equipos en la Liga, por lo que les quedan cuatro partidos a jugar. Dos de ellos con los equipos más débiles de la Liga, y el tercer contrincante es sólo mediocre.

—¿Y el cuarto? —dijo Hill esperanzado.

—Ésta su única chance. Un equipo presentado por un bar de la ciudad, el Blastoff Inn.

Buen equipo. Rápido, potente. Lleno de talento. Tienen también una puntuación favorable de 5-0, y ocasionaron problemas a los

Brish'diri. —De Angelis frunció el ceño—. Pero para ser francos, he visto jugar a ambos equipos, y apostaría a favor del Brish'diri. Su juego de terreno es demasiado bueno. —Cerró la libreta y la guardó nuevamente en el bolsillo.

—¿Podría un resultado no abultado ser suficiente? —dijo Hill, volviéndose hacia Tomkins.

El hombre de Relaciones E.T. sacudió la cabeza.

—No. Tienen que ser derrotados. Si los nuestros perdieran, todo el plan no serviría de nada. No prueba nada en especial más que las dos razas pueden competir en prácticamente igualdad de posibilidades. Pero si los Brish'diri ganaran, parecería que son invencibles. Y nuestra posición a los ojos de los Brish'diri caería en picado.

—Entonces, tendrán que perder —dijo Hill. Su mirada volvió a dirigirse a De Angelis—. Jack, tú y yo tendremos que hacer un esfuerzo y pensar cómo puede ser derrotado el Kosg-Anjhem. Y luego telefonearemos al entrenador de los Blastoff Inn y le daremos unos cuantos consejos. ¿Tienes alguna idea?

De Angelis movió la cabeza pensativamente.

—Bueno... —comenzó diciendo—. Podríamos...

Durante las dos semanas siguientes, De Angelis se encontró con el entrenador del Blastoff Inn regularmente para discutir planes y estrategias, y supervisó unas cuantas sesiones de entrenamiento. Hill, entretanto, peleaba desesperadamente para mantener su empleo, y apuntando ideas de cómo derrotar a los Brish'diri a cada momento.

Sin ser tocados por el furor, el Kosg-Anjhem ganó su sexto partido fácilmente, 40-7, y siguieron su marcha de victorias devastadoras. Los márgenes fueron 73-0 y 62-7. Ello los colocó con la puntuación récord de 8-0 faltando tan sólo un partido.

Pero el equipo Blastoff Inn ganaba también con regularidad, aunque nunca de manera tan contundente. Jugaría su último partido de la temporada siendo aún invicto.

El periodista local anunciaba el espectáculo con una página deportiva de grandes titulares un día antes del partido. Comenzaba diciendo: «Mucho será lo que se juega la raza humana mañana en el Estadio Municipal, cuando el Blastoff Inn se enfrente a las Águilas Calvas Brish'diri por el título de la Liga Metropolitana de Fútbol del

Departamento de Recreación». El periodista que escribió el artículo nunca soñó que estuviera tan cercano a la realidad.

Las multitudes retornaron al Estadio para la final de Liga, aunque no llegaran a abarrotarlo. El periódico local también se hallaba presente. Pero las cadenas de 3V y la radio hacía tiempo que se habían retirado. La novedad de la historia se había anticuado rápidamente.

Hill llegó tarde, justo antes de que comenzara el partido, y se juntó con Tomkins en la línea de las 50 yardas. El agente del E.T. parecía estar de alguna manera más animado.

—Nuestros muchachos se mostraron bastante bien preparados durante el precalentamiento —le contó al director—. Pienso que tenemos una chance.

Su entusiasmo no era de todas formas asimilado por Hill.

—Blastoff Inn puede que tenga una chance, pero yo seguramente no —dijo Hill tristemente—. El Concejo de la ciudad se reúne esta noche para considerar una moción que pide mi renuncia. Tengo la fuerte sospecha de que esto será lo que ocurra, sin importar quién gane esta tarde.

—Hmmmmmm —masculló Tomkins, sin encontrar nada mejor que acotar—. Ignore a esos viejos idiotas. Mire, el juego está comenzando.

Hill murmuró algo entre dientes, y volvió su atención al campo de juego. Los Brish'diri habían perdido el sorteo una vez más, y el puntapié inicial fue a parar otra vez fuera del Estadio. Estaban en saque para el Blastoff Inn en sus propias veinte yardas.

Y en aquel momento la escena cambió súbitamente. Los humanos se alinearon para la primera jugada pero con una diferencia. En lugar de colocarse inmediatamente detrás del centro, el Blastoff quarterback se encontraba algunas yardas más en profundidad, en una formación que asemejaba una escopeta.

La idea, según Hill dijera, era el aprovechar al máximo la velocidad humana, y montar una poderosa línea de ataque. Correr contra los Brish'diri era más que imposible; así lo habían considerado cuidadosamente De Angelis y él mismo. Ello significaba un ataque aéreo, y la única manera de conseguirlo era dándole al quarterback de Blastoff tiempo suficiente para poder pasar. De ahí la formación tipo escopeta. El pase al centro llegó a destino y los

recibidores de Blastoff corrieron rápidamente hacia delante, traspasando con facilidad la potente defensa Brish'diri. Como de costumbre, el Kosg-Anjhem irrumpió en masa sobre la línea humana, pero habían cubierto sólo la mitad de la distancia hacia el quarterback dándole tiempo a ensayar el pase.

Fue un bombazo largo, un gambito psicológico para sacudir a los Brish'diri consiguiendo apuntar un gol en la primera jugada del partido. Desafortunadamente, el pase fue demasiado largo.

Hill perjuró.

Estaban ahora en el área defensiva. Otra vez los humanos se alinearon ofensivamente en forma de escopeta, y nuevamente el quarterback sacó el pase a tiempo. Fue un tiro corto y rápido en dirección a la línea lateral, suficiente para ganar nueve yardas. La multitud arrancó una ovación.

Hill no estaba seguro de lo que los Brish'diri esperarían en el saque. Pero fuera lo que fuera, no lo consiguieron. Con los alienígenas aún desconcertados, el Blastoff fue a por el balón otra vez.

Esta vez la carrera fue completa. Inmediatamente de la apertura, el veloz recibidor humano recogió la pelota limpiamente y recorrió el terreno que le faltaba hasta la línea de gol. Los Brish'diri no pudieron tocarlo siquiera una vez.

La multitud estaba sentada en un silencio contenido mientras el pase era recogido por el humano. Luego, cuando quedó suficientemente claro de que no había manera de que los Brish'diri evitasen el gol, la ovación comenzó, y fue creciendo hasta convertirse en un fabuloso rugido. El Estadio entero se puso de pie gritando salvajemente.

Por vez primera desde el comienzo de la temporada, el Kosg-Anjhem iba perdiendo. Un espléndido disparo por encima de los palos puso el resultado 7-0 a favor del Blastoff Inn.

Tomkins seguía de pie, gritando con fuerza. Hill, que había permanecido sentado, lo miró obstinadamente.

—Siéntese —le dijo—. El partido aún no ha terminado.

Los Brish'diri en seguida subrayaron la afirmación. Apenas cogieron el balón, comenzaron su feroz ataque campo arriba irrumpiendo en la línea humana una y otra vez.

Los humanos ensayaron doce tipos distintos de formaciones

defensivas. Ninguna de ellas parecía surtir efecto. La aplanadora Brish'diri avanzaba inexorablemente.

El touchdown fue el anticlímax. Afortunadamente, de todas formas, el ensayo para el punto extra falló. Tuhgayh-dei perdió gran cantidad de balones, pero aún no había desarrollado una forma correcta de chutar colocando sus tiros entre los palos.

Los atacantes del Blastoff volvieron a tomar la iniciativa. Se los veía determinados. La primera jugada luego de la melée fue un pase corto hacia el centro, avanzando quince yardas. Seguidamente, un pase doble. Y se completaron otras doce yardas.

En la jugada siguiente, el fullback del Blastoff intentó llegar al medio del campo. Lo sancionaron con una pérdida de cinco yardas.

—Si detienen nuestros pases, estamos muertos —dijo Hill a Tomkins sin quitar los ojos del campo de juego.

Afortunadamente, el quarterback del Blastoff se hizo a la idea de establecer un juego de carreras. Un propicio retorno al juego aéreo dio a los humanos nuevas posibilidades.

Tres jugadas más tarde, anotaron un nuevo tanto. Una vez más la multitud rugió.

Perdiendo ahora por 14-6, los Brish'diri comenzaron nuevamente a pujar hacia delante.

Pero los humanos, estimulados por la diferencia de goles a favor, jugaban ahora mejor y con mayor rudeza. Prestando muchísima atención a los atacantes Brish'diri, los defensores comenzaron a placar fácilmente a los corredores alienígenas.

El Kosg-Anjhem jugaba lentamente, y se detenía. Fueron forzados a dejar la pelota cerca de las 50 yardas.

Tomkins comenzó a palmear a Hill en la espalda.

—Usted lo hizo posible —le dijo—. Los estamos parando también en ataque. Vamos a ganar.

—Tranquílcese —le contestó Hill—. Ha sido una casualidad. Algunos de nuestros hombres se encontraban justamente en el sitio adecuado en el momento preciso. Ya ha pasado otras veces. Nadie ha dicho nunca que los Brish'diri anotaran tantos cada vez que cogieran el balón. Aunque así suceda la mayoría de las veces.

Mientras tanto, en el campo de juego, el ataque del Blastoff seguía en pleno desarrollo.

Unos cuantos lanzamientos precisos colocaron a los humanos en

las treinta yardas del Kosg-Anjhem.

Fue entonces cuando los extranjeros cambiaron sus posiciones. Cogieron varios hombres del ataque y los colocaron en la defensa. Comenzaron con marcaje doble a los recibidores del Blastoff. Excepto que no era un mareaje doble normal. El segundo defensa estaba jugando bastante más lejos de la línea de la melée. En el momento en que un humano lograra deshacerse del primer Brish'diri, el segundo estaría ya encima suyo.

—Me temía algo por el estilo —dijo Hill—. No somos los únicos con capacidad de reaccionar frente a las circunstancias.

El quarterback del Blastoff ignoró los cambios defensivos de los alienígenas y mantuvo su plan de juego aéreo. Pero su primer pase desde las treinta fue rechazado por un defensor Brish'diri que estaba precisamente al final de la jugada.

Lo mismo ocurrió en el intento siguiente. Esto puso al Blastoff a la defensiva. Los humanos solicitaron un minuto. Hubo una apresurada conferencia en el lateral.

Cuando se reanudó la acción, la línea de ataque del Blastoff había abandonado su formación de escopeta. Sin el impresionante ataque por sorpresa de los Brish'diri como preocupación principal, el quarterback se hallaba relativamente seguro en su posición usual.

Hubo una rápida jugada, y el quarterback se deshizo del balón igualmente de rápido, un instante antes que el Brish'diri que cargaba lo tumbara al suelo. El halfback que recogió el balón corrió hacia la izquierda. Los defensas Brish'diri se encaminaron hacia él en masa con la intención de cerrar el camino a la línea lateral. Pero justo en el momento de llegar a la línea lateral, todavía detrás de la línea de melée, el halfback del Blastoff devolvió el balón a un compañero de equipo que corría por el lado derecho.

Una sonrisa amplia se esparció por la cara de Hill. ¡Un cambio de frente!

Los Brish'diri eran dolorosamente lentos para cambiar de dirección. El humano se dirigió derecho hacia la zona final con ridícula facilidad y corrió hacia adelante, rodeado de bloqueadores. Los Brish'diri que aún estaban en la jugada se cerraron. Uno o dos fueron cogidos por los bloqueadores humanos. El resto encontraron imposible poner sus manos sobre el pequeño y veloz corredor humano. De esta manera, pudo atravesar las líneas alienígenas y

penetrar en la zona final.

Una vez más el estadio todo se puso de pie. Esta vez, también Hill se levantó de su asiento.

Tomkins estaba eufórico otra vez.

—¡Ah! —dijo—. Creo que era usted quien afirmaba que sería imposible que un corredor nuestro atravesara sus líneas.

—Normalmente es imposible —replicó el director—. No hay manera de correr a través de ellos, por ello las escapadas en el centro están descartadas. Las escapadas en el sector final son mejores, pero si se encuentran en la posición normal, también entonces las perspectivas son malas. No hay manera de que un corredor humano atravesase la muralla de Brish'diri en situación de cargar.

—De todas formas, cuando se dispersan tal cual acaban de hacerlo, nos proporcionan un campo descubierto para poder aprovecharlo. No podemos atacar a través de ellos, no, pero seguramente podemos ir entre ellos cuando están dispersos por todo el campo. Y el Blastoff Inn cuenta con varios excelentes corredores de campo abierto.

La multitud lo interrumpió con un rugido que anunciaba la conversión del punto extra. El encuentro se ponía 21-6.

De todas maneras el partido estaba aún muy lejos del final. La defensa humana no estuvo tan acertada en la siguiente serie de ataques. En lugar de depender exclusivamente del juego de escapadas, Marhdaln-nei mantuvo a sus oponentes ocupados con algunos de sus pases evidentemente cortos, pero potentes.

Para llevar adelante un ataque más efectivo, la defensa del Blastoff se desparramó en amplios intervalos. La línea de ataque por lo tanto se abrió, y algunos humanos se las arreglaron para engañar a los lentos bloqueadores Brish'diri, atravesar sus líneas y llegar al quarterback. Marhdaln incluso llegó a ser derribado en una oportunidad.

Pero el éxito del Blastoff tuvo corta vida. Marhdaln encontró la solución rápidamente. La defensa humana desparramada a todo lo ancho, de gran efectividad contra los pases, era un fracaso absoluto contra las escapadas. Los humanos estaban demasiado alejados para intentar el placaje. Y no había forma alguna, salvo un asalto en masa, de detener a un Brish'dir en plena carrera.

A partir de entonces no hubo forma de parar al Kosg-Anjhem, debido a que Marhdaln alternaba entre el pase o la escapada, de acuerdo con la formación que adoptara la línea defensiva humana. Los alienígenas avanzaron rápidamente hacia su segundo tanto.

Esta vez incluso consiguieron el tanto extra de conversión. Los tantos anotados por los Brish'diri aplacaron la euforia de la multitud, pero el Blastoff Inn no parecía descorazonado cuando tomaron el campo otra vez. Con los alienígenas nuevamente en su formación defensiva tan original, el quarterback humano optó por la formación tipo escopeta otra vez.

Su primer pase fue demasiado largo, pero los tres siguientes fueron efectivos y llevaron al Blastoff sobre las catorce yardas del Kosg-Anjhem. Una jugada con escapada, insertada para romper con la monotonía, terminó a las seis yardas en el suelo. Luego hubo otro pase incompleto. El envío fue perfecto, pero el receptor perdió la pelota.

Esto puso el juego en terreno del Blastoff, y un estremecimiento de aprehensión caló entre la multitud. Casi todo el mundo en el estadio se daba cuenta que los humanos debían seguir anotando tantos para sostener sus aspiraciones de triunfo.

El tiro desde el centro fue limpio y rápido. El quarterback del Blastoff recogió el balón, dio unos cuantos pasos sin apuro hacia atrás para mantener una distancia prudencial de los corredores Brish'diri, y trató de pasar la pelota a algún receptor. Echó un vistazo cuidadoso por todo el campo. Luego retrocedió otro poco y sacó un buen bombazo.

Parecía un nuevo avance. Los humanos tenían a sus defensores alienígenas batidos por unas buenas cinco yardas y seguían ganando terreno. El pase fue hermoso.

Pero entonces, cuando el balón comenzó su espiral de caída, el defensa Brish'diri frenó de repente en mitad de su carrera. Renunciando a su persecución sin esperanzas, giró la cabeza en círculo para ver dónde estaba el balón, lo vio, se puso tenso... y saltó.

Los músculos de las piernas Brish'diri, desarrollados por la pesada gravedad de Brishun, eran mucho más potentes que los de sus adversarios humanos. A pesar de sus cuerpos pesados, los Brish'diri podían fácilmente superar a los humanos en cualquier

salto. Pero solamente se habían aprovechado de este hecho para cazar en el aire los pases de Marhdaln.

Pero ahora, mientras Hill parpadeaba sin poderlo creer, el defensa del Kosg-Anjhem saltó por lo menos cinco pies en el aire para recoger el balón mientras descendía y tirarlo fuera de un manotazo.

El estadio gimió.

Forzados por la situación, el Blastoff Inn súbitamente pareció debilitarse. El jugador humano alejó el balón cuando intentó recogerlo. El Brish'dir que recogió el balón perdido recorrió veinte yardas antes que pudieran voltearlo.

La defensa humana puso esta vez tan sólo una simbólica resistencia, mientras Marhdaln conducía a su equipo hacía delante con una serie de pases cortos y escapadas devastadoras.

Le llevó a los Brish'diri exactamente seis jugadas para estrechar la diferencia a 21-19.

Por suerte, Tuhgayh desperdició otro punto extra.

Se produjo una larga ovación cuando el Blastoff Inn tomó otra vez el campo con su delantera. Pero desde la primera jugada del puntapié de salida, era evidente que algo extraño les pasaba.

El quarterback de los humanos, que hasta entonces estaba jugando brillantemente, súbitamente se volvió errático. Para hacer mayores sus problemas, los Brish'diri de repente saltaban por todo el campo.

El pase estilo canguro de los alienígenas tenía ciertas limitaciones. Exigía una precisa coordinación y excelentes reflejos de parte de los saltadores, condiciones que no eran propias en los Brish'diri. Pero era una táctica desconcertante que el quarterback del Blastoff no podía nunca evitar. No sabía cómo hacerlo.

Los humanos jugaban en sus propias catorce yardas, y fueron forzados a jugar la pelota. El Kosg-Anjhem se movió prontamente con el balón en dirección contraria y se anotaron un nuevo tanto. Por primera vez en el partido, estaban ganando.

La siguiente jugada del Blastoff fue más exitosa, y así pudieron llegar hasta las veinte yardas de los Brish'diri antes de verse obligados a detenerse. Los humanos salvaron la situación con un buen gol.

El Kosg-Anjhem aumentó su tanteo, unos segundos antes que

finalizara el primer tiempo.

El resultado estaba en 31-24 a favor de los Brish'diri.

Y no era ningún secreto acerca de la manera cómo se desenvolverían los acontecimientos.

Esta idea había crecido silenciosamente en las gradas.

Tomkins, mostrando una expresión preocupada, se volvió de golpe hacia Hill.

—Bueno, puede que podamos dar vuelta al resultado en la segunda parte. Solamente nos aventajan por siete puntos. No está tan mal.

—Puede ser —dijo Hill dudando—. Pero no lo creo así. Tuvieron ya su oportunidad.

Odio decirlo, pero pienso que nos van a borrar del estadio en el segundo tiempo.

Tomkins frunció el ceño.

—Espero que no suceda de esa forma. Odio imaginarme lo que la facción militarista Brish'diri podría hacer con un resultado que les fuera favorable. Porque, ellos... —Se detuvo, dándose cuenta de repente que Hill no le prestaba la más mínima atención. Los ojos del director estaban otra vez fijos en el campo de juego.

—Mire —dijo Hill señalando—. Por el portón de entrada. ¿Está usted viendo lo mismo que yo?

—Parece un automóvil de la misión comercial —dijo el agente del E.T. tratando de entender qué pasaba.

—¿Y quién está saliendo de él?

Tomkins dudaba.

—Remjhard-nei —dijo finalmente.

El Brish'diri descendió torpemente del vehículo, caminó una corta distancia a través del campo y se introdujo por una puerta que conducía a los vestuarios.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Hill—. ¿No se suponía que debía mantenerse alejado de los partidos?

Tomkins sacudió su cabeza dificultosamente.

—Bueno. Eso es lo que le avisamos. En especial al principio de la Liga, cuando las hostilidades estaban en su peor momento. Pero no es un prisionero, como usted bien sabrá. No hay forma de obligarlo a mantenerse lejos de los partidos si desea estar presente.

Hill fruncía su ceño.

—¿Por qué les hizo caso durante toda la temporada y de repente hoy no lo hace?

Tomkins se encogió de hombros.

—Puede que quiera ver a su hijo ganar un campeonato de Liga.

—Es posible. Pero no lo creo. Algo extraño está ocurriendo ahí dentro.

Entretanto, el segundo tiempo estaba a punto de comenzar. Hill se sentía aún más aprensivo. El Kosg-Anjhem había salido al campo unos minutos antes, pero Remjhard no había reaparecido. Se encontraba aún en el vestuario alienígena.

Además, había algo sutilmente diferente en los Brish'diri por la manera que se colocaron para recibir el puntapié de salida. Nada drástico. Nada evidente. Pero de alguna manera la atmósfera había cambiado. Los alienígenas se mostraban más cuidadosos, más relajados. Casi como si hubieran dejado de considerar seriamente a sus oponentes.

Hill podía sentir la diferencia. Había visto a otros equipos en el mismo tipo de actitud anteriormente, en una docena de contiendas. Era la actitud propia de un equipo que ya sabía de antemano cómo iba a desarrollarse el encuentro. La actitud de un equipo que está totalmente seguro de su triunfo... o de su derrota.

El puntapié de salida fue pobre y débil. Un rechoncho Brish'dir la recogió cerca de las treinta y se encaminó hacia delante. Dos placadores del Blastoff le cerraron el camino en las treinta y cinco.

El alienígena rodó por tierra.

La multitud rugió. Por un segundo el balón quedó rodando sobre el césped. Una docena de manos buscó recogerlo, empujándolo para uno y otro lado. Finalmente, un fornido lineman del Blastoff se hizo con él.

Y de repente el partido cambió de signo.

—No puedo creerlo —dijo Hill—. Eso es lo que necesitábamos. La ruptura que necesitábamos. Después que aquel avance fuera interceptado, nuestro equipo se descorazonó. Pero ahora, después de esto, mírelos. Estamos otra vez en el juego.

La delantera del Blastoff corrió por el campo, rompió su confusión con un grito de entusiasmo, y se alineó. Estaban a la ofensiva en las veintiocho yardas de los Brish'diri.

El primer pase fue desviado por un Brish'diri. El segundo, sin

embargo, fue bueno para un gol.

El tanteo estaba igualado.

El Kosg-Anjhem dio esta vez la patada de salida. Pusieron el balón cerca de las veinticinco.

Marhdaln abrió la serie de jugadas con un pase. Nadie, ni humano ni extranjero, se encontraba a diez yardas de donde cayó el balón. La jugada siguiente fue una escapada.

Pero el halfback del Kosg-Anjhem dudó torpemente antes de pasar la pelota con la mano.

Los humanos tuvieron tiempo para reaccionar, y cuatro de ellos se zambulleron encima del Brish'dir en la línea de melée. Marhdaln intentó nuevamente su pase por elevación.

Pero otra vez fue incompleto.

Los Brish'diri se vieron forzados a desprenderse del balón con una patada.

Arriba en las gradas, Tomkins se reía salvajemente. Comenzó a palmear a Hill en la espalda otra vez.

—¡Mire esto! Ni siquiera un derribo. Ya los tenemos. ¡Y usted decía que nos iban a echar del Estadio!

Una extraña media sonrisa danzó sobre la cara del director.

—Hummm —dijo—. Eso dije. —La sonrisa se escondió.

Fue una buena, sólida patada, pero el humano más en profundidad la recuperó soberbiamente y corrió de vuelta hasta las quince. Desde allí, sólo le tomó siete jugadas al quarterback de los humanos, que de repente se mostraban cálidos y confiados de nuevo, llevar la pelota hasta la zona final.

Los saltadores Brish'diri habían dejado evidentemente de perturbarlo. Simplemente arrojaba el balón escogiendo los sitios donde no estaban saltando.

Esta vez los humanos desperdiciaron la oportunidad del tanto extra. Pero a nadie le importó. El resultado estaba 37-31. Blastoff Inn volvía a ganar.

Y estaban luchando para mantener la victoria. Una vez que el Kosg-Anjhem tuvo otra vez el balón, Marhdaln tiró una interceptación. Era la primera interceptación que había provocado en toda la temporada. Naturalmente, ello significó una escapada para un gol.

Después de esto, los Brish'diri parecieron reanimarse un poco.

Avanzaron las tres cuartas partes del terreno, pero luego se obstaculizaron en el instante en que se encontraron bajo la sombra de los palos. Cerca del gol el corredor Brish'dir más adelantado resbaló y cayó delante de la línea de melée.

Blastoff recogió el balón. Y anotaron un nuevo tanto.

De ahí en adelante, se fue repitiendo lo mismo. El resultado final fue 56-31. El equipo alienígena y no los humanos había sido borrado del Estadio.

Tomkins, desde luego, estaba en estado de éxtasis.

—Lo logramos. Sabía que podíamos hacerlo. Esto es perfecto, sencillamente perfecto.

—Los hemos humillado. La facción militar estará ahora totalmente desacreditada. No serán capaces de recuperarse del ridículo. —Sonrió y encajó una nueva palmada sonora en la espalda de Hill.

Hill hizo una mueca de dolor por el golpe, y echó un vistazo al hombre del E.T. atentamente.

—Hay algo extraño en todo esto. Si los Brish'dir hubieran jugado como en el segundo tiempo durante toda la temporada, no hubieran llegado nunca tan lejos. Algo ocurrió en aquel vestuario durante el descanso.

Nada podía quitarle a Tomkins su sonrisa, sin embargo.

—No, no —dijo—. Fue un milagro. Ello lo hizo posible. Se desmoralizaron y cayeron.

Se paralizaron, eso es todo. Pasa a menudo.

—No pasa con equipos tan buenos —replicó Hill. Pero Tomkins ya no estaba allí para oírle. El agente de E.T. se había vuelto abruptamente y se encaminaba a través de la multitud gritando algo acerca de que volvería en seguida.

Hill frunció el ceño y volvió su atención al campo de juego. El estadio se estaba vaciando rápidamente. El Director de Recreaciones se quedó allí por un segundo, mirando aún desconcertado. Luego, repentinamente saltó la valla baja que circundaba el campo, y cruzó el césped.

Caminó rápidamente a través del campo y entró en el vestuario visitante. Los Brish'diri estaban vistiéndose en silencio, y los que ya estaban listos enfilaban lentamente hacia el aerobús que los transportaría de regreso a la misión comercial.

Remjhard estaba sentado en un ángulo de la estancia.

El Brish'dir lo felicitó con un saludo apenas perceptible.

—Director Hill: ¿Le gustó el partido? Fue una pena que nuestros semihombres fracasaran en su última prueba. Pero de todas formas han hecho un buen papel, ¿no lo cree?

Hill ignoró la pregunta.

—No quiera dorarme la píldora con esto del fracaso, Remjhard. No soy tan estúpido como aparento. Es muy probable que nadie en el estadio se diera cuenta de lo que allí sucedía esta tarde, pero yo sí. Ustedes no perdieron este partido. Se entregaron.

Deliberadamente. Y quiero saber por qué.

Remjhard se quedó mirando fijamente a Hill durante un minuto largo. Luego, muy despacio, se levantó del banco en que estaba sentado. Su rostro estaba vacío y no mostraba expresión alguna, pero sus ojos centelleaban bajo la pálida luz.

Hill se dio cuenta de repente que se encontraban solos en el vestuario. Recordó entonces la impresionante fuerza del Brish'dir y dio unos cuantos pasos atrás alejándose del alienígena.

—Se dará cuenta —empezó diciendo con tono grave Remjhard—, que es un grave insulto acusar a un Brish'dir de conducta tan deshonrosa. —El emisario miró otra vez atentamente alrededor del vestuario para asegurarse que estaban solos. Luego dio un paso en dirección a Hill—. Pero, desde luego, no existe ninguna cuestión de deshonor aquí —continuó diciendo el alienígena—. El honor es algo muy importante para un semihombre. Y, para estar seguros, en los reglamentos que usted nos proporcionara, no había nada que requiriera a los participantes que... —hizo una pausa—, que jugaran lo mejor que supieran, ¿no es así?

Hill, intentando alejarse del vestuario, farfulló:

—Pero existen reglas que no están escritas, tradiciones. Lo que ustedes han hecho es antideportivo.

Remjhard seguía sonriendo.

—Para los Brish'diri nada tiene menos sentido que una regla no escrita. Es una contradicción de términos, como usted diría.

—Pero ¿por qué? —dijo Hill—. Eso es lo que no alcanzo a comprender. Todo el mundo insiste en que su cultura es viril, competitiva, orgullosa. ¿Por qué regalaron el partido? ¿Por qué tuvieron que mostrarse como pésimos jugadores? ¿Por qué?

Remjhard hizo un extraño ruido gutural. Si hubiera sido un humano Hill hubiera pensado que se estaba asfixiando. En cambio se dio cuenta que se estaba riendo.

—Los humanos me divierten —dijo el Brish'dir finalmente—. Ustedes le aplican unas cuantas frases a toda una cultura, y ya piensan que la entienden. Y, si algo desentona con el cuadro que se han hecho, reciben una fuerte conmoción. Lo lamento, Director Hill. Las culturas no son tan simples. Existen mecanismos sumamente complejos. Una palabra como ser orgullosos no describe en absoluto todo lo referente a los Brish'diri. Oh, somos orgullosos. De acuerdo. Y competitivos. De acuerdo. Pero somos también inteligentes. Y nuestros valores son lo suficientemente flexibles para poderse adaptar a toda situación particular.

Remjhard hizo una nueva pausa, y miró a Hill detenidamente. Luego se decidió a continuar.

—Este fútbol de ustedes es un buen juego, Director Hill. Se lo dije ya en otra ocasión.

Insisto. Es muy agradable, un buen ejercicio para la mente y el cuerpo. Pero se trata solamente de un juego. El competir en juegos es importante, desde luego. Pero existen numerosas competiciones. Más importantes. Y soy lo suficientemente inteligente para saber cuál ha de ser para nosotros prioritaria. Recibí una notificación esta tarde desde Brishun comunicándome acerca del empleo que le estaba dando a las victorias del Kosg-Anjhem. Su amigo de Relaciones Extraterrestres debe de haberle contado ya que soy un miembro importante del Partido Brish'diri por la Paz. No estaría aquí en la Tierra si no fuera por ello. Ninguno de nuestros oponentes desea trabajar con los humanos, a quienes consideran animales. Evidentemente, me vine rápidamente al Estadio e informé a nuestros semihombres de la situación, instándolos a perder. Y ellos, desde luego, cumplieron. Ellos también se percataron que ciertas competiciones son más importantes que otras. Al haber perdido, hemos ganado. Nuestros oponentes en Brishun no sobrevivirán a esta humillación. En las próximas elecciones generales muchos se volverán contra ellos. Y yo, y otros en la misión, sacaremos provecho de ello. Y el pueblo Brish'diri se beneficiará. Sí, Director Hill —concluyó Remjhard, siempre sonriendo—. Somos una raza competitiva. Pero la competencia por

el control del mundo tiene su precedente en un partido de fútbol.

Hill también sonreía ahora. Luego comenzó a reírse.

—Desde luego —dijo—. Y cuando pienso en las mil maneras en que recargamos nuestras cabezas pensando en las estrategias para vencerles. Cuando todo lo que teníamos que hacer era ponerle al tanto de los que estaba sucediendo. —Se rió nuevamente.

Remjhard estaba a punto de agregar algo, cuando de repente la puerta del vestuario se abrió y entró Tomkins. El agente del E.T. seguía excitado.

—Pensé que le encontraría aquí, Hill —comenzó diciendo—. Aún tratando de investigar su teoría de la conspiración, ¿eh?

—No realmente —replicó Hill—. Era una teoría sin sentido.

—Desde luego, —dijo Tomkins—. Me alegro mucho de escucharle decir esto. De todas formas, tengo buenas noticias para usted.

—¿Oh? ¿De qué se trata? ¿El mundo se ha salvado? Bien. Pero yo estoy sin empleo a partir de esta noche.

—No del todo —contestó Tomkins—. A esto precisamente se refería mi llamada.

Tenemos un trabajo, para usted. Queremos que se incorpore a las Relaciones E.T.

Hill lo miró incrédulo.

—Oh, vamos —dijo—. ¿Yo? ¿Un agente del E.T.? No entiendo nada al respecto. Soy un insignificante burócrata local y oficial de deportes. ¿Cómo se supone que voy a cuadrar dentro de Relaciones E.T.?

—Como director de deportes —replicó Tomkins—. Desde que comenzó toda esta cuestión con los Brish'diri, hemos estado recibiendo docenas de solicitudes de otras misiones alienígenas y estaciones diplomáticas en la Tierra. Todos quieren participar.

Entonces, para promover buen entendimiento y todo aquello, vamos a desarrollar todo un programa. Y queremos que usted lo dirija. Ganará el doble de su salario actual, por supuesto.

Hill pensó acerca de las dificultades de dirigir un programa de deportes para una docena de tipos diferentes de extraterrestres. Luego pensó acerca del dinero que ganaría haciéndolo.

Luego pensó en el Concejo Municipal de Starport.

—Suenas como una buena idea —dijo—. Pero, dígame. Aquella

red de gravedad que iban ustedes a entregar a Starport... ¿también es negociable?

—Desde luego —dijo Tomkins.

—Entonces, acepto. —Eché una mirada sobre Remjhard—. A pesar que pueda llegar a arrepentirme cuando vea lo que los Brish'diri pueden hacer en una pista de baloncesto.

LA SALIDA PARA SAN BRETA

Lo primero que atrajo mi atención fue la autopista. Hasta esa noche, el viaje había sido perfectamente normal. Eran mis vacaciones, y conducía hacia Los Ángeles a través del Sudoeste, tomándome el tiempo necesario para ir a mi aire. Esto no era nuevo para mí, ya lo había hecho varias veces anteriormente.

Conducir es mi hobby. O los coches en general, para ser precisos. No es mucha la gente que se toma la molestia de conducir, ahora. Para la mayoría, es demasiado lento.

El automóvil se convirtió en algo bastante obsoleto desde que se inició la producción en masa de helicópteros baratos, en el 93. Y lo que hubiera quedado vivo de él fue barrido por la invención del gravpak personal.

Cuando era chico era distinto. Entonces, todos y cada uno tenían un coche, y uno era considerado una especie de marginado si no obtenía el carnet de conducir tan pronto tenía edad como para hacerlo. Me interesaron los coches al final de la adolescencia, y el interés me ha durado desde entonces.

De todas maneras, cuando mis vacaciones estuvieron cerca, pensé que era una buena oportunidad probar mi último hallazgo. Era un coche grande, un modelo deportivo inglés de fines de los setenta. Un Jaguar XKL. No era uno de los clásicos, es cierto, pero era un lindo coche de todas maneras, y rodaba de maravilla.

Yo iba haciendo la mayor parte del trayecto de noche, como era habitual. Hay algo especial en conducir de noche a la luz de las estrellas. Las viejas y abandonadas autopistas tienen una atmósfera particular y uno casi puede verlas como eran entonces: vitales y sobrecargadas, llenas de vida, con los parachoques de los coches tocándose uno con otro hasta que la vista se perdía.

Hoy no hay nada de eso. Sólo los caminos han quedado, y la mayoría están destrozados y cubiertos por las malezas. Los Estados

ya no se pueden molestar en ocuparse de ellos: demasiada gente ha objetado el derroche del dinero de los impuestos.

Pero demolerlos también sería costoso. De modo que siguen allí, año tras año, cayéndose lentamente en pedazos. La mayoría están en condiciones de ser usados, pese a todo; en el pasado construían bien sus caminos.

Todavía hay algo de tráfico. Fanáticos de los coches como yo, por supuesto. Y los aerocamiones. Éstos pueden desplazarse sobre casi cualquier cosa, pero adquieren mayor velocidad sobre superficies planas. Así es que se apegan bastante a las viejas autopistas.

Es casi imponente ver como un aerocamión lo adelanta a uno de noche. Levantan a unos doscientos la hora, y no ha terminado uno de verlos por el espejo retrovisor que ya están encima. No se ve mucho: sólo un largo contorno plateado, y un chirrido cuando pasa. Luego uno está solo de nuevo.

Sea como sea, estaba en pleno Arizona, justo a las afueras de San Breta, cuando vi por primera vez la autopista. Entonces no le di mucha importancia. Sí, de acuerdo, no era lo más usual, pero tampoco tan inusual.

La autopista en sí era bastante ordinaria. Tenía ocho carriles con una buena y rápida superficie, e iba recta de horizonte a horizonte. Era en la noche como una cinta negra y brillante a través de las blancas arenas del desierto.

No, no era la autopista lo que resultaba inusual. Eran las condiciones en que estaba. Al principio no me di bien cuenta. Me estaba divirtiendo demasiado. Era una noche clara y fría, y las estrellas brillaban, y el Jaguar corría de una manera hermosa.

Demasiado hermosa. Eso fue lo primero que me llamó la atención. No había baches, ni grietas, ni sacudidas. El camino estaba en inmejorables condiciones, casi como si acabara de ser construido. Claro que yo había circulado por buenas carreteras antes: algunas se mantienen en mejor estado que otras. Hay una sección fuera de Baltimore que es sensacional, y algunos tramos de la autopista de Los Ángeles son bastante buenos.

Pero nunca había estado en uno tan bueno como éste. Era difícil de creer que una carretera se pudiese mantener tan bien, después de tantos años sin reparar.

Y también estaban las luces: estaban todas encendidas, claras y brillantes. Ninguna estaba estropeada. Ninguna rota o parpadeante. Demonios, ninguna siquiera a media luz.

La autopista estaba magníficamente iluminada.

Luego de esto, comencé a notar otras cosas. Como los signos de tráfico. En la mayoría de los lugares, hacía tiempo que ya no existían, capturados por cazadores de recuerdos o coleccionistas de antigüedades como souvenir de una América antigua y más lenta. Nadie los reemplaza: no son necesarios. De vez en cuando uno se cruza con uno que se olvidaron, pero por lo general no queda de ellos más que un trozo de metal herrumbroso, de forma curiosa.

Pero esta autopista tenía señales de tráfico. Verdaderas señales de tráfico, quiero decir señales que podían leerse. Señales de limitación de velocidad, cuando no se observaban límites en la velocidad desde hacía años. Señales de cruce, cuando no había prácticamente ningún tráfico con el que cruzarse. Señales de curvas, señales de salida, señales de peligro: toda clase de señales. Y todas tan buenas como nuevas.

Pero la conmoción mayor la causaban las líneas. La pintura se borra rápido, y dudo que haya una autopista en América en donde todavía se puedan adivinar las líneas blancas desde un coche en marcha. Pero en ésta se podía. Las líneas eran claras y netas, la pintura, nueva, y los ochos carriles, claramente marcados.

Oh, sí, era una hermosa autopista. Del tipo de las que tenían en los tiempos pasados.

Pero no sonaba coherente. Ninguna carretera podía mantenerse en esas condiciones todos estos años, lo que significaba que alguien la tuvo que estar reparando. Pero ¿quién? ¿Quién se molestaría en mantener una autopista que sólo un puñado de personas utilizaba cada año? El costo sería elevadísimo, sin posibilidad de amortización.

Estaba tratando de resolver esta intriga cuando vi el otro coche.

Acababa de pasar como un relámpago un gran letrero rojo que indicaba la Salida 76, la salida para San Breta, cuando lo vi. Sólo una pequeña mancha en el horizonte, pero sabía que debía ser otro conductor. No podía ser un aerocamión, ya que me estaba aproximando a él. Eso significaba otro coche, otro aficionado.

Era un ocasión rara. Es muy raro encontrar otro coche en una

carretera. Oh, claro que hay algunas convenciones regulares, como el Festival sobre Ruedas de Fresno, y el Nudo de Tráfico anual de la Asociación Americana de Conductores. Pero son demasiado artificiales para mi gusto. Cruzarse con otro conductor en la autopista es algo de veras especial.

Apreté el acelerador, y subí la velocidad a casi ciento veinte. El Jaguar podía ir más de prisa, pero no soy un fanático de la velocidad como algunos de mis correligionarios, y ya iba tragando metros en cantidad suficiente. Por la manera en que me acercaba a él, el otro coche no debía estar haciendo más que setenta.

Cuando lo tuve cerca, di un largo golpe de claxon, tratando de atraer su atención, pero no pareció darse cuenta. O al menos no mostró ninguna señal. Toqué el claxon de nuevo.

Entonces, de pronto, reconocí la marca. Era un Edsel.

Apenas podía creerlo. El Edsel es uno de los verdaderos clásicos, junto con el Stanley Steamer y el Modelo T. Los pocos que quedan cuestan una fortuna en la actualidad.

Éste era uno de los más raros, uno de esos modelos originales de nariz cómica. Sólo quedaban tres o cuatro como éstos en el mundo, y no se vendían a ningún precio. Una verdadera leyenda entre los automóviles. Y aquí estaba, en la autopista, frente a mí, tan clásicamente feo como el día que salió de la cadena de montaje de la Ford.

Me coloqué junto a él, y bajé la velocidad para quedarme a la par. No puedo decir que hubiera apreciado mucho la manera en que estaba cuidado. La pintura blanca estaba saltada, el coche estaba sucio, y había signos de herrumbre en la parte baja de las puertas. Pero era un Edsel, de cualquier manera, y podía ser restaurado fácilmente.

Toqué nuevamente el claxon para atraer la atención del conductor, pero éste me ignoró. Había cinco personas en el coche, por lo que podía ver (evidentemente, una familia de paseo). En la parte trasera, una mujer fortachona trataba de controlar dos niños pequeños que parecían estar peleando. Su marido se veía profundamente dormido en el asiento delantero, mientras que un chico joven, probablemente su hijo, se hallaba al volante.

Esto último me excitaba. El conductor era muy joven, tal vez un adolescente, y me daba envidia que un joven de su edad tuviese la

fortuna de conducir ese tesoro. Quería estar en su lugar.

Había leído mucho acerca del Edsel; los libros de culto del auto estaban llenos de él.

Nunca hubo algo igual. Fue el mayor desastre que haya conocido el mundo de los coches. Los mitos y las leyendas a que ha dado lugar su nombre no tienen número.

Por toda la nación, en los pequeños talleres aislados y en los surtidores de gasolina perdidos donde los fanáticos de los coches se reúnen para hablar y chapucear, los cuentos acerca del Edsel se repiten hasta nuestros días. Cuentan que construyeron el coche demasiado grande para cualquier garaje; que era puro acelerador y nada de freno.

Lo llaman la máquina más horrible construida por el hombre en todos los tiempos. Repiten los viejos chistes acerca de su nombre. Y hay una leyenda famosa que dice que cuando se lo lleva a una velocidad suficiente, el viento provoca un cómico silbido sobre el capó.

Todo el romance y el misterio y la tragedia de los viejos automóviles se hallaba, concentrado en el Edsel. Sus historias se recuerdan y cuentan mucho después de que sus centelleantes contemporáneos se hayan reducido a basura de metal en los cementerios de coches.

Mientras circulaba junto a él, todas las viejas leyendas acerca del Edsel me inundaban, y me perdía en mi propia nostalgia. Traté de dar algunos toques más de claxon, pero el conductor parecía decidido a ignorarme, de modo que me di por vencido. Además, yo estaba prestando atención para ver si el capó de verdad silbaba.

Tendría que haberme dado cuenta de cuán peculiar era toda la escena: la carretera, el Edsel, la manera cómo me ignoraban. Pero yo estaba demasiado atraído como para pensar demasiado. Apenas podía mantener mis ojos en la ruta.

Quería hablar con los dueños, por supuesto. Tal vez incluso pedírselo prestado por un momento. Puesto que eran tan descorteses como para no parar, decidí seguirlos un trecho, hasta que se detuvieran a por gasolina o comida. De modo que aminoré la marcha y comencé a seguirlos. Quería mantenerme lo bastante cerca sin echarme encima, así que me coloqué en el carril de su izquierda.

Recuerdo que mientras los seguía pensé qué cuidadoso coleccionista debía ser el dueño: hasta había tenido tiempo para buscar y encontrar unas raras matrículas de viejo estilo. Del tipo que no se habían usado desde hacía muchos años. Todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando pasamos el cartel que anunciaba la Salida 77.

El chico que conducía el Edsel de pronto se mostró agitado. Se dio vuelta en el asiento y miró a sus espaldas, casi como si tratara de mirar nuevamente al letrero que ya había dejado atrás. Entonces, sin previo aviso, viró bruscamente sobre mi carril.

Apreté los frenos, pero fue inútil, claro está. Me pareció que todo sucedía al mismo tiempo. Hubo un horrible chirrido, y recuerdo haber tenido la visión fugaz del rostro aterrorizado del chico justo antes que los dos coches hicieran el impacto. Luego vino el shock del golpe.

El Jaguar golpeó al Edsel de costado, destrozando el lado del conductor a más de ochenta por hora. Luego hizo un trompo y fue a parar contra el raíl protector. El Edsel, golpeado en su centro, volcó sobre su techo quedando en la mitad de la calzada. No recuerdo haber soltado mi cinturón de seguridad ni haber salido del coche, pero debo haberlo hecho, porque lo siguiente que recuerdo era que andaba a gatas por el camino, atontado pero no herido.

Creo que debería haber intentado hacer algo de inmediato, para responder a los gritos de socorro que salían del Edsel, pero no lo hice. Estaba todavía temblando, en estado de shock. No sé cuánto tiempo permanecí allí antes que el Edsel explotara y comenzase a arder. Las voces se convirtieron en alaridos, y luego cesaron por completo.

Para ese momento ya me había puesto en pie, el fuego se había extinguido, y era tarde para intentar nada. Todavía no podía pensar con claridad. Alcanzaba a ver unas luces a la distancia por el camino que arrancaba en la rampa de salida. Empecé a caminar hacia ellas.

La caminata pareció durar una eternidad. Yo no conseguía organizar mis pensamientos, y tropezaba a menudo. El camino estaba mal iluminado, y apenas veía por donde iba. Mis manos se habían raspado bastante al caer; éste era el único daño que sufrí en el accidente.

Las luces resultaron ser las de un pequeño café, un lugar sucio que alguna vez sirvió como parada al salir de la autopista. Había sólo tres clientes cuando entré, tropezando.

Uno era un agente de la policía local.

—Hubo un accidente —dije desde la puerta—. Alguien tiene que ayudarlos.

El policía tomó su café de un trago, y se levantó de la silla.

—¿Un choque de helicópteros, señor? —preguntó—. ¿Dónde ocurrió?

Yo sacudí la cabeza.

—N... no. De coches. Un choque, un accidente de carretera. En la vieja autopista.

Apunté vagamente en la dirección de donde había venido.

En camino hacia mí el policía se detuvo de pronto con un gesto de incredulidad. Todo el mundo se rió.

—Oiga, nadie ha utilizado esa carretera en veinte años —gritó un hombre gordo desde el fondo del café—. Tiene tantos agujeros que la usamos para jugar al golf —añadió, riéndose de su propio chiste.

El policía me miraba con el ceño fruncido.

—Váyase a casa, señor, y quédese tranquilo —dijo—, si no quiere tener problemas.

Se encaminó hacia su silla.

Di un paso al frente.

—Demonios, estoy diciendo la verdad —dije, ahora más enojado que atontado—, y no estoy borracho. Ha habido una colisión en la autopista interestatal, y hay gente que quedó atrapada en...

La voz me falló al darme cuenta que cualquier ayuda que llevara llegaría tarde.

El policía todavía albergaba dudas.

—Tal vez sería bueno que echara un vistazo —sugirió la camarera detrás del mostrador—. Puede que esté diciendo la verdad. Hubo un accidente de carretera el último año, en algún lugar de Ohio. Recuerdo que vi un reportaje en la 3V.

—Sí, supongo que sí —dijo el policía por último—. Vamos, chico, y más te vale que estés diciendo la verdad.

Cruzamos la antigua plaza de estacionamiento en silencio, y subimos al helicóptero policial de cuatro plazas. Mientras ponía en

marcha la hélice, el policía me miró y dijo:

—Sabes, si estaban sobrios, usted y el otro tipo deberían recibir una medalla.

Lo miré sin entender.

—Quiero decir que ustedes son probablemente los dos únicos coches que se han metido en ese camino en diez años. Y se las arreglaron para chocar. No debe ser fácil, ¿eh? —Movi6 la cabeza con tristeza—. Como le digo, debieran darles una medalla.

La autopista no estaba tan lejos del café como me había parecido cuando caminaba.

Una vez en el aire, cubrimos la distancia en menos de cinco minutos. Pero había algo que no encajaba. La autopista se veía diferente desde lo alto.

De pronto me di cuenta de por qué. Estaba oscura. Mucho más oscura. La mayoría de las luces estaban apagadas, y las que no, estaban parpadeando o alumbraban débilmente.

Mientras observaba sin entender, el helicóptero descendió con un ruido sordo en medio de la enfermiza luz amarilla que arrojaba una de las lámparas moribundas. Bajé, confundido, y tropecé accidentalmente con uno de los agujeros que abundaban en el asfalto. Había una fértil mata de malezas en el borde de este agujero, y muchas más grietas que atravesaban el camino.

Mi cabeza empezaba a martillear. Esto no tenía sentido. Nada de esto tenía sentido.

No entendía nada de lo que sucedía.

El policía vino desde el otro lado del aparato, con un metro portátil bajo el brazo y una caja de cuero.

—En marcha —dijo—. ¿Dónde está su accidente?

—Más para allá, creo —murmuré, sin seguridad.

No había rastros de mi coche, y empecé a pensar que tal vez nos hubiéramos equivocado de autopista, aunque no entendía cómo podía ser así.

Era la autopista correcta, pese a todo. Encontramos mi coche pocos minutos después, aparcado junto al raíl protector, en una sección oscura de la pista, donde todas las lámparas se habían fundido. Sí, encontramos el coche sin dificultad.

Sólo que no tenía ni un rasguño. Y no había ningún Edsel. Yo recordaba cómo había quedado el Jaguar cuando lo dejé. El

parabrisas estaba astillado, toda la parte delantera del coche en ruinas, el guardabarros derecho destrozado en el lugar donde golpeó el raíl.

Y aquí estaba ahora, en perfectas condiciones.

El agente, ceñudo, me apuntó con el metro mientras yo miraba mi coche sin creerlo.

—Bueno, no está borracho —dijo, al final, mirando al cielo—. De modo que no lo voy a llevar conmigo, aunque debería hacerlo. Así es que escuche lo que va a hacer, señor: se va a meter en esa reliquia, dará la vuelta, y desaparecerá de aquí tan rápido como pueda.

Porque si alguna vez lo vuelvo a ver por aquí, puede ocurrirle un accidente de veras.

¿Entendido?

Quise protestar, pero no encontré palabras. ¿Qué podía haber dicho que tuviese sentido? En lugar de eso, sacudí la cabeza débilmente. El policía se dio la vuelta disgustado, murmurando algo acerca de las bromas poco prácticas, y enfiló hacia su helicóptero.

Cuando se hubo marchado, fui hasta el Jaguar y toqué su parte delantera sin convicción, sintiéndome un tonto. Pero era real. Cuando subí y di vuelta a la llave de marcha, el motor ronroneó de modo tranquilizador, y las luces se esparcieron en la oscuridad. Seguí sentado allí durante largo rato hasta que por fin di la vuelta con el coche hasta la mitad del camino, describiendo una U.

El camino de vuelta a San Breta fue largo y movido. El coche entraba y salía de los baches de manera constante, y gracias a la escasa luz y las traicioneras condiciones de la carretera, tuve que mantener la velocidad al mínimo.

El camino era espantoso. No cabían dudas al respecto. Por lo común salía de mi ruta para evitar los tramos que eran malos como éste. Había demasiadas posibilidades de reventar un neumático.

Me las arreglé para llegar a San Breta sin incidentes, yendo bien despacio. Eran las dos de la madrugada cuando entré en la ciudad. La rampa de salida, tal como el resto, estaba agrietada y oscura, y no tenía ninguna señal indicadora.

Recordaba, por viajes anteriores, que San Breta presumía de tener un amplio garaje para los aficionados, con poste de gasolina. De modo que enfilé hacia allí y dejé el coche en manos de un

aburrido empleado. Luego me dirigí al motel más próximo. Una noche bien dormida, pensaba, dará más sentido a todo.

Pero no lo hizo. Cuando me desperté por la mañana estaba tanto o más confundido.

Más aún: ahora algo en mi cabeza me decía sin cesar que todo había sido un mal sueño.

Deseché ese pensamiento tentador, y seguí tratando de razonar.

Seguía razonando en la ducha y ante el desayuno, y en el corto camino al garaje. Pero no conseguía aclararme. Ya fuera porque la cabeza me estaba trampeando, o porque algo realmente extraordinario había sucedido la noche anterior, y no quería admitir lo primero, de modo que me decidí por lo último.

El dueño del local, un hombre ágil de unos ochenta años, estaba atendiendo en el garaje cuando llegué. Vestía un overall de mecánico a la moda antigua, lo que le daba un toque original. Sonrió amablemente cuando le pedí el Jaguar.

—Me alegro de verle nuevamente —dijo—. ¿Hacia dónde se dirige esta vez?

—Hacia Los Ángeles. Voy a coger la interestatal, esta vez.

Sus cejas se alzaron un poco al oír eso.

—¿La interestatal? Pensé que tenía más sentido común. Esa autopista es un desastre.

No es manera de tratar una pieza de mecánica tan fina como su Jaguar.

No tuve el coraje como para tratar de explicarle, así que hice una leve mueca y dejé que se fuera a por el coche. El Jaguar había sido lavado y controlado y su tanque, llenado. Estaba en óptima forma. Miré si había alguna abolladura, pero no encontré ninguna.

—¿Cuántos clientes habituales tiene por aquí? —le pregunté mientras le pagaba—. Quiero decir coleccionistas locales, no gente que pase.

—Debe haber unos cien en todo el estado —dijo, alzando los hombros—. Atendemos a casi todos. Tenemos la mejor gasolina y los únicos servicios decentes en esta parte.

—¿Alguna colección interesante?

—Algunas —dijo—. Hay un tipo que viene siempre con un Pierce-Arrow. Otro se especializa en coches de los años cuarenta. Tiene una bonita colección, y bien cuidada.

Asentí.

—¿Y alguien de por aquí que tenga un Edsel? —pregunté.

—Difícilmente —respondió—. Ninguno de mis clientes tiene tanto dinero. ¿Por qué me lo pregunta?

Decidí ir con cautela.

—Vi uno la otra noche en el camino. No alcancé a hablar con el dueño, pero pensé que sería alguien de por aquí.

La expresión del viejo no decía nada, de manera que enfilé para el Jaguar.

—Nadie de por aquí —dijo, mientras yo cerraba la puerta—. Debía ser alguien que pasaba. Qué divertido encontrarlo en el camino. No pasa a menu...

Entonces, justo cuando estaba poniendo en marcha el motor, su boca se abrió como dos metros.

—¡Un momento! —gritó—. Usted dijo que iba conduciendo por la interestatal. ¿Vio un Edsel en la interestatal?

Apagué el motor.

—Así es —dije.

—Dios —dijo—. Casi me olvido, ha pasado tanto tiempo. ¿Era un Edsel blanco? ¿Con cinco personas en su interior?

Abrí la puerta y bajé del coche.

—Así es —dije—. ¿Sabe algo acerca de él?

El viejo me cogió por los hombros con ambas manos. Tenía una mirada extraña en sus ojos.

—¿Sólo los vio? —dijo, sacudiéndome—. ¿Está seguro que eso es todo lo que pasó?

Dudé un momento, me sentía algo tonto.

—No —admití por fin—. Choqué con ellos. Es decir, creí que había chocado. Pero...

Traté de ir hacia mi coche. El hombre me soltó, y rió.

—Otra vez —murmuró—. Después de tantos años.

—¿Qué sabe de eso? —le pregunté—. ¿Qué demonios pasó anoche?

Suspiró.

—Venga conmigo —dijo—. Le contaré todo.

—Fue hace más de cuarenta años —me dijo, junto a una taza de café en un bar cerca del garaje—. En los años setenta. Era una familia que había salido de vacaciones. El chico y su padre se

turnaban al volante. Tenían reservas en un hotel de San Breta. Pero conducía el chico, y era tarde. Por algún motivo, se pasó de salida. Ni siquiera se dio cuenta. Hasta que llegó a la Salida 77. Se debe haber asustado cuando vio el cartel.

Según la gente que lo conocía, su padre era un mal tipo. La clase de tipo que le hubiera dado de palos por una cosa así. No sabemos lo que pasó, pero parece que el chico entró en pánico. Hacía sólo dos semanas que tenía su carnet. De cualquier modo, trató de hacer una U y volver hacia San Breta. El otro coche lo golpeó en el costado. El conductor de este coche no tenía abrochado el cinturón de seguridad, de modo que salió despedido a través del parabrisas, se estrelló contra el pavimento y murió de forma instantánea. La gente del Edsel no tuvo tanta suerte. El Edsel volcó y se incendió, con ellos dentro. Los cinco se quemaron vivos.

Sentí un escalofrío al recordar los gritos del coche en llamas.

—Pero eso fue hace cuarenta años, dijo usted. ¿Cómo explica lo que me pasó anoche?

—Voy a eso —dijo el viejo. Cogió un donut, lo mojó en el café y lo masticó paladeándolo—. La siguiente pasó dos años después —dijo, por fin—. Un tipo informó a la policía acerca de un choque. Un choque con un Edsel, tarde en la noche, en la interestatal. Por la manera en que lo describió, era el replay del otro choque. Sólo que cuando llegaron allí, su coche no tenía ni un rasguño. No había señales del otro coche.

Pues bien, este tipo era de aquí, así que se pensó que lo hacía para llamar la atención o algo así. Pero un año más tarde, otro tipo llegó contando lo mismo. Esta vez venía del este, y no era probable que hubiese escuchado lo del primer accidente. Los polis no sabían qué hacer con él. Al pasar de los años esto sucedió una y otra vez. Había unas pocas cosas en común en todos los incidentes. Siempre ocurrían a la noche, tarde, a conductores que iban solos en el coche, sin testigos presenciales. Nunca hubo otros coches cerca, como la primera vez, la de verdad. Todos los choques sucedían justo al pasar la Salida 77, cuando el Edsel trataba de girar en forma de U. Mucha gente ha tratado de explicarlo. Alucinaciones, dijo alguien. Hipnosis de carretera, planteó otro.

Mistificaciones, dijo un tercero. Pero hay sólo una explicación coherente, y es la más sencilla. El Edsel era un fantasma. Los diarios

la recogieron: «La autopista encantada».

Así llamaron a la interestatal.

El viejo se interrumpió para beber su café, y luego miró el fondo de la taza, pensativo.

—Bueno, los choques continuaron a través de los años mientras la autopista estuvo en condiciones. Hasta el 93. Luego el tráfico comenzó a escasear. Cada vez menos gente pasaba por la interestatal, y había cada vez menos accidentes. —Me miró—. Usted ha sido el primero en más de veinte años. Ya casi lo había olvidado. Luego bajo la vista de nuevo, y calló. Pensé en sus palabras por unos momentos.

—No sé —dije, sacudiendo la cabeza—. Todo concuerda, pero ¿un fantasma? No sé si creo en fantasmas. Y todo parece tan fuera de lugar...

—En el fondo, no —dijo el viejo, levantando la vista—. Piense de nuevo en las historias de fantasmas que leyó de niño. ¿Qué tenían todas en común?

—No sé —dije.

—Muertes violentas. Eso es. Los fantasmas eran el producto de asesinatos y ejecuciones, desechos de sangre y violencia. Las casas encantadas eran siempre lugares donde alguien había tenido un final horrible cien años antes. Pero en nuestra América del siglo veinte, la muerte no se encontraba en mansiones o castillos, sino en las autopistas.

En las autopistas manchadas de sangre, donde morían miles de personas al año. Un fantasma moderno no viviría en un castillo ni empuñaría un hacha. Rondaría por una autopista, conduciendo un coche. ¿Qué sería más lógico?

No le faltaba razón. Asentí.

—Pero ¿por qué en esta autopista?, ¿por qué ese coche? Mucha gente murió en las autopistas. ¿Qué tiene de especial este caso?

El viejo alzó los hombros.

—No lo sé. ¿Qué hace a un crimen distinto de otro crimen? ¿Por qué sólo algunos producían fantasmas? ¿Quién puede decirlo? Pero yo he oído cosas. Algunos decían que el Edsel está condenado a vagar por la autopista para siempre porque era, en cierto sentido, un asesino. Causó el accidente, causó aquellas muertes. Éste es un castigo.

—Puede ser —dije, dudando—. Pero ¿la familia entera? Podría decirse que era culpa del muchacho. O incluso del padre, por dejarlo conducir con tan poca experiencia. Pero ¿qué hay de los demás? ¿Por qué habrían de ser castigados?

—Cierto, muy cierto —dijo el viejo—. Nunca me creí esa teoría yo mismo. Tengo mis propias explicaciones.

Me miró a los ojos.

—Creo que están perdidos —dijo.

—¿Perdidos? —repetí, y él asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. En el pasado, cuando las rutas estaban sobrecargadas, uno no podía dar la vuelta cuando erraba una salida. Había que seguir, a veces durante kilómetros y kilómetros, antes de encontrar la manera de salir y luego retomar el camino. Algunos de los cruces tenían un diseño tan complicado que uno nunca encontraba el camino hacia la salida que correspondía. Eso es lo que pasó con el Edsel, según creo. Erraron la salida, y ahora no pueden encontrarla. Tienen que seguir circulando. Para siempre.

Suspiró. Luego se volvió, y pidió otra taza de café.

Bebimos en silencio, y luego volvimos al puesto de gasolina. De allí, fui directo a la biblioteca local. Todo estaba allí, en los periódicos del archivo. Detalles del accidente original, el primer accidente dos años después, y los otros, en secuencia irregular. La misma historia, el mismo choque, una y otra vez. Todo era idéntico, hasta los gritos.

La vieja autopista estaba oscura y sin luz cuando esa noche retomé mi viaje. No había señales de tráfico ni líneas blancas, pero sí abundantes baches y grietas. Conduje muy despacio, perdido en cavilaciones.

Unos kilómetros después de San Breta me detuve y bajé del coche. Me quedé allí en la oscuridad, casi hasta el amanecer, mirando y escuchando. Pero las luces siguieron sin encenderse, y no vi nada.

Sin embargo, cerca de medianoche, se escuchó un silbido peculiar en la distancia.

Creció rápidamente, hasta que estuvo justo encima, y luego fue disminuyendo igualmente rápido.

Podría haber sido un aerocamión en algún lugar fuera de mi vista, supongo. Nunca escuché que un aerocamión produjera ese

tipo de ruido, pero incluso así, podría haber sido un aerocamión.

Pero no lo creo.

Creo que fue el viento silbando a través de la nariz de un viejo coche blanco y herrumbroso, un coche fantasmal circulando por una autopista encantada que no figura en los mapas de carreteras. Creo que era el llanto de un pequeño Edsel perdido, buscando la salida para San Breta.

PASE DE DIAPOSITIVAS

Becker era el segundo orador del programa, de modo que esperó pacientemente.

El hombre que lo precedía era un doctor, jefe de alguna especie de clínica de caridad en una de las subciudades. Alto, adusto y avejentado, hablaba con un zumbido monótono y no cesaba de pasar nerviosamente los dedos por su escaso cabello blanco. La audiencia, unas treinta y pico de rollizas matronas del nivel alto, trataba de prestar atención, pero Becker podía percibir su desencanto.

No las culpaba. La presentación no era muy efectiva. El doctor relataba historias de horror médico acerca de los chicos de la subciudad que eran demasiado pobres como para acceder a los cuidados hospitalarios, muertes innecesarias y enfermedades erradicadas que seguían floreciendo allí abajo. Pero su voz y sus modales socavaban el efecto de sus palabras, y las diapositivas, al tiempo que eran del viejo tipo, chatas, habían sido perfectamente mal elegidas. En lugar de fotos móviles de niños enfermos y de la miseria de las subciudades, eran tediosas escenas de la clínica y de su staff, e incluso planos de la remodelación que se proponían hacer.

Becker luchaba por controlar sus propios bostezos. Sintió un poco de pena por el doctor, pero sólo un poco. En realidad sentía pena por sí mismo.

Al final el doctor concluyó su presentación con una petición de fondos vacilante y autoconsciente. Las damas le brindaron una ronda de educados aplausos. Luego la presidenta se dirigió a Becker.

—Cuando usted disponga, Comandante —le dijo, con placer.

Becker se levantó de su silla redonda y dispensó una sonrisa de plástico.

—Gracias —dijo, mientras se dirigía al frente del salón de estar, elegantemente amueblado. Esperó un momento mientras el doctor sacaba el viejo proyector de diapositivas de la mesa de los oradores, y luego puso la holovisión portátil en su lugar.

—Pueden sacar la pantalla, señoras —dijo—. Mi aparato no la necesita. Y dejen un espacio, oh, allí —y señaló un sitio.

Las mujeres se apresuraron a cumplir. Becker las miró y les sonrió. Pero en el fondo, como siempre, sólo sintió un vago desagrado por toda la situación.

Incluso en la habitación a oscuras se recortaba su figura, mucho más imponente que la del doctor, y él lo sabía. Él era fuerte y ancho de espaldas, y el uniforme gris claro que llevaba resaltaba su complexión atlética. Tenía un perfil clásico, un mentón decidido, y espeso cabello negro con un toque de gris en las sienes. Sus ojos de azul acero hacían juego con sus botas y cinturón de cuero, y la bufanda se anudaba al cuello de manera casual, bajo la camisa abierta.

Se parecía mucho a un cartel de reclutamiento de SPACE. Últimamente, lamentaba eso. Hubo momentos, en los años recientes, en que hubiera dado cualquier cosa por una nariz de gancho, un mentón débil o entradas en la frente.

La holovisión ya estaba zumbando, y la audiencia impaciente. Becker dejó de lado sus pensamientos y pulsó la primera diapositiva.

En el círculo que habían dejado las mujeres, apareció un cubo de profunda oscuridad.

Una oscuridad tachonada de estrellas. En un rincón del cubo flotaba la Tierra con toda su majestad de verde y azul. Pero el centro de la holografía estaba ocupado por la nave. Un grueso cigarro plateado con una panza de marmita. O un torpedo encinto. Había muchas maneras de describirlo, y la mayoría habían sido utilizadas en un momento u otro.

Se escucharon murmullos de aprobación en la audiencia. La holodiapositiva era muy real, y muy impactante. Becker, sonriendo, comenzó suavemente:

—Éste el *Starwind*, uno de los cuatro cruceros de SPACE. Los cruceros son naves de exploración estelar, cada uno con una tripulación de más de cien personas. Los generadores de salto

antiespacial les permiten velocidades varias veces superiores a la de la luz. Estos cuatro frágiles navíos, mientras yo hablo, acarrean el destino de nuestra especie, y están realizando el sueño secular del hombre: están alcanzando las estrellas.

—En su voz resonó una nota estudiada de cálido orgullo, y luego señaló la forma plateada en el cubo de oscuridad.

—El *Starwind* fue mi nave —dijo—. Fui uno de los miembros de la tripulación durante su último viaje. Las diapositivas que van a ver fueron tomadas durante ese viaje, un viaje que debe calificarse entre los más emocionantes de la historia.

Por lo menos, así lo califico yo —sonrió—. Claro que no soy imparcial.

Su voz prosiguió, detallando el tamaño, diseño y capacidad de la nave estelar y de su tripulación. Pero nunca llegaba a ser demasiado técnico, y había siempre un toque humano e incluso algunos toques poéticos que aderezaban la exposición. Becker era demasiado bueno en su trabajo como para cansar a su audiencia.

Pero cuando su lengua transitaba por los senderos conocidos, su mente estaba en otro lugar. Allá, con el *Starwind*, en el vacío sin luz del antiespacio; allá, entre las estrellas.

Dónde estará ahora —pensó—. Hace casi un año que salió. En este nuevo viaje. Sin mí. Dios sabe qué mundos nuevos habrán encontrado mientras yo sigo aquí pegado, alimentando con esta basura a estas viejas damas.

Y hubo un sentimiento de amargura en sus pensamientos, y un antiguo ardor en su estómago. Y se dio cuenta, por millonésima vez, de cuanto odiaba esto en lo que se había convertido su vida. Pero ni una señal de este fuego apareció en su suave, cálido y muy profesional discurso.

Accionó la holovisión, y cambió la diapositiva. Ahora el cubo era de una cegadora blancura, salpicada de hoyos de un negro pulsante. En el centro de la proyección había algo que parecía un pulpo flotante, negro con brillantes venas rojas.

—Esto es el antiespacio —dijo Becker simplemente—. O, por lo menos, ésta es la manera cómo los ojos humanos perciben el antiespacio. Los matemáticos todavía tratan de descifrar su verdadera naturaleza. Pero cuando entran en funcionamiento nuestros generadores de salto, así es como los vemos. Casi como un

negativo fotográfico: oscuridad blanca, y centelleantes estrellas negras.

Hizo una pausa, esperando la pregunta inevitable. Como siempre, llegó.

—Comandante —dijo una de las mujeres—. ¿Qué es esa... esa cosa en el medio?

Sonrió, y luego dijo:

—Usted no es la única que quisiera saberlo. Sea lo que sea, no tiene contraparte en el espacio normal. O por lo menos, ninguna que podamos observar. Pero ésta y cosas como ésta han sido observadas muchas veces por los cruceros en el antiespacio. Esta diapositiva, tomada por el *Starwind* en su último viaje, es la mejor que se ha logrado sacar de eso. La criatura (si es una criatura, lo que es un albur) es mayor que una nave, bastante más. Pero parece no ser dañina.

Su voz era tranquilizadora. Su mente vacilaba. *Parece no ser dañina* —pensó—. Sí.

Pero ésta parece seguir a la nave. Todavía se discute si podría habernos hecho daño si nos alcanzaba. Tal vez los cogió esta vez, en este viaje. Siempre dije que era posible. A los jefes no les gustaba la idea. Tienen miedo que haya recortes al presupuesto sí admiten que el programa es peligroso. De modo que pretenden que todo es sano, salvo y tranquilo allí afuera, tal como en la Tierra. Pero no lo es. No lo es. La Tierra se murió de aburrimiento hace muchos años. Allí afuera un hombre todavía puede vivir, sentir y soñar.

Terminó su relato acerca del antiespacio. Su índice se movió. El cubo de blanco se desvaneció. En su lugar, un inmenso globo rojo apareció, ardiente, en el centro de la habitación.

—La primera parada del *Starwind* fue esta gigante roja, todavía sin nombre —dijo Becker a las mujeres—. La tripulación la llamó Luz Roja, porque nos obligó a detenernos.

Y también, porque es una luz roja. No tenía planetas, pero navegamos a su alrededor durante un mes, tomando registros y enviando sondas. La información que reunimos debería decirnos mucho acerca de la evolución de las estrellas.

Recuerdo la primera vez que la vi —iba pensando mientras hablaba—. ¡Dios! ¡Qué espectáculo! Era mi primera estrella (El Sol no cuenta). Wilson estaba observando conmigo, pero estaba tan

malditamente ocupado en sus registros que apenas si la miraba. Sin embargo, allí está él, de nuevo afuera. Y yo aquí. No hay justicia...

Una nueva diapositiva. Esta vez un globo jaspeado de naranja y azul flotaba en el cubo. Detrás de él, un brillante sol amarillo apenas menor que el Sol.

La voz de Becker se tornó solemne.

—Éste es el primer planeta que avistamos —dijo—. Y uno de los momentos más importantes en la historia de la humanidad. Éste el planeta que llamamos Anthill. Estoy seguro que ustedes han leído todo lo concerniente a él, y visto los programas especiales de holovisión. Pero recuerden, para nosotros era algo nuevo y extraño e inesperado. Era el primer contacto de la humanidad con otra raza inteligente.

Pulsó para pasar al siguiente cuadro, uno de los platos fuertes. Cuando apareció, tuvieron lugar los acostumbrados murmullos de sorpresa y admiración. La audiencia contenía su respiración colectiva. Había una vasta planicie oscura en el centro del cubo, bajo un cielo color de sangre en el que negras nubes barrenadas tapaban el extraño sol.

De la planicie surgían las torres. Delgadas, negras y sarmentosas, enroscándose una en otra, ramificándose juntas y volviéndose a separar mientras ascendían. Ascendían hasta más de mil metros, y de todas partes surgían los frágiles puentes que ligaban a cada una con sus hermanas como una red, hasta diseñar un intrincado conjunto. Por el medio de la ciudad atravesaba un río, lo que daba una idea del tamaño de la estructura.

—Una de sus ciudades —dijo Becker. La ligera nota de admiración en su voz era real—. El hogar de más de un millón de ellos, según nuestras estimaciones. Los llamamos Spiderantes, porque hay algo de la tela de araña en el diseño de sus ciudades. Y porque... Bueno, miren.

La ciudad se desvaneció. La nueva diapositiva era una ampliación. Un grueso ramal negro cruzaba el cubo. De él colgaba algo que parecía una hormiga de un metro de largo.

Pero las apariencias engañan.

Hubo unos murmullos de revulsión, pese a que la mayor parte de la audiencia probablemente había visto fotos con anterioridad. Becker las calmó rápidamente.

—No se dejen confundir —les avisó—. Pese a lo que digan sus ojos, eso no es una hormiga gigante. No es ni siquiera un insecto. No tiene exoesqueleto, por ejemplo, aunque a primera vista lo parezca. Y ese insecto, pensamos, es muy inteligente. Su cultura es bastante distinta de la nuestra, pero tienen su propio sentido de la belleza.

Observen su ciudad otra vez.

Tocó el aparato. La Spiderante colgante desapareció, y de nuevo las torres se elevaron sobre la alfombra. El mismo ángulo. Pero esta vez de noche. Había una diferencia.

Las torres estaban iluminadas.

Las torres, que eran negras bajo la luz rojiza del día, brillaban ahora con una suave luz verde.

En un trazado extraordinario, contra la oscuridad, subían y subían girando, y cada giro y cada red adquiría una luminosidad propia. Increíblemente intrincada.

Becker temblaba frente a la diapositiva, pese a sí mismo, del mismo modo en que temblaba la primera vez que lo vio en persona. La holo despertaba sueños y memorias, y redobló su odio por la realidad presente.

Me han sacado esto —pensó—. Para siempre. Y me han dado... ¿Qué? Nada. Nada que quisiera.

Pero lo único que dijo fue:

—Y cuando amanece...

Y cambió la diapositiva.

Ahora un brillo entre rojizo y amarillo bañaba el horizonte, detrás de la ciudad, y la luminosidad de las torres languidecía. Pero algo nuevo y pasmoso tenía lugar. Ahora la trama de la ciudad se llenaba de vida. De cada rama, sección y curva, colgaban Spiderantes. Colgaban incluso de las torres más altas, mil metros sobre el suelo.

Apiñados, trepando uno encima de la otro, y sin embargo en cierto orden. La ciudad entera.

—Hacen esto cada amanecer —dijo Becker—. Cuando su sol se eleva, le cantan.

Si se puede llamarle cantar —pensó—. Para mis oídos, esa primera noche fuera de la rampa de aterrizaje, sonaba como un gemido. Pero extraño. Subía y bajaba, arriba y abajo, durante horas y horas. Hasta

Wilson estaba asombrado. Un millón de seres gimiendo juntos; gimiendo un himno a su sol.

Movió el dedo hacia abajo, y de pronto estaban mirando una ampliación de un ramal de la red, cargado pesadamente con Spiderantes. Luego movió el dedo una vez más y apareció otra vista de la ciudad. Y luego otra, y otra. Y todo el tiempo su voz continuó explicando acerca de esta curiosa raza y de lo poco que habían aprendido sobre ella.

—El *Starwind* se estableció fuera de Anthill durante más de seis meses, enviando naves de desembarco regularmente —dijo—. Pero los Spiderantes son todavía una raza de interrogantes irresueltos. No hemos dominado su lenguaje todavía, ni determinado hasta qué punto son inteligentes. No parecen tener tecnología, tal como la entendemos.

Pero tienen... bueno... algo distinto.

Aparecieron y pasaron más vistas de la ciudad. Y luego de otras, parecidas a las ciudades, y de algunas no tan parecidas, como la que se elevaba desde el salobre mar del planeta, y otra en la que las torres se desviaban hacia el costado y unían dos montañas en un abrazo entrelazado.

—Llevábamos cerca de un mes allí cuando permitieron que entráramos en las torres —continuó Becker—. Aún entonces nos llevó cierto tiempo darnos cuenta que las ciudades de los Spiderantes no eran construcciones sino desarrollos. Las torres no eran edificios, sino plantas: enormes, de una dureza increíble y de una gran complejidad.

Lawrence fue el primero en darse cuenta —recordó—. Estaba tan excitado cuando volvió que no se le entendía. Pero tenía una razón para hablar de manera incoherente.

Era el primer indicio que teníamos. Hasta entonces, nada tenía sentido: torres de mil metros de altura sin máquinas no resultaban lógicas. Por lo menos, así creía yo.

Demonios, me pregunto dónde estará Lawrence ahora.

—Cuando descubrimos eso, comenzamos a preguntarnos si los Spiderantes eran inteligentes, después de todo. Tuvimos la respuesta cuando extendimos nuestro campo de operaciones fuera del lugar de aterrizaje. Esto fue una de las cosas que vimos.

Una oscuridad entre rojo y negro llenó el cubo. Atravesándolo

aleteaba algo inmenso, verde y triangular. Algo de formas aéreas, del tipo de una manta, con una larga cola que se dividía en dos varias veces hasta reducirse a un delgado zarcillo como un látigo.

Más abajo, una ciudad. Encima de él, Spiderantes.

—Ésta es una criatura voladora doméstica, casi tan grande como un jet. Tiene que mantenerse baja, claro está. Y no tiene la velocidad del aeroplano. Pero por el contrario no contamina. Y se desplaza.

Sin embargo, nosotros volamos más rápido —pensó—. Recuerdo aquella tarde que probé uno con un piloto. Dios, qué lentas que son esas cosas. Sin embargo, tienen algo de majestuoso. Y cuando esas alas increíbles se mueven con su extraño movimiento ondulatorio, es digno de verse. Por supuesto, ese estúpido de Donway tenía que intentar azuzarlas. Al menos él también está en tierra. No podría soportar que hubiese subido él también.

—¿Qué es esto? Por supuesto —estaba diciendo— es otra planta. Una planta móvil, volante. Cuando no transporta Spiderantes vuela a las alturas, a recibir los rayos solares.

Absorbe su alimento a través de esa estructura en forma de cola, que en realidad es una especie de raíz. Es mucho más complicada que cualquier planta terrestre.

Siguieron otras muchas diapositivas, mostrando otras mantas, y varias de ellas en formación.

—Pensamos que estas cosas han sido criadas en forma deliberada por los Spiderantes, tal como las torres. Si la teoría es cierta, nos hemos encontrado con los mayores ingenieros biológicos que se podían suponer. Hay mucho para aprender de ellos, si logramos superar las barreras de comunicación. Anthill será un punto de parada regular para los cruceros a partir de ahora.

Incluyendo el *Starwind*, claro. Estaba en su programa visitar el planeta en esta misión.

Tal vez esté allí ahora. Tal vez Lawrence, Wilson y el resto están escuchando a los Spiderantes en este mismo momento, mientras hablo, o canto. Mi actuación no puede compararse con la de ellos.

Hizo una pausa.

—Pasamos más de seis meses en Anthill, y tuvimos que acortar una buena parte de nuestro programa de viaje a causa de la prolongada estadía. Pero creo que estarán de acuerdo en que valía

la pena —dijo, con una sonrisa, y las damas de la audiencia murmuraron su aprobación—. Al fin tuvimos que marcharnos. Quedaba justo el tiempo para una nueva parada antes de dar media vuelta y comenzar a saltar hacia casa.

Apretó el botón, y desapareció la última vista de Anthill. La holografía que le había reemplazado era espectacular. Las matronas la recibieron con sofocaciones. La habían visto antes, en las tapas de las revistas y en los noticiarios, pero la diapositiva reflejaba más, mucho más.

—Éste es el mundo que llamamos Tormenta —dijo Becker, muy bajo, y luego calló mientras ellas miraban.

Un mar verde luchaba con el viento. De él surgía el volcán: un tridente de piedra negroazulada, cuyo tres picos arrojaban fuego. El humo crecía mezclándose con el cielo cubierto, y la lava corría en torrente hacia el océano, donde entraba con un siseo.

Y sobre el volcán, cayéndose literalmente encima suyo, una verde pared punteada de espuma. ¿Una ola gigante? No. El vocabulario de la Tierra no se aplicaba aquí. Esto era más grande, más espectacular. Era más grande que la montaña misma, y la habíamos captado segundos antes del impacto.

—No podíamos aterrizar en Tormenta —dijo Becker—. No había ningún lugar a salvo donde desembarcar. Pero enviamos sondas tripuladas a su atmósfera. Esta vista fue tomada por una de ellas —sonrió de nuevo y puso una nota de orgullo en su voz. Pero junto con el orgullo, apenas disimulado, iba un gusto a rabia—. Me alegra decirles que era mi sonda.

Por lo menos no me pueden quitar eso —pensó—. Me quitaron las estrellas, pero no pueden quitarme Tormenta. Yo lo capturé con esta foto. La esencia de un planeta. El alma. Allí, en un holocubo. Y es mío.

Y yo fui el único en ver el resto. Unos segundos después. Cuando la ola salvaje golpeó, y el mundo se llenó de tormenta, vapor y fuego. Yo era el único que estaba observando...

Su voz seguía suavemente sin él.

—Tormenta es un mundo joven —estaba diciendo—. Casi un recién nacido en la escala celestial. Pero es un chico lujurioso. Es casi todo agua, y la poca tierra que tiene es volcánica. Los terremotos y las erupciones son cotidianos, y dan nacimiento a fenómenos como el que han visto en el cubo. El viento desarrolla un

promedio de cientos de kilómetros por hora, y las descargas eléctricas dejan a las de la Tierra como pálidas y débiles. Miren.

El tridente y la ola gigantesca se esfumaron, y apareció la imagen de un cielo. Había rayos y relámpagos por doquier, juntándose y estallando con una luz cegadora.

Uno casi puede escuchar los truenos cuando lo mira. Pero en Tormenta, uno no sólo escuchaba. Uno lo sentía. Nos rodeaban por todas partes, y golpeaban la nave, y yo estaba cagado de miedo. Pero al menos estaba vivo. ¿Cómo estoy ahora?

Su dedo se movió por voluntad propia, y una nueva vista de Tormenta ocupó el cubo. Y su voz continuó con el elocuente discurso, pero el resto de sí se hallaba a millones de kilómetros de allí, perdido en una tierra de rayos y olas gigantes.

Tormenta era mi favorito, pensaba. Luz Roja nos dio un sobresalto, al principio, y Anthill era cautivante, problemática y mágica. Pero aquello lo compartía. Tormenta fue casi enteramente mío. Sólo un puñado de nosotros descendió, después que Ainslie se descuidó y se estrelló contra una montaña. Pero yo fui uno de esos pocos. Tampoco me pueden quitar eso.

Su mente divagó. Pero mientras tanto, nuevas escenas aparecían en el cubo, y su voz continuaba, y las damas respondían *oooh* y *aaah* cuando correspondía. Luego se aproximó el final, devolviéndolo a la realidad.

La penúltima diapositiva era igual que la primera: el *Starwind* en órbita alrededor de la Tierra. En espera de suministros, de fondos y de nuevas misiones. Y de unos pocos hombres.

La última diapositiva era una dirección. Brillantes letras rojas notaban en el cubo blanco. Becker, con odio, acompañaba con la explicación.

—La exploración del espacio es la mayor aventura de la historia del hombre —decía, sonriendo con su sonrisa de plástico y hablando con una afabilidad de plástico—. Las estrellas son nuestra ilusión y nuestro destino. No cualquiera puede viajar a las estrellas, por supuesto. Pero aquéllos que lo desean pueden participar de la aventura, y ayudar a construir el destino. El Gobierno Mundial tiene muchos gastos, y muchas causas que requieren prioridad. Sólo puede aportar una pequeña parte de la financiación necesaria para realizar los cruceros por el espacio. El resto, como saben, es

provisto por entusiastas ciudadanos. Si ustedes comparten nuestros anhelos, les rogamos que se unan al combate. Por unos pocos cientos de crédito por año, pueden hacerse miembros de los Amigos del Espacio, SPACE. Recibirán credenciales de miembro y una suscripción de regalo a *Vuelo a las Estrellas*, la revista oficial de SPACE. Y también recibirán un regalo para los niños. Todos sus hijos, y todos los hijos del hombre: les daremos las estrellas.

Para un regalo como éste, el precio es bastante bajo. —Señaló la dirección que flotaba en el holocubo—. Si quisieran ayudar, pueden enviar sus contribuciones aquí: SPACE, Box 27, Centro del Gobierno Mundial, Ginebra. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Por supuesto, las contribuciones son deducibles de los impuestos.

Hizo una reverencia y luego quitó el aparato de holovisión.

—Se ocupen de contribuir o no, espero que el espectáculo haya sido de su agrado.

Entonces la audiencia comenzó a aplaudir, se encendieron las luces, y la presidenta se puso de pie para anunciar que serían ofrecidos unos refrescos. Mientras preparaban el refrigerio, una rápida marea de mujeres fluyó sobre Becker y le agradeció efusivamente por la presentación y le prometió su apoyo. Él agradeció sus expresiones con gestos, risas y agradables sonrisas.

Mientras tanto, las despreciaba a todas.

Dios —pensó—, odio esto. Me han quitado las estrellas y me han dado viejas damas charlatanas y estúpidos auditorios de alto nivel. Y los odio. No es justo. Demonios, esto no es justo.

Le ofrecieron café sintético y galletas de proteínas, y las aceptó con una sonrisa. Y las odió. Pero las odiaba y seguía allí, charlando de nimiedades. Eso era la política de SPACE. Al final, la audiencia comenzó a marcharse, una por una.

Justo en el momento en que Becker empezaba a pensar en marcharse, el doctor se acercó, con la taza de café en la mano. Bajo la luz no parecía tan viejo. Pero se lo veía cansado.

—Eso sí que fue un espectáculo, Comandante —dijo, con una sonrisa triste—. Me temo que me haya destrozado. Tengo la impresión que usted se llevará todas las contribuciones.

Becker retomó su sonrisa profesional.

—Bueno, su presentación era interesante, doctor. Y seguramente hay necesidad del tipo de trabajo que ustedes hacen allá en las

subciudades. Yo no sería tan pesimista.

El doctor frunció ligeramente el ceño, bebió su café, y movió la cabeza.

—Venga, Comandante. No se burle de mí. Soy nuevo en este juego, y lo hice muy mal.

Usted sabe lo bastante como para darse cuenta de eso.

Becker, que estaba muy ocupado empaquetando su holovisión, dirigió una aguda mirada al doctor, junto con una mueca genuina. Miró a los lados para asegurarse que ninguna de las mujeres estaba al alcance de la conversación, y asintió rápidamente.

—Usted es perspicaz. Y tiene razón. Su presentación fue de tercera categoría. Pero mejorará con el tiempo. Entonces comenzarán a llegar las contribuciones.

—Hmmm. Sí. —El doctor lo miró fijamente. Parecía estar decidiendo acerca de algo. Agregó—: Mientras tanto, por supuesto, hay miles de niños en las subciudades que tienen hambre y están enfermos. Y se quedan así. Y tal vez mueran. ¿Por qué? Porque no tengo tanta labia como usted. —Su boca dibujó una línea severa—. Dígame con honestidad, Comandante: ¿Nunca se siente culpable?

El estuche de la holovisión se cerró con un clic seco, y la mueca de Becker se trasmutó.

—No —dijo. Su tono se hizo penetrante—. Doctor, usted sabe que hay cuatro cruceros.

Debería haber cuarenta. O cuatrocientos. Podría haberlos. Pero el Gobierno Mundial no nos da el dinero. Los comentarios como el suyo nos están costando las estrellas.

Me están costando las estrellas, se estaba diciendo a sí mismo, y su mente hervía. Tan pocas naves, tantos voluntarios. Y esa maldita lista de espera...

¿Qué era lo que dijo el General Henderson? Miles, ¿verdad? Sí. «Comandante, hay miles de candidatos para cada puesto en el crucero estelar. Y su desempeño en su primer viaje fue... bueno, adecuado. Pero no sobresaliente. Me temo que tendré que rechazar su solicitud para integrar la tripulación permanente. Lo siento».

Y yo dije... ¿Qué? Dije: «Me quita mis estrellas» por primera vez, pero no por última.

«Lo siento», dijo. El bastardo. Nunca navegó en un crucero estelar en su vida. Ese culo-gordo seguro que nunca abandonó la Tierra. «No hay

nada que yo pueda hacer», dijo. «Sin embargo, Comandante, todavía hay un lugar para usted. Usted tiene buena presencia y articula bien, y cree en lo que hace. SPACE necesita hombres como usted. Lo promovemos a las relaciones públicas. Sin las cuales, debo agregar, los cruceros estelares serían imposibles».

—Tengo tanta compasión como cualquiera —dijo Becker, colgando el aparato de un brazo—. Pienso que su trabajo es vital; me preocupan esos chicos. Pero usted también debería intentar la empatía, y tratar de comprender lo que nosotros estamos haciendo.

—Lo que ustedes hacen es un lujo mientras los niños pasan hambre en la Tierra —dijo el doctor.

Becker sacudió la cabeza.

—No. Tiene que haber lugar para ambas cosas. Usted dice que salva a un niño de la muerte, doctor. Muy bien. Pero ¿qué clase de vida va a ofrecerle? Una vida muy pobre, sin las estrellas. Una vida sin esperanza, a largo plazo. Tal vez el hombre puede sobrevivir solo sobre la Tierra. Creo que podría. Pero sus sueños no, y sus mitos tampoco. Hay demasiada gente, y han superpoblado todos los sueños. Y no queda vida para nadie. Sólo sobrevivir día a día.

Se detuvo aquí. Era una buena tirada, su propia síntesis de los argumentos que había escuchado centenares de veces en SPACE. Era suficiente. Pero quería agregar algo más.

Tenía rabia y resentimiento, y continuó:

—Le diré algo más, doctor. Creo que necesitamos tanto su trabajo como el mío, tanto la Tierra como las estrellas. Pero creo que no están equilibrados en la balanza. Creo que necesitamos más las estrellas.

Golpeó la caja con su mano libre.

—¿Usted cree que me gusta esta mierda? La odio, doctor. Tal como la odiaría usted si tuviera que hacer lo mismo todo el tiempo. He soñado con las estrellas durante toda mi vida, y ahora me dicen que no soy lo suficientemente bueno como para ocupar un puesto permanente en un crucero. No que soy malo, fíjese. Sólo que no sobresalgo lo suficiente.

—Y hay tan pocas plazas. Dígame, doctor, ¿qué sentiría usted si el Gobierno Mundial de pronto le anunciara que sólo los mejores cuatrocientos doctores en medicina estarían autorizados para ejercer de médicos? ¿Pasaría la prueba? ¿Qué haría? ¿Puede

imaginar cómo sería eso? Transitar la vida, día a día, sabiendo lo que usted quería hacer, y sabiendo que le fue negado, tal vez para siempre. Trate de imaginarlo, si puede. Trate de saborearlo. Así es para mí, ¿sabe usted? No se puede vivir en la Tierra, doctor. Yo no puedo, de cualquier forma. Yo puedo existir, pero no llamo a eso vivir. He visto las olas salvajes de Tormenta y escuchando a los Spiderantes cantando a su amanecer. ¿Se supone que me tengo que contentar con travesías en velero y partidos de fútbol? —bufó.

El doctor había continuado bebiendo su café con calma durante el estallido de Becker.

Ahora había bajado su taza, suspiró, y dio otra cansada sacudida a su cabeza.

—Comandante, lo siento por usted —dijo—. Suena muy amargo. Como que lo hubieran engañado. Pero usted ha tenido una suerte increíble, y no se da cuenta de ello. Ha hecho cosas que la mayoría de la gente sólo soñó, y sin embargo se queja de una vida vacía. No me trago eso. Usted ha volado en un crucero estelar, aún si fue una vez sola.

Comandante, déjeme decirle algo. Allá abajo, en la subciudad, tengo pacientes que nunca han visto las estrellas. Usted ha estado allí.

Becker, con la furia calmada, sonrió melancólicamente, en un gesto que parecía no concordar con su carácter, pero que era auténtico.

—He pensado acerca de eso —dijo, con tristeza— a veces. Tal vez tenga razón. Pero no ayuda, doctor. Ojalá lo hiciera. Pero no es así —pensó un minuto—. Lo siento por sus pacientes que no han visto nunca las estrellas —dijo luego—. Sabe, pienso que eso es casi peor que el hambre. Aunque no es justo que yo lo diga, ya que nunca he pasado hambre. Espero que algún día lleve a esos chicos al nivel superior, para que puedan echar un vistazo a través del smog. Pero no son los únicos que me dan pena. Me apenan todos aquéllos que han visto las estrellas y no pueden visitarlas. O no pueden volver.

Supongo que esto es egoísmo. Pero así es y así será, me temo. Trato de vivir con esto. Y claro que creo en lo que hago, de un modo u otro. Acaso un día el Gobierno Mundial cambie de idea y tengamos más cruceros estelares, y yo podré viajar nuevamente,

llevando algunos de sus chicos conmigo, ¿quién sabe? También es para ellos.

Becker quería terminar aquí. Pero el doctor, que seguía sin convencerse, volvió a la carga.

—Es muy generoso de su parte —dijo—. Pero antes de darle las estrellas, ¿por qué no prueba de darles un poco de comida, o un ambiente sano?

Becker miró a su alrededor. Era tarde, y la mayoría de la audiencia se había ido a casa.

Es hora de terminarla —pensó—. *Mañana otra maldita conferencia.*

—Podría responder a eso —dijo—. Pero no lo haré. No voy a convencerle, doctor. Y usted tampoco me va a convencer, me temo. Así es que dejémoslo aquí. ¿En paz?

Sonrió y le ofreció la mano. El doctor la estrechó. Luego Becker se dirigió a la presidenta y a las pocas matronas que quedaban, y les dirigió un buenas noches, y se fue.

Afuera, en el nivel superior, hacía frío, y soplaba un gélido viento nocturno entre las cimas de las torres. Becker se detuvo un breve momento en su camino hacia los ascensores interniveles y miró hacia arriba. El smog era muy denso, y no pudo ver las estrellas.

Tal vez fuera mejor así.

FIN

ÍNDICE

UNA CANCIÓN PARA LYA, (*A Song for Lya*, 1974)

LAS BRUMAS SE PONEN POR LA MAÑANA, (*With Morning Comes Mistfall*, 1973)

LA SEGUNDA CLASE DE SOLEDAD, (*The Second Kind of Loneliness*, 1972)

DESOBEDIENCIA, (*Override*, 1973)

OSCUROS, OSCUROS ERAN LOS TÚNELES, (*Dark, Dark Were the Tunnels*, 1973)

EL HÉROE, (*The Hero*, 1971)

FTL, (*FTL*, 1974)

CARRERA HACIA LA LUZ ESTELAR, (*Run to Starlight*, 1974)

LA SALIDA PARA SAN BRETA, (*The Exit to San Breta*, 1972)

PASE DE DIAPOSITIVAS, (*Slide Show*, 1973)



George Raymond Richard Martin (Bayonne, Nueva Jersey, 20 de septiembre de 1948). Conocido como George R. R. Martin y en ocasiones por sus seguidores como GRRM, es un escritor y guionista estadounidense de literatura fantástica, ciencia ficción y terror famoso por ser el autor de la serie de novelas *Canción de hielo y fuego*, adaptadas para la televisión con el título de *Game of Thrones*.

George R. R. Martin es el mayor de tres hermanos. Creció en una familia trabajadora, su padre era estibador de ascendencia italo-germana, y su madre, de ascendencia irlandesa. Desde la infancia se interesa por la lectura y se convierte en un precoz escritor de relatos. Posteriormente cursaría estudios universitarios de periodismo en la Northwestern University de Evanston, Illinois, donde se graduó en 1971. Tras terminar sus estudios, realiza la prestación social sustitutoria (es objetor de conciencia), dirige torneos de ajedrez y trabaja como profesor de periodismo en el instituto Clarke de Dubuque, Iowa (1976-1978).

Martin fue un prolífico autor de obras cortas de ficción en los años setenta y su obra fue premiada con varios premios Hugo y Nebula. Al final de esta década comenzó a publicar sus primeras novelas siendo una de las más populares la primera de ellas: *Muerte de la luz* (*Dying of the Light*, 1977). Dicho éxito le permite dedicarse en

exclusiva a la literatura, donde mezcla los géneros de ciencia ficción, fantasía y terror.

Tras un corto matrimonio con Gale Burnick (1975-1979), comienza a compaginar la escritura con su trabajo en Hollywood, motivado en parte por la mala marcha de su cuarta novela *El rag del Armagedón* (*The Armageddon Rag*, 1983). Durante los años ochenta y los primeros noventa trabajó como guionista de varias series de televisión (*The Twilight Zone*, 1986 y *The Beauty and the Beast*, 1987) y como editor de la serie de antologías de historia alternativa sobre la Segunda Guerra Mundial, *Wild Cards*. En 1987 publicó *Los viajes de Tuf* (*Tuf Voyaging*, 1986), una colección de relatos de ciencia ficción, considerada una de las obras más destacadas de su primera etapa.

En 1996 Martin deja Hollywood y se retira a Santa Fe (Nuevo México), donde regresa al mundo de la literatura iniciando con la novela *Juego de tronos* (*A Game of Thrones*, 1996) el ciclo de novelas *Canción de hielo y fuego*, con la que obtiene gran éxito de crítica y ventas. En 2011 se casó con su antigua amante Parris McBride. En 2013 adquirió el cine Jean Cocteau de Santa Fe y el Coffee House, cerrado desde 2006 y los restauró y modernizó, transformando a este último en un café-museo con exposiciones itinerantes de arte. Ideológicamente demócrata, ha defendido siempre a los presidentes de este partido y sus políticas.